



DEBORAH HALE

EL *Escándalo* EN LA PUERTA DE SU *Casa*



LOS SOLTEROS DE BRUTON STREET

El escándalo en la puerta de su casa

Deborah Hale

Derechos de autor © 2014 Deborah Hale

Copyright Scandal on His Doorstep. Copyright © 2014 Deborah Hale.

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede reproducirse ni retransmitirse sin el permiso por escrito de la autora. Esta es una obra de ficción. Cualquier referencia a acontecimientos históricos, personas o lugares reales se hace de manera ficticia. Otros nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, y cualquier parecido con eventos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia totalmente.

Portada de The Killion Group Inc.

Dedicatoria A mi suegra, Jean McFarlane, una mujer fuerte, inteligente y capaz, quien siempre ha sido un gran apoyo en mi carrera como escritora romántica.

Índice

[Capítulo uno](#)
[Capítulo dos](#)
[Capítulo tres](#)
[Capítulo cuatro](#)
[Capítulo cinco](#)
[Capítulo seis](#)
[Capítulo siete](#)
[Capítulo ocho](#)
[Capítulo nueve](#)
[Capítulo diez](#)
[Capítulo once](#)
[Capítulo doce](#)
[Capítulo trece](#)
[Capítulo catorce](#)
[Capítulo quince](#)
[Capítulo dieciséis](#)
[Capítulo diecisiete](#)
[Epílogo](#)

Capítulo uno

Mayfair, Londres ~ Febrero 1811.

—Por fin tenemos un regente —murmuró Jack Warwick, en tono de incredulidad, mientras él y sus dos amigos más cercanos caminaban la corta distancia desde Carlton House hasta sus aposentos en Bruton Street—. Rory, has demostrado una notable moderación al no recordarme lo que debo de la apuesta. ¿O es que cincuenta guineas están por debajo de tu atención en estos días?

—¡Difícilmente! —El honorable Riordan Fitzwalter soltó una risita autocrítica—. Mi suerte en las mesas ha sido tan vil como siempre, cosa que sabes, si te molestaras en oscurecer la puerta del club estos días. Corre el rumor de que te has vuelto metodista.

—¡Tonterías! —murmuró Jack. Haber permanecido dos horas en el primer Dique del Príncipe, charlando ociosamente lo había puesto de mal humor.

—Así es —respondió Rory. Incluso después de veinte años en Inglaterra, él no había perdido el acento irlandés de su infancia—. Y te defendimos enérgicamente contra semejante calumnia. ¿No es así, Gabriel?

Lord Gabriel Stanford asintió.

—Para demostrar nuestra sinceridad, hicimos una apuesta en el libro, que te presentarás en el club dentro de quince días. Así que, a menos que quieras que tus cincuenta guineas se escurran entre los dedos de Rory, tendrás que hacer una aparición simbólica.

—Les estaría bien merecido a ambos si no lo hubieran hecho.

Jack sabía que su humor irascible solo alimentaría su descaro. Sin embargo, él no podía culparlos. Hace unos meses, él se hubiera comportado de la misma manera, si la situación fuera al revés.

Ellos llegaron a Piccadilly, lleno de tráfico de peatones y carruajes. Rory y Gabriel cruzaron corriendo y estuvieron a punto de ser atropellados por un faetón que se dirigía a toda velocidad hacia Hyde Park. Mientras sus amigos insultaban al conductor, Jack atravesó la calle con mayor cuidado.

¡Esos jóvenes tontos! ¿Se imaginaban a sí mismos que son inmortales? Podría haberlos reprendido si hubiera pensado que serviría de algo.

—¿No te parece extraño? —preguntó Gabriel, como si nada hubiera pasado—. ¿Volver a casa desde Carlton House, mientras el Sol aún está alto?

Aunque faltaba casi un mes para la primavera, la suave brisa del oeste hacía que pareciera más abril que febrero.

—Me parece extraño regresar sobrio de Carlton House —bromeó Rory, quien pensó por un momento y luego agregó—, casi sobrio.

Gabriel se rió de buena gana.

Jack negó con la cabeza.

—No deberías alentarlos.

—¿Por qué no? —preguntó Rory, aunque bromeando a medias—. Lo habrías hecho, alguna vez. Te advierto que demasiada rectitud moral es mala para el ingenio, como ha demostrado el viejo rey Jorge.

Antes de que Jack tuviera la oportunidad de recordarle a su amigo que el estado mental de Su Majestad no era un tema apropiado para el humor, Gabriel habló.

—Él está en lo cierto, lo sabes. No eres ni la mitad de divertido desde que te convertiste en heredero del condado de tu tío.

Cuando Jack se estremeció, sus amigos guardaron un silencio tímido, como si de repente se dieran cuenta de que habían ido demasiado lejos... y así fue.

No arremetió contra ellos como hubieran esperado. Era al Destino a quien ansiaba despotricar.

—La muerte de un primo a quien amas como a un hermano puede tener ese efecto.

La muerte de Frederick durante una escaramuza a un puesto de avanzada, en la frontera portuguesa, lo había dejado a la deriva de cierta manera. Su anterior existencia despreocupada ahora parecía vacía y sin sentido. Pero, ¿qué alternativa había? ¿Convertirse en un recluso amargado como su tío?

Los tres amigos ya habían llegado a Bruton Street. Vivían allí en una cómoda casa que Jack había heredado, junto con su fortuna, de un tío de su difunta madre. El barrio ya no estaba tan de moda como antes. El extremo cercano de Berkeley Square albergaba a algunas personas de buena familia, pero una taberna y varias tiendas ocupaban el otro.

—¿Que es ese ruido? —Los hermosos rasgos de Gabriel se torcieron en una mueca de desconcertada desaprobación—. Suena como un bebé que llora.

Jack miró a su alrededor en busca del origen del ruido. El niño claramente poseía unos pulmones sanos, así como también algún agravio apremiante. Sin embargo, no había señales de que una niñera hubiera sacado a pasear a su joven pupilo. Tampoco parecía que las ventanas de las guarderías, en las casas vecinas, estuvieran abiertas.

Cuanto más se acercaban Jack y sus amigos a su residencia, los gritos eran más fuertes.

—¿Qué diablos...? —Jack vio una gran cesta de mimbre apoyada en el umbral.

Corrió las últimas yardas y luego se quedó helado. Este objeto ruidoso, frente a su casa, era precisamente lo que esperaba que no fuera. Envuelto en mantas, solo se veía una cara redonda y roja. Tenía los ojos bien cerrados, tal vez para permitir que su boca se abriera más. ¿Cómo es posible que algo tan pequeño produzca un ruido tan ensordecedor?

Jack no era ajeno a los sonidos fuertes como: una jauría de perros de caza en plena bahía, el trueno de los cañones y el rugido de una multitud en las carreras de Newmarket. Ninguno de estos arañó sus nervios de la forma en que lo hizo este aullido frenético.

—¿Cómo hacemos para que se detenga? —imploró a sus amigos, sin importarle parecer un cobarde balbuceante. Las cincuenta guineas que le había apostado Rory no eran nada comparadas con aquellas que le daría a quien pudiera calmar a la criatura que lloraba.

—¿Por qué me miras a mí? —Lord Gabriel se había puesto pálido como un fantasma—. Soy el menor de seis. Yo era el bebé de nuestra guardería.

Él miró a ambos lados de Bruton Street.

—¿A quién puede pertenecer? ¿Por qué lo dejaron aquí?

La calle estaba inusualmente tranquila. Algunos comerciantes y un caballero mayor, que también parecía haber regresado del Dique del Príncipe, miraron a Jack y sus amigos. Ninguno de ellos dio indicios de haber extraviado a un bebé.

—Rory. —Jack agarró a su amigo por el puño del abrigo—. Tienes sobrinas y sobrinos. Seguramente, debes saber algo sobre niños.

Rory retrocedió con una mirada de disgusto.

—Ni lo más mínimo, te lo aseguro. Siempre hay una enfermera disponible para atender a los pequeños con sus viles excreciones. Además, ningún pariente mío pequeño produjo jamás tales maullidos. Suena como un alma en pena. ¿Crees que está herido?

—La pobre criatura debe estar mortalmente herida para hacer tales ruidos.

La lástima atenuó el pánico de Jack.

Él agarró el asa de la cesta, con tanta avidez, como si hubiera sumergido el brazo en aceite hirviendo.

—No podemos dejarlo aquí afuera, en el frío. Rory, ve a buscar un médico. Gabriel, pregunta a toda la calle si alguien ha perdido un niño o vio quién lo dejó.

Sus amigos parecían absurdamente aliviados de tener una excusa para escapar. Huyeron tan rápido que fue un milagro que no tropezaran con sus propios pies.

Jack tuvo que ocuparse del bebé que lloraba.

—Supongo que lo menos que puedo hacer es llevarte adentro, donde hace calor. —Se estremeció al pensar cómo los gritos penetrantes de la pequeña criatura resonarían en toda su casa.

¿Pero qué era esto?

Cuando levantó la cesta y se dirigió hacia la puerta, los aullidos disminuyeron. El bebé sollozaba y resoplaba. Jack sintió como si pudiera respirar de nuevo.

—Pobrecito. —Se escuchó a sí mismo hablar como si el niño pudiera entenderlo. Obviamente, todo este incidente lo había desconcertado—. Si yo fuera de tu tamaño, no creo que me agradara que me abandonaran en la puerta de una casa desconocida, en un día de invierno.

Él sabía algo sobre el abandono. Después que su padre muriera en un duelo, debido al adulterio de su madre, ella huyó al extranjero con su amante. El joven Jack había quedado al cuidado de su desaprobador tío. Ahora su corazón estaba condolido por este niño abandonado, a pesar de sus esfuerzos por ensordecerlo.

Abrió la puerta de su casa y llevó la canasta al interior, como si la misma albergara una docena de huevos, los cuales pudieran explotar al menor empujón. De esta manera, él lo llevó al salón donde se encontraron con su ayudante de cámara.

—¿Señor? —Las espesas cejas de Godfrey se arquearon, mientras miraba la canasta. No necesitaba decir nada más.

—A la izquierda, en nuestra puerta. —Jack le tendió la cesta a su fiel sirviente. Ahora que sus movimientos se habían ralentizado, los sollozos se hacían más rápidos. Quizás Godfrey tuviera alguna idea de cómo evitar otro estallido—. Lo encontramos cuando regresamos del Dique del Príncipe. ¿Supongo que no tienes idea de cómo llegó allí?

—Ninguna en absoluto, señor Warwick. —Godfrey retrocedió cuando su amo se acercó. Miró la cesta con cautela—. Aunque veo una hoja de papel metida en la canasta. Quizás la misma pueda ofrecer alguna explicación.

—¿Un papel? —Jack dejó la canasta y la examinó con mayor cuidado del que tuvo antes.

Godfrey tenía razón. En la cesta, al lado de su pequeño ocupante, había una hoja de papel doblada.

Jack la extrajo, mientras los sollozos del bebé se convirtieron en gemidos que rápidamente aumentaron de volumen.

—Digo, Godfrey. ¿No tienes ninguna experiencia con niños?

—Ninguna, señor. —Su ayudante de cámara se retiró aún más, yendo en dirección a las escaleras de servicio—. Tampoco deseo adquirirla.

Jack dudaba que alguno de los otros sirvientes se ocupara de esto. El suyo era un establecimiento exclusivamente masculino, para disgusto de los lacayos, quienes usualmente se quejaban de tener que realizar tareas normalmente reservadas a las criadas.

Sin perspectivas inmediatas de ayuda, Jack solo pudo repetir la única acción que había

demostrado calmar al niño. Cogió la cesta y empezó a caminar por el salón. Para su gran alivio, los sonidos de angustia volvieron a disminuir.

Él sabía que esto solo era una solución temporal. La canasta cargada con el bebé pesaba al menos veinte libras, y Jack ya no estaba en las mismas condiciones que durante sus días de soldado. Dio la vuelta para pedirle a Godfrey que se lo llevara un rato, pero descubrió que su ayudante de cámara había huido. ¡Ese cobarde!

Quizás advertido por Godfrey, ninguno de los otros sirvientes acudió a ayudar a su amo. De alguna manera, Jack logró seguir moviéndose, cambiando el asa de la canasta de un brazo al otro. Después de lo que pareció una eternidad, aunque el reloj de la repisa reveló que había transcurrido menos de media hora, él sintió como si le arrancaran ambos brazos de sus órbitas. Pero eso era preferible a que le perforaran los tímpanos.

Los gemidos y sollozos finalmente habían amainado. Cuando Jack se arriesgó a echar un vistazo, más de cerca a su pequeña carga, esos ojos estaban cerrados y sus suaves y regordetas facciones se encontraban relajadas. El rostro ya no tenía un alarmante tono escarlata, sino un atractivo color rosa cremoso.

Él ralentizó sus pasos. Como eso no produjo ninguna reacción adversa, dejó la canasta con cautela. Después se desplomó en el sillón más cercano. Anhelaba un brandy para recuperar sus nervios irritados. Pero temía que cualquier movimiento o ruido adicional pudiera despertar al bebé. No tenía intención de arriesgar eso por nada del mundo.

Una tarea que podría realizar con seguridad sería leer la nota que había recuperado de la canasta. Quizás la misma le revelaría alguna pista sobre la identidad de los padres del niño, y el pobrecito podría regresar sano y salvo a su hogar. Y tendría algunas palabras fuertes para ellos sobre su negligencia.

Jack desdobló el papel con excesivo cuidado, temiendo que el más leve crujido pudiera despertar al bebé dormido. Acababa de terminar de leer el breve mensaje, cuando Gabriel regresó. Con movimientos salvajes y muecas agresivas, Jack le indicó que bajara la voz.

—A nadie con quien hablé le falta un bebé —susurró Gabriel, lanzando miradas ansiosas hacia el bebé dormido—. Aunque alguien de la taberna recordó haber visto a una mujer cargando una canasta. Recibí algunas miradas muy extrañas durante mis consultas. Habrá chismes, te lo advierto.

—No lo dudo. —Jack le tendió la nota a su amigo—. Me imagino que habrá un escándalo perfecto cuando se corra la voz de esto.

—¿Qué es esto? —Gabriel no hizo ningún movimiento para tomar el papel—. ¿Dónde lo obtuviste?

—Lo encontré metido dentro de la cesta. —Jack volvió a leer las palabras con la irracional esperanza de haber confundido su significado la primera vez—. Parece ser un mensaje de la madre del bebé.

—Gracias al Cielo. —Gabriel exhaló un largo suspiro—. ¿A quién pertenece el niño?

El brazo de Jack cayó, como si ya no tuviera fuerzas para levantar la nota.

—Es... ella, pertenece a uno de nosotros.

* * *

Los aullidos de la bebé se acercaron, penetrando las endeble paredes y las puertas de las habitaciones de Annabelle. El sonido la llevó de regreso a sus recuerdos sobre la guardería de Eastmuir y a la interminable sucesión de primos jóvenes que había cuidado, mientras vivía de la caridad de sus tíos. ¿No se apiadaría alguien de la pobre criatura y se esforzaría por calmarla?

Aparentemente no, porque los gritos se hicieron cada vez más estridentes, a medida que se aproximaban. Entonces, alguien llamó frenéticamente a la puerta de Annabelle. Reprimiendo un chillido de miedo, ella agarró el atizador de su pequeña chimenea y se dirigió hacia la puerta. Aunque esta casa de hospedaje se encontraba en las afueras del elegante Mayfair, el vecindario inmediato era bastante desagradable. Esperaba encontrar pronto trabajo como institutriz y mudarse a una dirección más respetable.

—¿Quién está ahí? —gritó, tratando de sonar más audaz de lo que se sentía—. ¡Debes haber venido al lugar equivocado!

—¿Annabelle? —Una voz masculina familiar le respondió, aunque nunca la había oído sonar tan agitada.

—Jack, ¿eres tú? —Ella se acercó a la puerta, pero no la abrió—. ¿Qué haces aquí a estas horas? Pensé que había dejado claro que no quiero tu ayuda.

Su caridad... eso era lo que ella había desdeñado una y otra vez, desde que Frederick murió en una escaramuza a un puesto de avance, defendiendo la frontera portuguesa. ¿Fue porque había soportado su hartazgo de caridad durante la juventud? ¿O no podría quitarle nada al hombre al que en secreto había amado más que a su difunto marido?

—¡Eso no importa! —espetó Jack—. Soy yo quien necesita tu ayuda. ¡Por favor, abre la puerta!

A pesar de todo esto, la bebé siguió llorando más fuerte que nunca. ¿Jack traía un hijo con él? ¿Y qué tipo de ayuda podría desear de ella? Su única esperanza de obtener respuestas para esas preguntas sería dejarlo entrar. Además, algunos de sus desagradables vecinos podrían quejarse del ruido y ella no quería tener problemas con ellos.

Annabelle dejó caer el atizador y luego desató los cerrojos, que le daban una cierta ilusión de seguridad. Cuando abrió la puerta, Jack entró sin esperar más invitaciones. Llevaba una gran cesta de la que emanaban los insistentes gritos.

—¿Esto es un bebé? —insistió en tono de incredulidad, mientras cerraba la puerta detrás de él.

Aunque no se molestó en pasarle llave. A pesar de la naturaleza desconcertante de su visita, la presencia de Jack todavía tenía el poder de hacerla sentir segura... al menos en un sentido físico.

Un observador podría haber pensado lo contrario, ya que el primo de Frederick reflejaba una mirada salvaje y distraída. No llevaba sombrero y su cabello castaño dorado estaba desordenado. Sus ojos color avellana, que tan a menudo brillaban con un espíritu despreocupado, ahora se movían inquietos. Los rasgos rudamente atractivos de Jack tenían una mirada atormentada y desesperada.

Annabelle nunca lo había visto en tal estado. Eso la alarmó profundamente.

—¡Por supuesto que es una bebé! —Él dejó la canasta—. ¿Qué más podría producir tal ruido?

—¿De quién es la bebé? —Annabelle se arrodilló y sacó de la cesta ese paquete, envuelto en mantas, que chillaba y se retorcía—. ¿Cómo llegó a tus manos?

Acaso, ¿el había rescatado a la niña del peligro o del abuso? Indudablemente, eso estaría en consonancia con su naturaleza. Annabelle recordó cómo él la había protegido a menudo durante sus años de juventud. Su animadversión hacia él se suavizó.

—Ella es mía. —Las palabras salieron de la boca de Jack, amargas como la bilis—. Al menos podría serlo. Alguien la dejó en nuestra puerta con una nota. Estaba llorando cuando la encontramos, pero la volví a dormir. Luego se despertó y empezó a llorar de nuevo. Después de

eso, nada de lo que hicimos pudo detenerla. Nadie en mi casa sabe nada sobre bebés.

Él hablaba cada vez más rápido, como Annabelle había oído que solía hacer el viejo rey, cuando le sobrevinía un ataque de locura. ¿Jack se estaba volviendo loco o esta niña realmente le pertenecía? Ese último pensamiento le provocó a Annabelle una aguda punzada de consternación, pero no tuvo tiempo de pensar en ello.

Los aullidos de la bebé disminuyeron un poco cuando ella la levantó de la canasta y comenzó a mecerla en sus brazos, mientras hacía sonidos tranquilizadores. Pero la niña no dejó de llorar del todo. Esto no fue una sorpresa para Annabelle. Su nariz se arrugó ante el hedor que despedía la pobre criatura. Cuando secó una lágrima de la mejilla sonrojada de la bebé, su cabeza giró y su pequeña boca se dirigió hacia su dedo.

—¿Nada de lo que hiciste pudo evitar que llorara? —ella repitió el comentario de Jack en un tono mordaz—. ¿No se te ocurrió alimentar a la pobre niña? ¿O cambiarle la ropa?

—No exactamente. —Jack estaba a la defensiva y bastante perdido.

Eso era tan propio de él que Annabelle no pudo reprimir un atisbo de simpatía, aunque Jack la mereciera.

—Ella es un pequeño ácaro. —Eso sonó como si él hiciera que la bebé de alguna manera fuera más intimidante—. Tenía miedo que se cayera... o rompiera.

Annabelle puso los ojos en blanco.

—Los bebés no son tan frágiles como crees. Ahora debo limpiarle el trasero, antes de que le salga un sarpullido... si es que aún no tiene uno.

Ella llevó a la niña a una pequeña mesa, donde antes estaba comiendo.

—No te quedes ahí parado, Jack, sé útil. Vierte un poco de agua caliente de la tetera en el aguamanil para calentar lo que hay allí. Pruébala con el dedo para asegurarse de que no esté demasiado caliente.

Jack recuperó un poco de su respeto, apresurándose a hacer lo que ella le pedía. El malestar de la bebé se calmó, aún más, cuando Annabelle le quitó la ropa mojada y sucia, y le habló en un tono tranquilizador.

Mientras lavaba el trasero de la niña, le ordenó a Jack que trajera un par de toallas pequeñas.

—Una vez que se seque, la envolveré en una de estas por ahora. Pero muy pronto necesitará servilletas adecuadas.

Jack asintió dócilmente y luego observó con aire de asombro cómo Annabelle doblaba y colocaba la tela cómodamente alrededor del trasero de la bebé. Cuando la recogió y empezó a caminar de un lado a otro, la niña exhausta se acurrucó contra su hombro.

—¡Bendita seas, Annabelle! —Jack se dejó caer en la silla junto al fuego, como si acabara de sobrevivir a una terrible experiencia—. Estaba seguro de que sabrías qué hacer. Estoy en deuda contigo.

Su sincera gratitud era difícil de enfrentar. Para su tranquilidad, Annabelle sabía que debía resistirse a eso y a todo lo demás relacionado con Jack Warwick. Hacía mucho tiempo que él había dejado claro que la quería solo como a una amiga. Además, ella todavía estaba de luto por la muerte del primo de Jack, aunque su corazón albergaba más culpa que pena.

—La pobrecita está tranquila por el momento, pero no permanecerá así por mucho tiempo, si no la alimentan.

¿Cómo pudo la madre de la niña haberla abandonado a merced de Jack y sus igualmente irresponsables amigos? Annabelle no podía decidir qué comportamiento la irritaba más: la madre negligente o la del hombre que había dejado embarazada a esa mujer fuera del matrimonio.

—¿No puedes alimentarla? —suplicó Jack—. ¿Qué necesita ella? Dímelo y lo traeré.

Annabelle negó con la cabeza. ¿Eran todos los caballeros tan ignorantes de cualquier cosa que tuviera que ver con la crianza de los hijos?

—Necesita leche de su madre o de una nodriza. Y antes de que preguntes, no, no puedo brindar ese servicio.

Esforzándose por ocultar su vergüenza, ella explicó que solo una mujer que había dado a luz y amamantado recientemente, a un niño, podía amamantar a otro bebé. Jack se movió en su asiento, claramente incómodo con la conversación. Sin duda, hombres como él creían que el pecho femenino había sido diseñado exclusivamente para su placer.

—No es fácil encontrar a una buena nodriza en la ciudad en cualquier momento —Annabelle le advirtió—. No van a querer a una borracha o a una mujer enferma. Lo mejor que ustedes pueden hacer es localizar rápidamente a la madre de la niña, antes de que se le acabe la leche.

Cuando Jack le lanzó una mirada desconcertada, Annabelle no pudo contener su molestia.

—La niña parece tener tres o cuatro meses. Busca a las mujeres con las que tú y tus amigos... se acostaron el invierno pasado. Seguramente no pueden ser tantas.

—¿Entre nosotros tres, durante varios meses? —Jack bajó la cabeza, como un colegial travieso—. Esto podría resultar un desafío. ¿Cómo nos las arreglaremos mientras tanto?

—Supongo que podrías llevarla al Hospital de Expósitos —sugirió Annabelle, aunque no tenía intención de dejarle hacer tal cosa.

—¡No! —Jack se puso de pie—. Ella ya fue abandonada una vez. No se lo volveré a hacer.

Su respuesta fue de gran ayuda para calmar el prejuicio de Annabelle.

—No entiendo. —Él comenzó a pasear por la pequeña sala de estar, manteniéndose tan lejos de Annabelle y la bebé, como el espacio limitado se lo permitía—. ¿Por qué su madre no vino a verme a mí ni a mis amigos tan pronto como quedó embarazada? La habríamos ayudado.

—Ciertamente, la pobre mujer pensaba lo contrario. —Annabelle sostuvo a la bebé en un abrazo protector.

Habían pasado varios años desde la última vez que ella acunó a un bebé para que se durmiera, pero la acción le resultaba tan natural como respirar. Hubo un tiempo en el que ella se declaró profundamente harta de cuidar bebés. No obstante, de repente sintió como si le hubieran devuelto algo que le faltaba.

Sin embargo, eso era ridículo. No le había falta caminar por el piso, toda la noche, para evitar que un bebé con cólicos despertara a toda la casa. Ni necesitaba cambiar la ropa sucia y maloliente. Ni deseaba que le escupieran sobre su ropa.

Jack cuadró los hombros e inhaló profundamente.

—A primera hora de la mañana, comenzaremos a buscar a la madre. Hasta que la localicemos, ¿la bebé puede quedarse aquí contigo?

—Absolutamente, ¡no! —Annabelle estuvo tentada de devolver a la niña a sus brazos, pero temió que se despertara. Además, se encontró extrañamente reacia a desprenderse de aquella cálida y suave brazada—. Este no es un lugar adecuado para tener a una bebé y yo no estoy equipada para cuidarla.

Jack parecía como si ella le hubiera dado un duro golpe. Annabelle se armó de valor para resistir sus súplicas.

—Entonces, ¿volverás conmigo a Bruton Street? —Él la miró con una mirada implorante, como la que podría haber usado para convencer a la madre de la bebé de que se acostara con él—. Nuestra habitación de invitados es muy cómoda y me aseguraré de que tengas todo lo que necesitas para cuidarla. Por favor, Annabelle. No lo pido por mi bien sino por el de la niña. Ella te necesita. ¡Si haces esto, te daré todo lo que me pidas!

Tentada como estaba por la perspectiva de una cama cómoda y cálida, además de la deliciosa generosidad de la cocina de Jack, Annabelle vaciló. Conocía muy bien la peligrosa locura de apegarse a un niño... o a cualquier otra persona. La promesa de Jack de darle todo lo que quisiera no fue un incentivo especial. Pero solo había una cosa que ella siempre había deseado de él, y era la única cosa que él no podía darle.

Capítulo dos

Él debía convencer a Annabelle para que regresara con él a Bruton Street. Jack nunca había deseado algo así con tanta desesperación.

La viuda de su primo había demostrado una asombrosa habilidad para sentir lo que la bebé necesitaba y suplirla con un mínimo de alboroto. Después de su agitada experiencia, tratando de atender a la pequeña e inquieta criatura, él consideraba que los poderes de Annabelle eran poco menos que milagrosos. La perspectiva de cuidar a la niña, sin su ayuda, lo alarmaba más allá de toda descripción. Preferiría intentar detener una carga de caballería francesa él solo y desarmado.

—Por favor, Annabelle —habló con voz suave y profunda, mirándola de una manera que muchas mujeres le habían asegurado que era imposible resistirse.

¿Funcionaría esta vez? Si se pudiera medir la profundidad de su desesperación, entonces el éxito debería estar asegurado. Sin embargo, él no estaba tratando de convencer a una mujer dispuesta a coquetear para su placer mutuo. Una vida joven podría depender de su capacidad para conseguir la cooperación de Annabelle o, al menos, su cordura.

Además, ella no era como las mujeres con las que se había divertido en los últimos años y a las que buscaba divertir a cambio. Ella nunca estaría satisfecha con una sola noche ni con una docena, por muy feliz que fuera. Obviamente, Annabelle quería “hasta que la muerte nos separe”. Desafortunadamente, la muerte la había separado a ella de Frederick demasiado pronto.

—Supongo. —Un ceño reacio se frunció en sus suaves y bonitos rasgos—. Podría intentar alimentarla con la mano, solo por esta noche.

Su acuerdo, por muy reticente que fuera, provocó una poderosa oleada de euforia en Jack.

—¡Salud! —Una loca compulsión se apoderó de él, quien quería agarrar a Annabelle y besarla. Pero eso era completamente imposible con la bebé en sus brazos... y por muchas otras razones—. Estaré en deuda contigo para siempre.

De repente, se le ocurrió que esta situación podría brindarle la oportunidad de ayudar a Annabelle como sabía que su difunto esposo hubiera deseado. El conde había dejado a su único hijo sin un centavo, después de que Frederick se casara en contra de sus deseos. Aunque había cedido durante un tiempo, luego que lo mataron en Portugal, pero ahora Annabelle vivía en ese lugar miserable. En varias ocasiones, Jack se había ofrecido a ayudarla, no obstante, por razones que no podía comprender, Annabelle siempre se negaba. Seguramente, ella tendría que aceptar su ayuda si él pudiera convencerla de que solo estaba tratando de saldar una deuda.

—No me deberás nada —insistió con su voz distintiva, que era más profunda que la de la mayoría de las mujeres. Tenía un leve chirrido que no debería sonar agradable, pero de alguna manera lo sonó—. No estoy haciendo esto por ti, sino por la bebé. Me da miedo pensar en qué estado quedará la pobre niña, si te dejo a ti y a tus amigos, de mala reputación, cuidándola toda la noche.

—Rory y Gabriel no son personas de mala reputación. —Jack salió en su defensa instintivamente. Después de considerarlo por un momento, cambió de tono—. Bueno, tal vez tengas la razón. Quizás yo también haya llegado a eso. Pero la reputación es solo lo que los demás piensan de nosotros. En el fondo, no somos tan malos tipos.

Acaso, ¿no lo eran? ¿Esa era la verdad? En privado, Jack intentó justificar la vida que ellos llevaban. Nunca habían querido hacer daño a nadie, que era más de lo que podía decir de muchas personas respetables que conocía. Sin embargo, al hacer travesuras, sin considerar las

consecuencias, ¿podrían haber hecho tanto daño por irreflexión como otros lo hicieron por malicia?

—No, no lo eres. —Annabelle pareció arrepentirse de su duro juicio—. Estoy segura de que harás todo lo posible para cuidar a esta pequeñita, pero...

Se movía y se balanceaba sobre sus pies, mientras sostenía a la bebé. De algún modo, a Jack le tranquilizaba el simple hecho de mirarla. Solo podía imaginar cómo debía calmar a la niña.

—Pero lo mejor que hacemos no es muy bueno.

Él sintió que Annabelle podría estar flaqueando. Además, antes de que él pudiera aferrarse a esa esperanza, ella sacudió la cabeza vigorosamente.

—¿Cómo puedo llegar a quedarme en una casa llena de hombres con tu reputación? ¡La mía se arruinaría!

—¡Esas son tonterías! —protestó Jack—. La sociedad no examina a las viudas como a las muchachas solteras. Esta obsesión por su pureza y reputación tiene como objetivo garantizar a los hombres ricos que sus herederos serán de su sangre, no engendrados por el amante anterior de una mujer.

Lejos de tranquilizar a Annabelle, su explicación pareció irritarla. Sus cálidos ojos marrones se entrecerraron.

—¿Entonces no necesito proteger mi reputación porque ningún hombre querrá casarse jamás con una viuda destrozada?

—Eso no fue lo que quise decir. —Jack levantó las palmas de las manos en un gesto defensivo.

Ella no parecía en absoluto agotada. En cambio, mientras estaba allí, sosteniendo a la bebé que dormía pacíficamente, Annabelle parecía mezclar una actitud naturalmente maternal con un aire de dulce inocencia. La forma en que su cabello castaño ondeaba suavemente, alrededor de su rostro, reflejando la luz de las velas, le recordó a una Virgen del Renacimiento. La idea de que cualquier hombre se le insinuara la llenaba de indignación.

—Eres un miembro de mi familia. —¿Él estaba tratando de persuadirla... o a sí mismo?—. Prácticamente eres una hermana. Nadie se tomará a mal si te ofrezco mi protección.

—¡No quiero tu protección! —insistió en un susurro feroz—. Y no quiero tu ayuda. Puedo arreglármelas sola, como lo he hecho toda mi vida.

—Por supuesto que puedes. —Jack se esforzó por hacer que esa mentira pareciera convincente. Se negó a mirar alrededor de su miserable alojamiento, para que eso no traicionara sus dudas—. Solo estoy tratando de explicar por qué no habrá nada de malo en que te quedes en mi casa. Quizás seas capaz de seguir adelante sin mi ayuda. Pero no soy demasiado orgulloso para admitir que necesito la tuya.

Se le hizo difícil confesar que había algo que él no podía hacer. Especialmente a Annabelle, quien lo admiraba desde que eran jóvenes vecinos en la campiña de Worcester. En aquellos días, solo ella parecía quererlo más que a su primo, que había sido heredero de un antiguo título de nobleza. ¿Esa era una de las razones por las que Frederick había estado tan decidido a conquistarla?

De alguna manera, su admisión de debilidad pareció influir en ella como ninguna otra cosa lo había hecho, aunque Jack percibió que ella todavía se mostraba reacia.

—¡Oh! Muy bien. —Ella lanzó un suspiro de impaciencia—. Si no lo hago, te quedarás aquí toda la noche tratando de convencerme. Supongo que si voy a hacer esto, será mejor que no nos demoremos. Pero solo por una noche, para que tengas tiempo de localizar a su madre o contratar a una nodriza.

Mientras hablaba, Annabelle se acercó a él. Algo parecido al terror se apoderó de Jack, cuando se dio cuenta de que ella tenía la intención de entregarle la bebé.

Él saltó hacia atrás.

—¿Qué estás haciendo? Vine aquí para que la atendieras.

—Sí —replicó Annabelle, quien continuó avanzando—. Pero necesito vestirme para salir y debo empacar algunas cosas para llevar conmigo. No puedo hacer ninguna de las dos cosas, mientras tengo a una bebé en mis brazos.

—¿Por qué no volver a ponerla en la canasta? —sugirió Jack, despreciando su tono cobarde.

Annabelle puso los ojos en blanco.

—Porque es más probable que eso la despierte. ¿Quieres escucharla gritar mientras me estoy preparando?

—¡Por supuesto que no!

—Muy bien, entonces —dijo Annabelle con una pizca de superior diversión, que a Jack le molestó—. Como no hay nadie más que la abraza, tendrás que hacerlo tú. No te preocupes. Te mostraré qué hacer.

—No estoy preocupado. —La sensación de hundimiento en la boca del estómago de él sugería lo contrario—. ¿Qué tan difícil puede ser esto después de todo?

—Mira cómo lo hago. —Annabelle la apoyó contra la pared, acercándose tanto que podía oler su cabello—. Mantén una mano debajo de su trasero para soportar la mayor parte de su peso. Coloca la otra sobre su espalda para sostenerla contra tu hombro.

Jack tragó un enorme nudo que se le subió a la garganta y levantó los brazos de manera tentativa.

—Aquí vamos.

Annabelle levantó a la niña y comenzó a transferirla a los brazos de Jack.

¿Pero dónde se suponía que debía ponerlos? Él ajustó su posición varias veces, pero ninguna parecía del todo correcta. Entonces la bebé empezó a quejarse un poco. No es de extrañar que no quisiera que la sacaran de su cómodo lugar de descanso contra el pecho de Annabelle.

—Dime qué empacar para ti —sugirió—. Y no te preocupes por cambiarte de ropa. Puedo traer una capa para envolverte. Puedes quedarte con mi abrigo si quieres.

Él empezó a desabotonarlo.

—¡Oh! No, no lo hagas. —Annabelle dio la vuelta y presionó su espalda contra él—. Deslizaré a la bebé de lado. Ahora lleva tu mano izquierda debajo de su trasero.

Jack hizo lo que ella le dijo, pero era un milagro que fuera capaz de realizar alguna acción racional. Su terror de tocar a la bebé ahora se combinó con sensaciones de excitación muy desagradables, mientras el trasero suavemente redondeado de Annabelle rozaba su muslo. Esos sentimientos inquietantes se vieron agravados, aún más, por la vergüenza de verse acosado por deseos tan viles, en presencia de una niña inocente. La única manera de escapar de la abrumadora cercanía de Annabelle era recuperar la compostura y tomar a la bebé.

—Allá.

Ella acercó a la niña hacia él. Una de sus manos rozó la de ella. La otra se deslizó sobre su espalda, casi como una caricia.

La bebé se movió y soltó un suave eructo. Entonces, de repente, estaba en los brazos de Jack. Su pequeña cabeza se apoyó contra el hueco de su hombro. Aunque todavía temía que pudiera dejarla caer o abrazarla con demasiada fuerza, el suave ritmo de la respiración de la niña y el cálido peso de ella lo calmaron de alguna manera.

—Muy bien. —Annabelle soltó una risita susurrante que acarició sus oídos como terciopelo

—. Ahora intenta relajarte y no mantenerte tan rígido.

¿Su voz se demoró en esa última palabra? Un fuego feroz ardió en el rostro de Jack. ¿Estaba sonrojado? No había hecho eso desde que era un adolescente desgarrado y con granos. ¡No le importaba repetir la experiencia ahora! Quizás traer a Annabelle a su casa no sería tan buena idea después de todo. Debía hacer todo lo posible para localizar rápidamente a la madre de la niña, para que la viuda de Frederick no tuviera que permanecer bajo su techo más de una noche.

La bebé emitió un suave arrullo y se acercó a Jack. Esto encendió extraños sentimientos protectores y posesivos en su corazón.

Una vez que encontrara a la madre de la niña, entonces, ¿qué haría? ¿Devolverla al cuidado de una mujer que ya la había abandonado una vez?

* * *

—Me pregunto a dónde habrán ido Gabriel y Rory —reflexionó Jack, mientras conducía a Annabelle a su salón. Miró a la bebé que dormía pacíficamente acunada en sus brazos—. No puedo creer que esta pequeña haya dormido hasta aquí en el carruaje.

—Se cansó de llorar antes. —Annabelle se esforzó por concentrarse en la bebé para no pensar en las sensaciones perturbadoras que la habían atormentado antes, cuando rozó a Jack.

Era la primera vez que hacían algo más que intercambiar un apretón de manos casual o él le ofrecía el brazo mientras caminaban. La sutil fricción de su espalda, deslizándose contra su pecho, y su trasero rozando su pierna habían enviado chispas de deseo espontáneo, hormigueando por su cuerpo. Esto había hecho que su corazón se acelerara y sus rodillas se debilitaran. ¿Qué clase de ramera malvada era ella para codiciar a otro hombre, cuando su heroico esposo apenas llevaba un año en su tumba? ¡Si la bebé no hubiera necesitado sus cuidados, habría huido de la casa de Jack y nunca más habría dejado que él se acercara a menos de seis pies de ella!

—No podemos contar con que ella se quede callada. —Annabelle se dejó caer en el sillón más cercano—. Debe tener hambre después de todo este tiempo. Necesitaremos tener algo listo para alimentarla, cuando despierte o empezará a llorar de nuevo, peor que antes.

—¿Peor? Eso no servirá. Nadie bajo este techo podría pegar ojo. —Jack palideció y miró una jarra de licores cercana, como si estuviera tentado a calmar sus nervios con una bebida—. ¿Qué podemos darle de comer? Pensé que habías dicho que necesita leche materna.

Annabelle tenía claro cuánto le inquietaba toda esta situación. Sin embargo, se había negado a considerar la posibilidad de entregar a la bebé al Hospital de Expósitos. Parecía que Jack Warwick todavía tenía debilidad por los abandonados y vagabundos. Sin duda, eso era todo lo que ella había sido para él.

—Ella la necesita... Pero como eso no está disponible en este momento, podemos intentar darle papilla para que tenga algo en el estómago.

Los brazos de Annabelle se estaban cansando, pero no se atrevía a arriesgarse a entregarle la bebé a Jack nuevamente y enfrentarse al contacto que eso podría implicar.

—Toma un buen pan blanco, rómpelo en pedazos y luego hiérvelo en leche de vaca fresca hasta que se forme una papilla. Una vez que se haya enfriado, ponlo en su boca con una salsera pequeña o una tetera —explicó ella, en respuesta a esa mirada de perplejidad.

—Le diré a mi cocinero que lo prepare de inmediato. —Jack parecía agradecido por cualquier excusa para huir de la habitación.

—Podría haber llamado a un sirviente —susurró Annabelle a la bebé dormida—. Pensé que nada podría asustar al valiente Jack Warwick, pero parece que tú lo asustas hasta dejarlo tonto.

La bebé se removió en sueños y soltó un leve resoplido que sonó burlón. Annabelle sonrió para su pesar.

Mientras esperaba que Jack regresara, ella miró alrededor del salón. Estaba más ordenado de lo que esperaba al encontrar un establecimiento compartido por tres solteros. Los muebles y los cuadros parecían ser de buena calidad. Pero de algún modo esto parecía menos una casa que un hotel bien equipado. A Annabelle no le sorprendió encontrar a Lord Gabriel y al señor Fitzwalter ausentes esa noche. Dudaba que Jack y sus amigos estuvieran acostumbrados a pasar mucho tiempo allí.

Su mirada se posó en el único objeto que parecía fuera de lugar, una hoja de papel muy arrugada que yacía en el suelo debajo de una mesa auxiliar. ¿Podría ser la nota que Jack había mencionado antes, la que acompañaba a la bebé? Annabelle intentó ignorarla, pero la curiosidad la corroía.

La nota no debía quedar tirada en el suelo, donde uno de los sirvientes de Jack podría botarla o, peor aún, leerla. ¿Y si la misma contuviera alguna pista sobre la identidad de la madre de la bebé, que Jack y sus amigos habían pasado por alto en su sorpresa inicial? Una mujer podría obtener más información de ello.

Aunque su conciencia reconoció estos pensamientos como meras excusas para satisfacer su curiosidad, los mismos fueron suficientes para que Annabelle decidiera. Se levantó con cuidado para no despertar a la bebé y luego se acercó a la mesa. Sacó el papel de debajo con el pie, y con la habilidad adquirida, tras años de servicio como gloriosa niñera de sus primos jóvenes, se arrodilló y recuperó la nota, mientras sostenía a la bebé dormida.

Volviendo a su silla, leyó el breve mensaje, manteniendo un oído atento a cualquier sonido del regreso de Jack.

—Esta es tu hija —decía—. Su nombre es Sarah. Ya no puedo cuidarla adecuadamente, así que tú debes hacerlo.

Era evidente que la letra pertenecía a una mujer, aunque no necesariamente a una dama. Sin duda, Jack Warwick conocía muchas de ellas. Por lo demás, la nota no revelaba nada particular sobre quién podría ser su autora.

—Es una lástima que seas demasiado pequeña para hablar —le murmuró Annabelle a la bebé—. Entonces tal vez puedas decirnos quién te dejó en la puerta. No es muy agradable no ser deseada, ¿verdad? Al menos mis padres me quisieron... mientras vivieron.

El sonido de pasos que se acercaban la hizo sobresaltarse. Ese movimiento brusco despertó a la bebé, quien empezó a quejarse.

—Silencio pequeña. —Annabelle arrojó la nota al suelo y se concentró en tratar de calmar a la niña—. Pronto tendrás algo que comer.

Jack entró con una pequeña tetera.

—Debo agradecerte nuevamente por venir a rescatarme, Annabelle. Parece que Rory y Gabriel me han abandonado, ¡malditos sean sus desagradecidos pellejos!

Antes de que ella pudiera responder, él levantó la tapa de la tetera.

—Me temo que esto todavía no es lo suficientemente interesante. ¿Qué opinas?

Annabelle sumergió un dedo en el líquido y luego sacudió la cabeza.

—Todavía está demasiado caliente. No queremos quemarle la boca.

—De hecho no. —Los rasgos ásperos de Jack adquirieron un tono ansioso—. Lo último que necesita es otra razón para aullar.

Annabelle se levantó de su silla y comenzó a caminar por la habitación, acariciando la espalda de la bebé. El malestar de la pequeña Sarah disminuyó, pero no cesó del todo.

—¿Te muestro la habitación de invitados? —Jack cogió una vela de la repisa de la chimenea—. Puedes alimentarla y cuidarla allí.

¿El hombre no tenía sirvientes? ¿O estaba tratando de ocultarla de ellos?

—Muy bien. —Annabelle asintió con cautela—. Pero necesitaré más que comida para cuidarla adecuadamente durante la noche.

Ella lo siguió fuera del salón y subió las escaleras, haciendo un esfuerzo decidido por ignorar la forma en que sus pantalones de color beige se pegaban a sus piernas musculosas. Siempre había sido demasiado consciente de las atracciones masculinas de Jack, pero esta noche era peor que nunca. ¿Por qué?

—¿Que más necesitas? —preguntó—. Te lo traeré.

Ya te lo dije —espetó Annabelle. Su inoportuno anhelo por él la puso irritable—. Necesitará al menos dos cambios de ropa, aunque dudo que puedas comprar pañales adecuados a esta hora. Tendremos que conformarnos con todo lo que puedas encontrar.

—Espero poder improvisar algo. —La respuesta de Jack también sonó bastante brusca. ¿Por qué tenía que enojarse, aparte de obligarlo a asumir la responsabilidad de sus acciones?

—Necesitará algún tipo de cuna para dormir —añadió Annabelle, mientras Jack hacía malabarismos con los objetos que tenía en las manos para abrir la puerta de la habitación de invitados.

—Veré qué puedo encontrar. —Él la hizo entrar en la habitación y luego colocó la tetera sobre la mesa de noche y la vela sobre la repisa de la chimenea.

Al entrar, Annabelle rápidamente miró a su alrededor. Esto estaba muy lejos del alojamiento que había dejado. Un fuego lento ardía en la chimenea, calentando el frío húmedo de finales de febrero. La habitación estaba elegantemente amueblada con un sillón tapizado, una mesita de noche y un armario. Pero Annabelle se sintió irritada por la gran cama con dosel. ¿Jack alguna vez había traído allí a otras mujeres con fines menos respetables?

—Llama si necesitas algo mientras tanto. —Él se dirigió hacia la puerta—. Sin embargo, debo advertirte que es posible que los sirvientes no respondan. Ellos no saben qué hacer con una bebé en la casa, al igual que yo.

—¡No te atrevas a poner un pie fuera de esta habitación! —Annabelle lo llamó—. Vine aquí para ayudarte a cuidar a la niña esta noche, no para hacerlo todo yo sola.

Jack se detuvo abruptamente y regresó hacia ella.

—¿Qué esperas que haga? —Él parecía desconcertado, aunque también bastante avergonzado. Ciertamente, sabía lo que estaba haciendo mal, pero esperaba salirse con la suya.

Aunque Annabelle no tenía intención de dejarlo.

—Puedes sostener a la bebé, mientras yo la alimento, o puedes alimentarla si yo la sostengo.

—¿Qué pasa con la ropa y la cuna que pediste?

—Pide a tus sirvientes que los vayan a buscar o espera hasta que alimente a la bebé.

Annabelle sabía que debía parecer insensible, pero eso no le importaba. Estar sola en un dormitorio con Jack la agitaba.

Entonces, ¿por qué no lo dejaba ir a hacer sus recados, mientras ella sola alimentaba a la niña? Su conciencia se lo reclamó.

Como estaba cansada de verlo ignorar sus responsabilidades, insistió para sí misma. Por mucho que deplorara que la madre de la pequeña Sarah abandonara a su hija, Annabelle no lamentó del todo ver que algunas de las gallinas de Jack regresaban a casa para dormir.

Ella esperaba que él pusiera más excusas, pero por una vez, él la sorprendió.

—Tienes razón, Annabelle. Has sido más amable de lo que merezco. No pretendo imponerte

más de lo que tienes. Solo que no recuerdo la última vez que me llamaron para afrontar una tarea para la que no estaba tan preparado. O una para la que yo dependa tanto.

Era mucho más fácil resistirse al peligroso encanto de Jack, cuando intentaba evadir sus responsabilidades. Aunque como él las aceptó con franqueza y admitió sus temores, Annabelle se sintió atraída hacia él de una manera, que no tenía nada que ver con sus rasgos cincelados o sus anchos hombros.

—También podrías seguir cargándola —continuó—, ya que es un... proceso tan laborioso pasarla de una persona a otra.

Laborioso no era la palabra que Annabelle habría elegido. Claramente, su contacto anterior con la bebé no lo había estimulado como a ella.

—Muy bien. —Se acercó al sillón y estaba a punto de tomar asiento cuando se dio cuenta de que todavía estaba vestida para estar al aire libre—. Pero, primero, ¿puedes ayudarme a quitarme la pelliza y el sombrero? ¿A menos que prefieras sostener a la bebé mientras lo hago?

—¡No! Quiero decir... sí, por supuesto.

Con cautela, Jack soltó los hilos del sombrero y se lo quitó de la cabeza.

Después de colocarlo encima del armario, comenzó a desabotonar su pelliza, mientras Annabelle intentaba apartar a la bebé del camino. La niña se movía y retorció, visiblemente hambrienta. Cuando los dedos de Jack juguetearon con los botones sobre su pecho, Annabelle luchó por no encorvarse con un tipo diferente de hambre. Cuando él le sacó los brazos de las mangas, ella era muy consciente de sus pezones, tensándose contra su camisola, y su contorno visible a través del corpiño de su vestido. Movié a la bebé en sus brazos para ocultar su perverso estado de excitación.

Afortunadamente, la silla estaba justo detrás de ella, porque sus rodillas volvieron a flaquear. Se hundió sobre esta con más fuerza de la que pretendía. La caída repentina sobresaltó a la bebé, que dio un pequeño grito ahogado y luego empezó a llorar con fuerza.

¡Gracias al Cielo que este inquietante arreglo fue solo por una noche! Annabelle ya no veía la hora de escapar de Bruton Street.

Capítulo tres

¿A cuántas mujeres había desvestido a lo largo de los años?

Ante el posible resultado de una de esas seducciones, a Jack le resultó difícil enorgullecerse del número de sus conquistas. Nunca antes se había sentido tan consciente de ello como ahora con Annabelle. Su contacto fue perfectamente casto: únicamente le quitó el sombrero y la pelliza. Sin embargo, eso le afectó tanto como si la hubiera ayudado a quitarse la camisola y las medias.

Sus palmas estaban húmedas, mientras que sus entrañas se sentían ardiendo mucho. Por dos peniques, habría salido corriendo de la habitación hasta dominar la respuesta carnal de su cuerpo. Pero la bebé lloraba más fuerte. ¿Cuándo había sido alimentada por última vez?

—Dime qué hago —imploró, mientras colgaba la pelliza de Annabelle.

—Trae la papilla. —Ella señaló la tetera sobre la mesa de noche.

Los llantos de la bebé debían de molestarla más de lo que quería admitir. Su rostro se había sonrojado y su voz sonaba sin aliento.

Jack se sintió demasiado aliviado de poder poner algo de distancia entre ellos.

—¿Crees que ya será lo suficientemente tibia?

Se contentó con esperar un rato, antes de tener que acercarse a ella nuevamente. Pero los aullidos hambrientos de la bebé herían su conciencia.

—Hay una manera de saberlo —respondió Annabelle, mientras frotaba la espalda de la niña—. Gotea un poco en tu dedo y mírame, para ver qué sientes.

Jack hizo lo que ella sugirió.

—No puedo decirte nada. No se me quemó la mano, pero, ¿estará demasiado caliente para su boca?

—Tráela aquí —dijo Annabelle—. Déjame intentarlo.

Ella separó los labios.

En contra de su buen juicio, Jack vertió unas gotas de un líquido blanco y espeso en su dedo índice y luego lo metió en la boca de Annabelle. La calidez húmeda, cuando sus labios se cerraron sobre su dedo y la resbaladiza caricia de su lengua enviaron una poderosa sacudida de lujuria a través de él, lo cual sinceramente terminó avergonzándolo.

Retiró el dedo como si temiera que ella pudiera morderlo.

—Quiero decir de la tetera —lo reprendió con una voz aguda, muy diferente de su suave susurro habitual—. Pero no importa. La papilla no está demasiado caliente.

Jack deseaba poder decir lo mismo de sí mismo.

—Silencio, pequeña. —Annabelle bajó a la bebé de su hombro y la acurrucó en sus brazos—. Tenemos algo para alimentarte. No será a lo que estás acostumbrada, pero, espero que sirva para toda la noche hasta que encuentren a tu mamá.

Seguramente, la pequeña Sarah era demasiado pequeña para entender. Pero algo en los hábiles y suaves movimientos de Annabelle pareció calmarla. Cuando no estaba enrojecida y aullando, era una criatura pequeña y bonita.

Annabelle miró a Jack.

—A menos que quieras lastimarte la espalda, te sugiero que te arrodilles para alimentarla. Ponle el pico en la boca, pero no intentes forzarlo.

Jack no tuvo dificultad en ponerse de rodillas. No había confiado en que estas aguantarían su

peso por mucho más tiempo. Con cautela, acercó el pico de la tetera a la boquita de la bebé.

—Muy bien —murmuró Annabelle—. Ahora presiona la punta muy ligeramente contra su labio inferior y deje que salga una gota de papilla.

No estaba acostumbrado a hacer movimientos tan comedidos y deliberados, especialmente con una mujer deseable tan cerca. Jack reunió cada onza de su autocontrol para seguir las instrucciones de Annabelle.

En respuesta a la suave presión contra su labio, la boca de la bebé se abrió y un poco del líquido espeso goteó adentro. Su sabor la hizo desear más. Sus labios se abrieron y cerraron alrededor del pico, en un movimiento de succión. Jack inclinó la tetera para darle más de lo que quería.

Lo siguiente que supo fue que ella comenzó a farfullar y toser.

Alarmado, apartó la tetera y se preparó para una dura reprimenda de Annabelle.

En cambio, ella levantó a la bebé sobre su hombro y le dio unas palmaditas en la espalda.

—No te preocupes. Sé que tienes hambre, pero no debes intentar beber tan rápido —canturreó de esa manera.

Le ofreció a Jack una sonrisa alentadora, que él necesitaba urgentemente en ese momento.

—Tenía miedo de haberla estrangulado. —Él bajó la tetera con una mano temblorosa.

—Eso no fue tu culpa. —Una vez que la pequeña Sarah dejó de toser, Annabelle la colocó de nuevo en posición para alimentarla—. Es posible que la hayas dejado demasiado recostada. Tengo mucha experiencia con bebés que han sido destetados, pero no con aquellos que todavía están mamando. Sin duda, pronto la dominaremos.

¿Esperaba que lo intentara de nuevo?

—¿Pero qué pasa si esta vez también se ahoga?

—Le daré unas palmaditas en la espalda hasta que tosa. Continúa ahora, antes de que se enfríe la comida. —Annabelle estaba regocijada por esa preocupación de él.

El siguiente intento fue mejor. La pequeña Sarah tragó un poco de la mezcla, antes de empezar a toser de nuevo.

—¡Muy bien! —Annabelle le sonrió a Jack, como no lo había hecho desde hacía algunos años—. Verás, después de todo, no es una prueba tan dura.

Esa seguridad alivió las dudas de él, fortaleciendo su confianza.

Siguieron así hasta que la bebé ya no parecía tener tantas ganas de beber.

—Eso deberá retenerla por un tiempo, con suerte hasta que puedas encontrar a su madre o contratar a una nodriza.

Annabelle limpió la boca de la niña y luego se dirigió a ella.

—¿Eres más feliz ahora que tienes el trasero seco y la barriga llena?

La bebé mostró una amplia y radiante sonrisa, una que Jack descubrió que era bastante contagiosa. La brillante mirada de la pequeña Sarah se desvió hacia él y ella soltó una risita alegre.

Annabelle sacudió la cabeza fingiendo exasperación.

—Otra dama más ha caído bajo el hechizo del irresistible señor Warwick.

—¡Tonterías! —murmuró—. Supongo que ella aprobaría a cualquiera que le diera comida cuando tenía tanta hambre.

La bebé pareció encontrar cómico su discurso porque ella también se rió de eso. Sus enormes ojos azules brillaron.

—Es una criaturita bastante atractiva, cuando no grita a todo pulmón. —Jack no pudo resistir el impulso de pasar el dedo por su mejilla regordeta y aterciopelada.

Cuando se acercó a ella, la bebé le agarró el dedo con sus pequeñas y perfectas manos.

—¡Qué agarre tan fuerte tiene para su tamaño!

¿Fue un tono de orgullo lo que escuchó en su propia voz?

—No es de extrañar que sea bonita —dijo Annabelle—. Tú y tus amigos son famosos por las hermosas mujeres que seducen. ¿Se parece a alguna de tus amantes pasadas? Esa podría ser la forma más rápida de localizar a su madre.

Esta pregunta golpeó a Jack como un chorro de agua fría. Si la niña resultaba ser suya, tendría que hacer espacio en su vida para una mujer con la que nunca había pensado tener una conexión permanente.

—No puedo ver un parecido obvio con nadie que conozca. —Él sacó su dedo del firme agarre de la niña.

Pero cuando eso hizo que aquella sonrisa se desvaneciera y ese pequeño labio temblara, él se lo devolvió nuevamente. Ella agarró su dedo, se lo llevó a la boca y lo mordió con sus encías desdentadas.

—En ese caso —expresó Annabelle—. Recuerda lo que dije sobre el momento en que probablemente esta pequeña fue criada. ¿Con quién estuvieron tú y tus amigos... entre noviembre y enero del invierno pasado?

De mala gana, Jack echó atrás sus pensamientos. No era algo que hiciera a menudo. Prefería centrarse en el presente, en lugar de insistir en el pasado o preocuparse por el futuro. Esa filosofía le había sido útil... hasta hace poco.

—Pasé la Navidad pasada en una fiesta en casa organizada por Lord y Lady Pendleton —reflexionó—. Tuve un breve coqueteo con la señora Archer. Estaba ansiosa por vengarse de su marido por su romance con Lady DeWitt. Pero he visto a los Archer desde entonces. La señora no parecía estar embarazada.

Por alguna razón, él no podía mirar a Annabelle a la cara cuando le contaba su relación. En cambio, se concentró en la bebé. ¿Podría ser la hija de Lucinda Archer?

—Será mejor que le preguntes a ella de todos modos —Annabelle le aconsejó en un tono rígido y de desaprobación que le recordó al severo padre de Frederick—. Los vestidos de cintura alta pueden ocultar más de lo que piensas. Seguramente, la señora habría estado en el campo, durante el verano, cuando su estado era más evidente. Su encierro habría caído por la temporada de cacería.

¿Ahora ella detectaría el tono de desprecio en su voz? Jack se negó a confirmarlo, mirándola a los ojos.

—Podemos discutir todo eso más tarde. Ahora que Sarah ha sido alimentada, debo localizar los otros artículos que necesitas.

Quitó su dedo completamente engomado de la boca de la bebé y le dio unos golpecitos en la nariz, lo que la hizo reírse.

—Regresaré pronto —le habló a la bebé, aunque eso lo hizo sentirse bastante tonto—. Sé una buena chica con tu tía Annabelle, mientras no estoy.

Se levantó del piso, un poco rígido por la posición desacostumbrada, alejándose con una extraña mezcla de alivio y desgano.

Un rato después, él regresó con una cantidad de ropa que había sido destinada para hacer pañuelos y una caja de madera, que alguna vez había contenido botellas de vino. La paja de embalaje debería servir como colchón, cuando la cubriera con la gruesa manta de lana que había agarrado de su cama.

Cuando Jack entró en la habitación, su bien ensayada disculpa, por tardar tanto, murió en sus

labios porque no vio señales de Annabelle o de la bebé.

¿Adónde podrían haber ido? Una afilada espada de alarma le atravesó el vientre, como ningún miedo que hubiera experimentado antes.

Su mirada recorrió la habitación. Cuando vio a Annabelle acostada en la cama con la bebé, una mareante oleada de alivio lo sacudió.

Dejó la caja de vino con cuidado para no despertar a las que dormían. Su corazón latía contra sus costillas, como si acabara de correr desde la orilla del Támesis. Luchó por recuperar el aliento. Sus emociones no habían estado tan agitadas desde que se enteró de la muerte de su primo. Esa terrible noticia había despertado sentimientos de pena, culpa y arrepentimiento. Esta vez su reacción fue aún más complicada y volátil.

¿Qué le había pasado? Ayer a esta misma hora no se había dado cuenta de la existencia de la niña. Ahora su bienestar le importaba más de lo que realmente podría admitir.

Consciente de cada leve crujido del piso, se arrastró hacia la cama. Una vez que llegó allí, permaneció varios minutos mirando a la mujer dormida y a la niña. Parecían tan pacíficas y vulnerables que eso despertó en él instintos tiernos y protectores.

Se habían tumbado encima de la colcha y la bebé estaba envuelta en las mantas de su cesta. Annabelle no tenía nada encima y su vestido no parecía proporcionarle mucha calidez. La habitación tenía una temperatura agradable ahora, pero se volvería más fresca, cuando el fuego se apagara.

Moviéndose silenciosamente, Jack sacó su manta de la caja de vino y la usó para cubrir a Annabelle. Ella no se despertó, como él temía, sino que se acurrucó, bajo la manta, con un suspiro de agradecimiento.

Ahora, ¿qué debería hacer? Una parte de él quería volver a salir de la habitación y esperar que Annabelle y la bebé durmieran profundamente hasta la mañana.

Sin embargo, ¿qué pasaría si Sarah se despertara antes y necesitara que la alimentaran de nuevo? ¿Con qué frecuencia necesitaban comer los bebés? Annabelle tal vez lo supiera, pero él no tenía la menor idea. Como sus amigos se habían ido, a quién sabe dónde, él era responsable de la niña. Él también era responsable de Annabelle, ya que ella solo había venido aquí, ante su insistencia. No podía abandonarla a ella ni a la bebé ahora.

Miró hacia la silla y luego de nuevo a la cama. Sarah estaba acurrucada en medio del colchón con Annabelle a un lado de ella. ¿Era posible que la niña rodara o se deslizara hacia el otro lado y cayera al suelo? El estómago de Jack se desplomó ante ese mero pensamiento.

Decidido a evitar tal calamidad, se quitó las botas y se estiró con la bebé, entre él y Annabelle. Mientras yacía allí, arrullado por la suave y lenta respiración de la bebé y la de ella, él se dio cuenta de que era la primera vez que compartía la cama de una mujer sin intenciones carnales. Le sorprendió descubrir lo agradable que podía ser esa experiencia.

* * *

Un débil chirrido de la bebé sobresaltó y despertó a Annabelle.

¿Dónde estaba y qué estaba haciendo aquí?

Los recuerdos de la noche anterior volvieron a inundarla y con ellos un repugnante escrúpulo de culpa. No había tenido la intención de quedarse dormida, solo descansar la vista por un momento, después de que la pequeña Sarah se durmiera pacíficamente. ¿Qué pasaría si la bebé se hubiera caído de la cama?

Obviamente eso no sucedió, Annabelle se dio cuenta, mientras abría los ojos. O habría sido un fuerte golpe lo que la despertó, seguido de gritos ensordecedores. Su visión, aún no estaba

enfocada en la tenue luz de la madrugada. Extendió la mano para consolar a la bebé con una suave caricia.

Pero no fue un manojo de mantas sobre lo que posó su mano ni la suave mejilla de la bebé. En cambio, era la carne firme y suave de la mano de un hombre.

¡Jack! Mientras retiraba la mano, una fuerte bocanada de aire pareció congelarse en sus pulmones, incapaz de encontrar la salida.

Yacía al otro lado de la bebé, con una mano apoyada sobre ella en un abrazo protector. El sueño había suavizado la aspereza de sus facciones y el aire de burla libertina con el que veía el mundo. Se parecía mucho más al chico, que había capturado su corazón desde su primer encuentro. ¡Cómo había soñado una vez con compartir cama y un niño con él... pero no así!

Annabelle recuperó el aliento y echó hacia atrás la manta que la cubría. ¿De dónde había venido? Se levantó de la cama y agarró a la bebé, a quien evidentemente no le gustaba que la manipularan con tanta brusquedad.

La pequeña Sarah lanzó un agudo grito de protesta al mismo tiempo que Annabelle preguntaba:

—Jack, ¿qué significa esto? ¡Como si pasar la noche bajo tu techo no comprometiera lo suficiente mi reputación!

—¿Qué? —Jack se despertó de mala gana. Se frotó los ojos y luego la miró entrecerrando los ojos—. ¡Oh! Annabelle, eres tú. ¿De qué estás hablando? Dijiste que no debería dejarte todo el cuidado de la bebé en tus manos, así que me quedé por si necesitabas mi ayuda. Tenía miedo de que se cayera, así que me acosté para mantenerla a salvo entre nosotros. ¿Qué más debería haber hecho?

Sus razones tenían sentido. Annabelle se vio obligada a admitirlo. Podría haber aprovechado su sueño para escabullirse y pasar una buena noche en su propia cama. Había mostrado una preocupación inesperada por la seguridad y la comodidad de la pequeña Sarah. ¿Quién más podría haberla cubierto con esa manta?

Aunque sus emociones confusas y demasiado intensas se negaron a permitirle perdonarlo tan fácilmente.

—Pudiste haberme despertado.

—No me atrevía a hacerlo. —Jack se sentó, estirándose—. Parecías tan tranquila y sabía lo cansada que estabas. No te preocupes por tu reputación. Ambos sabemos que no pasó nada inapropiado entre nosotros. ¿Cómo podría ocurrir eso con nuestra pequeña acompañante de guardia?

—Pero, tus sirvientes —Annabelle farfulló, violentamente nerviosa al pensar en lo que podría haber sucedido en ausencia de la bebé Sarah, quien se había calmado después de su primera protesta vocal.

—Están bien pagados por su discreción —le aseguró Jack, mientras se levantaba de la cama, arrugado, pero demasiado atractivo—. No habrá chismes sobre esto, te lo prometo.

Annabelle tenía sus dudas al respecto, pero insistir en el tema solo centraría sus pensamientos en direcciones que no tenía por qué tomar. Era mejor dejar ese asunto en favor de otro más seguro.

—Me sorprende gratamente que esta pequeña no se haya despertado durante la noche. La papilla debe haberle caído bien, pero pronto necesitará leche. ¿Pudiste encontrar tela para cambiar los pañales?

—Esta. —Jack sacó un rollo de lino fino de una caja que había junto a la puerta—. Al menos espero que esto funcione.

Annabelle lo miró.

—Por ahora. Hoy puedes enviar a alguien a comprar franela. Se absorbe mejor. ¿Qué es esa caja?

Jack le explicó que la caja de vino había sido lo más parecido a una cuna que pudo localizar a esa hora.

—Supongo que no es inapropiado —murmuró Annabelle, más para sí misma que para él—. Pero te felicito por su ingenio. Es un rasgo que uno necesita al criar a un niño.

Sin embargo, Annabelle recordó que Jack no tenía intención de criar a la pequeña Sarah, incluso si resultaba ser su hija. Hoy localizaría a la madre del niño y le daría dinero para que el problema desapareciera. Luego, él volvería a su despreocupada existencia de soltero y olvidaría que este escandaloso incidente había ocurrido alguna vez. No debía hacerse ninguna idea tonta de que un hombre como Jack Warwick pudiera ser domesticado.

—¿Qué hay que hacer por ella ahora? —preguntó—. ¿Le ordeno a mi cocinero hervir un poco más de pan? Deberías haber visto la mirada que me dio anoche cuando se lo pedí.

—Puedo imaginarlo. —Annabelle puso los ojos en blanco. Sin duda, toda la familia de Jack veía a las mujeres como una diversión pasajera y a los niños como un gran inconveniente—. Pronto necesitará que la alimenten nuevamente, pero primero hay que cambiarla. Rómpeme una tira de esa tela.

Jack hizo lo que ella le pedía y después observó desde una distancia segura, mientras ella quitaba la ropa mojada de la bebé. Una vez libre de la tela húmeda, la pequeña Sarah pateó sus piernas regordetas y con hoyuelos, arrullando y riéndose de la manera más entrañable. Annabelle intentó no sonreír, pero no pudo evitarlo. Ella lanzó una mirada fugaz a Jack y encontró sus labios arqueados en una sonrisa bastante tonta.

Mientras doblaba y colocaba el pañal fresco y seco alrededor del trasero de la bebé, Annabelle lo sorprendió mirándola con algo parecido a la admiración, lo cual le trajo una peligrosa oleada de felicidad.

Ella se obligó a fruncir el ceño severamente.

—Una vez que la bebé haya sido alimentada, tú y tus amigos deben ponerse manos a la obra para localizar a su madre. Diré esto por ella: aparte de la locura de abandonar a la pequeña Sarah en la puerta de tu casa, cuidó muy bien de la niña.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó Jack.

Annabelle reprimió una respuesta desdeñosa. ¿Eran los bebés un misterio tal para los hombres, que él ni siquiera podía usar sus ojos?

—Obviamente, Sarah está bien alimentada. Su cuerpo y ropa permanecen limpios. No tiene llagas en ninguna parte de su piel y preserva un carácter agradable cuando está seca, alimentada y descansada. Todo eso es un gran logro para una mujer sola. Algo debió haber alterado sus circunstancias y haberla obligado a tomar medidas tan desesperadas.

—Parece que lo sientes por la mujer —Jack habló como si ella fuera culpable de una escandalosa deslealtad.

Pero, ¿qué tipo de lealtad imaginaba que ella le debía?

—Lo siento por ella —replicó Annabelle con un movimiento desafiante de la barbilla—. Un caballero puede disfrutar de su placer y luego seguir alegremente su camino, mientras su pareja sufre todas las consecuencias de su cita.

No obstante, ella pensó en las muchas conquistas románticas de Jack, lo cual hizo que su interior hirviera, tal como lo había hecho la noche anterior, cuando él mencionó su aventura casual con la esposa de otro hombre.

—Te lo dije —protestó Jack—. Habría ayudado a la mujer si hubiera venido a mí. ¿Cómo podría ayudar con una dificultad de la que no sabía nada?

—¿Cómo iba a saber la pobre criatura que la ayudarías? —Annabelle levantó a la pequeña Sarah de la cama y la abrazó. Afortunadamente, la niña era demasiado pequeña para comprender que no la querían—. ¿Algo en tu actitud sugiere que te preocupas más por tu propio placer? ¿O ella tenía motivos para temer que usted pudiera empeorar su situación si se lo contaba?

Jack se estremeció.

Claramente, su dardo había dado en el blanco. Pero Annabelle no podía sentirse satisfecha con esto. Su muestra de indignación no fue tan justa después de todo. Su crítica no había sido motivada tanto por la simpatía hacia la madre de Sarah, sino por su necesidad de mantener enterrados a salvo sus viejos sentimientos por Jack.

—Perdóname —ella suplicó—. Eso fue injusto. Al menos estuviste a la altura de las circunstancias anoche, a diferencia de tus amigos. ¿Volvieron alguna vez a casa?

Jack se encogió de hombros con tristeza.

—No antes de que fuera la cama. Y no necesitas disculparte por lo que acabas de decir. Puede que no hayas tenido tacto, pero eso no significa que esté mal. Sin duda, juzgas mi comportamiento por cómo habría actuado Frederick. Seguramente, ya debes saber que nunca podré estar a la altura de su estándar.

Ella estuvo tentada de recordarle a Jack que su amado primo no había estado completamente exento de defectos, mientras que él poseía más buenas cualidades de las que se le reconocían. Pero en ese momento, la bebé empezó a quejarse de nuevo.

Annabelle agradeció la diversión.

—Le pido perdón, señorita Sarah. ¿No te hemos prestado suficiente atención?

Observó a Jack, estando reacia a mirarlo a los ojos.

—Será mejor que vayas a buscarle comida, antes de que se sienta más infeliz.

Él asintió con aprensión y luego se dirigió hacia la puerta.

—¡Llévate también su ropa para que la laven! —le gritó Annabelle.

—Por supuesto. —Jack hizo una mueca, pero con cautela agarró el paño empapado por una esquina, lo depositó en un orinal vacío y se lo llevó.

Él podría encontrar ofensivos muchos aspectos de cuidar a un bebé, pero al menos lo estaba intentando. Annabelle se preguntó cuántos otros caballeros estarían dispuestos a hacer tanto como Jack.

—De todos modos —murmuró, dándole un beso en la frente a la pequeña—. Espero que hoy encuentren a tu mamá y te devuelvan con ella. No sé cómo pudo soportar renunciar a ti.

Annabelle estaba cada vez más apegada a esta dulce niña. En cuanto al hombre que podría ser el padre de Sarah, durante mucho tiempo, ella se había preocupado por él mucho más de lo que debía.

Capítulo cuatro

—Me doy cuenta de que ninguno de nosotros tiene una excelente reputación. —Ese día, más tarde, Jack miró a Rory y Gabriel con el ceño solemne, mientras estaban sentados en el sofá del salón, luciendo completamente incómodos—. Pero nunca los consideraré a ustedes dos como cobardes.

—¡Cobardes! —Rory intentó levantarse, aunque volvió a hundirse. Sus rasgos atrevidos tenían un matiz verdoso—. Mira, Jack, si no fueras uno de mis amigos más queridos, te criticaría por tal insulto. ¡Un Fitzwalter nunca huye de una pelea!

—Tal vez no. —Jack sentía poca simpatía por las evidentes indisposiciones de sus amigos—. Pero la presencia de una bebé indefensa, en la casa, te hizo dar media vuelta a la primera oportunidad. Yo llamo a eso cobardía. Puedes desafiarme a duelo, pero eso no alterará mi opinión.

—No tenía miedo de eso. —Rory le lanzó a Jack una mirada biliosa—. Pero sabía que nunca podría pegar ojo si estuviera llorando toda la noche, así que me quedé afuera. Ciertamente, la niña no es mía, así que no vi ninguna razón por la cual debería perder el sueño por eso.

—No finjas que dormiste algo anoche. —Jack cruzó los brazos sobre el pecho, como siempre lo hacía su tío, cuando daba un sermón sobre su comportamiento errante—. Y por favor, refiérete a la bebé como ella o Sarah. Ella no es un artículo de equipaje. No veo ninguna razón por la que ella no pueda ser tu hija. Al igual que tú, ella habla cuando está disgustada o cuando quiere algo. Además, ¿tu madre no se llamaba Sarah?

Incluso mientras enumeraba las posibles conexiones, Jack estaba esperando que eso no fuera cierto. Rory Fitzwalter era un compañero divertido y un hombre de muchos talentos, pero la mayoría de estos habían sido desperdiciados. Además, de los tres amigos, él era el que tenía menos potencial para ser un padre responsable.

Rory intentó levantarse de nuevo, sin éxito.

—Dejen a mi madre fuera de esto, que en paz descanse. Muchas mujeres tienen ese nombre y ninguna de las que he coqueteado recordaría a mi madre. Hay una razón por la que no me acuesto con chicas jóvenes como ustedes dos.

Antes de que Rory pudiera decir algo más, Gabriel habló por primera vez. Estaba sentado encorvado hacia adelante con la cabeza entre las manos. Representaba la vívida imagen de la miseria libertina.

—Pensé que era porque te dan regalos caros y sinecuras lucrativas.

—¡Entonces! ¿Qué? ¡Gabriel! —Rory gruñó—. No negaré que estoy agradecido por la generosidad que mis amantes derraman sobre mí y aprecio la forma femenina madura hasta la madurez perfecta. Pero también considero prudente que un hombre de mis limitados recursos evite a las mujeres que son óptimas para tener hijos.

La confesión de su amigo sorprendió a Jack. Sugería mayor previsión y altruismo del que Rory parecía poseer.

—No estés tan seguro de que la niña no es tuya —Gabriel continuó hablando y acunando su cabeza, como si temiera que la misma pudiera romperse—. No todos tus amores han pasado la edad de tener hijos.

—Quizás no. —Se enfureció Rory—. Pero todas son lo suficientemente inteligentes y experimentadas como para saber cómo evitarlo. Si una se encontrara encinta, sería perfectamente

capaz de mantener a la niña sin mi ayuda. Te aseguro que ninguna dama que conozco se rebajaría a algo tan melodramático como dejar a su bebé en mi puerta.

—Sea como sea —dijo Jack—. Cada uno de nosotros debe hacer una lista de las mujeres con las que... pasamos tiempo el año pasado desde la temporada de cacería hasta la temporada de Londres. Entonces, debemos hacer averiguaciones discretas para saber si alguna de ellas podría ser la madre de Sarah.

—¿Crees que la dama lo admitirá? —preguntó Gabriel. En aquel momento, él no parecía capaz de hacer nada más agotador que tumbarse en una habitación oscura con un paño frío sobre la frente—. La noticia de nuestra situación se ha extendido por toda la ciudad. Ya hay una docena de apuestas en el libro del club sobre quién de nosotros es el padre. Quizás te halague saber que las probabilidades te favorecen, Jack, cuatro a uno.

—¿Halagado? ¡Difícilmente! Pero...

Jack no pudo negar un improbable destello de satisfacción porque la opinión pública confirmaba la suya acerca de la paternidad de la bebé. Ya él había hecho su lista, y le avergonzaba la cantidad de nombres recopilados en la misma, sin considerar las dificultades que tuvo para recordar algunos de esos nombres.

—¡Oh! Muy bien —respondió Rory, con un tono de gemido—. Si eso te tranquiliza la conciencia, podemos hacer averiguaciones discretas. ¡Ahora déjanos ir a la cama y sufrir en paz!

Jack negó con la cabeza.

—Debemos comenzar de inmediato. La bebé necesita ser amamantada y si no encontramos a la madre pronto... Annabelle dice que se le acabará la leche.

Rory se estremeció y su rostro se puso aún más verde.

—Esa es mucha más información de la que necesitaba. Y por Annabelle, supongo que te refieres a...

—Se refiere a mí. —Annabelle salió del comedor, lo que hizo que Jack sospechara que había estado escuchando a escondidas la conversación. Tenía a la bebé en sus brazos—. Acepté ayudar a cuidar a Sarah anoche, ya que era demasiado tarde para hacer algo para localizar a su madre. No tengo intención de quedarme aquí, así que te sugiero que encuentres a la mujer lo más rápido posible o que contrates a una nodriza hasta que la puedan localizar.

Cuando ella entró, Rory y Gabriel se levantaron tambaleantes del sofá y le hicieron una reverencia, lo que Jack percibió como un esfuerzo insoportable por parte de ellos.

—Lady Southam.

Southam había sido el título de cortesía que Frederick recibió de su padre. Por alguna razón, a Jack le resultaba imposible pensar en Annabelle de esa manera.

—Por favor, siéntate —le rogó Rory con los dientes apretados—. No estamos en condiciones de acatar el debido civismo.

—Puedo verlo —respondió Annabelle sin el menor signo de lástima por su difícil situación. Ella caminó hacia el sofá y se sentó entre los dos hombres supuestamente abatidos por el sufrimiento.

Rory y Gabriel la miraron horrorizados. Jack esperaba que se trasladaran a otra parte, pero tal vez no confiaban en que sus piernas los llevaran. En cambio, ellos se hundieron nuevamente y avanzaron, poco a poco, hasta los rincones más alejados del sofá.

Annabelle sacudió la cabeza, obviamente, exasperada con ellos.

—Ella es solo un bebé, ya saben, no un barril encendido de pólvora negra.

—¿La has oído gritar? —El rostro de Gabriel estaba mortalmente pálido en contraste con su cabello negro y la oscura barba de varios días en su mandíbula—. Es tan fuerte como una

explosión, pero sigue y sigue.

—Ella está tranquila ahora —expresó Annabelle en un tono siniestro—. Creo que la pobrecita tenía buenas razones para llorar ayer, ¿no?

Jack observó con cruel diversión cómo ella ponía a sus amigos en el lugar que les correspondía. No era más de lo que merecían después de irse de juerga anoche y dejarlo solo para lidiar con la crisis.

—Supongo que sí. —Gabriel asintió. ¿Realmente lo creía o solo tenía miedo de lo que Annabelle podría hacerle si discutía?

—Ahora sé que todos quieren acusarse unos a otros. —Ella acunó la niña en sus brazos—. Pero hasta que no encuentren a su madre, el hecho es que Sarah podría pertenecer a cualquiera de ustedes. ¿Es demasiado pedir que al menos la miren?

Eso los avergonzó, obligándolos a observar a la niña, que se mordía los dedos y miraba a los dos rastrillos demacrados con una sonrisa gomosa de deleite.

—Ahora es todo dulzura y luz, ¿no? —Rory le murmuró a la bebé—. Sin embargo, no puedes engañarnos. Hemos visto de lo que eres capaz.

La pequeña Sarah se rió, como si entendiera su irónica broma. Luego, ella sopló una frambuesa mojada en respuesta. Rory fingió que eso no le hacía gracia, pero Jack se dio cuenta de que su amigo estaba luchando por reprimir una sonrisa.

Gabriel extendió la mano con cautela para pasar las yemas de los dedos por la mejilla regordeta de la bebé.

—Qué rubia es y qué ojos tan azules. Nadie podría mirarla e imaginar ni por un minuto que es mía.

¿Había una leve nota de melancolía en la voz de Gabriel? Se preguntó Jack. ¿O estaba escuchando cosas?

—Quizás se parezca a su madre —sugirió Annabelle—. ¿Te pareces mucho a tu padre?

—Ni en lo más mínimo, gracias al Cielo. —Ahora que se había visto obligado a reconocer a la bebé, Gabriel miró fijamente su pequeño rostro, como si buscara un parecido con alguien.

Jack se preguntó con quién.

—Sarah se ha portado muy agradable hoy. —Annabelle le sonrió a la niña—. Pero estoy segura de que debe extrañar a su mamá y todas las imágenes y sonidos familiares de su hogar, incluso si es demasiado pequeña para comprender lo que sucedió.

¿Habló por experiencia personal? Desde que Jack tenía uso de la razón, ella había sido un miembro fijo de la casa del vecino más cercano de su tío. Al menos en su caso, su madre no la había abandonado intencionalmente, como la de la pequeña Sarah... y la de él. Las palabras de Annabelle le recordaron sus años de juventud y el desconcierto que había experimentado tras la trágica muerte de su padre y la misteriosa desaparición de su madre. A diferencia de la bebé, él tenía edad suficiente para comprender que algo andaba muy mal. La severa desaprobación de su tío le hizo sentir que cualquier cosa que hubiera sucedido debía ser culpa suya.

—Es vital que Sarah se reúna con su madre lo antes posible —habló Annabelle con una silenciosa urgencia, mirando de Gabriel a Rory—. Confío en que ustedes, caballeros, antepondrán el bienestar de una niña inocente a sus indisposiciones, que son totalmente autoinfligidas.

—Pero mi cabeza... —suplicó Gabriel.

—Y mi... instinto. —Rory tragó varias veces rápidamente.

—Si no encuentran a la madre de Sarah esta noche. —El tono ronco de la voz de Annabelle se hizo más pronunciado—. No me quedará a cuidarla. Y como Jack ha tomado su turno, le

sugiero que los deje a ambos hacer los honores, incluso si eso significa encerrarlos a los tres juntos en una habitación.

Jack dudaba que ella esperara que él cumpliera esa amenaza. Pero Rory y Gabriel no eran jugadores tan imprudentes como para decirle que era un farol.

—¡Iremos! —Rory levantó las palmas de las manos en señal de rendición—. Solo danos tiempo suficiente para que mi hombre prepare un restaurador.

Esa reacción pareció divertir a la bebé, quien soltó una carcajada.

Rory la miró con el ceño fruncido.

—Te agradeceré que muestres un poco de respeto por tus mayores, jovencita. Cuando encontremos a tu madre, tengo intención de hablar con ella, puedes estar segura.

Sarah no parecía intimidada en lo más mínimo y continuó riéndose.

Annabelle no pareció encontrar la situación tan divertida.

—Por supuesto, toma tu reconstituyente. Haz lo que sea necesario para encontrar a la mujer y devolverle a su bebé. No tengo intención de pasar una noche más en esta casa.

Rory y Gabriel asintieron dócilmente.

Annabelle trataba a sus compañeros de casa casi tan bien como a la bebé. Jack se dio cuenta con un destello de admiración. Pero ella tenía razón. Lo mejor para todos sería que ella no pasara otra noche bajo su techo.

* * *

—Por favor, Annabelle, ¿no puedes abandonarnos!

Esa noche, Jack y sus amigos regresaron para informar que no habían logrado encontrar a la madre de Sarah y rogaron por más tiempo.

—Acepté venir solo por una noche —habló Annabelle con voz firme pero suave, para no perturbar a la bebé que dormía en sus brazos.

Jack reconoció su protesta, asintiendo.

—De hecho lo hiciste y estaremos siempre en deuda contigo. ¿No somos caballeros?

Sus amigos asintieron y murmuraron su acuerdo. Ambos se veían algo mejor que cuando emprendieron su búsqueda.

—Si estás tan profundamente en deuda conmigo, me sorprende que tengas el descaro de pedirme que les conceda más favores. —En el momento en que esas palabras salieron de sus labios, ella deseó haber elegido otras.

Conceder favores era una forma educada de describir lo que la pequeña madre de Sarah había hecho por uno de estos tres encantadores derrochadores. Sin embargo, ¿qué problemas había traído eso! Hubo un tiempo en el que Annabelle podría haberle concedido sus favores a Jack sin pensar en las consecuencias. Pero él nunca lo había preguntado.

Ahora él solo la quería a ella, del mismo modo que lo habían hecho sus tíos, como una sirvienta no remunerada.

Antes de que los hombres pudieran dar una respuesta persuasiva, ella preguntó:

—¿Hiciste algún esfuerzo por encontrar a la madre?

—¿Algún esfuerzo? —Jack pasó sus dedos por su cabello castaño dorado, haciendo que Annabelle deseara poder tocarlo, solo una vez—. Hicimos todo lo posible, al menos yo lo hice. Llamé a la señora Archer y puedo asegurarte que la bebé no es suya.

La mención de Jack de su ex amante atormentó a Annabelle como el giro de un cuchillo que ya la había apuñalado.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

No importaba con cuántas mujeres Jack se había acostado, ella lo pensó así, mientras evitaba cuidadosamente su mirada. No quería que él vislumbrara la angustia que ella no tenía derecho a sentir.

—¿Le creíste la palabra? Dudo que sea el tipo de cosas que una mujer admitiría fácilmente.

Jack negó con la cabeza.

—Concédeme el crédito por tener más sentido que eso. No tuve que preguntarle. Es obvio que la señora está actualmente embarazada; sospecho que nacerá dentro de dos meses. No hace falta ser partero para saber que le es imposible tener dos bebés en medio año. Y antes de que preguntes, no soy el padre del niño que lleva adentro.

Annabelle tuvo que admitir que esa era una coartada sólida para Lady Archer.

—También busqué a una actriz que conozco —expresó Jack—. En el momento del nacimiento de la bebé, ella actuaba en la obra *Todo por el amor*, en Drury Lane.

—Vi la obra de teatro —dijo Rory Fitzwalter. —Puedo asegurarte que la señora no estaba embarazada.

—Entonces —prosiguió Jack—, pasé horas tratando de localizar a Madame Reynard, sin éxito. Finalmente descubrí que está en las Indias Occidentales y ha estado allí durante la mayor parte del año.

Annabelle había oído algunos chismes sobre Clarissa Reynard, una cortesana apenas menos famosa que Harriet Wilson y sus hermanas. Algunos afirmaron que Madame era una espía francesa. Otros indicaron que no era francesa en absoluto, sino la hija de un carnicero de las islas del Canal. ¿Cómo pudo Jack haber tenido intimidad con una criatura así? El cuchillo invisible en el corazón de Annabelle volvió a torcerse.

—Viajar al extranjero sería una buena excusa para tener un hijo discretamente —sugirió, aunque su corazón se resistía ante la idea de que la inocente bebé que tenía en brazos pudiera tener una madre así.

Rory Fitzwalter se encogió de hombros con escepticismo.

—Si Madame está en el Caribe, ¿cómo pudo haber dejado una bebé en nuestra puerta?

Sus dudas aliviaron la mente de Annabelle y la hicieron tener una disposición más favorable hacia él.

—¿Supongo que no tuvo más éxito con sus investigaciones, señor Fitzwalter?

—No la tuve, lo cual no me sorprendió. Te digo que no hay posibilidad de que la niña sea mía.

—Entonces, ¿supongo que hablaste con todas tus amigas?

Su pregunta hizo que el caballero se retorciera un poco.

—Por supuesto que no. Las consultas verdaderamente discretas toman tiempo. Uno no plantea una pregunta tan íntima y luego corre hacia la siguiente persona de la lista.

—¿Con cuántas hablaste? —preguntó ella.

—Casi dos.

Annabelle pudo contener un grito que habría despertado a la bebé.

—En otras palabras, una.

—Bueno, sí. Pero, estoy muy seguro. No tiene sentido hacer un trabajo chapucero, ¿verdad?

Lord Gabriel asintió con la cabeza, pero Jack parecía tan molesto con su amigo, igual como se sentía Annabelle.

Ella no pudo reprimir una punzada de simpatía por él. Parecía preocuparse mucho más que los demás por el bienestar de la bebé. Estaba dispuesto a reconocer que ella podría ser su hija y había hecho un esfuerzo mucho mayor para localizar a su madre desaparecida. ¿Era justo

penalizarlo por las deficiencias de sus amigos?

—¿Qué hay de usted, Lord Gabriel? —se dirigió hacia el último del trío—. ¿Lo hiciste mejor que tu amigo?

El joven caballero bajó la cabeza.

—Bastante peor, me temo.

—¿Peor? —Annabelle y Jack gritaron juntos.

El ruido molestó a la bebé. Ella salió de su apacible sueño con un suave balido, pero no abrió los ojos. Los tres hombres se volvieron tensos y parecían congelados. Annabelle se preguntó si estaban conteniendo la respiración.

Después de un momento de silencio para que Sarah volviera a calmarse, ella reanudó el interrogatorio de Lord Gabriel.

—¿No hablaste con nadie en absoluto?

—Hablé con varias personas —respondió en un susurro defensivo—. Pregunté sobre el paradero de una dama en particular. Actualmente, ella se encuentra en la finca de su padre, en el campo, por lo que no puede ser la persona que buscamos.

—¿En qué parte del país? —preguntó Annabelle.

—Surrey, pero, ¿qué importa eso?

—No es una distancia tan grande. La mujer pudo haber venido ayer a la ciudad para dejar a la bebé o mandó a otra persona para que lo hiciera. No la descartaría hasta que hayas hablado con ella. Lo que no puedo entender es por qué perdiste un tiempo valioso en una línea de investigación, después de saber que esa mujer no estaba disponible, ¿por qué no fuiste a buscar a la siguiente?

Ella se sintió bastante dura al interrogar a Lord Gabriel con tanta severidad. Él tenía un aire extrañamente inocente y juvenil, a pesar de la vida disoluta que llevaba. Comparado con la robusta apariencia de Jack y el atractivo distintivo de Rory Fitzwalter, Lord Gabriel tenía la clásica belleza masculina de una estatua griega. Annabelle se preguntó cuántas mujeres podrían haber sacrificado su virtud por él.

Gabriel miró hacia sus rodillas, negándose a encontrarse con alguna de las miradas fijas en él.

—La verdad es que no hay otras. Nunca he sido tan mujeriego como mis amigos.

—Eso no es nada de qué avergonzarse. —Annabelle no pudo evitar querer consolarlo—. Pero, esta mujer con la que estabas... tan cerca. Debes hacer un esfuerzo para estar seguro de que no es la madre de Sarah.

Él asintió con conmovedor arrepentimiento y miró de reojo a la bebé dormida.

—Lo haré. ¿Pero qué será de la niña mientras tanto? Jack dijo que necesita leche.

—Ella la necesita. —Annabelle deseaba que le fuera posible amamantar a la bebé, pero eso solo crearía un vínculo más profundo con una niña que no era suya—. Como no has encontrado a su madre, tendrás que contratar una nodriza para que la alimente.

—¿Una nodriza? —Lord Gabriel parecía desconcertado—. ¿Dónde podemos encontrar a una de ellas?

Annabelle reprimió un suspiro de impaciencia.

—Deberías conseguir una mujer agradable y saludable en el campo para que se haga cargo de Sarah hasta que localices a su madre. Debes conocer a una señora con niños que pueda recomendarte a alguien, a la adecuada.

—Podría preguntarle a mi hermana —ofreció Rory—. Pero, ella y su familia todavía están en su finca, en Somerset... Tal vez la esposa de mi hermano...

—Seguramente, alguna de mis relaciones femeninas lo sabrá. —Lord Gabriel asintió.

Ambos sonrieron con aprobación ante su sugerencia, pero Jack negó con la cabeza.

—Esto se encuentra fuera de la cuestión. La pobre criaturita ya se quedó una vez con extraños. No se la entregaré a otra persona, justo cuando haya empezado a acostumbrarse a nosotros. Seguramente, debe haber una nodriza sobria y saludable en algún lugar de Londres, que se quedaría aquí para cuidar a la bebé por un corto tiempo.

—Si buscas lo suficiente, es posible que encuentres la aguja en un pajar, pero el tiempo es esencial. Los bebés alimentados a mano no suelen prosperar. —Annabelle no pudo ocultar sus dudas.

—Quizás esos otros pequeños no tengan una persona tan hábil y dedicada para cuidarlos como tú lo haces con Sarah —habló Jack con una convicción tan sincera, que a Annabelle le resultó difícil resistirse—. Ella parece muy contenta bajo tu cuidado. ¿Podemos convencerte de que te quedes unos días más para darnos tiempo de contratar una nodriza y buscar a la madre?

—Por favor —murmuró Rory.

Lord Gabriel también la miró con una mirada dulcemente suplicante.

Annabelle intentó endurecer su corazón, recordándose a sí misma que estos tres tenían una habilidad peligrosa para persuadir a las mujeres, a quienes las obligaban, sin pensar en las consecuencias. Pero, ¿cuáles serían las consecuencias para esta querida niña si ella se negara? A Jack y sus amigos les vendría bien que esa niña los mantuviera despiertos toda la noche llorando. Sin embargo, la pequeña Sarah no merecía que la abandonaran a torpes y frenéticos cuidados.

—Podría... si juran redoblar tus esfuerzos de búsqueda.

Jack y Gabriel asintieron vigorosamente, mientras Rory movía su corazón. El alivio colectivo fue absurdamente obvio. Estaba claro que creían que habían logrado evadir su responsabilidad una vez más.

—Y —expuso Annabelle, para demostrar que ese no sería el caso—. Lord Gabriel y el señor Fitzwalter deben ayudarme a cuidar a la bebé esta noche.

Los dos hombres respiraron profundamente, como si ella los hubiera amenazado con una pistola cargada. Pero Jack soltó una risita apreciativa.

—Eso suena como una buena idea. ¡Bien hecho, querida!

* * *

Dos días después, mientras la más reciente de una larga serie de aspirantes a nodrizas, sin éxito, salía de la despensa del mayordomo, que se encuentra debajo de las escaleras, Jack se frotó la frente dolorida.

—Adelante, dilo —le murmuró a Annabelle—. Me dijiste que sería imposible encontrar una nodriza adecuada en la ciudad.

—Te dije que sería difícil. —Ella le dio una palmadita reconfortante en el brazo—. Has visto por ti mismo la verdad de esto. No necesito recordártela.

En el piso, entre ellos, la pequeña Sarah dormía profundamente en su cuna de caja de vino, la cual Jack le había asegurado a Annabelle, que tenía intención de sustituirla lo antes posible por una de verdad.

Él lanzó una mirada preocupada, pero cariñosa a la bebé.

—Estaba seguro de que si ofrecía suficiente dinero atraería a una candidata adecuada. En lugar de eso, he provocado que montones de personas inadecuadas surjan de la nada.

—Me temo que sí. —Annabelle se abanicó la nariz porque el olor del último pedo flotaba en el aire—. Aunque debes admitir que la experiencia te ha ayudado a decidir qué cualidades no

deseas en una enfermera para Sarah.

—Es una buena lista larga —suspiró Jack—. La intemperancia está en la cima. He inhalado suficientes vapores de ginebra como para emborracharme.

Annabelle se rió entre dientes con ese suave susurro que él encontraba tan atractivo. Le dieron ganas de decir algo más divertido para poder oírlo de nuevo.

—La suciedad debe ocupar el segundo lugar. Otro como el anterior y necesitaré una vinagreta. Aunque la mayoría de ellos no pueden evitarlo, pobres criaturas.

Sin duda, él había visto a mujeres pobres, luchando por formar familias numerosas en el barrio donde vivía. Una vez que encontraran una nodriza para Sarah, él de alguna manera persuadiría a Annabelle para que al menos aceptara su ayuda para encontrar un lugar mejor, donde pudiera vivir.

Jack no le dijo que había ordenado a su ayudante de cámara para que le diera a cada una de las mujeres algo por las molestias. Esperaba que nadie lo gastara en la taberna de la esquina de Bruton Street.

En ese momento, Godfrey hizo entrar a otra candidata que parecía más prometedora que las anteriores. La presentó como la señora Hill.

Jack se levantó e hizo una reverencia a la mujer, quien era alta, delgada y pálida.

—Un placer, señora. Supongo que está aquí por el puesto de nodriza.

Annabelle se sentó en la silla vacía frente a él y asintió.

—Crié a seis niños, todos vivos. Acabo de destetar al último, pero todavía tengo leche. Nuestra casa no es muy grande, pero está limpia y nuestra Annie es lo suficientemente mayor como para cuidar a los bebés entre las comidas.

—Eso no será necesario —dijo Jack—. Esperamos que usted viva aquí, mientras se necesiten sus servicios. Se le proporcionará una habitación cómoda y todas sus comidas, además de su paga.

Él esperaba que la señora Hill pareciera satisfecha con las generosas condiciones, pero en lugar de eso, ella frunció el ceño.

—¿Vivir aquí? ¿Para qué? Tengo mis propios hijos pequeños que cuidar.

Le lanzó a Annabelle una mirada inquisitiva.

—¿Es esta su idea, señora? Usted y su marido pueden venir a visitar a su bebé tantas veces como quieran.

—¡No soy su marido! —Jack protestó.

La idea lo llenó de sentimientos poderosos y contradictorios. Su querido primo fallecido había sido el marido de Annabelle, lo cual era correcto y apropiado. Frederick se merecía una mujer como ella. Si hubiera vivido, podría haberle dado riqueza y un título además de su adoración. Y, sin embargo, cuando Jack recordó haber dormido en su cama con la bebé, acurrucada entre ellos, eso le trajo una sensación de satisfacción superior a cualquiera otra que hubiera experimentado anteriormente.

—¿No es ella...? —La mujer se puso de pie con un rostro pálido de indignación—. No aceptaré nada de eso ahora. Puede que el señor Hill y yo no tengamos mucho, pero somos buenos metodistas y temerosos del Señor.

—¡Oh, no! —Annabelle parecía horrorizada por la insinuación de la mujer—. ¡No es lo que piensas!

Sus palabras hicieron poco para tranquilizar a la señora Hill, quien señaló a la bebé dormida.

—Dime una cosa, dime la verdad. ¿Esa niña nació dentro o fuera del matrimonio?

Jack deseaba poder decirle a la nodriza todo lo necesario para que se quedara. ¿Pero de qué

servía? Incluso si aceptaba el trabajo, tarde o temprano sabría la verdad.

—Debería haberlo sabido. —La señora Hill los miró fijamente, con la nariz levantada como si apestaran peor que cualquiera de los solicitantes anteriores—. Más dinero que moral. ¡Deberían avergonzarse de ustedes mismos!

Ella se alejó, sacudiéndose las faldas como si temiera haber cogido alimañas. Jack se preguntó si aceptaría el dinero que su ayudante de cámara intentaría darle.

Por mucho que Jack intentó desestimar la condena de la mujer, no pudo hacerlo.

—¡Maldito seas, Jack Warwick! —Annabelle levantó a la bebé, que se despertó por la conmoción—. ¿Por qué no intentaste explicarle esta situación? ¡Ahora esa mujer asumirá que debo ser la madre de Sarah y tu amante!

No había duda de cuánto la consternó esa idea. ¿Y él? A Jack le confundió descubrir que le excitaba la idea de tener a Annabelle como amante.

La señora Hill tenía razón. Él debería avergonzarse de sí mismo.

Capítulo cinco

—Me pregunto si hoy encontraremos una nodriza para ti —le dijo Annabelle a la pequeña Sarah, a la mañana siguiente, después de que Rory Fitzwalter se llevara la ropa sucia de la niña, con la nariz arrugada en una cómica expresión de disgusto—. O tal vez tu mamá. Debo decir que con una dieta de papilla te estás comportando mejor de lo que esperaba, pero no se lo diré a los caballeros.

La bebé yacía en la cama, disfrutando de la sensación de tener ropa seca y la oportunidad de ejercitar sus pequeños miembros. Agitando los brazos y pateando con sus regordetas piernas, la niña le sonrió a Annabelle con una calidez radiante, que podría haber derretido el hielo.

—No me extrañaría que tu madre volviera a reclamarte por su propia voluntad. —Annabelle se abalanzó para acariciar la suave mejilla de la bebé—. Ella ya debe estar extrañándote desesperadamente.

Incluso después de tan poco tiempo cuidando a esta pequeña, Annabelle no tenía ninguna duda de que la extrañaría más de lo que había deseado a su marido, cuando él se fue a la guerra. ¿Era por eso que Jack había parecido tan horrorizado, ante la sugerencia de que ella pudiera ser su esposa? ¿Le había confiado Frederick a su primo el insatisfactorio trato matrimonial que había hecho?

Su marido no se lo había dicho con tantas palabras, pero Annabelle lo percibió en su actitud, sintiéndolo en su propio corazón. Ella no había podido corresponderle en igual medida. Tampoco podía responder a sus insinuaciones amorosas, como creía que debería hacerlo una esposa amorosa. Cuando sus recursos personales se agotaron y su padre se negó a ceder, Frederick se vio obligado a regresar al servicio activo con su regimiento. En lugar de extrañarlo o temer por su seguridad, ella se sintió invadida por una perversa sensación de alivio.

Un golpe repentino en la puerta del dormitorio provocó un sobresalto de culpa en ella, como si hubiera estado gritando sus vergonzosos pensamientos para que todos los oyeran.

Levantando a la pequeña Sarah de la cama, ella replicó a la puerta:

—Adelante, señor Fitzwalter. Dadas las circunstancias, no veo ninguna razón para ser ceremonioso.

La puerta se abrió de golpe, pero fue Jack y no Rory quien entró, seguido por su ayudante de cámara y dos lacayos.

—Buenos días, bellas damas. Espero que hayan dormido bien.

—Muy bien, gracias. —Annabelle miró asombrada cómo los sirvientes llevaban numerosos paquetes seguidos de una cuna de exquisita mano de obra—. ¿Qué es todo esto? ¿Esa cuna es para Sarah? Parece digno de una princesa.

Jack sonrió, mientras indicaba a los sirvientes dónde colocar esa cosa.

—¡Elegante! ¿No es así? Se lo compré a Lord Dominic Hart, el mejor fabricante de muebles finos de Londres. El duque de Elston lo encargó para su heredero y luego se negó a aceptarlo, cuando la duquesa le dio una hija. ¡Ese joven tan tonto! ... Esos fardos son de lino y franela para cambiar pañales, y estos son unas cuantas batas y gorros pequeños. Pedí varios más a una costurera de renombre junto con cualquier otra prenda que la bebé pudiera necesitar.

—Has estado ocupado esta mañana. —Annabelle sacudió la cabeza, ante la cantidad de franelas y lino que habrían servido para cambiar los pañales de una docena de bebés—. Supongo que no ha habido más noticias sobre la madre de Sarah.

Jack sacudió la cabeza, mientras le ofrecía a la niña su dedo para que lo agarrara.

—Gabriel aún no ha regresado de Surrey, así que quizás eso signifique que ha descubierto algo útil. Rory ha estado demasiado ocupado ayudándome a hacer más consultas, y ya ves lo ocupado que he estado.

No parecía especialmente feliz de que la amante de Lord Gabriel pudiera ser la madre de Sarah.

Antes de que Annabelle pudiera comentar, Jack continuó:

—Tengo intención de hacer algunas llamadas más después de haber entrevistado a las enfermeras. Ya se está formando una cola afuera. Le he pedido a Rory que salga y elimine del rebaño a aquellas que sean obviamente inadecuadas.

—Dejando solo a aquellas como la señora Hill —murmuró Annabelle en voz baja. No le gustaban más escenas como la de ayer, lo cual le había provocado pensamientos que no deseaba albergar.

—¿Qué es eso que dices? —preguntó Jack.

—Nada de importancia. —Ella fijó su atención en la bebé para evitar su mirada.

Así mismo, ella se animó al ver todas las comodidades que Jack había comprado para la pequeña Sarah. Era obvio que él debía preocuparse más por la bebé que por su instinto habitual de proteger a una criatura indefensa.

La niña parecía estar complacida por la aparición de Jack y sus sirvientes. Ella sonrió y arrulló para llamar la atención de los hombres, luego soltó una risita de alegría, cuando uno le devolvió la sonrisa. Tenía todas las características de una coqueta hábil y una promesa de belleza... igual que su madre, sin duda. Aunque Annabelle esperaba que la niña no repitiera las tontas decisiones de su madre.

El futuro de la bebé no era asunto suyo, ella se recordó con firmeza. Tampoco lo sería el de Jack, una vez que dejara esta casa, lo que sería hoy si todo iba bien.

—Si hay mujeres esperando, es mejor que nos ocupemos de reunirnos con ellas —dijo—. Tan pronto como le ponga ropa limpia a Sarah.

—Muy bien —respondió Jack, quien miró a la bebé con una sonrisa enamorada—. Cuanto antes empecemos, más rápido encontraremos nuestra aguja en el pajar.

¿Con qué frecuencia se pincharían los dedos en el proceso? Se preguntó Annabelle, mientras bajaban las escaleras para renovar su frenética búsqueda de una nodriza adecuada.

* * *

Tres horas más tarde, la bebé empezó a inquietarse y Annabelle empezó a dudar de si habría una nodriza adecuada en toda Inglaterra y mucho menos en la ciudad. Incluso cuando Rory despidió a aquellas que obviamente no servirían, Annabelle y Jack encontraron dificultades con la mayoría de las que interrogaron.

Una parecía más interesada en mirar a su alrededor que en responder a sus preguntas. Annabelle sospechaba que la primera noche, ella se escaparía con tantos objetos de valor como pudiera llevarse. Otra tenía una tos seca que preocupaba a Jack. Y las que parecían sanas y respetables no estaban dispuestas a instalarse en una casa con tres jóvenes solteros.

Entonces, se presentó una bella joven rubia. Sus brillantes ojos azules resplandecieron cuando le sonrió a Jack.

Ella le hizo una reverencia.

—Soy Daisy Jessop y vengo por el trabajo de nodriza. Espero que no lo hayan tomado todavía.

—De hecho no. —Jack le devolvió la sonrisa a la señora Jessop de una manera diferente a como lo había hecho con cualquiera de las demás, incluso en una forma que hizo que Annabelle apretara los dientes—. Creo que hemos estado intentando encontrar a alguien como tú sin éxito hasta ahora.

—Bueno, gracias, señor. —La joven sonrió tontamente.

—Aún necesitamos saber algo sobre ti primero —habló Annabelle con dureza—. Supongo que tienes leche para alimentar a esta bebé.

La señora Jessop lanzó una mirada desdeñosa en su dirección y luego dirigió su respuesta a Jack con una sonrisa descarada.

—No estaría aquí si no pudiera. ¿Le doy de comer ahora para que puedas ver?

—Creeremos en su palabra —anunció Annabelle, antes de que Jack tuviera la oportunidad de estar de acuerdo—. Entonces, ¿tiene usted un hijo recién destetado? ¿Cómo lo cuidarán, mientras usted esté aquí amamantando a esta pequeña?

—Tengo algunas amigas que lo cuidarán por mí. —La bella criatura no parecía arrepentida de separarse de su bebé—. ¿Hay algo más que quieras saber?

Nuevamente, ella le habló a Jack como si él fuera el único en la habitación.

Una vez más Annabelle, decidió responderle. Tenía miedo de dejar hablar a Jack, en caso de que contratara a esta pequeña zorra en el acto.

—¿Qué opina su marido de que usted deje a su propio hijo para vivir con tres solteros?

—¿Hay otro? —La sonrisa coqueta de la señora Jessop se hizo más amplia—. Espero que sea tan apuesto como los dos que he conocido hasta ahora.

Esa no era la respuesta que Annabelle esperaba. Lo intentó de nuevo.

—¿Tu esposo...?

—No tengo uno, ¡cierto! —El rostro alegre de la muchacha se oscureció por un instante y una dureza se deslizó en su voz melodiosa—. El padre de mi pequeño hijo me dio algo de dinero para mantenernos a los dos, pero eso no durará para siempre. Si consigo alojamiento y comida aquí, puedo ahorrar un poco.

Por mucho que Annabelle simpatizara con la situación de la otra mujer, no podía soportar la forma seductora en que la señora Jessop le sonreía a Jack. ¿Qué tan pronto esta criatura comenzaría a ejercer sus artimañas sobre Jack y sus amigos, con la esperanza de obtener un acuerdo con ellos, como lo había hecho con el padre de su hijo? ¿Y cómo podría estar la pequeña Sarah cuidada, mientras su nodriza se revolcaba con los caballeros de la casa?

—Entonces, podrías empezar de inmediato, ¿verdad? —Jack sonrió positivamente, mientras hablaba.

¿Fue solo el alivio ante la perspectiva de conseguir una nodriza para la niña lo que le hizo parecer tan complacido? ¿o era otra cosa?

Annabelle estuvo tentada de golpearlo en la cabeza con un calentador cercano, albergando la esperanza que eso lo hiciera entrar en razón.

—Podría estar aquí esta misma noche, señor. —La señora Jessop le lanzó una mirada provocativa, a través de su espesa franja de pestañas oscuras—. Si le conviene, claro está.

Antes que Jack pudiera responder, Annabelle se puso de pie.

—Tenemos algunas mujeres más que entrevistar, antes de tomar una decisión. Informe al señor Godfrey dónde puede localizarla si necesitamos sus servicios.

La señora Jessop se levantó de su silla y apeló a Jack, mientras él se ponía de pie.

—¿Estás seguro de que no quieres contratarme ahora y ahorrarte el problema?

—Estamos bastante seguros —habló Annabelle con un tono firme y agudo que le habría

hecho justicia a su tía—. ¿No es así, señor Warwick? Nada es demasiado problema cuando se trata de encontrar la mejor atención para esta querida niña.

Sus brazos rodearon con más fuerza a la bebé. ¿Hasta dónde estaba dispuesta a llegar para proteger a la niña y a Jack de esta aventurera?

—Eso es cierto —respondió Jack, aunque no parecía del todo seguro—. Gracias por venir, querida. El señor Godfrey le dará algo por las molestias.

—Gracias señor. Espero escuchar buenas noticias tuyas. —La señora Jessop sonrió tontamente, incluso mientras lanzaba una oscura mirada hacia Annabelle.

Cuando ella se fue, Jack levantó las manos.

—¡Ella era nuestra aguja en el pajar y la arrojaste a un lado! ¿Qué estabas pensando?

La bebé pareció sentir la tensión en el aire porque comenzó a retorcerse y a quejarse.

Annabelle acunó a la niña en sus brazos y le frotó la espalda. Por encima de la cabeza de la bebé se encontró con la mirada desconcertada de Jack.

—Estaba pensando que, después de todo, tal vez Sarah no necesite una nodriza. Estaba pensando que debería quedarme hasta que encuentres a su madre.

* * *

—¿Qué te hizo cambiar de opinión acerca de quedarte? Parecías tan en contra... —Jack le preguntó a Annabelle, unos días después, mientras goteaba papilla tibia en la boca de la bebé a la velocidad adecuada.

Él se sintió excesivamente orgulloso de haber dominado esta sencilla habilidad en cuestión de días.

Ya había preguntado más de una vez sobre su cambio de opinión, pero nunca había recibido una respuesta satisfactoria. Aunque temía que su persistente interrogatorio pudiera irritarla, no pudo reprimir su curiosidad.

—¿Por qué te importa eso? —Ella se tensó ante su pregunta y mantuvo la mirada fija en la bebé, reclinada en sus brazos—. ¿Preferirías que dejara a Sarah al cuidado de una de esas otras mujeres? ¡La mayoría de ellas no tienen por qué cuidar de un perro, y mucho menos a un bebé indefenso!

—Por supuesto que no —insistió Jack, resistiendo el impulso de mencionar que la última solicitante que habían entrevistado parecía ideal—. Estoy encantado de que hayas aceptado quedarte. Todos lo estamos. Sobre todo porque ha sido tremendamente difícil localizar a la madre de Sarah.

Un buen número de personas aún no habían venido a la ciudad para la temporada, aunque él y Rory mantenían los oídos atentos a las nuevas llegadas. Gabriel había ido a Surrey, en busca de la señorita Brennan, solo para descubrir que la dama había acompañado a su padre a las islas del Canal para una cura de descanso y no se esperaba que regresara hasta dentro de al menos dos meses. Jack esperaba con confianza encontrar a la madre de Sarah mucho antes.

—Ustedes tres han expresado frecuentemente su gratitud. —El tono de Annabelle se suavizó—. Espero que te des cuenta de que no es por ti que decidí quedarme.

—Por supuesto que no. Sabemos que estabas pensando en el bienestar de Sarah. —Jack alivió el ángulo del bote de papilla para que la bebé no recibiera más líquido del que podía tragar cómodamente.

Después de que Annabelle aceptó quedarse, él compró una taza de plata con pico, llamada bote de papilla, especialmente diseñada para alimentar a los bebés con las manos.

Ahora, ella levantó la vista hacia él.

—Tú y tus amigos han empezado a adquirir cierta habilidad para manejar a un bebé... incluso Rory, por mucho que se queje de ello.

Jack saboreó una sensación de satisfacción, mientras disfrutaba de la calidez de su aprobación. Ya no le aterrorizaba tener a la bebé en sus brazos. De hecho, disfrutaba bastante del cálido y diminuto peso de ella en sus brazos. Pero dudaba que alguna vez pudiera dominar las complejidades de envolverle el trasero en lino para que permaneciera cómodamente en su lugar sin irritarla ni atarla. Aunque sus gritos ya no le causaban pánico, temía lo que harían, si ella se enfermara.

Al ver que el bote de papilla estaba vacío, lo sacó para dejar que Annabelle sostuviera a la bebé en su hombro. Le habían informado que eso ayudaba a la digestión.

Ella se levantó de la silla y caminó hacia la ventana, frotando la espalda de la bebé, al caminar. Mientras contemplaba Bruton Street y la luz del Sol de marzo reflejaba mechones de color ámbar en su cabello castaño, Jack no pudo evitar admirar la tranquila belleza doméstica de la escena. Le hizo desear tener talento para la pintura y poder capturarla.

—Lamento que la búsqueda de la madre de Sarah avance tan lentamente. —Él se levantó, estirándose—. Espero que podamos encontrarla pronto, por tu bien. Te has dedicado tan completamente a atender a Sarah, que me temo que estás descuidando tus propias necesidades. ¿Has dormido y comido lo suficiente?

Incluso con Annabelle haciendo la mayor parte del trabajo y él solo tomando turnos con otros para ayudar, Jack había adquirido un profundo aprecio por el esfuerzo que implicaba criar a una criatura tan pequeña e indefensa.

Annabelle lo miró con un suave brillo en sus ojos marrones. Sus labios carnosos y maduros se arquearon en una sonrisa burlona.

—Jack Warwick, ¿por qué estás preocupado por mí?

De alguna manera, su pregunta lo perturbó. ¿Qué había sido de su anterior decisión de sacarla de su casa lo antes posible?

—De hecho, estoy preocupado. —Intentó restarle importancia a los sentimientos que no entendía—. Lo he estado desde que perdimos a Frederick y especialmente desde que el tío Knightlow se negó a seguir apoyándote. ¡Nunca había oído hablar de un comportamiento tan infame!

Aunque el conde no aprobó el matrimonio de su hijo y dejó a la joven pareja sin un centavo, le había proporcionado a Annabelle una asignación durante los primeros meses de su duelo. Jack esperaba que la pérdida de su hijo acercara al conde a su nuera. Sin embargo, las cosas no habían funcionado de esa manera.

Parecía que sus palabras borraron la sonrisa de los labios de Annabelle.

—Tu tío solo me cuidó porque podría haber estado embarazada de su heredero. Me estremezco al pensar que hubiera sido así. Temó que Lord Knightlow habría encontrado algún medio para quitarme a mi hijo.

Aparte de eso, ¿ella lamentaba no haber tenido un hijo con su difunto marido? Se preguntó Jack. ¿Podría ser por eso que se había encariñado tan rápidamente con esta bebé?

—El tío está acostumbrado a salirse con la suya. No podía creerlo cuando Frederick insistió en casarse contigo, a pesar de sus objeciones. Si hubieras tenido más tiempo, él se habría reconciliado y te habría dado la bienvenida a la familia. —Jack lo dudaba, pero se sintió obligado a convencer a Annabelle de que ella no tenía la culpa de la infracción.

—¡Es su culpa que no tuviéramos ese tiempo! —Annabelle parpadeó rápidamente.

Después de una breve pausa para recuperar la compostura, ella añadió:

—Si no se hubiera comportado tan abominablemente, Frederick habría podido renunciar a su puesto y no arriesgar su vida en la frontera portuguesa.

—Perdóname por plantear un tema tan angustiioso —le suplicó Jack—. Es solo que no entiendo por qué te negaste a dejarme ayudarte, mientras que me ayudaste en mi momento de necesidad. No estaba en condiciones de ayudarte a ti y a Frederick, después de que el tío lo repudiara a él. Si hubiera podido, puedes estar segura de que no habría dudado en ayudarlos. Sé que Frederick habría querido que hiciera todo lo que esté en mi poder para ayudarte, si tan solo me lo permites.

Annabelle asintió convulsivamente.

—Sé que él querría eso. Siempre estaba pensando en mi bienestar cuando debería haber atendido más al suyo.

Se acercó a la cuna, que estaba al alcance de la cama, y con cuidado colocó a la bebé en este pequeño mueble. Su conversación pareció haber adormecido a la pequeña Sarah.

Una vez libre de su preciosa carga, Annabelle se dejó caer en el borde de la cama. Su anterior aire de serenidad dio paso ahora al cansancio y a la pena. Esa visión provocó una pesadez en el pecho de Jack y un extraño dolor en sus brazos. Dio varios pasos hacia ella y luego vaciló. Una fuerza interior pareció impulsarlo hacia adelante solo para chocar con una pared invisible.

Annabelle apoyó la frente en la palma de su mano y habló en un murmullo suave y lastimoso.

—Supongo que crees que es el orgullo lo que me impide aceptar tu ayuda.

—No te culparía si eso fuera cierto —respondió Jack, también en voz baja, ya que no quería despertar a la bebé—. Me negué a aceptar más obras de caridad de mi tío cuando cumplí la mayoría de edad. Siempre había dejado en claro su mala opinión sobre mí mientras crecía. Ya no podía soportar estar en deuda con él. Pero seguramente no puedes considerarme desde esa perspectiva. Siempre pensé bien de ti y creí que mi primo era un hombre afortunado al tenerte como esposa.

Si esperaba que sus comentarios consolaran a Annabelle, él estaba lamentablemente equivocado. Sus hombros se agitaron y un sollozo entrecortado escapó de sus labios. Ella instantáneamente lo sofocó, pero no antes de que el sonido apuñalara a Jack en el pecho.

Él tropezó hasta la cama y se dejó caer a su lado.

—¡Perdóname! No quise hacerte sentir peor.

En el pasado, siempre había retrocedido ante la primera amenaza de lágrimas femeninas. Según su experiencia, las mismas eran una trampa para obtener más de lo que él podía dar. Sin embargo, confiaba en que ese no fuera el motivo de Annabelle. Hacía tiempo que había demostrado que no quería nada de él.

—Lo sé. —Ella respiró temblorosamente y recuperó su temblorosa compostura—. Pero quiero que lo entiendas. Quizás tengo más orgullo del que alguien en mi situación puede permitirse. Pero parte del motivo por el que no pude aceptar tu ayuda fue porque no me la merezco.

Jack intentó no estar de acuerdo, pero ella siguió insistiendo.

—Culpé al conde por llevar a Frederick a la guerra, pero sé que yo también tengo la culpa. Nunca debí haber dejado que me convenciera de casarme, sabiendo que su padre se opondría y cuánto podría costarle eso. Fue por mí que regresó a Portugal.

Su voz se apagó, estrangulada por la emoción que le apretaba la garganta.

—¡Tonterías! —Jack le dio unas palmaditas en el dorso de la mano, que descansaba sobre la cama entre ellos—. Si hubieras rechazado su propuesta, Frederick se habría ido a la guerra en un esfuerzo por olvidarte. O podría haberse hecho daño a sí mismo. Estaba enamorado de ti desde

que tengo uso de razón. Tu matrimonio fue la mayor felicidad de su vida.

Claramente, él tenía tanto que aprender sobre cómo consolar a una dama en apuros como acerca de cuidar a un bebé. En lugar de animarla, como él esperaba, esos adorables rasgos se arrugaron y sus expresivos ojos se llenaron de más lágrimas de las que podía parpadear.

Solo una vez antes, él había visto llorar a Annabelle. Años atrás, cuando había sido atormentada por dos jóvenes brutos que eran sus primos. Él había intervenido, amenazándolos con daños corporales imaginativos, si alguna vez la hacían llorar de nuevo. Después de que huyeron aterrorizados, él le ofreció su pañuelo.

Para su intensa confusión, ella se arrojó a sus brazos y empapó su chaleco con su miseria. Podría haber huido tan rápido como sus primos, pero sabía lo que se sentía al no ser deseado y vivir de la caridad de los parientes. Había enmascarado sus verdaderos sentimientos con una muestra de bulliciosa indiferencia. Pero ese día parecía como si la joven Annabelle llorara por ambos.

—Anímate, muchacha mayor. —Jack le acercó su pañuelo y saltó de la cama.

No quería correr el riesgo de que se repitiera lo que había sucedido la última vez que hizo eso. En aquel entonces, apenas había sido consciente de que ella era mujer, excepto que era diferente a él y, por lo tanto, constituía un enigma potencialmente peligroso. Eso ya había sido bastante incómodo. Ahora era demasiado consciente de cómo era Annabelle, una mujer... y, además, deseable.

Jack no podía entender qué había cambiado. Solo sabía que estaba mal que se sintiera tan intensamente atraído por la mujer que Frederick había amado.

* * *

¿Animarse? Si no hubiera habido una bebé durmiendo, Annabelle podría haber bombardeado a Jack Warwick con los objetos más pesados que pudiera arrojar.

¿Dónde estaba el joven héroe que la había salvado del odioso acoso de Ralph y Reggie, y luego la abrazó suavemente, mientras ella lloraba con todo su corazón? ¿Jack le habría ofrecido su simpatía ese día si hubiera sabido que sus lágrimas no fueron provocadas por el miedo, la miseria o la soledad? Aunque había decidido no rendirse nunca ante estas, sabiendo que eso solo empeoraría su situación.

Fue la heroica intervención de Jack la que desató años de lágrimas reprimidas. La preciosa seguridad de que él la consideraba digna de su protección había tocado el tierno corazón que ella había guardado con tanta fiereza. Desde ese momento, ella había comenzado a amarlo, no por su hermoso aspecto o su imprudente encanto, sino por el corazón valiente y bondadoso que él se esforzaba tanto en ocultar del resto del mundo.

¿Qué había pasado con su corazón desde entonces? ¿Los años de vivir en la casa de su tío, siempre comparados desfavorablemente con los de su primo, habían construido capa tras capa de armadura protectora a su alrededor hasta que nada podía penetrarla? Sin duda, Jack hacía tiempo que había olvidado cómo la había rescatado. Si pudiera olvidarlo, tal vez sería más fácil vivir en su casa y cuidar a la niña que bien podría ser suya.

Ahora su culpa y su amor frustrado se fusionaron para crear una poderosa aleación de ira.

Con cuidado de mantener la voz baja, hizo una bola con el pañuelo de Jack y se lo arrojó.

—¿Animarme? Nunca podrías entender lo que siento por nada. ¡Vete y déjame en paz!

Ella esperaba que él se escabullera, desconcertado por su reacción y tal vez temeroso de que ella lo abandonara a él y a la bebé después de todo. Para su sorpresa, él se mantuvo firme.

—Tienes razón. Aunque para ser justos, ¿alguien entiende realmente lo que siente otra

persona? La mitad del tiempo no puedo encontrar el sentido adecuado a mis propios sentimientos.

Señaló con la cabeza hacia la cuna.

—Esa es una de las cosas que me gustan de esta pequeña. Lloro cuando se siente incómoda, sonrío cuando está contenta y río cuando se divierte. Todo es muy sencillo.

Él tenía razón, pero eso no calmó el ánimo alterado de Annabelle.

—Qué vergüenza tiene la pobre niña de crecer y darse cuenta de que su madre la abandonó, obligando a su padre a hacerse responsable de ella. Qué desafortunado que cargue con la mancha de la ilegitimidad y nunca encaje del todo en una sociedad respetable, por mucho que lo intente. Entonces sus sentimientos serán problemáticos y complicados, y no valdrá la pena intentar comprenderlos.

Jack se estremeció ante sus palabras, una reacción que provocó en Annabelle una mezcla contradictoria de satisfacción y vergüenza.

—No tiene nada que ver con la dignidad —insistió—. Además, no dejaré que Sarah crezca como lo hicimos tú y yo.

Annabelle nunca lo había oído tan decidido desde el día en que profirió aquellas espantosas amenazas contra sus primos. Puede que no supiera la identidad de la madre de la pequeña Sarah, pero creía que era su padre. Tenía la intención de protegerla tal como había protegido a otra joven, hacía mucho tiempo. ¿Eso significaba que cuidaría a la bebé? ¿O fue solo una compulsión del fuerte para proteger al débil?

Jack sacudió la cabeza con una mueca de tristeza.

—Una cosa que no puedo entender es por qué estás siempre tan enojada conmigo estos días. Solíamos ser grandes amigos, tú, Frederick y yo. ¿Te molestó tener que incluirme cuando lo querías solo para ti?

¿Cómo podía un hombre ser tan ciego?

—¡No! —La palabra salió de Annabelle más fuerte de lo que pretendía. Ella lanzó una mirada ansiosa a la cuna de Sarah, pero la niña no se movió.

—No —repitió ella en voz más baja—. Nunca pensé tal cosa. En aquel entonces éramos solo unos niños.

Eso era cierto. Pero eso nunca le impidió desear que Jack y Frederick no hubieran sido compañeros tan inseparables.

Jack exhaló un suspiro.

—Entonces debes pensar que es injusto que yo haya regresado ileso de Portugal, mientras un hombre mucho mejor perdió la vida allí.

Esta vez Annabelle estaba mejor preparada para evitar gritar su negación a todo pulmón. Ella respondió en un tono más tranquilo, pero no menos enfático.

—Eso no es verdad. ¡Me sentí encantada y aliviada cuando escapaste ileso de la guerra!

No se atrevía a confesar toda la verdad o él la despreciaría casi tanto como ella se repudiaba a sí misma. Si uno de los primos de Warwick tenía que morir en batalla, agradecía que no hubiera sido Jack. Entonces, ¿qué clase de esposa era ella?

—No del todo ileso —murmuró—. Mis ridículos ideales sufrieron un golpe mortal.

Annabelle sabía que Jack se refería a la infame Convención de Cintra. Había dimitido de su cargo para protestar por el hecho de que sus superiores habían convertido al general Wellington en chivo expiatorio.

Ciertamente, ella debía darle alguna razón creíble para su animosidad. ¿Cómo podía confesar que estaba resentida con él por inspirarle sentimientos que no podía corresponder? Parecería

ridículo e injusto, pero era así. Él nunca se había propuesto ganarse su corazón y tampoco podía obligarse a cuidarla de la manera que ella quería, mientras que ella quedó obligada a amar a Frederick, como debería hacerlo una esposa.

Aunque debía dejar de culpar a Jack por las locuras de ella.

—Lamento no haber sido una amiga tan amable contigo, como lo fui antes, y como tú siempre lo has sido conmigo. Supongo que no aprobé la forma en que elegiste vivir tu vida, después de que dejaste el ejército, y recibiste tu herencia del otro lado de tu familia.

—Del lado de mi madre, querrás decir. —El tono de Jack se endureció—. No es necesario que evites mencionarla. He causado suficientes escándalos propios que sería un hipócrita si continuara condenando los de ella.

Cualesquiera que fueran las indiscreciones que había cometido, Annabelle dudaba que pudieran compararse con las de su difunta madre. A diferencia de esa dama, él no estaba dispuesto a abandonar a una niña inocente, incluso si ella no fuera suya.

—¿Es por eso que elegiste vivir una vida tan salvaje? ¿Para poder entender qué hizo que tu madre se comportara así?

Esa fue la conversación más larga que habían tenido sobre asuntos verdaderamente importantes en muchos años. Aunque despertó sentimientos que Annabelle hubiera preferido mantener cómodamente enterrados, ella no podía lamentar la oportunidad de intercambiar confidencias con Jack, una vez más, incluso si las suyas fueran más cautelosas de lo que deberían ser.

Jack se encogió de hombros, lo que le recordó vívidamente a su yo juvenil, en esas raras ocasiones en que su descuidado buen humor había dado paso a un hosco desafío.

—Elijo no examinar mis motivos demasiado de cerca. Quizás actué como lo hice porque así sabía que todos esperarían que me comportara.

Si esa era su razón para abrazar la vida de un libertino, Annabelle descubrió que podía entenderlo e incluso simpatizar con él. No importa cuánto había intentado comportarse bien cuando era niño, mucha gente había ignorado esos esfuerzos para concentrarse en sus deslices ocasionales. Tarde o temprano, el joven Jack debió darse cuenta de que era más fácil y divertido hacer las travesuras que se esperaban de él.

Con sus turbulentos sentimientos ahora mejor controlados, ella se levantó de la cama y se acercó a él, tal como lo habría hecho con una criatura salvaje.

—Frederick siempre pensó lo mejor de ti y yo también. Por eso me molestó verte desperdiciar tu vida cuando podrías haber hecho algo que valiera la pena.

Todo eso era cierto, aseguró Annabelle a su conciencia intranquila, incluso si había más de lo que ella misma podía admitir.

Aunque su respuesta fue incompleta, pareció satisfacer a Jack. Su expresión sombría se suavizó.

—Tú estás en lo correcto, por supuesto. Aunque lo sabes tan bien como yo, es más fácil creer lo peor de nosotros mismos que lo mejor.

—En algunos casos ocurre lo peor, pero en el tuyo no. Sé que eres capaz de ser mucho más que un derrochador ocioso. —Annabelle asintió.

—Espero que tengas razón en eso. —Jack se enderezó y levantó la barbilla—. Porque quiero intentarlo. Sé que es lo que Frederick hubiera querido. Con la llegada de Sarah, tengo aún más incentivos para cambiar y convertirme en un padre responsable.

Le tendió la mano a Annabelle.

—Necesitaré tu ayuda para tener éxito. Necesitaré que vuelvas a creer en mí si puedes.

Por mucho que Annabelle quisiera estar de acuerdo, temía a dónde podría conducir eso. Antes de que pudiera pensarlo bien, el instinto la obligó a tomar la mano de Jack, indicando que aceptaba su propuesta.

Él le sonrió con un cariño de camaradería que no alcanzó la respuesta que ella alguna vez había deseado de él. Sabía que Frederick desearía que ella ayudara a su libertino primo a reformar sus costumbres. Por su parte, Annabelle anhelaba ver a Jack Warwick convertirse en el tipo de hombre que siempre había creído que podía ser.

Pero, ¿entonces qué? ¿Cómo podría mantenerse al margen si reanudaban su estrecha amistad y Jack se convertía en el tipo de hombre al que no podía resistirse?

¿Era posible que un Jack más maduro y responsable pudiera cuidar de ella como no lo había hecho ese encantador sinvergüenza? Incluso si pudiera, algo que ella tenía muchas razones para dudar, Annabelle sabía que su difunto marido nunca hubiera aprobado una relación romántica entre su primo y ella. Él no debería hacerlo. Después de todas las desgracias que el matrimonio le había traído a él, ella no merecía que sus tontos anhelos de la infancia fueran recompensados.

Capítulo seis

Qué diferencia supuso para su perspectiva saber que Annabelle no lo odiaba ni le molestaba su regreso sano y salvo de la guerra que había matado a su marido. Si ella creía en él, Jack sabía que podría enmendar su conducta y parecerse más a Frederick. Algo más lo obligó a intentarlo: su creciente apego a la pequeña Sarah. No era el único en la casa que había caído bajo el hechizo de los ojos brillantes y la sonrisa contagiosa de la bebé.

Mientras Jack se asomaba a la pequeña sala de estar donde Annabelle y la bebé pasaban la mayor parte de sus días, encontró a Gabriel ayudando a alimentar a la niña, mientras Godfrey rondaba cerca.

—¡Creo que finalmente estoy entendiendo esto! —Gabriel apartó el bote de papilla de los labios de la bebé y se lo entregó al ayudante de cámara de Jack, quien se lo llevó rápidamente a la cocina para que lo limpiaran.

—¿Puedo abrazarla un rato? —le preguntó a Annabelle.

—De hecho puedes. —Ella sonrió al joven de una manera que a Jack no le gustó del todo—. Estoy segura de que a Sarah le gustaría eso.

Transfirió la bebé a los brazos expectantes de Gabriel con mucha más facilidad que la primera vez que se lo pasó a Jack. El simple hecho de recordar ese incidente despertó a Jack. Trató de pensar en algo repugnante para apagar el fuego en sus entrañas.

Annabelle levantó la vista y lo vio parado en la puerta. La sonrisa que le había prodigado a Lord Gabriel perdió un poco de su brillo, pero no desapareció del todo.

—Hola. ¿Vas a salir?

Jack asintió.

—Encontrar a la madre de Sarah puede que no sea tan urgente como lo fue al principio. Pero hay que hacerlo aunque solo sea para estar seguros de cuál de nosotros es su padre.

Más que nunca Jack estaba convencido de que debía hacerlo porque quería estar seguro. El día anterior, Rory le había informado que Lady Eustace había regresado a la ciudad. Al ser una joven viuda con buenos ingresos, Su Señoría logró mantener una apariencia de respetabilidad, mientras repartía sus favores tan libremente como quería. Ella y Jack habían disfrutado de una breve relación. Si la estimación de Annabelle sobre la concepción de la bebé era correcta, era posible que Lydia Eustace fuera la madre de Sarah, aunque él esperaba que no.

—Te deseo suerte —expresó Annabelle—. Espero que la entrevista no resulte demasiado incómoda.

Jack se encogió de hombros con tristeza.

—Si es así, no tengo a nadie a quien culpar excepto a mí mismo por mi comportamiento del pasado.

—Eso no me corresponde a mí juzgar. —Las palabras apenas habían salido de su boca, cuando Annabelle levantó la mano para ahogar un bostezo—. Perdóname. No encuentro aburrida tu compañía.

—Pero, estás cansada, ¿no? —Jack se reprendió a sí mismo por no darse cuenta de los círculos oscuros bajo sus ojos que delataban la falta de sueño—. ¿La bebé te ha mantenido despierta?

Luego de esa primera noche bajo su techo, Annabelle había insistido en que no necesitaba ayuda con la bebé, después de su última alimentación. Jack había asumido que eso debía

significar que Sarah durmió tranquilamente hasta la mañana. Ahora se preguntaba si era porque Annabelle temía que él intentara meterse en su cama otra vez.

—Solo anoche —admitió—. Me temo que a la pobrecita le están saliendo los dientes, por la forma en que muerde ese anillo de coral que le compraste.

—No escuché ningún sonido. —Jack esperaba que Annabelle supiera que él habría acudido en su ayuda de inmediato si lo hubiera solicitado.

—No podía dejarla llorar y despertar a toda la casa. —Annabelle volvió a bostezar.

—¿Cómo la mantuviste callada? —Jack recordó lo difícil que podría ser esa tarea.

—Caminé con ella y le froté la espalda. Todo el tiempo le canté suavemente, hasta que finalmente se volvió a dormir.

La mano de Jack ansiaba acariciar la mejilla de Annabelle, pero se contuvo.

—Después de esto, debes buscarme si se despierta por la noche.

—¿Qué bien haría eso? —Annabelle preguntó con una media sonrisa cansada—. No tiene sentido que ambos perdamos el sueño.

—Puedo caminar con ella, mientras descansas —insistió Jack—. Estoy mejorando al manejarla.

—Entonces... tú sí puedes. —Ella miró hacia Gabriel, que sostenía a la bebé y le hablaba en voz baja—. ¡Ay! Todos ustedes, incluso Rory, por mucho que él proteste, ella no puede ser suya.

De alguna manera, la mejoría en la colaboración de sus amigos no agradó a Jack tanto como debería.

—Tan pronto como regrese de esta reunión, me haré cargo de Sarah para que puedas tomar una siesta.

Annabelle afirmó que eso no era necesario, pero Jack se negó a escucharla. Se despidió de Sarah con un beso, y luego se dirigió a visitar a Lady Eustace, decidido a terminar la entrevista lo antes posible.

La dama parecía tener otras ideas, cuando lo recibió efusivamente en su casa de Mayfair.

—Mi querido señor Warwick, ¡qué placer volver a verlo después de todo este tiempo! Espero que hayas estado bien.

—Bastante bien, gracias. —Jack intentó no mirar fijamente su pecho. ¿Parecía más grande, como si hubiera estado amamantando a un bebé hasta hacía poco?—. ¿Has estado bien desde la última vez que te vi? Lamento no haber estado en contacto durante tanto tiempo. La muerte de mi primo fue un gran shock. Ahora, un año después, todavía me cuesta creer que se haya ido.

¿Fue esa parte de la razón de su reacción intensa y contradictoria hacia la viuda de su primo?

—¡Pobrecito! —Lady Eustace llamó a un sirviente—. ¿Puedo ofrecerte un refrigerio? ¿Una copa de vino, tal vez?

Su oferta de vino tentó a Jack. Podría aliviar la incomodidad de esta entrevista. Pero había decidido enmendar su conducta por el bien de Sarah. No quería decepcionar a Annabelle, regresando a casa con el aliento lleno de alcohol.

—El té será suficiente para mí, gracias.

Jack se acordó que esta no era una visita social. Quería desviar la conversación hacia ella.

—Ciertamente, te ves bien. El aire del campo debe estar de acuerdo contigo. Pasaste mucho tiempo en tu finca... en Berkshire, ¿no?

Las respuestas a sus preguntas podrían proporcionar información valiosa para ayudar a determinar si Su Señoría podría ser la madre de Sarah. Aunque una mirada alrededor de su bien equipada sala de estar hizo que Jack dudara de que ella hubiera tenido problemas para mantener a la niña.

Lady Eustace se rió, como si él acabara de hacer una broma divertida.

—No seas tímido, señor. Eso no te sienta bien. Sé que no te importa un comino mi bienestar ni dónde se encuentran mis propiedades. Resulta que en un bonito lugar cerca de Peterborough.

Antes de que Jack pudiera afirmar que su interés era perfectamente sincero, la dama siguió adelante.

—Estás aquí por esa bebé abandonada en tu puerta. Es un tema entretenido de especulación entre todas las damas que conozco.

—¿Lo es? —El rostro de Jack se volvió incómodamente cálido.

—Ciertamente. —Lady Eustace soltó una risa estridente que irritó los oídos de Jack, especialmente en comparación con aquella cálida y susurrante de Annabelle—. En las cenas, mientras los caballeros se entretienen con su oporto, para nosotras, es un tema de conversación muy divertido.

¿Por qué le preocupaba ser objeto de chismes? Jack asumió que su comportamiento libertino lo había convertido en eso durante años. Era la pequeña Sarah de quien no podía soportar que la alta sociedad hablara. Y Annabelle... ¿cuánto tiempo pasaría hasta que su rol, en su casa, fuera objeto de escrutinio?

—Muy bien, entonces. —Él se volvió severo—. Seré franco, si eso es lo que deseas. ¿Diste a luz a una niña hace tres o cuatro meses y recientemente la dejaste frente a mi casa?

Lady Eustace pareció más divertida que intimidada por su interrogatorio.

—Por supuesto que no. Puedo probarlo, si eres tan pesado como para exigirlo. Si hubiera dado a luz a la niña, habría estado encantada de conservarla. Por nada del mundo te habría molestado con ella.

Jack tuvo la impresión de que ella esperaba que él le diera su aprobación. Pero odiaba la idea de que Sarah creciera sin conocer a su madre.

—Si desea localizar a la madre de la niña —continuó Lady Eustace—, te sugiero que busques a una mujer más joven con recursos limitados, o una que espere atraer a un marido. En cualquier caso, un bebé ilegítimo resultaría problemático.

Sus ideas tenían sentido, aunque no describían el tipo de dama con la que Jack solía relacionarse.

Su Señoría pareció adivinar lo que estaba pensando.

—Difícilmente soy tu tipo de mujer ni siquiera para el encantador señor Fitzwalter. ¿Tu amigo te dijo que me consoló por un tiempo después de que tú y yo nos separamos?

¿Estaba ella tratando de ponerlo celoso? Si es así, eso no iba a funcionar.

—Qué amable por parte de Rory. O él no consideró que valiera la pena mencionar el asunto, o yo no lo consideraré digno de recordar.

Ese no fue un comentario muy caballeroso, aunque Jack se sintió molesto por la forma en que ella había trivializado un asunto de gran importancia para él.

Si a ella le molestaba el insulto, Lady Eustace no dio ninguna indicación.

—Bueno, lo hizo, y debo confesar que también hizo un buen trabajo. No puedo imaginarme a ninguno de ustedes relacionándose con el tipo de mujer que dejaría a su hija en la puerta de un hombre. Por eso, he hecho una apuesta considerable a que Lord Gabriel es el padre.

—Espero que sea dinero que puedas permitirte perder —espetó Jack—. La niña no se parece en nada a Lord Gabriel ni a ninguno de los Stanford. Tiene color claro y es muy bonita.

Lady Eustace se volvió a reír cuando trajeron la bandeja del té y la colocaron sobre una mesa baja entre ellos. Una vez que el sirviente se retiró de la habitación, ella le sirvió una taza a Jack.

—Mi querido señor Warwick, creo que usted quiere que la niña sea tuya. ¡Qué

deliciosamente fuera de lugar para ti!

Jack abrió la boca para negar su acusación de burla, solo para descubrir que las palabras no salían. Por muchas razones, había reconocido en privado que lo más probable era que Sarah fuera su hija. Ahora se dio cuenta de que Lady Eustace tenía razón: él quería que la bebé fuera suya.

Cuando tomó la taza y el plato que le entregó Su Señoría, ella le pasó un dedo por la mano en una caricia sutil, pero seductora. Él se apartó de su toque depredador y bebió un sorbo de té caliente.

—Sabes... —ronroneó su anfitriona, inclinándose hacia adelante para mostrar una provocativa extensión de pecho regordete—. La idea de un Jack Warwick domesticado me parece muy estimulante. No me opondría a continuar nuestra encantadora relación donde la dejamos.

Jack necesitó todo su autocontrol para no vomitar su té sobre la dama. En lugar de eso, trató de tragarlo y terminó casi ahogándose.

Lady Eustace también pareció encontrar esto divertido y provocador.

—Perdóname si te asusté. Espero que consideres mi invitación.

Los hábitos de varios años lo tentaron a aprovechar lo que Su Señoría le ofrecía. Quizás si satisfacía su apetito carnal, dejaría de albergar pensamientos tan inapropiados sobre Annabelle. Sin embargo, al imaginarla en su casa, cuidando tan devotamente a la pequeña Sarah, no podía imaginarse estar satisfecho con ninguna otra mujer.

Una vez que recuperó el aliento, Jack intentó liberarse lo más educadamente posible.

—Aprecio tu franqueza y me halaga tu tentadora oferta. Pero, hasta que encuentren a la madre de la niña, debo concentrarme en asegurarme de que ella reciba el cuidado adecuado.

Su Señoría no pareció muy decepcionada por su negativa. Sin duda, ella tenía uno o dos caballeros listos para consolarla, tal como lo había hecho Rory.

Habiendo descubierto lo que había venido a aprender, Jack estaba ansioso por escaparse de nuevo, tan pronto como la civilidad se lo permitiera.

Se apuró con el té y se disponía a marcharse, cuando Lady Eustace lo sorprendió con otra propuesta.

—Todo este asunto me ha hecho pensar en lo agradable que sería tener una hija pequeña. Estaría encantada de quitarte la bebé de tus manos. Entonces, tendrás la satisfacción de saber que ella está bien atendida sin costo alguno para ti o tus amigos. Y no tendrían que preocuparse por localizar a la madre de la niña.

Era evidente que Su Señoría creía que les haría un gran favor. Si ella le hubiera hecho la misma oferta el día que descubrieron a la bebé, Jack no podía negar que podría haberse sentido tentado a aceptar. No tenía ninguna duda de que Lady Eustace encontraría una niñera capaz y no escatimaría gastos para vestir a la pequeña Sarah y, finalmente, asegurarse de que adquiriera todos los enseres necesarios.

Pero ella no sería quien alimentaría a la niña con la mano ni le cambiaría la ropa sucia, ni caminaría con ella, si lloraba por la noche. Jack dudaba que Su Señoría fuera capaz de brindarle el tipo de amor que esa bebé necesitaba.

No podía soportar la idea de que Sarah algún día pudiera conocer la historia de su infancia y sintiera que la habían pasado de mano en mano, como un paquete no deseado. Más que eso, Jack de repente se dio cuenta de que no podía soportar la idea de entregársela a nadie.

Con deliberado cuidado, dejó la taza y el plato sobre la mesa del té. Luego se levantó de su asiento y se inclinó ante Lady Eustace.

—Gracias por su generosa oferta. Pero le sugiero que brinde una oportunidad tan excelente a un niño no deseado. Ahora, si me disculpa, debo volver con mi hija.

* * *

—¡Qué descarado tiene esa mujer! —Jack estaba enfurecido, mientras Annabelle y él conducían por Hyde Park en un carruaje abierto, al día siguiente—. Dijo que parecía que me estaría haciendo un favor al llevarse a Sarah.

Annabelle se había preguntado sobre la entrevista con Lady Eustace. Desde que regresó de su casa, Jack había estado más atento que nunca con la bebé, e inusualmente dispuesto para ella. Había insistido en cuidar a la niña para que ella pudiera tomar una siesta. Luego le había hecho prometer que iría a buscarlo durante la noche si Sarah se quejaba. Aunque su oferta la había conmovido, preferiría caminar por la habitación, durante noches enteras, que llamar a la puerta del dormitorio de Jack y que él abriera vestido solo con su camisón. No estaba segura de poder confiar en sí misma para comportarse con sensatez en tal situación.

Esta tarde, Jack había insistido en que Rory y Gabriel cuidaran a la bebé para poder llevar a Annabelle a dar un paseo en coche al aire libre de primavera.

Le había hablado de su encuentro con Lady Eustace, indignándose por su oferta de llevarse a la pequeña Sarah. Aunque el corazón de Annabelle se rebeló ante la idea de entregar la niña a otra mujer, se dijo a sí misma que debía considerar la situación de manera racional.

—¿No les estaría haciendo Lady Eustace un favor a todos? —preguntó—. ¿A Sarah en particular? Su Señoría tiene los medios para mantener a un niño y quiere tenerla a ella. Sarah merece crecer en un hogar donde la quieran. Hubo un tiempo en que yo habría dado cualquier cosa por eso, aunque sabía que tenía suerte de tener un techo sobre mi cabeza y suficiente para comer.

Incluso antes de que ella terminara de hablar, Jack empezó a negar con la cabeza.

—No conoces a Lydia Eustace. Quiere tener un hijo hoy, pero la semana que viene o el mes siguiente la novedad podría desaparecer. Incluso, si no fuera así, ¿qué clase de hogar sería ese para Sarah, con hombres, yendo y viniendo, sin quedarse nunca?

Aunque Annabelle se alegró de oírle interesarse tan apasionadamente por el bienestar de la bebé, sabía que no estaba en posición de arrojar piedras.

—Fuiste uno de esos hombres no hace mucho, en caso de que lo hayas olvidado. Y si Lady Eustace tuviera un hijo, tal vez consideraría volver a casarse para formar una familia.

Jack soltó una áspera carcajada.

—Lo dudo. Lydia Eustace disfruta demasiado de su independencia como para renunciar a ella por un solo hombre, cuando puede cambiar de amante con tanta frecuencia como cambia de sombrero.

—Pensé que ese era precisamente el tipo de mujer que te gustaba —le recordó Annabelle—. ¿Cuándo te convertiste en un modelo de rectitud moral?

Jack se molestó visiblemente.

—Acaso, no es eso lo que tú quieres, ¿que abandone mis costumbres libertinas y me convierta en un ciudadano responsable?

—¡No si eso te convierte en un mojigato moralista! —Ella le lanzó esas palabras e inmediatamente se arrepintió.

No era de extrañar que Jack hubiera asumido que ella lo odiaba, atribuyéndole erróneamente el dolor por su difunto marido. La molestia con él se había convertido en un mal hábito, siendo una defensa contra cualquier retorno de su enamoramiento infantil por él. ¿Era justo descargar su

miedo y su frustración contra Jack?

Él nunca le había pedido que lo idolatrara ni se había propuesto ganarse su corazón. Sus sentimientos por él habían crecido por sí solos sin ningún estímulo intencional, del mismo modo que Frederick se había enamorado de su persona, cuando ella solo tenía ojos para su primo. Había sido un cruel truco del destino, como los amantes de *El sueño de una noche de verano*. Solo que esta vez no había ninguna poción de hadas para deshacer el travieso hechizo de amor.

—¡Perdóname, Jack! —Ella sacudió su cabeza—. No quise decir eso. Me temo que todavía no me he recuperado de la otra noche y eso me está poniendo irritable sin ningún motivo.

Eso era en parte cierto. La fatiga parecía intensificar todas sus emociones y convertirlas en un brebaje altamente combustible.

La expresión atronadora del rostro de Jack se suavizó.

—Por supuesto que te perdono. Somos amigos desde hace mucho tiempo. Quizás seas la primera amiga verdadera que tuve además de Frederick. Se necesitará algo más que una palabra dura ocasional para destruir esto. Además, considerando todo lo que te debo, estaría feliz de soportar cualquier abuso que quieras hacerme.

Una parte de ella estaba patéticamente agradecida de que él no se hubiera ofendido por su insulto. Un rincón de su corazón, olvidado durante mucho tiempo, se calentó al saber que Jack la consideraba como su primera amiga verdadera. Cómo deseaba haberse sentido satisfecha con esa amistad, en lugar de atormentarse queriendo más. Quizás no era demasiado tarde para hacer eso, especialmente ahora que Jack estaba tratando de reformarse.

Las cejas de él se juntaron sobre su nariz recta y prominente.

—¿De verdad crees que debería entregarle a Sarah a Lady Eustace? Puede que le proporcione una vida más fácil que la que tuvimos tú y yo, pero quiero algo mejor para ella.

—Yo sé que tú... —Annabelle se maravilló de la rapidez y facilidad con la que la bebé había captado el afecto de Jack. Hubo un tiempo en que pudo haber sentido bastante envidia por eso, pero ya estaba decidida a dejar eso atrás, al igual que Jack lo estaba haciendo al abandonar sus maneras autodestructivas. Además, había llegado a preocuparse demasiado por la pequeña Sarah como para envidiarle el amor de un padre—. Pero, ¿eso será mucho mejor entregársela a una madre que la abandonó? Incluso si a la mujer se le dan los medios para cuidar a la niña, sus acciones me hacen dudar de su juicio y estabilidad.

Recientemente, Annabelle había empezado a imaginar un plan diferente. Dado que la madre de Sarah estaba resultando tan obstinadamente difícil de localizar, tal vez Jack y sus amigos le permitieran quedarse con la niña. No en Bruton Street, por supuesto, sino tal vez en una acogedora casita en el campo. Hasta ahora se había sentido demasiado culpable como para permitir que Jack la ayudara económicamente. Pero por el bien de Sarah, él lo haría. Criar a la niña sería más un placer que una penitencia. Sin embargo, todavía podría aliviar la carga de culpa que había cargado desde la muerte de su marido. Cuanto más consideraba Annabelle la idea, más le parecía la mejor solución para todos los interesados. Quizás este fuera el momento adecuado para sugerirla.

Mientras ella intentaba decidir cómo abordar el tema, Jack respondió a su comentario anterior sobre la madre de Sarah sacudiendo la cabeza.

—¿No recuerdas lo que me dijiste, justo después de que encontramos a la bebé por primera vez? Dijiste que parecía sana y bien cuidada. Dijiste que su madre solo debía haberla abandonado porque estaba desesperada, y quería que su hija tuviera una vida mejor de la que ella podía brindarle.

¿Había dicho eso? Aunque no era falso, Annabelle deseaba poder retractarse.

Jack continuó de una manera pensativa y seria, muy diferente a su forma habitual.

—Para mí, esto sugiere que la madre de Sarah se preocupaba más por su hija que por sus propios sentimientos. Quizás sus métodos fueron imprudentes, pero su corazón estaba en el lugar correcto. Y debo confesar que probablemente le di motivos para creer que no aceptaría mi responsabilidad, si ella se acercaba a mí directamente.

—Quizás —admitió Annabelle en tono dudoso—. Pero...

—He tomado una decisión —anunció Jack—. Una que estoy seguro que aprobarás. Cuando encuentre a la madre de Sarah, tengo la intención de casarme con ella para que podamos criar a nuestra hija en el tipo de familia estable y amorosa que tú y yo nunca tuvimos.

Su declaración derrumbó la bonita fantasía doméstica de Annabelle de un futuro con la pequeña Sarah, reduciéndola a escombros. Un peso aplastante presionaba su pecho, haciendo que le resultara doloroso respirar, y volviendo más difícil que su corazón latiera.

—¿Bien? —Jack le sonrió, como un niño esperando elogios por una buena acción—. ¿Qué opinas? ¿No es una solución ideal?

Capítulo siete

Seguramente, Annabelle aprobaría su idea.

Jack esperó expectante para escuchar su respuesta. ¿No encajaba con todo lo que ella quería para él y Sarah?

—¿Matrimonio? —El tono de Annabelle no transmitía aprobación. Sonaba más como si estuviera cuestionando su cordura—. Ese es un paso muy serio.

—Así es.

¿Supuso ella que él no lo sabía?

—Pensé que querías que fuera más serio y responsable.

—Lo quiero —ella insistió—. Sí. ¿Pero...?

—¿Pero qué? —Nada de lo que él hacía parecía complacerla.

Se había vuelto cada vez más frustrante cuando él se encontró deseando su aprobación más que nunca. Jack recordó la forma en que ella solía admirarlo, cuando eran más jóvenes, como si ante sus ojos, él no pudiera hacer nada malo. Había sido una sensación embriagadora para un muchacho al que pocos le habían prestado atención. No podía recordar con precisión cuándo había cambiado su actitud, pero deseaba poder recuperar su admiración. Esperaba que su plan de casarse con la madre de Sarah pudiera lograrlo.

—No quieres que le devuelva a Sarah a su madre. Me niego a entregársela a Lady Eustace o a alguna otra extraña. No puedo pedirte que sigas cuidándola indefinidamente. ¿Qué otra opción tengo?

Los rasgos de Annabelle adoptaron una expresión de tristeza y dolor que lo desconcertó.

—Cuando lo dices así, supongo que no hay otra opción. Pero, casarte con una mujer que no amas, ¿estás seguro de que eso creará un hogar feliz para tu hija? Sé que no quieres que ella experimente las dificultades de tu juventud.

¿Por qué ella sacó eso a relucir? Ella era la única a quien le había confiado su ira, dolor y vergüenza por el desastre del matrimonio de sus padres. Incluso con Frederick había mantenido un aire de alegre indiferencia. Conociendo los problemas de la vida de Annabelle, él había sentido que ella los entendería de una manera que su primo no podía. También quería que supiera que ella no era la única que se sentía no deseada.

Ahora, ella estaba usando sus secretos contra él, precisamente cuando más anhelaba su apoyo.

—¡No será lo mismo en absoluto! Cualesquiera que sean mis sentimientos hacia la madre de Sarah al principio, no les daré ningún motivo para desviarse. Con el tiempo, estoy seguro de que llegaré a cuidar de ella y ella de mí. No me gustó Sarah de inmediato, si recuerdas. Pero desde entonces ha llegado a significar mucho para mí.

—Lo sé. —Annabelle reconoció su cambio de opinión, pero todavía no parecía persuadida por su argumento—. Pero el amor no es tan fácil de conseguir. A veces amamos a otros a quienes no tenemos por qué cuidar. Puede que ni siquiera queramos sentirnos como nos sentimos. Mientras que hay otros a los que quizás queramos amar con toda la razón del mundo. El corazón puede ser un órgano rebelde, ¿lo sabes?

—¡Soy bastante capaz de controlarme! —Jack sabía muy bien que el deseo podía ser un impulso poderoso y contrario, que ardía en direcciones no deseadas, a veces incluso prohibidas. En su caso, el mismo se originó en un órgano voluntario situado muy al sur del corazón. De

hecho, en ese mismo momento, este se despertó al ver los labios carnosos y deliciosos de Annabelle. ¿Cómo se sentiría y sabría besarlos?

—Además —continuó—, no creo que haya sido una falta de sentimiento lo que destruyó el matrimonio de mis padres, al menos no al principio. ¿Habría sido mi padre tan tonto como para batirse en duelo por mi madre si no se preocupara por ella? Quizás el secreto de un matrimonio estable y contento sea no preocuparse demasiado. El respeto, la tolerancia y la cortesía pueden ser una base más firme sobre la cual construir una unión duradera y cómoda.

El viejo sinvergüenza y despreocupado de Jack Warwick apenas podía creer que esas palabras salieran de su boca. Sin embargo, ese ya no era el tipo de hombre que quería ser. Incluso antes de que la bebé Sarah llegara a su puerta, se sentía inquieto e insatisfecho con su vida anterior de placeres vacíos y egoístas. En retrospectiva, se dio cuenta de que había estado anhelando un propósito mayor. Lo había encontrado en esa pequeña e indefensa bebé. Ella lo necesitaba como nunca nadie se lo había pedido, con la posible excepción de la joven Annabelle.

Pero Annabelle había crecido y su cuidado se había convertido en responsabilidad de Frederick. Una vez que Frederick se fue, ella dejó muy claro que ya no quería nada de lo que él pudiera otorgarle.

Ahora sus exuberantes labios se comprimieron en una línea apretada y de desaprobación.

—Creo que hemos estado afuera suficiente tiempo. Puede que no lo hayas notado, pero la gente nos está mirando. Preferiría no presentar más espectáculo para los chismes.

Ella tenía razón. Él no se había dado cuenta. Un escrúpulo de vergüenza recorrió el estómago de Jack. Desde que tomó asiento en el carruaje frente a Annabelle, no había tenido ojos para nadie más. Ahora observó a la gente que volvía y seguía su paso, y luego miraba hacia otro lado para entablar una charla furiosa. Hacía tiempo que se había acostumbrado a ser objeto de chismes. De hecho, se había enorgullecido perversamente de ello. Pero la idea de que la gente especulara sobre Annabelle y la condenara le provocó ganas de juntar algunas cabezas.

—¡Llévanos a casa de inmediato! —le gritó a su conductor.

—No les hagas caso a los chismosos —le aconsejó a Annabelle—. Aprovecharán algún tema nuevo antes de que te des cuenta y olvidarán lo que haya ocupado sus lenguas maliciosas el día anterior.

—Es fácil para ti ser filosófico. —Dos puntos rojos brillantes ardían en lo alto de las mejillas de Annabelle—. Has tenido años para acostumbrarte.

¿Qué decían exactamente los chismosos? Se preguntó Jack. ¿Estaban contando la llegada de la bebé Sarah a su puerta, tratando de adivinar la identidad de su padre y madre? ¿O estaban cuestionando la presencia de Annabelle en su casa y la naturaleza de su relación con ella? Quería indignarse ante el funcionamiento de mentes tan sórdidas. Pero, ¿cómo podría hacerlo cuando estaba atormentado por sus deseos deshonorosos?

—Perdóname —pidió perdón por más de lo que podía empezar a confesar—. No era mi intención someterte a chismes cuando te invité a este viaje.

—Lo sé —suspiró ella—. Estabas tratando de ser considerado y aprecio la idea. Pero, como puedes ver, a veces las intenciones más amables pueden tener consecuencias desagradables. Me temo que ese podría ser el caso con tu idea de matrimonio. Por el bien de Sarah, te ruego que no te apresures a hacer nada.

Su advertencia hizo que Jack se detuviera. Hasta que inesperadamente recibió la herencia del tío de su madre, no tenía nada que ofrecerle a una esposa. Y nada podría haberlo inducido a mejorar sus perspectivas al perseguir a una heredera. Además, los recuerdos del matrimonio de sus padres lo habían disuadido de querer pensar en casarse.

La llegada de Sarah había cambiado todo eso. Lo último que quería era que ella creciera como él lo había hecho: bajo la nube de viejos escándalos, privado de padres debido a sus decisiones erróneas y egoístas. Mientras que su comportamiento irreflexivo pudo haberla engendrado fuera del matrimonio y también llevó a su madre a abandonarla en su puerta. Si tuviera que pasar el resto de su vida compensándola, lo haría. Solo deseaba poder contar con el apoyo de Annabelle en una empresa tan seria. Seguramente, eso no era pedir demasiado.

—Lamento que no apruebes mi decisión. Esperaba que lo hicieras. Pero lo hagas o no, es lo que siento que debo hacer. Espero que una vez que te acostumbres a la idea y veas que es lo mejor.

—Quizás —murmuró Annabelle, aunque sus ojos oscuros contenían profundas sombras de duda—. Por mucho que me importe Sarah, no quiero que renuncies a tu oportunidad de ser feliz, a cambio de la de ella.

Jack negó con la cabeza.

—Nunca conocí la verdadera satisfacción o felicidad hasta que ella entró en mi vida. De ahora en adelante, mientras ella sea feliz, yo también lo seré.

* * *

—¿Cómo va la cacería? —preguntó Annabelle, la semana siguiente, después de que Jack regresara de reunirse con otra de sus antiguas amantes, que había llegado recientemente a Londres desde el campo.

Últimamente, ella se sentía presa del temor, cada vez que él regresaba a casa después de una entrevista de este tipo. Buscó esperanzada signos de frustración o fracaso: un ceño tenso u hombros caídos. Eso significaría que no corría peligro inmediato de perder a Sarah y el lugar en la casa de Jack, el cual se había vuelto demasiado importante para ella.

—Otro callejón sin salida —Jack exhaló un profundo suspiro y se dejó caer en el sillón más cercano—. Empiezo a preguntarme si habrá habido algún error lamentable y Sarah no nos pertenece a ninguno de nosotros.

Parecía tan abatido que Annabelle no pudo evitar arrepentirse de su egoísmo anterior. Jack había dejado entrar a la pequeña Sarah en su corazón de una manera que nunca le había permitido a ninguna otra mujer. ¿Y si tenía razón en que ella no pertenecía a ninguno de ellos? ¿Qué pasaría si la madre de Sarah se diera cuenta de su error y regresara para reclamar a la niña? Annabelle no podía soportar pensar cómo eso podría afectar a Jack y a ella.

La bebé yacía sobre una manta sobre la alfombra y masticaba un anillo de coral liso, que se creía que ayudaba a los bebés a afilar los dientes. Cuando Jack entró, Sarah miró hacia él, agitando sus pequeños brazos. Por el momento, él parecía demasiado desanimado para darse cuenta. ¿O la estaba ignorando deliberadamente por miedo a encariñarse demasiado, solo para perderla? De ser así, era un temor que Annabelle podía entender.

Sin embargo, la pequeña Sarah no podía comprender esto. Solo podía sentir, al igual que los bebés, que el hombre que le había prestado tanta atención de repente se había vuelto indiferente. ¿Cómo podría afectar eso su visión de sí misma y sus sentimientos hacia el resto del mundo?

—¿Importa tanto si ella tiene tu sangre? —preguntó Annabelle, mientras veía a la bebé saludar con más fuerza y retorcerse en dirección a Jack. Esto le recordó hasta dónde ella había llegado una vez para atraer su atención—. Te preocupas por ella y ella está muy apegada a ti. A ella le gusta Gabriel y Rory le divierte, pero tú eres el caballero que realmente adora.

Su seguridad pareció aliviar el peso de la tristeza que abatía a Jack. Se enderezó y miró hacia la pequeña criatura que se retorció con una sonrisa cariñosa.

—Ella no me es indiferente, pero sin duda eres tú a quien más ama, Annabelle. No es de extrañar, considerando el cuidado devoto que le has brindado. Eso está más allá de cualquier cosa, que me hubiera atrevido a preguntar, cuando acudí a ti, por primera vez, en busca de ayuda.

La calidez de gratitud y admiración en su tono tocó el corazón de Annabelle como una caricia, lo cual fue casi suficiente para satisfacerla.

—Sarah confía en mí para todo —intentó explicar. —Para estar alimentada, limpia, consolada. Eso crea un vínculo, por supuesto.

Ella estaba a punto de decir más cuando la enérgica y retorcida bebé dio la vuelta sobre su vientre. La niña dejó escapar un pequeño grito ahogado, lo que Annabelle temió que pudiera significar que se había asustado. Ambos adultos se levantaron de sus asientos para consolarla.

Pero antes de que pudieran alcanzarla, Sarah dejó escapar un grito de alegría, seguido de una dulce y burbujeante risa.

—¿Estás orgullosa de ti misma? —Annabelle se arrodilló junto a la bebé, quien levantó la cabeza y miró a su alrededor con una sonrisa triunfante—. Moviéndote por tus propios medios. Antes de que nos demos cuenta, estarás arrastrándote y luego dando tumbos sobre las cuerdas principales. Entonces, no habrá paz para nosotros, ¿verdad?

Aunque seguía presentando una apariencia alegre y animada a la bebé, un frío sombrío recorrió a Annabelle, como las húmedas corrientes de aire invernales en sus antiguas habitaciones. Era poco probable que fuera ella quien persiguiera a Sarah, aferrándose a los largos lazos cosidos a la ropa de los niños de esa edad. Más que nunca, podía simpatizar con la tristeza anterior de Jack.

El estado de ánimo de Jack pareció mejorar cuando se arrodilló junto a la bebé.

—¡Qué chica tan inteligente eres! —gritó, como si darse la vuelta fuera una hazaña que ningún niño en el mundo hubiera dominado antes—. ¡Bien hecho!

Su entusiasmo era tan entrañable que Annabelle no podía escatimarle.

Él tomó a Sarah en sus brazos, como si fuera la cosa más natural del mundo, en vez de la terrible experiencia que alguna vez había considerado. Luego, la hizo caminar por la habitación con un paso oscilante y rebotante que la bebé parecía disfrutar. Cuando Annabelle se levantó del piso, los miró. Aprobó la forma en que Jack sostenía a la bebé, con la suficiente firmeza para mantenerla segura pero no demasiado apretada.

Apenas podía creer el cambio que se había producido en él durante las últimas semanas. Salía temprano y rara vez se iba, excepto para buscar a la madre de Sarah o hacer compras para la bebé. Su consumo de bebidas alcohólicas era más moderado de lo habitual y parecía haber abandonado por completo el juego. Annabelle estaba bastante segura de que Jack no había estado en compañía de ninguna mujer... a menos que uno de los encuentros con sus antiguas amantes hubiera tomado un giro amoroso. Esa posibilidad le preocupaba, aunque se dijo a sí misma que sus conquistas no eran asunto suyo.

Este nuevo Jack, adulto y responsable, la atraía incluso más que el encantador y juvenil libertino. Esa atracción le hizo difícil recordar que solo quería su amistad. Debía dejar de soñar con él, como una chica enamorada, y concentrarse en brindarle a Sarah la mejor atención posible.

—¡Oh! —Jack se detuvo y resopló con fuerza—. Creo que alguien necesita un cambio de ropa.

En ese momento, Annabelle percibió un olor acre. Ella hizo una mueca y se abanicó la nariz.

—Esto haría que el tío Rory volara en la otra dirección. Dámela aquí. La limpiaré.

Jack sacudió la cabeza y se dirigió hacia las escaleras.

—No puedo pretender haber dominado los misterios arcanos del cambio de pañales como tú.

Pero haré todo lo que pueda para ayudarte.

Unos momentos más tarde, Annabelle investigó el alcance del desastre. Ella sacudió su cabeza.

—Esta joven necesita más que un cambio. Necesitará un baño completo. ¿Se puede arreglar eso?

—Por supuesto. —Jack le dio a la bebé un último cosquilleo debajo de la barbilla y luego se dirigió hacia la puerta—. En esta casa suscribimos los edictos de Beau Brummel sobre el aseo adecuado. Haré que traigan la bañera, el agua y las toallas de inmediato.

—¡Necesitaré tu ayuda para bañarla, si no te importa! —le gritó Annabelle—. Al igual que para alimentarla, bañar adecuadamente a un bebé requiere al menos tres manos: dos para sostenerlo y una para lavarlo.

—Por supuesto. —Jack volvió para quitarle la servilleta sucia—. ¿Crees que el lavado será suficiente para limpiar esto o deberíamos simplemente quemarlo?

Annabelle no pudo evitar reírse, lo que hizo reír a Sarah como si entendiera la broma.

Mientras los sirvientes de Jack preparaban la bañera e iban a buscar agua caliente, Annabelle dejó que la bebé se revolviera en la cama, desnuda como un querubín regordete. Sarah parecía disfrutar de la oportunidad de moverse sin obstáculos y de la sensación del aire sobre su piel desnuda. Ella arrullaba y balbuceaba, como si hablara su propio idioma infantil. De vez en cuando, soltaba una risita de diversión privada. Todos los ayudantes de cámara y lacayos realizaban sus tareas con entusiasmo y sonrisas indulgentes. Annabelle sintió que estaban casi tan enamorados de la bebé como sus amos.

—Ahí está —anunció Jack poco después—. El agua parece tener la profundidad y temperatura adecuadas. ¿Debemos empezar?

Para sorpresa de Annabelle, él se quitó el abrigo, el chaleco y la corbata, y luego se arremangó la camisa. La visión de sus antebrazos musculosos y firmes, y la cuña de su pecho visible en el cuello abierto de su camisa, encendió una chispa de calor en lo profundo de su vientre. ¿Cómo se suponía que iba a estar satisfecha con la casta amistad de Jack, cuando tales visiones avivaban su atracción no deseada?

—¿Bien? —Sus cejas se arrugaron en una expresión de perplejidad, cuando él la sorprendió, mirándolo boquiabierto—. ¿Seguimos con esto antes de que el agua del baño se enfríe?

—Sí, claro. —Annabelle agarró a la bebé y se reprendió a sí misma por su preocupación. Ella estaba aquí para cuidar a la niña, no para comerse con los ojos a Jack.

Empujó a Sarah a sus brazos que la esperaban y luego se retiró rápidamente. No confiaba en estar demasiado cerca de él, en su estado actual. No hace mucho podría haberse sentido nerviosa por una transferencia tan abrupta. Pero en ese momento, agarró a la bebé con una nueva seguridad.

La metió en la bañera y luego se arrodilló en el piso detrás de ella. Cuando la bebé se deslizó en el agua tibia, ella soltó un chillido de alegría y bajó los brazos en un vigoroso chapoteo. La niña jadeó y farfulló, cuando el agua voló hasta mojarle la cara y su suave mechón de cabello rubio. Claramente, ella no había previsto el resultado de chocar contra el agua. Una vez que recuperó el aliento, soltó una carcajada y volvió a chapotear. Esta vez Annabelle sintió que eso fue deliberado.

—Me alegra ver que le gusta el agua. —Annabelle se arrodilló junto a la bañera y empezó a pasar una toallita sobre la pequeña niña—. Algunos de mis primos menores no podían soportarlo. Bañarlos fue una dura prueba.

—¿Alguna vez has tenido noticias de alguno de ellos? —preguntó Jack—. Hasta el día de

hoy, Ralph y Reggie me evitan cada vez que nos encontramos en el club. No recuerdo a ninguno de los más jóvenes.

Para entonces, Sarah había descubierto que dar patadas también podía producir divertidas salpicaduras. El agua subió, empapando a Annabelle como se esperaba.

—Puedo ver que voy a terminar casi tan mojada como tú, pequeña diablilla —la regañó con cariño, frotando a fondo el pequeño rostro de Sarah. Luego volvió a la pregunta de Jack—. Mi tía y algunas de las chicas intentaron reconciliarse conmigo, después de que me casé con Frederick. Pero cuando supieron que su padre se oponía al matrimonio, ellas tropezaron, una contra la otra, para distanciarse nuevamente de mí. No he tenido contacto con ninguna de ellas desde entonces, y así prefiero mantenerlo. Nunca me quisieron como parte de la familia, solo como a una sirvienta no remunerada, que vivía de la caridad.

No había sido su intención permitir que sus quejas, que llevaban tanto tiempo latentes, estallaran de esa manera. Pero al menos, eso la distrajo de su intensa consciencia de Jack y su estado de desnudez parcial.

—¡Espero que no crean que eso es lo que estoy haciendo! —gritó. Por un instante, soltó a la resbaladiza bebé que casi se hundió bajo el agua.

Tanto Jack como Annabelle agarraron a la niña al mismo tiempo. Sus manos se rozaron, cuando él atrapó a la pequeña Sarah justo a tiempo.

En el instante en que Annabelle supo que Jack tenía sujeta a la bebé, de manera segura, una vez más, se apartó abruptamente de él, como si su toque la quemara.

—¡De hecho no! —ella jadeó, en respuesta a su afirmación—. Aunque no me sorprendería que hicieras todo lo contrario: usar la excusa de que te ayudé con la bebé para darme tu caridad.

—¡Tonterías! —Jack se concentró en la bebé que se retorció, evitando la mirada de Annabelle—. Lo último que quiero es que te sientas como una sirvienta en mi casa. La verdad es que nunca podría permitirme pagar lo que tu ayuda ha valido para mí. Has hecho mucho más que cuidar de Sarah. Por primera vez, desde que adquirí el contrato de arrendamiento de este lugar, me siento como en casa.

—Esta pequeña merece el crédito. —Una extraña y dulce satisfacción burbujeó dentro de Annabelle, desafiando cualquier esfuerzo por dominarla—. Ahora que la he lavado por el frente, debo abordar su espalda y trasero. ¿Podrías retenerla un momento para que pueda llegar a esos lugares?

—Cualquier cosa para ser útil. —Jack se inclinó hacia adelante y sostuvo a la bebé lejos del fondo de la bañera.

Annabelle intentó varios métodos diferentes para lavarle la espalda a Sarah, sin entrar en contacto con Jack, pero le resultó imposible. Su brazo rozó uno de los suyos, provocando que se le pusiera la piel de gallina. Por un fugaz instante, su pecho presionó contra su otro brazo. Sus pezones se arrugaron y el destello de calor en sus entrañas estalló en llamas.

Ella se apartó abruptamente, aunque una parte de su cuerpo quería permanecer cerca de él tanto tiempo como él se lo permitiera.

—Ya está... —Las palabras salieron en un chillido agudo—. Creo que está lo suficientemente limpia como para seguir adelante.

Mientras alcanzaba una toalla, su mirada se posó en la camisa de Jack. El alegre chapoteo de la bebé había empapado la prenda por completo, pegándola al pecho. La tela blanca se había vuelto casi transparente, dándole a Annabelle una visión impresionante de su cuerpo bien tonificado.

Se le hizo la boca agua como en respuesta a un delicioso banquete. Su imaginación evocó

vívidas imágenes de su cuerpo desnudo. Su mano hormigueó por la necesidad de acariciar esa carne tentadora. Cada pensamiento perverso hacía que sus mejillas ardieran. ¿Jack era consciente de cómo la afectaba la visión de su cuerpo?

Ella se obligó a mirarlo a la cara solo para descubrir que él no estaba observando la de ella. En cambio, sus ojos estaban enfocados más abajo y su boca colgaba floja.

Capítulo ocho

Varios días después de haber bañado a la bebé, Jack todavía no podía quitarse de la mente la imagen de los exquisitos pechos de Annabelle. Cuando ella lo sorprendió boquiabierto, él rápidamente dio la vuelta, sonrojándose y farfullando de profunda vergüenza. Jack quería asegurarle que esa perfección física no debería ser motivo de vergüenza. De hecho, todo lo contrario. Más bien, esto debería celebrarse como las invaluable estatuas clásicas que ella le recordaba a él.

Pero sabía que ese no era el tipo de comentario que uno debería hacerle a una vieja amiga, la viuda de su querido primo. Lo último que quería hacer era hacerla sentir incómoda en su casa, cuando la pequeña Sarah necesitaba su devoto cuidado. Así que se había comportado como un caballero, desviando la mirada, cuando cada instinto masculino le instaba a observarla. En cambio, se había concentrado en secar y vestir a la bebé, haciendo una charla aburrida para aliviar la incomodidad del momento. Después se llevó a la pequeña Sarah para que Annabelle pudiera ponerse ropa seca.

Ella había salido más tarde, luciendo un vestido desaliñado de color oscuro, rematado con un delantal voluminoso. Pero eso no hizo ninguna diferencia. Cada vez que Jack la miraba, todavía podía imaginarse sus pechos firmes y maduros con sus picos oscuros tan duros y anhelantes, tal como una visión prohibida de ellos lo había hecho. Había esperado que la naturaleza carnal de sus fantasías no se reflejara en su rostro, pero temía que así fuera, porque la actitud de Annabelle hacia él se había vuelto notablemente más fría.

¿Por qué sus sentimientos hacia ella habían tomado ese repentino giro lujurioso, después de todos estos años? ¿Era su continua cercanía luego de que él se hubiera quedado sin compañía femenina? ¿O esa atracción había existido todo el tiempo, reprimida e ignorada debido a su lealtad a Frederick y su afecto por ambos?

Jack sabía una cosa con certeza. Si Annabelle pensara que él la consideraba una de sus conquistas fugaces, huiría de su casa y su protección para no regresar jamás. Es más, su amiga más antigua del mundo podría despreciarlo para siempre. No podía soportar eso, como tampoco podía privar a Sarah de la mujer que se había convertido en una madre para ella.

Resolvió mantener la mayor distancia posible entre Annabelle y él, hasta que esta maldita atracción se enfriara. En lugar de eso, canalizaría su energía para localizar a la madre de Sarah.

Solo quedaba una posible candidata conocida por él. Recientemente, ella había regresado a Londres después de pasar el invierno en Irlanda. Jack se preguntó si su estancia en Irlanda había servido para ocultar un embarazo secreto, pero su encuentro con la dama demostró lo contrario. No menos de una docena de invitados podrían jurar que ella había participado con entusiasmo en todas sus actividades y nunca perdió su esbelta figura.

La noticia sacudió a Jack con sentimientos intensamente encontrados. Por un lado, hundió su esperanza de que la pequeña Sarah pudiera ser su hija. Sin embargo, esa decepción se vio atenuada por una sensación de alivio, al no verse obligado a casarse con una mujer por la que solo habría tenido un interés fugaz.

No queriendo arriesgarse a un encuentro con Annabelle, cuando sus emociones estaban tan agitadas, Jack se detuvo en White's para tomarse una copa que lo calmara. Cuando se retiró a su silla favorita con una copa de brandy, la encontró ocupada por un hombre que le parecía ciertamente familiar. Jack sabía que no tenía derecho a estar molesto. Al fin y al cabo, en los

últimos meses había pasado poco tiempo en su club, y en el cómodo sillón de orejas junto al fuego no había ningún cartel que indicara que estaba reservado para él. Se conformó con un asiento cercano.

El otro hombre bajó su copa y miró a Jack con el ceño fruncido, pensativo.

—¿Eres tú, Warwick? Difícilmente te reconocí con una mirada tan sobria.

Ahora fue el turno de Jack de preguntar.

—¿Hawthorne? ¿Dónde has estado? Hace años que no te veo.

No es que hubiera lamentado la ausencia de Lord Hawthorne, sino todo lo contrario. El tipo había estado por delante de Jack y Frederick en la escuela, donde era conocido por gastar bromas crueles a los niños más pequeños. Años después, él había aprovechado su apariencia y encanto superficial para abrirse paso entre las damas de la alta sociedad. Cuando su carácter mujeriego amenazó con llevarlo a un duelo, Hawthorne dirigió su atención a mujeres jóvenes sin familia ni recursos que no pudieran causarle problemas. Por muy tentado que estuviera Jack a despreciar al hombre, sabía que no estaba en posición de condenar el comportamiento de otros.

—¡Oh! He estado aquí y allá. —Lord Hawthorne agitó una mano con desdén—. Viendo un poco del mundo.

¿Huyendo de los acreedores, tal vez, o de un marido agraviado?

—¿Qué te trae de regreso a Londres? —Jack tomó un largo sorbo de su brandy. Quería rematarlo y escaparse a la primera oportunidad. Los asuntos de Hawthorne no le atraían.

—Este asunto de la Regencia, por supuesto —dijo Hawthorne, arrastrando las palabras—. Sabía que generaría entretenimiento divertido. El príncipe siempre fue un excelente anfitrión.

Jack asintió y tomó otro trago.

—No necesito preguntarte qué has estado haciendo. —Hawthorne agitó un dedo y soltó una risita gutural y sugerente—. Todo Londres está hablando de la mocosa que dejaron en tu puerta.

El agarre de Jack sobre su vaso se hizo más fuerte. Fue un milagro que la cosa no se rompiera en su mano.

—Te agradeceré que no te refieras a...

Hawthorne no hizo caso de esa protesta, por lo que continuó en tono mordaz:

—La insolencia de esa pequeña bagatela, al cargarte con sus problemas.

—Mis amigos y yo estamos bastante dispuestos a aceptar la responsabilidad de la niña. —Jack se obligó a mantener un tono civilizado. No podía negar que su reacción inicial, ante la llegada de la pequeña Sarah había sido muy parecida a la de Lord Hawthorne—. Después de todo, se necesitan dos para tener un bebé. ¿Por qué toda la responsabilidad y la censura deben recaer sobre la mujer, mientras el hombre queda libre?

Su Señoría soltó una risa áspera y golpeó el brazo de su silla, como si Jack hubiera hecho una broma deliberada.

—Si levanta las faldas fuera del matrimonio, se merece lo que le pasa. Además, ¿cómo puede un hombre estar seguro de si algún hijo realmente le pertenece? La madre podría estar intentando sacarse el mal provecho de otra persona.

¿Podría ser ese el caso de la madre de Sarah? Jack tomó otro trago. ¿Era por eso que había sido tan misteriosa? Teniendo en cuenta la reputación de los solteros de Bruton Street, ¿había esperado que fácilmente creyeran que uno de ellos había engendrado al niño? Si era cierto, quería resentirse por el engaño. No obstante, su corazón se ablandó con simpatía por la difícil situación de la mujer. No podía soportar pensar qué habría sido de esa querida niña, si su madre no la hubiera dejado en la puerta de su casa. Además, cuánto más pobre y sin propósito podría ser su vida sin ella... y Annabelle.

—Todo el mundo está apostando cuál de ustedes resultará ser el padre —continuó Lord Hawthorne con una mirada exasperante—, pero me inclino a apostar que ninguno de ustedes lo es. ¡Qué ganancia inesperada me traerá esto, si se puede demostrar!

A Jack le irritaba pensar que un canalla como Hawthorne se enriqueciera a costa de la difícil situación de una niña inocente.

—Ya sea que la bebé sea mía o no, mi intención es mantenerla. —Golpeó su vaso vacío sobre la mesa auxiliar, junto a su codo—. Una vez que localice a su madre, tengo la intención de hacer lo honorable y casarme con ella.

Por supuesto, había agotado todas las posibilidades entre sus amantes anteriores, pero no estaba dispuesto a decírselo a Hawthorne.

—¿Honorable? —Hawthorne puso los ojos en blanco—. Siempre he creído que esa es otra palabra para estúpido. Nunca pensé que fueras del tipo que se ve afectado por semejante tontería, Warwick.

—Ni yo ni tú. —Jack se levantó para despedirse. No podía soportar la repugnante compañía de Lord Hawthorne ni un minuto más—. Al menos uno de nosotros tiene razón.

Un ceño de perplejidad arrugó las facciones del otro hombre, mientras intentaba determinar si Jack lo había felicitado o insultado. Luego se encogió de hombros burlonamente, como si eso no le importara de ninguna manera.

—He oído que has instalado a Lady Southam como niñera de la bebé. Supongo que es bastante apropiado, ya que eso era antes de que tu primo la convirtiera en una mujer honesta.

¿Cómo sabía Hawthorne tanto sobre Annabelle? Se preguntó Jack, mientras su corbata se apretaba alrededor de su garganta. Luego recordó que sus miserables primos habían sido parte del círculo de Hawthorne en la escuela. ¿Había visitado alguna vez Eastmuir y codiciado a la hermosa muchacha, a quien el resto de la familia trataba como a una sirvienta?

¿Qué derecho tenía a estar tan ultrajado, cuando no había podido mirar a Annabelle, durante días, sin imaginársela desnuda y estaba hambriento de ella? Le preguntaba la conciencia de Jack. La diferencia era que él nunca consideraría actuar según esos impulsos, sin importar cuánto lo atormentaran.

—¡Deja a Lady Southam fuera de esto! —Su voz se convirtió en un gruñido amenazador—. Como mi pariente más cercana, ella ha estado ayudando con la bebé por amabilidad. ¡Está bajo mi protección y defenderé su honor contra cualquier calumnia!

El labio de Hawthorne se curvó en una expresión desagradable entre una sonrisa y una mueca de desprecio. Ciertamente, le divertía provocar a Jack.

—Su protector, ¿verdad? ¡Qué conveniente tener a una amante que pueda atender a tu bastarda durante el día y luego calentar tu cama por la noche!

El temperamento de Jack explotó como un barril de pólvora dentro de su cabeza, abriendo de golpe la puerta que mantenía su ira bajo control. Antes de que Hawthorne pudiera tomar alguna medida evasiva, Jack lo agarró por la corbata, obligándolo a ponerse de pie.

Era evidente que el sinvergüenza había confiado en la renuencia de Jack a montar una escena en el santuario de un club de caballeros. Sus ojos se abrieron con sorpresa y se arañó la corbata en un intento infructuoso de evitar ser estrangulado.

Pero esa no era la intención de Jack. En lugar de eso, agarró el cuello del sinvergüenza solo el tiempo suficiente para llevar su cabeza a la altura adecuada y mantenerla quieta. Luego su otro puño voló, golpeando la nariz burlona de Hawthorne. El feroz impacto de su golpe hizo que la sangre cálida brotara sobre sus doloridos nudillos.

Después lanzó a Hawthorne sobre la silla del mismo modo que habría arrojado a un trozo de

porquería.

—¡Mi nariz! —Hawthorne se llevó la mano a la cara herida y la sangre se filtró entre sus dedos—. ¡La has roto, maldita sea!

—¡Sí! Lo he hecho, te lo mereces. —Jack no sintió la más mínima punzada de remordimiento—. ¡Puedes esperar algo peor si alguna vez oigo que has repetido más mentiras tan viles sobre Lady Southam!

—¡Haré que te expulsen del club por esto, Warwick! —Lord Hawthorne fanfarroneó, mientras sacaba su pañuelo y varios otros miembros del club llegaron corriendo.

Intentaron sujetar a Jack, pero él se los quitó de encima.

—Me verás afuera. En cuanto a que me prohíban, eso no me preocupa en lo más mínimo. No tengo ningún interés en pertenecer a ningún club que admita a alguien como usted como miembro.

Dicho eso, él se alejó.

Cuando llegó a la calle, su indignación había comenzado a calmarse un poco. A pesar de la sombría satisfacción que le había proporcionado estropear la apariencia de Lord Hawthorne, ahora ansiaba infligirle un castigo aún mayor. Después de todo, el dandy, arrastrando las palabras, solo había dicho en voz alta lo que muchos en la sociedad debían estar pensando. Al llevar a Annabelle a su famoso establecimiento de soltero y mantenerla allí tanto tiempo, Jack ahora se dio cuenta de que podría haberle causado un daño irreparable a su reputación. Su ataque a Lord Hawthorne podría producir el efecto contrario al que pretendía, provocando rumores aún más viciosos sobre ella.

De alguna manera, él debía compensarla.

* * *

—¡Jack! ¿Qué pasó con tu mano? —Annabelle gritó, cuando vio sus nudillos hinchados y salpicados de sangre—. ¿Estás herido en algún otro lugar?

Su vista se había fijado en sus manos, cuando él apareció por primera vez en el salón. Desde el día que bañaron a Sarah, ella apenas había podido mirarlo a la cara o decirle más que unas pocas palabras forzadas. Pero el miedo de que pudiera resultar herido venció su persistente vergüenza.

Ella voló hacia él y le levantó la mano para examinarla más de cerca.

—¡Oh! ¿Eso? —Jack parecía apenas consciente de su herida—. No te preocupes. No es mi sangre.

Esa información solo consoló un poco a Annabelle.

—¿De quién es entonces y cómo llegó a tu mano? ¿Estás seguro de que no estás herido?

Obviamente, él había estado en algún tipo de pelea, pero, ¿por qué? Incluso antes de sus recientes esfuerzos por reformar su comportamiento, Jack solo se había entregado a actividades pacíficas y libertinas: apostar, beber y seducir mujeres. Cualquier desacuerdo serio podría resolverse en un campo de honor, no a puñetazos. ¿Qué lo había provocado a dar un golpe tan fuerte que hizo sangrar a otro?

—Estoy bastante bien. —Él apartó su mano abruptamente—. El trasgresor ni siquiera intentó defenderse.

Miró más allá de Annabelle y observó a la bebé, que se revolcaba felizmente sobre la alfombra, chillando y balbuceando para sí misma.

—¿Cómo ha pasado Sarah el día?

—Como siempre —respondió Annabelle. Si Jack Warwick esperaba distraerla hablando de la

niña, estaba muy equivocado—. Rory me ayudó a darle el desayuno, aunque escupió un poco, después de que él la hiciera reír demasiado. Le di una lección, haciéndole cambiarle la ropa. Luego Gabriel jugó con ella y ella durmió una siesta. Podría continuar, pero eso solo me retrasaría en hacer más preguntas sobre esa pelea tuya. Tarde o temprano tendrás que responderme.

Sarah se giró sobre su vientre y rápidamente en su espalda, acercándose cada vez más a Jack. Estaba claro que quería su atención.

—Muy bien, te lo diré. Pero primero déjame ir a lavarme. —Jack se agachó y le hizo cosquillas en el vientre regordete de la bebé con la mano sana—. Te vas a marear, pequeña.

Mientras salía del salón, la bebé empezó a quejarse. Annabelle levantó a la niña y la hizo saltar de la manera que normalmente le resultaba tranquilizadora. Pero Sarah miró hacia Jack y extendió los brazos.

—¿Podemos ir contigo? —preguntó Annabelle—. De lo contrario, me temo que habrá lágrimas.

Jack hizo una pausa y se volvió hacia ellas. Su expresión se suavizó.

—No podemos permitir eso, ¿verdad?

Les hizo una seña para que lo siguieran, cosa que Annabelle acató. La bebé se calmó de inmediato.

—¿A quién golpeaste? —Annabelle preguntó, mientras subían las escaleras—. ¿Fue a alguien que conozco?

Ella esperaba que su respuesta pudiera distraerla de los provocativos destellos del trasero cubierto de piel de Jack que captó, mientras él subía las escaleras delante de su persona. Por no hablar de la perspectiva de entrar en su dormitorio. ¿Qué la había poseído para sugerir tal cosa?

—Quizás lo conozcas. —La voz de Jack se volvió dura—. ¿Conociste alguna vez al amigo de la escuela de Ralph y Reggie, Lord Hawthorne?

Annabelle asintió y luego recordó que Jack no podía verla así.

—Creo que vino a Eastmuir una vez durante sus vacaciones escolares. Era bastante guapo y muy consciente de ello. Siempre fue bastante agradable conmigo, pero no confiaba en él. Cualquier amigo de mis primos no era amigo mío.

Para entonces, ya habían llegado a lo alto de las escaleras, para su alivio. Ella odiaba sentirse impotente ante sus tontos deseos.

—Hiciste bien en no confiar en él. —Jack parecía aliviado—. Hawthorne es un completo sinvergüenza en lo que respecta a las mujeres.

Annabelle no pudo reprimir una risa poco femenina.

—¿Mientras que tú eres completamente virtuoso? El número de mujeres que podrían haber dado a luz a tu hija sugiere lo contrario.

—¡Eso es completamente diferente! —Jack abrió de golpe la puerta de su dormitorio y entró—. Seré el primero en admitir que he sido un canalla irreflexivo, pero nunca me acosté con una mujer que no estuviera tan dispuesta como yo. Y nunca hice que ninguna de ellas creyera nuestras relaciones podrían ser más que casuales. Nunca arruiné a una joven inocente ni usé mi posición para coaccionar a un sirviente.

Había una gran diferencia entre Jack y sus amigos y el tipo de odioso lascivo que describía. Annabelle no podía imaginar a ninguno de ellos comportándose de esa manera.

—Finalmente —concluyó Jack, mientras vertía agua en su lavabo—. Nunca chismearía sobre las mujeres, con las que he estado involucrado ni sobre la reputación de ninguna dama.

—Pero, ¿Lord Hawthorne sí lo hizo? —Annabelle entró en la habitación, sosteniendo a la

pequeña Sarah para que la niña pudiera ver a Jack.

¿Alguna vez había traído aquí a alguna de sus amantes? ¿O prefería seducirlas en sus aposentos, de los que podría escapar rápidamente, si buscaban de él algo más que una noche de placer mutuo?

—¿Es por eso que lo golpeaste? —Ella intentó borrar la perversa imagen de sí misma desnuda en esa cama debajo de Jack Warwick—. ¿Porque difamó la reputación de una pobre dama?

Jack mantuvo sus ojos apartados de ella, mientras sumergía su mano en el agua y se lavaba la sangre de Lord Hawthorne de su mano.

Annabelle se dio cuenta de algo repugnante.

—Fui yo, ¿no? ¿Atacaste a ese hombre porque estaba difundiendo chismes viles sobre mí?

Jack asintió como culpable, mientras se secaba las manos.

—Eso no fue todo. Llamó a Sarah mocosa bastarda. Perdí los estribos y lo golpeé en la cara. ¡Creo que le he roto la nariz, pero no me importa! Se lo merecía... ese desgraciado. ¡Si escucho que ha dicho otra palabra contra cualquiera de ustedes, haré que se arrepienta aún más!

Annabelle podía imaginarse la confrontación. Aunque una parte de ella admiraba a Jack por defender su honor, temía las consecuencias de su ataque a Lord Hawthorne.

—¿Por qué no lo ignoraste en lugar de echar más leña al fuego? Todos asumirán que reaccionaste tan violentamente porque dijo la verdad. Los chismes se difundirán más rápido y más lejos que nunca. ¡Nunca más podré mostrar mi rostro en la sociedad!

Eso no era lo que más la preocupaba. Ella nunca había aspirado a un lugar en la sociedad. No se había casado con Frederick porque fuera heredero de un condado. Lo que ahora temía era que nadie estuviera dispuesto a contratarla para cuidar de sus hijos. ¿Qué dama permitiría que una persona así entrara en su casa, donde podría ser una influencia corruptora para los niños o tener designios para el amo?

La idea de que se hicieran suposiciones tan sórdidas sobre ella asestó a Annabelle un golpe vertiginoso. Se desplomó contra la pared, luchando por mantener a la bebé agarrada.

Jack sintió su angustia de inmediato. Saltó hacia ella y tomó a la pequeña Sarah, quien chilló de alegría.

Pero no era la niña a quien Jack dirigió su atención, en ese momento.

—Perdóname, Annabelle! No quise empeorar las cosas para ti. Si me hubiera detenido a pensar, tal vez habría actuado de manera diferente. Pero me enfureció oír a Hawthorne hablar de ti y de Sarah con tanta falta de respeto. No pude evitarlo.

—Lo sé.

¿Cómo podía culpar a Jack por perder el control de su temperamento, cuando ella no podía controlar su atracción por él? Independientemente de los insultos que Lord Hawthorne hubiera lanzado sobre su carácter, la verdad era peor. La única razón por la que no estaba calentando la cama de Jack era porque él no la quería allí. Si él alguna vez hubiera hecho el más mínimo avance, Annabelle no estaba segura de poder resistir sus deseos.

—La gente así tiene el instinto de provocar lo peor en sus víctimas —ella continuó—, ocurrió lo mismo con Ralph y Reggie. Sabía que debía ignorarlos. Sabía que solo me causaría más problemas si respondía a sus provocaciones. Pero, a veces no podía evitarlo.

Jack negó con la cabeza.

—Eras poco más que una niña en una situación intolerable. Debería haberlo sabido mejor. Si Hawthorne me hubiera insultado, podría haberlo ignorado, pero...

Annabelle sabía a qué se refería. Jack Warwick estaba acostumbrado a aceptar insultos y

críticas, y fingir que no les prestaba atención. Pero cuando se trataba de otros menos capaces de defenderse, sus impulsos protectores se imponían.

—No te preocupes, Jack. —Ella se irguió, decidida a demostrar que ya no era una niña perseguida sino una mujer adulta, capaz de valerse por sí misma, sin importar lo que le deparara la vida—. Tarde o temprano, los chismes encontrarán un blanco más tentador. De todos modos, nunca salgo para la sociedad. Mientras tú, Rory, Gabriel y Sarah no me desprecien, Lord Hawthorne y los de su calaña pueden decir lo que quieran.

Los rasgos de Jack adoptaron una expresión seria y decidida, muy distinta a su habitual aire despreocupado, pero no menos atractivo.

—No es necesario que pretendas tomarlo a la ligera para perdonar mis sentimientos. Siempre fuiste demasiado rápida para ponerme excusas. Pero esta vez no deberías hacerlo. Te puse en una situación difícil y todo lo que he hecho desde entonces solo la ha empeorado. ¡Debo encontrar alguna manera de arreglar esto!

¿Qué podría hacer él? Annabelle observó cómo Jack hacía saltar a la bebé en sus brazos, y estaba perdida en sus pensamientos. El tiempo era el único remedio que podría reparar el daño a su reputación.

—¡Lo tengo! —Jack la miró directamente a los ojos por primera vez desde que bañaron a la bebé—. Sé lo que debo hacer.

—¿Realmente? —Annabelle se cruzó de brazos frente a ella—. ¿Y qué podría ser eso? Seguramente, no supondrás que disculparte ante Lord Hawthorne servirá de nada.

Cualquier cosa que tuviera en mente debía ser igualmente desagradable, Annabelle intuyó por su comportamiento. No pudo evitar sentirse conmovida de que él estuviera dispuesto a hacer tal sacrificio por ella.

—Si pensara que podría ayudar, le pediría perdón de rodillas. —La voz de Jack sonó con una convicción que no podía dudar—. Pero sospecho que eso tendría el efecto contrario.

—¿Qué piensas hacer entonces? —ella preguntó.

—¿No es obvio? —Jack vaciló, claramente, luchando consigo mismo para poner en palabras su aborrecible plan—. Necesito casarme contigo, por supuesto.

Capítulo nueve

—¿Te has vuelto más que loco...? —Esa noche, después de acostar a la bebé, Annabelle repitió su respuesta original a la propuesta de matrimonio de Jack—. Es una idea incluso peor que tu plan de casarte con la madre de Sarah.

—¿Por qué? —preguntó, dolido por esa desdeñosa negativa—. Parece probable que nunca encontraremos a la madre de Sarah. He agotado todas mis posibilidades, al igual que Rory. Dudo que la amada de Gabriel hubiera podido tener un hijo sin que su viejo padre guardián se enterara. Aunque la niña no sea de ninguno de nosotros, la amo como si fuera mi hija. La has cuidado con tanta devoción, como cualquier madre, así que, ¿por qué no deberíamos convertirnos en una familia?

¿Por qué me molesté en preguntar cuando sabía la respuesta? Jack se acercó a la ventana del salón y contempló Bruton Street. La lluvia primaveral salpicaba los charcos del adoquín. Annabelle no quería casarse con él porque no era Frederick, y él nunca pudo estar a la altura del estándar establecido por su primo.

—Además —continuó, cuando ella vaciló—, el matrimonio entre nosotros restaurará tu reputación y sofocará cualquier chisme sobre nosotros.

También garantizaría que Annabelle nunca tuviera que volver a ese sórdido conjunto de habitaciones ni luchar para mantenerse a sí misma. ¿Era la perspectiva de casarse con él mucho peor que una vida de pobreza y soledad?

—¿Crees que esto acabará con los chismes? —Annabelle suspiró—. Me temo que solo los desviará a un nuevo canal.

—¿Qué se supone que significa eso? —Jack se apartó de la ventana para enfrentarla. Le perturbó descubrir cuánto deseaba que Annabelle aceptara su plan y lo mucho que lo entristecía su resistencia. Si tuviera algo de sentido común, él debería dejar el asunto en paz, en lugar de humillarse discutiendo y suplicando. Pero había que considerar a la bebé y la situación de Annabelle. Lo admitiera o no, Jack estaba seguro que casarse con ella sería su mejor esperanza para el futuro.

—Significa que la gente dirá que me aproveché de tu situación para atrapar al heredero de un condado. —Su tono tenía un toque de impaciencia—. Hubo muchos chismes cuando me casé con Frederick. Como no tenía título ni una gran dote, todos supusieron que debía ser una cazadora de fortunas. Casarme con el sucesor de mi difunto marido, cuando apenas he salido del luto, solo confirmará esa sospecha en la mente de todos.

—Dijiste que no te importaba la opinión de la sociedad. —Él la cuestionó—. Solo mi consideración, la de mis amigos y la de Sarah. ¿Es eso cierto o no? ¡Decídetes!

Annabelle se estremeció ante la dureza de su tono, lo cual Jack lamentó. Se parecía demasiado a su tío. Esa no era manera de ganársela.

—Es más fácil ignorar las opiniones de la sociedad, cuando uno no se enfrenta a ellas en todo momento —respondió—. Como cuidadora de Sarah, podría vivir tranquilamente hasta que los chismes se acaben. Como tu esposa y futura condesa, no tendría más remedio que ocupar mi lugar en la sociedad, uno al que mucha gente cree que no tengo derecho.

Jack entendió lo que ella quería decir y pudo simpatizar con sus sentimientos. De alguna manera, se alivió su irritación al saber que Annabelle no estaba simplemente poniendo excusas porque no podía soportar la perspectiva de casarse con él.

—Sin duda, hay mucha gente que cree que no tengo ningún derecho al título de mi tío. Por lo que sé, tú podrías ser uno de ellos.

—¡No lo soy! —Annabelle se puso de pie de un salto, con sus delicadas manos apretadas y sus cálidos ojos marrones ardiendo como un fuego ámbar—. Sé que tienes la capacidad de ser un excelente conde, del mismo modo que te has convertido en un padre maravilloso para Sarah. ¡Cualquiera que diga lo contrario es un tonto!

No cabía duda de su feroz sinceridad. Esa era Annabelle, tal como él la recordaba desde su juventud: la chica cuya fe constante e incondicional en él le había hecho posible ignorar las duras críticas de tantas otras personas en su vida. Quería recuperar a Annabelle, pero temía que obligarla a casarse pudiera alejarla para siempre.

Conscientemente, él suavizó su tono.

—Si confías en que soy un buen conde y un buen padre, ¿no puedes creerme capaz de ser un buen marido? Prometo hacer todo lo que esté en mi poder para hacerte feliz.

—Yo sé que tú podrás. —Los puños cerrados de Annabelle se relajaron y el fuego de indignación en sus ojos se transformó en duda y confusión—. Ojalá eso fuera todo lo que se necesita para tener un matrimonio feliz.

Parecía como si quisiera decir más cuando Gabriel apareció de repente. Iba vestido de la manera más discreta, sin siquiera llevar su habitual chaleco brillante.

—¿Estás de camino a un funeral? —preguntó Jack, aunque él sabía muy bien que tales ceremonias nunca se llevaban a cabo por la noche.

Su amigo se detuvo frente a un espejo y jugó con su corbata. Los hermosos rasgos de Gabriel se dibujaron en un ceño ansioso.

—Quizás sea mi propio funeral, esta noche, después de que mi padre y mi madre terminen conmigo. Se enteraron de la bebé y me han citado a Cheviot House para responder por mi comportamiento. Al menos, temo que me obliguen a elegir entre una comisión naval y las órdenes sagradas.

La idea de Lord Gabriel Stanford al timón de un acorazado era casi tan absurda como la de él predicando la virtud desde el púlpito de una destacada Iglesia. A pesar de los tumultuosos sentimientos de Jack, o tal vez debido a ellos, su labio comenzó a temblar y la risa burbujeó dentro de él. Se esforzó por suprimirla, como lo haría en cualquier otra ocasión solemne o triste, pero eso solo intensificó su poder. Miró a Annabelle, esperando que un recordatorio de su desacuerdo pudiera apagar su perversa diversión.

En lugar de eso, sus labios estaban apretados con fuerza y todo su cuerpo temblaba. Cuando su mirada se encontró con la de él y sus ojos estaban bailando con alegría reprimida, él no pudo contener la espalda. Él empezó a reírse y ella también. Pronto estaban rugiendo salvajemente, incapaces de contenerlo.

Gabriel se apartó del espejo con el ceño fruncido.

—¡Esto no es cosa de risa! Nunca has oído a mi padre decir que yo deshonré el nombre de Stanford. ¡Es aterrador, te lo aseguro!

Mediante un enorme ejercicio de voluntad, Jack logró dominar su alegría.

—Perdóname, Gabriel. No era mi intención restar importancia a tu terrible experiencia.

—Ni yo. —Annabelle obligó a sus rasgos a adoptar una expresión de arrepentimiento, pero sus labios se torcieron siniestramente. Jack sospechaba que haría falta muy poco para hacer que cualquiera de ellos volviera a estallar.

—Fue solo pensar en ti con la sotana de vicario... —Se llevó una mano a la boca y sus hombros temblaron.

Jack desvió la mirada antes de que verla también lo empujara hacia el límite.

—Tu padre se parece a mi tío Knightlow. Casi puedo recitar de memoria su discurso sobre la “desgracia”.

—Eso no es lo peor. —Gabriel se estremeció—. Mamá sacudirá la cabeza y parecerá como si la hubieran apuñalado en el corazón. Preferiría que me azotaran.

—Si te sirve de ayuda —dijo Jack—. Diles a tus padres que quiero asumir la responsabilidad permanente de Sarah. Eso debería desviar cualquier chisme de ti.

Esperaba que su amigo le mostrara algo de gratitud, pero en cambio Gabriel se enfureció.

—Todo eso está muy bien. Pero, ¿qué pasa si ella no es tuya? ¿Qué pasara, entonces?

Antes de que Jack pudiera responder, Gabriel agarró su sombrero y se alejó, cerrando la puerta con fuerza detrás de él.

—¿A qué se debió todo eso? —Jack negó con la cabeza.

—¿No es obvio? —Annabelle murmuró—. Él quiere que la bebé sea suya, tanto como tú quieres que ella sea tuya.

¿Podría ser Sarah la hija de Gabriel y la señorita Brennan? De alguna manera, la posibilidad afectó a Jack como una amenaza.

—Te dije lo improbable que es eso. Si Gabriel quiere establecerse y tener una familia, debería buscar una esposa.

—Es más fácil decirlo que hacerlo para un hombre sin fortuna —le recordó Annabelle.

—Entonces, debería buscar una esposa que tenga una fortuna. Muchas de ellas estarían felices de casarse con un miembro de la familia de un duque.

—Quizás lo harían. —Una nota de reprimenda se deslizó en la voz de Annabelle—. Pero no creo que tu amigo pueda decidirse a casarse con una dama por su fortuna, o por cualquier otra razón además del amor.

Claramente, ella aprobaba el enfoque poco práctico de Gabriel hacia el matrimonio. ¿Se habría resistido tanto si el joven derrochador y sin un centavo le hubiera propuesto casarse y criar juntos a la pequeña Sarah?

El anterior impulso de reír de Jack desapareció tan rápido como había llegado.

—Además del amor, hay muchas buenas razones para que la gente se case. Esas razones resistirán la prueba del tiempo con un brillo constante, en lugar de arder y apagarse, dejando nada más que cenizas de arrepentimiento.

El rostro de Annabelle palideció hasta adquirir el color de la ceniza. Ya no parecía como si quisiera reírse.

—¿Es eso lo que piensas del amor? Entonces no es de extrañar que te hayas esforzado tanto por evitarlo durante todos estos años. Ahora entiendo por qué estás dispuesto a casarte conmigo, o con otra mujer que no significa nada para ti.

Ella salió del salón sin ánimo de discutir más el asunto con él.

—No me refería a ti y a Frederick. —Él la llamó—. Mi primo te amó desde que éramos jóvenes. Esa devoción nunca flaqueó más que la tuya por él.

Annabelle se negó a dar la vuelta y mirarlo, pero se detuvo en la entrada del comedor, con los hombros inclinados por el peso de su dolor. ¿Podría aprovecharse de eso para convencerla que, después de todo, casarse con él quizá no fuera tan desagradable?

—Dado que tuviste la suerte de tener una unión tan particular —continuó—, asumes que todos los demás pueden y deben tenerla también. No entiendes lo raro que es eso. Para la mayoría de las personas, el amor golpea con rápida intensidad y pone su mundo patas arriba. Pero puede desaparecer con la misma rapidez y, a veces, convertirse en un odio igualmente

violento. Si dos personas se apresuran a casarse durante el primer arranque de enamoramiento, pueden encontrarse unidas de por vida, mientras que el tiempo y una relación más cercana envenenan esos sentimientos.

Aún así, Annabelle le siguió dando la espalda. Cuando ella respondió, el susurro de su voz fue más frío de lo que jamás él había oído, como un viento de enero entre los setos.

—La profundidad de tu cinismo es bastante impresionante. Solo puedo asumir que hablas desde una experiencia muy dolorosa.

—Por supuesto que sí. —Jack rompió su antigua renuencia a hablar de ese viejo y profundo dolor. Debía mantener a Annabelle hablando o ella se iría y nunca más le daría otra oportunidad de persuadirla para que aceptara su propuesta—. ¿Alguna vez escuchaste cómo llegué a vivir con la familia de mi tío?

Ella asintió y volteó ligeramente, aunque no lo suficiente como para mirarlo.

—Los sirvientes de Eastmuir dijeron que tu padre murió en un duelo por tu madre. Luego ella se escapó con el hombre que le disparó.

Escuchar la escandalosa destrucción de su familia reducida a unas pocas palabras golpeó a Jack como un disparo de pistola certero. Como lo había hecho durante tantos años, ocultó su dolor detrás de una broma amarga.

—Por una vez, el chisme de los sirvientes fue perfectamente exacto, ¡imagínate! Mi padre estaba perdidamente enamorado de mi madre, lo suficiente como para casarse con una mujer que su familia no aprobaba. Pero, mira cómo terminó. Quiero algo mejor que eso para Sarah. ¿No es así?

—Por supuesto. ¿Quién no querría eso para cualquier niño? Ojalá hubiera alguna forma de alterar el pasado para que nunca te sucediera a ti. —La tristeza y la compasión en su voz se abrieron paso bajo la piel de Jack como ortigas—. Entonces, tal vez no tendrías una visión tan retorcida del amor. No habrías pasado todos estos años huyendo de ello.

—¡Mi visión del amor no está distorsionada! —Él chasqueó—. Es racional, que es más de lo que puedo decir del amor en sí. Es más, no he huido de ello, sino todo lo contrario. ¿Sabes con cuántas mujeres me he acostado? He aprendido por experiencia que el amor apasionado no dura. ¡Cuanto más caliente arde, más rápido se quema o se convierte en algo feo y peligroso!

Su negación estalló instintivamente. Pero mientras hablaba, Jack se encontró preguntándose si podría haber algo de verdad en las acusaciones de Annabelle. ¿Algo en él había resultado dañado por el fracaso del matrimonio de sus padres y la educación que había sufrido como resultado? ¿Esto lo había obligado a buscar relaciones transitorias con mujeres que no eran más capaces de sentir sentimientos más profundos que él? Si todo eso era cierto, ¿qué significaba su repentina y potente atracción por Annabelle?

* * *

Durante los días siguientes, Jack no le mencionó nada más a Annabelle sobre su propuesta de matrimonio. ¿Significaba que había abandonado la idea? Ella se preguntó.

Mientras Gabriel tomó su turno para ayudarla con la bebé, ella jugó con la idea de preguntarle si Jack le había hablado de la idea. Una parte de ella se mostraba reacia a plantear el tema a nadie por miedo a agitar asuntos que era mejor olvidar. Sin embargo, la curiosidad la atormentaba como una picazón intensa, en un lugar que era imposible rascarse.

Annabelle se dijo a sí misma que debería sentirse aliviada, si Jack hubiera renunciado a la idea del matrimonio. Sin embargo, de algún modo la irritaba que él se hubiera dejado desanimar con tanta facilidad.

Hubo un tiempo en el que habría dado cualquier cosa para que Jack le propusiera casarse con ella. Incluso después de que Frederick le hiciera una oferta de matrimonio, adecuadamente romántica, era a su primo a quien realmente quería. Posponiendo su respuesta, había buscado a Jack con la excusa de pedirle consejo. Ella le había abierto gran parte de su corazón, confesándole sus dudas de que Frederick y ella fueran apropiados el uno para el otro.

Había esperado que, ante la perspectiva de perderla a causa de su primo, Jack de repente se diera cuenta que, después de todo, la amaba. En lugar de eso, él ignoró sus insinuaciones más descaradas sobre sus sentimientos y prácticamente la empujó a los brazos de Frederick. Su corazón se había roto esa noche. Pero después de una noche de angustia, había tratado de creer que el amor de Frederick podría curar las heridas que Jack le había infligido sin saberlo. Y ya era demasiado tarde, ella descubrió que el amor no funcionaba así.

Ahora, debía tener cuidado de no dejar que sus tontas esperanzas y deseos la convencieran que otro matrimonio unilateral podría ser cualquier cosa menos un error para ambos... y tal vez para la pequeña Sarah.

Las contagiosas risas de la bebé sacaron a Annabelle de su cavilación. Miró a Gabriel, que estaba sentado en el sofá con la niña en su regazo, haciendo muecas para divertirla. Su actuación careció de la energía habitual, pero a Sarah no pareció importarle.

Annabelle apenas había visto al amigo de Jack desde su entrevista con el duque y la duquesa. ¿Era esa la causa de su ánimo desinflado?

Dejando a un lado sus propios problemas, decidió animarlo, o al menos ofrecerle un hombro sobre el cual pudiera desahogarse.

—¿Tus padres estaban muy enojados cuando los viste la otra noche?

Gabriel asintió y puso una cara irónica que hizo reír tanto a la bebé, que empezó a hipar.

— ¡Que se pierda todo! —Le entregó la niña a Annabelle—. No puedo hacer nada bien.

—¡Tonterías! —Ella frotó la espalda de la bebé—. Eres demasiado severo contigo mismo. Has mejorado mucho en el manejo de Sarah de lo que solías ser y ella te adora.

—Gracias al Cielo que alguien lo reconoce. —Gabriel exhaló un suspiro, pero Annabelle sospechó que su tranquilidad lo reconfortaba más de lo que él dejaba entrever.

—¿Qué dijeron exactamente tus padres? —persistió de esa manera—. Sé que la conversación no pudo haber sido agradable, pero al menos eres demasiado mayor para ser castigado.

—Ojalá fuera cierto. —Gabriel negó con la cabeza—. ¡Mamá ha amenazado con organizar un baile!

Su aire trágico estaba tan en desacuerdo con sus palabras que Annabelle no pudo reprimir una risita.

—¡Qué terrible para ti! ¿Qué espera lograr con eso?

—Puede que te suene divertido... —Gabriel se estremeció—. Pero te aseguro que será una noche de tormento. Mi madre cree que la mejor manera de combatir los chismes es mantener la cabeza en alto y comportarse como si no pasara nada. ¿Qué forma más pública de hacerlo que con un baile? Supongo que también pretende demostrar que cuento con el apoyo de mi familia. Podría hacer que la gente lo piense dos veces antes de contar cosas sobre mí.

El hipo de la bebé ya había desaparecido. Se acurrucó en los brazos de Annabelle y bostezó profundamente.

—No puedo negar que las ideas de tu madre tienen sentido. Pero, organizar un baile debe suponer muchos problemas y gastos. Tus padres deben amarte mucho para llegar tan lejos por ti.

Ella esperaba que sus palabras lo consolaran, aunque en lugar de eso, Lord Gabriel se puso de pie y comenzó a pasear por el salón.

—¡No actúan en mi nombre sino para defender la reputación de la familia! Nunca he sido más que una decepción para mis padres y una manzana de discordia entre ellos. Nunca entendí por qué hasta la otra noche.

Su voz se apagó, casi como si hubiera olvidado que Annabelle estaba escuchando.

—¿Pero lo entiendes ahora? —le incitó suavemente.

Ella sabía por experiencia que esto la ayudaba a comprender las razones por las que otros actuaban como lo hacían. Sus tíos la habían tratado más como a una sirvienta que un miembro de la familia porque sentían que su madre se había casado con alguien por debajo de ella, en lugar de uno por encima, como la tía Abigail. Jack no podía permitirse amar a ninguna mujer porque su madre había traicionado a su padre y destruido su familia. Conocer sus motivos la ayudó a sentirse menos culpable, y a la vez, menos indigna de amor y respeto.

Gabriel asintió sombríamente.

—Fui un tonto al no haberlo adivinado antes, pero a uno no le gusta pensar de esa manera de sus padres.

—¿De qué manera?

Sus rasgos aristocráticos se contrajeron en una mueca de horror que habría hecho estallar en carcajadas a la pequeña Sarah.

—¡Oh! De esa manera... —Annabelle comprendió.

—Los escuché discutir cuando volví a buscar mi sombrero. Parece que hay una buena razón por la que no me parezco a mi padre ni a ninguno de los Stanford. Por lo que pude deducir antes de escabullirme, soy producto de una indiscreción de mi madre. El duque accedió a criarme como hijo suyo para evitar un escándalo. Eso explica por qué mamá me mimaba un poco. Siempre pensé que era porque era el menor. También explica por qué Su Excelencia nunca aprobó nada de lo que hice.

Annabelle podía imaginar cómo una revelación así podría trastornar el mundo de una persona. De repente, ella sintió un parentesco con Lord Gabriel, el cual nunca antes había tenido. Al igual que ella y Jack, él también sabía lo que se sentía al crecer sin ser deseado.

—Lamento mucho que hayas tenido que enterarte de una noticia tan angustiosa de esa manera. ¿Aprendiste algo sobre quién podría ser tu verdadero padre?

Lord Gabriel negó con la cabeza.

—Ni una palabra. La identidad de mi padre es tan misteriosa como la de la madre de Sarah. Espero que al menos podamos resolver ese enigma, por el bien de ella. —Se acercó a Annabelle y pasó los dedos por el escaso cabello rubio de la bebé en una cariñosa caricia.

Annabelle no respondió porque de pronto se sintió abrumada por una punzada de consternación, ante la idea de que alguna vez encontraran a la madre de la niña. Si, contra todo pronóstico, resultaba que Sarah pertenecía a Gabriel o a Rory, Jack no necesitaría casarse con ella para proporcionarle una familia a la niña. Y si, de alguna manera, él resultaba ser el padre de Sarah, Jack se casaría con la madre de su hijo, otra mujer a la que no amaba.

¿Qué sería peor: estar casada con un hombre que la quería solo como a una amiga o verlo casarse con otra persona? Ella no podía decidir.

Gabriel continuó acariciando la cabeza de la pequeña Sarah, sin darse cuenta de la tempestad interior de Annabelle.

—Sé que puedo confiar en ti para mantener mi confianza. Todavía no estoy listo para compartirlo con mis amigos. No era mi intención decírtelo, pero tienes una manera de hacer que alguien quiera confiar en ti. Cuando era niño, a menudo deseaba tener una hermana como tú.

—Lo tomo como un gran cumplido. —Ella no pudo evitar preguntarse si Jack también la

veía así... y si siempre lo haría.

Entonces, como conjurada por sus pensamientos, sonó la voz de Jack, aguda y acusadora:

—¿Qué está pasando aquí?

Gabriel dio un sobresalto violento, tal vez preguntándose qué parte de su confesión había oído Jack.

Annabelle volteó para mirarlo y la bebé se despertó. La pequeña Sarah empezó a llorar.

—No hay necesidad de gritar.

La tensión de vivir bajo el techo de Jack, constantemente desgarrada por la intensidad de sus sentimientos encontrados hacia él, la estaba desgastando.

—Ahora has despertado a la bebé. ¿Y qué quisiste decir con esa pregunta? Gabriel y yo hemos estado cuidando de Sarah, por supuesto. Simplemente la hicimos dormir.

Annabelle tuvo que alzar la voz para hacer frente al creciente alboroto de la bebé. La tensión en su cuerpo y el tono agudo de su tono no calmarían a la niña, pero ella era incapaz de controlarlos. Jack Warwick ejercía en ella ese efecto inquietante que la molestaba.

—Pensé... —Jack farfulló—. Eso es... parecía como... ¡Oh, maldita sea! ¿No puedes tranquilizarla?

—¿No puedo tranquilizarla? —Si sus brazos no hubieran estado con una niña que lloraba, Annabelle le habría arrojado algo—. ¡Es tu culpa que esté llorando!

Marchando hacia Jack, puso a la bebé en sus brazos. Necesitaba un momento lejos de él para recuperar la compostura, antes de estallar en lágrimas de ira y frustración, lo cual no ayudaría a Sarah y además sería humillante.

—¡Tú la callas!

Acto seguido, ella salió corriendo, con la intención de retirarse a su dormitorio. No obstante, ella huyó de la casa por completo. Mientras corría por Bruton Street, Annabelle se preguntaba si sería mejor no regresar nunca.

Capítulo diez

—Ahí, ahí Sarah. Silencio, querida. —Jack meció a la bebé en sus brazos, tratando de consolarla tras la abrupta partida de Annabelle.

No fue fácil calmar a la niña con sus emociones tan agitadas. Cuando se encontró con Annabelle y Gabriel tan juntos, hablando en voz baja, una furia salvaje y posesiva estalló dentro de él. La forma culpable en que se separaron y la ira defensiva de Annabelle habían intensificado su sospecha de que algo debía estar pasando entre ellos.

Ahora Gabriel intentó salir del salón.

—¡Oh, no, no lo hagas! —Jack ladró, lo que solo enojó más a la pequeña Sarah, añadiendo más leña al fuego en su estómago—. No te irás de aquí hasta que obtenga algunas respuestas. Cállate ahora, Sarah. No estoy enojado contigo.

—Pero, ¿lo estás conmigo? —Gabriel miró a Jack.

¿Le molestó que interrumpieran su tierno momento con Annabelle? Eso no era nada comparado con lo que Jack sentía al verlos a los dos en un momento tan íntimo.

—Lo estoy. —Jack moderó su tono y trató de relajar los músculos para poder calmar adecuadamente a la bebé—. Pensé que cuando le pedí a Annabelle que se quedara con nosotros se entendió que debía ser tratada con el mayor respeto.

—Por supuesto. —El ceño fruncido de Gabriel adquirió un tono de desconcierto—. He tratado a Lady Southam con todo el respeto que se merece, que es más de lo que puedo decir de usted.

Jack se tambaleó como si hubiera recibido un golpe físico. Gabriel tenía un carácter melancólico, que normalmente ocultaba tras una máscara de suave urbanidad. Pero rara vez se rebajaba a la confrontación. Ni una sola vez desde que se establecieron juntos había habido un intercambio verdaderamente hostil entre ellos.

—¿Qué se supone que significa eso? —Jack exigió.

Gabriel no retrocedió.

—Significa que he visto la forma en que la miras cuando ella no te está viendo. Tu lengua prácticamente se sale. Es obvio que estás desesperado por acostarte con ella.

Jack anhelaba lanzar una feroz negación. Pero, ¿cómo podría hacerlo, cuando la acusación de su amigo parecía cierta?

En lugar de eso, buscó desviar la atención de su comportamiento.

—Eres una buena persona para hablar. Deambulando, susurrándole al oído, intentando seducirla, mientras sostenía a la bebé. ¿No tienes vergüenza?

—¡Yo no estaba haciendo tal cosa! —Los puños de Gabriel se apretaron. Parecía como si quisiera hacer lo que Jack le había hecho a Lord Hawthorne—. Estaba acariciando el cabello de Sarah y hablando en voz baja para no despertarla.

Jack sintió el escozor de la reprimenda de Gabriel, pero no podía dejar pasar el asunto. Debía saber lo que estaba ocurriendo entre su amigo y Annabelle.

—¿De qué estaban hablando ustedes dos?

—Eso no es asunto tuyo —insistió Gabriel—. Pero te aseguro que no tiene nada que ver contigo, sea lo que sea que tus celos de baja mentalidad hayan concebido.

—¡No estoy celoso! —Jack miró a su joven amigo—. ¿Qué te dio una idea tan tonta?

—Todo lo que has dicho y hecho desde que cruzaste esta puerta. Ahora deja de interrogarme

y ocúpate de la bebé como es debido o lo haré yo.

—Si intentas tocarla, te tumbaré en el suelo —gruñó Jack, aunque su conciencia se hizo eco de las acusaciones de Gabriel. ¿Qué clase de padre era él?

—Está bien, Sarah. Lamento haberte despertado. ¿Bajamos a la cocina y le pedimos al cocinero que prepare tu comida?

—No seas demasiado posesivo con Sarah —le advirtió Gabriel—. Ninguna de tus amantes anteriores ha demostrado ser su madre. Cada vez estoy más seguro de que puede ser mi hija.

Un miedo negro se apoderó de Jack. ¿Y si Gabriel tuviera razón? ¿Podría perder a la diminuta criatura que había llegado a significar tanto para él? ¿Y Annabelle con ella?

Gabriel se alejó, dejando a Jack solo con la bebé, cuyo llanto cesó abruptamente. ¿Había sentido la hostilidad erizada en la habitación?

—Perdóname. —Dejó un beso en la suave coronilla de su cabeza—. Lamento haberte molestado.

Sarah sollozó y se acurrucó contra su hombro. Jack dudaba que Gabriel y Annabelle fueran tan rápidos en perdonarlo.

Estaba a punto de bajar a la cocina, cuando Gabriel reapareció de repente.

—Mi madre dará un baile a finales de este mes —anunció en tono hosco, como si el evento fuera a ser una velada de tortura pública—. Estás invitado y será mejor que asistas.

Él desapareció de nuevo con la misma rapidez, dejando a Jack completamente desconcertado.

—Gabriel —lo llamó, tratando de parecer arrepentido, pero sin suplicar—. ¿Puedes llevarte a Sarah un rato?

Al principio no recibió respuesta, pero al cabo de un momento Gabriel regresó.

Se acercó a Jack con cautela.

—¿Por qué? Me amenazaste con aplastarme si lo intentaba, ¿recuerdas?

Jack asintió hacia la puerta.

—Necesito recuperar a Annabelle. Se fue sin abrigo ni gorro, y el cielo amenazaba con llover cuando entré. Le debo una disculpa... y a ti también.

—Sí, debes esa disculpa. —Gabriel tomó a la bebé y la abrazó contra su hombro sin rastros de la desgana y la torpeza que había mostrado unas pocas semanas atrás—. No tengo planes para Annabelle. Si lo haces, espero que no actúes según tus deseos, por el bien de Sarah.

Jack sabía que era inútil negar que quería a Annabelle de esa manera. Gabriel lo había visto en medio de una atracción apasionada con demasiada frecuencia como para confundir las señales.

—Es más complicado que eso. Quiero que se case conmigo. He comprometido su reputación al traerla a esta casa y necesito arreglarlo.

—¿Esa es la única razón? —Gabriel le dirigió una mirada, que sondeaba demasiado profundamente sus motivos.

—¡Por supuesto que no! —Jack respondió, como si su amigo le hubiera pisado un dedo adolorido—. Te dije que era complicado. Ahora debo ir a buscarla.

Mientras pasaba junto a su amigo, Jack rozó la cabeza de la bebé con un beso.

—Volveré pronto, pequeña.

Cuando salió de su casa, un momento después, Jack miró hacia el este por New Bond Street, y luego hacia el oeste, Berkeley Square. Sus entrañas se tensaron cuando no vio señales de Annabelle en ninguna dirección. Las damas respetables no deambulaban por las calles sin compañía ni siquiera en Mayfair. Y las mujeres poco respetables podrían ser blanco de considerables impertinencias... o algo peor.

Por un momento, Jack se quedó helado. Su mirada se dirigió hacia un lado y luego hacia el otro. ¿A dónde iría Annabelle? Si tomaba la dirección equivocada en su búsqueda, tal vez nunca la encontraría. El pensamiento le dejó sin aliento e hizo que su corazón latiera con un estruendo en sus oídos.

Entonces, se le ocurrió algo. ¡Sus antiguas habitaciones! Había traído la mayoría de sus escasas posesiones a su casa, pero Annabelle le había permitido a Jack continuar pagando al propietario en su nombre, para que ella no perdiera el lugar.

Con un objetivo firme en mente, dio media vuelta y corrió hacia New Bond Street tan rápido como sus piernas se lo permitieron. Su alarma no disminuyó hasta que vio a lo lejos a Annabelle corriendo por Conduit Street. Ese destello de aliento lo impulsó a perseguirla a una velocidad aún mayor. El ominoso cielo empezaba a cumplir su amenaza de lluvia. Cuando alcanzó a Annabelle, ya no tenía aliento para hablar. En lugar de eso, la agarró por el brazo.

Ella dio un violento sobresalto y volteó rápidamente. Su cabello castaño había sido despeinado y encrespado por la humedad. Su cara también estaba mojada, aunque Jack no podía estar seguro si era por la lluvia o debido a las lágrimas.

—¡Maldito seas, Jack Warwick! —Ella le agarró la mano—. ¡Me diste un susto!

—No más de lo que... tú me diste —jadeó—. Huyendo así... Podrías resfriarte... o sufrir algo peor.

Él se quitó el abrigo y la envolvió a ella con este.

—Vuelve a casa ahora, por favor. No debería haberles hablado a ti y a Gabriel de la forma en que lo hice. Pero cuando los vi juntos tan cerca... tan íntimos, solo pude pensar en tu reputación...

—La cual no es peor que la tuya —le recordó Annabelle en tono severo. Aunque ella no rechazó su abrigo.

Jack estaba tan acalorado por correr que agradecía cualquier excusa para quitárselo.

—Considerablemente, la tuya es mejor, debería decirlo. Quizás me preocupaba que te casaras con Gabriel en lugar de conmigo y criaras a Sarah con él.

Volteó y dio unos pasos vacilantes en dirección a Bruton Street. Para su gran alivio, Annabelle lo siguió.

—Lord Gabriel Stanford no tiene más idea de casarse conmigo que de volar a la Luna. Debería haber sabido que estabas celoso de él por Sarah, no por mí.

¿Debería contradecirla? Jack apenas podía soportar admitir la verdad para sí mismo. ¿Annabelle sería más o menos probable que aceptara su propuesta, si supiera que él se preocupaba lo suficiente por ella como para estar celoso de su amigo?

Quizás en lugar de presentarle una propuesta práctica, necesitaba hacer buen uso de su encanto persuasivo y cortejar a Annabelle para que se casara. Pero para eso necesitarían más tiempo para ellos mismos, lejos de la bebé que ambos adoraban.

* * *

Mientras ella y Jack caminaban de regreso hacia Bruton Street bajo la lluvia, Annabelle se acurrucó en el abrigo y trató de no imaginar que eran los brazos de él que la rodeaban con su calidez y protección. Resultó difícil, ya que las mangas de su camisa se mojaron y se pegaron a esos brazos y hombros firmes y musculosos. Recordó el día que bañaron a la bebé, cuando su camisa y su vestido de muselina se empaparon hasta quedar casi transparentes. Resueltamente, ella desvió la mirada de él y obligó a sus pensamientos a ir en una dirección más segura.

Jack le había pedido que volviera a casa, hace un momento, y a ella no se le había ocurrido

corregirlo. Solo habían pasado cinco semanas desde su precipitada llegada a su casa en Bruton Street, pero ya se sentía allí más como en casa, que en cualquier otro lugar donde hubiera vivido desde su primera infancia. Jack, Gabriel, los sirvientes e incluso Rory la habían hecho sentir necesaria y querida allí. Fue una sensación muy agradable. Si al menos pudiera contentarse con esto.

Ahora que había recuperado el aliento, Jack se aclaró la garganta para romper el frágil silencio entre ellos.

—Gabriel me dijo que su madre planea organizar un baile pronto.

Annabelle asintió. Este era un tema de conversación seguro.

—Así es como lo entendí. La duquesa parece creer que la mejor manera de combatir los chismes es mantener un perfil alto y comportarse como si nada estuviera mal.

¿Era así como se había comportado Lady Cheviot cuando descubrió que estaba embarazada y su marido tenía motivos para saber que el bebé no era suyo? Annabelle se preguntó cómo la duquesa pudo haber soportado su matrimonio roto todos estos años, manteniendo el secreto de la paternidad de su hijo menor. Por el bien de sus hijos, sin duda. Si se hubiera fugado con su amante, como lo había hecho la madre de Jack, tal vez nunca habría vuelto a ver a sus hijos mayores, y el joven Gabriel habría crecido como un paria social.

¿Estaba siendo imperdonablemente egoísta al resistirse al plan de matrimonio de Jack por lo que podría costarle? Se preguntó Annabelle, más bien, tal vez debería tener en cuenta que tal acuerdo podría beneficiar a la niña a la que había llegado a cuidar tan profundamente.

—Supongo que la estrategia de Lady Cheviot es tan buena como cualquier otra. —Jack soltó una risita que sonó forzada—. Mucho mejor que agredir a un compañero del propio club. Si esperamos contrarrestar los chismes que rodean esta situación, podría ser una buena idea que asistieras conmigo al baile de Lady Cheviot.

—No puedo. —Una multitud de objeciones surgieron instintivamente de los labios de Annabelle—. Alguien necesita cuidar de Sarah. Antes de que lo sugieras, no estoy convencida de que un trío de ayudantes de cámara sean niños adecuados, por mucho cariño que le tengan. Además, no tengo ningún vestido apropiado para ir a un baile y soy un desastre bailando. Solo me llamaban de vez en cuando, si el maestro de baile de mis primos necesitaba a otra persona para montar un set. Ralph y Reggie me hacían tropezar a propósito y el maestro de baile señalaba todos mis errores para instruir a los demás.

—Lo recuerdo. —La voz de Jack transmitía a partes iguales una cálida simpatía por ella y una feroz indignación contra cualquiera que la hubiera maltratado—. Fui yo quien aflojé la cincha de la silla del maestro de baile para que se cayera al barro.

Annabelle estalló en carcajadas.

—¡Me había olvidado de eso! Cómo ese incidente ofendió su dignidad. Pusiste mucho esfuerzo e imaginación para vengarme.

Ella lo miró de reojo e intercambiaron una sonrisa.

Jack se encogió de hombros de manera divertida.

—Lo intenté.

Ya habían llegado a Bruton Street. La lluvia caía con más fuerza que nunca, pero Annabelle apenas se dio cuenta de esto. Mucho menos Jack.

—Volviendo al tema del baile de Lady Cheviot. Todas tus objeciones son las mismas razones por las que mereces una velada de fiesta. Ya es hora de que contratemos a alguien para que te ayude a cuidar de Sarah. Sé que ninguna de las mujeres que entrevistamos como nodrizas era adecuada para reemplazarte, pero seguramente podríamos encontrar a alguien más joven, a quien

puedas capacitar adecuadamente para que te ayude.

Tan pronto como escuchó la sugerencia de Jack, Annabelle evocó a la persona ideal.

—Hay alguien a quien le podría ir muy bien, si todavía está disponible. Una chica que vivía en mi residencia con su hermana y cuñado. Intentaban persuadirla para que se casara con un hombre que no le agradaba.

Más de una vez había encontrado a Polly llorando en el rellano y conversaba con ella. Si la pobre muchacha no hubiera cedido a la presión de su familia, tal vez estaría feliz de venir a Bruton Street y ganarse la vida.

—Muy bien entonces. —Jack abrió la puerta de su casa y la sostuvo para que Annabelle entrara—. Vamos a secarnos y luego podremos tomar el carruaje para hablar con ella.

¿Secarnos? Cuando Annabelle entró en la casa, se vio reflejada en el espejo del vestíbulo. Se encogió al ver la ruina desaliñada que la lluvia había dejado en su cabello.

Parecía que Jack no se dio cuenta de esto, por lo que ella se debatía entre la gratitud y la ofensa.

—En cuanto a un vestido de fiesta, podría comprarte un guardarropa completamente nuevo y aún no haber saldado ni una décima parte de la deuda que te debo.

Annabelle se quitó el abrigo con cierta desgana y sacudió la cabeza.

—¿Sabes algo sobre el decoro? A ningún caballero se le permite regalar ropa a una dama sin comprometer su reputación. Pensé que la única razón por la que me invitaste a asistir al baile de Lady Cheviot era para reparar el daño, que ya le habías hecho a la mía.

Jack hizo una mueca de vergüenza, mientras le quitaba el abrigo empapado.

—Esa es solo una de las razones. Muy bien, entonces sal y cómprate un vestido.

Por mucho que la perspectiva la tentara, Annabelle sabía que debía ser práctica.

—Solo me queda un poco de dinero y debo ahorrarlo para vivir hasta que encuentre trabajo. No puedo desperdiciarlo todo en frivolidades, que solo puedo usar por una noche.

Tenía la intención de dejar de lado las palabras a la ligera, mientras se alejaba para ponerse presentable. Pero una nota no deseada de melancolía se deslizó, en su voz, cuando pensó en dejar esta casa para abrirse camino en el mundo.

Al dejar de hablar, escuchó los pasos de Jack detrás de ella.

—Si te casaras conmigo, criar a Sarah y a nuestros hijos podría ser el trabajo de tu vida. Nunca más tendrás que preocuparte por el dinero. ¿Sería realmente tan desagradable tenerme por marido, lo cual superaría todas las ventajas prácticas?

—¿Nuestros hijos? —Las palabras salieron chirriantes de Annabelle con voz tensa y sin aliento, como si la estuvieran estrangulando con una cuerda de terciopelo.

—Bueno, naturalmente. —Jack sonaba como si fuera él quien ahora intentaba restarle importancia a un tema sin éxito—. Después de todo, soy el heredero de un condado. Incluso si Sarah fuera mi hija, no podría ser mi sucesora. Si tu vida hubiera ido como debería, habrías dado a Frederick un heredero con el título Knightlow. Esta podría ser una oportunidad para corregir ese desafortunado giro del destino.

Él la seguía tan de cerca que Annabelle creyó sentir el susurro de su aliento en su cuello. Se le puso la piel de gallina. O tal vez era solo el frío de su cabello mojado.

Deseó que Jack no hubiera mencionado a su difunto marido en un momento como aquel. Pero recordó que no había sido una buena esposa para Frederick. No merecía ser condesa ni casarse con Jack.

Mientras él continuaba hablando, en un murmullo profundo y acariciante, la música seductora de su voz ahuyentó la duda y la culpa de la mente de Annabelle, dejándole un ardiente

resplandor de deseo.

—¿La perspectiva de tener a mis hijos y ser una esposa adecuada para mí te hace más o menos inclinada a aceptar mi propuesta?

Ya habían llegado al pie de las escaleras. Annabelle se detuvo y volteó para mirarlo.

—N-no lo sé.

Esas pocas palabras fueron todo lo que pudo sacar de su garganta apretada. Qué ridículas parecían, incluso para ella.

Jack no parecía creer lo mismo. Sus labios se abrieron en una tentadora sonrisa que prometía... o amenazaba con derretir todas sus reservas.

—Entonces, déjame ayudarte a tomar una decisión. Puede que no sea el hombre con el que esperabas hacer una vida y formar una familia, pero puedo mantenerte, darte una posición en la sociedad y un propósito en la vida.

Acercándose más a ella, él susurró:

—Además, he aprendido un par de cosas sobre cómo brindar placer a una mujer. Eres demasiado joven y hermosa para aislarte de ese lado de la vida para siempre.

—¿Hermosa? —Encogiéndose, al recordar su imagen desaliñada en el espejo del vestíbulo, Annabelle se llevó una mano a los restos empapados de su cabello. Eso no sirvió. Ella no podía hacer nada para que luciera mejor sin un peine, horquillas y al menos media hora de esfuerzo—. ¡Ay! ¡Debes estar bromeando!

Los ojos de Jack brillaron como ella los había visto a menudo durante su juventud.

—Tal vez no parezcas estar en la mejor posición, en este momento, pero esta apariencia no está exenta de cierto encanto.

Él agarró un mechón húmedo de su cabello entre el pulgar y los dedos, acariciándolo como para saborear la textura.

—Así es como a menudo me he imaginado que sería una ninfa del agua... aunque con menos ropa, por supuesto.

Su risa baja y cautivadora pareció deslizarse como una lengua húmeda sobre partes de ella, donde no tenía por qué estar.

Su sentido de precaución advirtió a Annabelle que subiera las escaleras y se encerrara en su habitación, antes de disolverse en un charco de anhelo lascivo a sus pies.

¿Sería eso tan malo? Una voz rebelde en su interior la cuestionó. Había más que un poco de verdad en lo que dijo Jack. Era demasiado joven para condenarse a una vida de celibato. No por pena y añoranza por Frederick, como creía su primo, sino por una culpa que podría estar fuera de lugar. Después de todo, ella nunca tuvo la intención de causarle problemas o insatisfacción a su marido. Todo lo contrario. Él había insistido en que no podría ser feliz, a menos que ella aceptara casarse con él. Cuando quedó claro que Jack no la quería, ella había sido convencida, por él, que con el tiempo llegaría a amar a Frederick.

¿Era eso un pecado que obligaba a una vida de penitencia?

Tal vez no. Pero reflexionar sobre ello le recordó a Annabelle que una vez se había equivocado gravemente al ceder a la persuasión de Jack Warwick. ¿Se atrevería a arriesgarse a hacerlo de nuevo por muy urgente que fuera su deseo por él?

Capítulo once

Él casi la había conquistado.

Mientras Annabelle y él permanecían al pie de las escaleras, Jack nunca había estado tan seguro que una mujer lo deseara tanto como él a ella. El rubor rosado en sus mejillas y el brillo topacio en sus ojos marrones se intensificaron, cuando él susurró sobre el placer que podía brindarle. Ahora sus exuberantes labios se separaron, como si anticipara el beso que él anhelaba darle.

El pulso de Jack se aceleró, mientras se inclinaba hacia ella, ansioso por complacerla. Quizás si la experiencia resultaba tan agradable como él era capaz de proporcionarla, Annabelle podría convencerse de aceptar su propuesta.

Sus labios estaban a pulgadas de los de ella, cuando la voz de Gabriel resonó desde lo alto de las escaleras, cayendo en cascada sobre ellos como un chorro de agua fría.

—¡Gracias al Cielo que han vuelto! Sarah estaba mojada, así que intenté cambiarla, pero me temo que le hice un desayuno para perros. Todo eso de doblar y meter es más difícil que atar una corbata correctamente.

Ajeno a las chispas de atracción, que surgían entre Annabelle y Jack, su amigo bajó las escaleras y puso a la bebé en los brazos de Annabelle. Jack hizo todo lo que pudo para evitar estrangularlo.

Annabelle recuperó la compostura mucho más rápido, lo que le hizo preguntarse si se había imaginado su respuesta anterior.

—Fue muy amable de tu parte intentarlo, Lord Gabriel. Cambiar pañales no es una habilidad fácil de dominar.

Habiéndose liberado de su responsabilidad por la bebé, Gabriel pasó la mirada de Annabelle a Jack.

—Puedo ver que Sarah no es la única que necesita cambiarse y ponerse algo seco. Ambos deberían quitarse esa ropa mojada, antes de que se resfríen.

Mientras tanto, Jack fulminó con la mirada a su amigo. Si no fuera por la interrupción inoportuna de Gabriel, podría haber logrado convencer a Annabelle de que se quitara la ropa mojada y se acostara en su cálida cama. Allí podría haberse demostrado cuán placentero podía ser el matrimonio para él.

Annabelle se estremeció.

—Tiene toda la razón, Lord Gabriel. Iré a cambiar a Sarah de inmediato y luego buscaré ropa seca para mí. Pido disculpas por haberme ido de esa manera, corriendo. No sé qué me pasó.

Gabriel negó con la cabeza.

—No necesitas disculparte. Cuidar a una bebé, día tras día, es una tarea agotadora. No tenía ni idea. Es natural que quieras unos momentos para ti misma. Por no hablar de un soplo de aire fresco.

Por la forma en que Gabriel habló, sonó como si hubiera olvidado la reciente discusión entre ellos en el salón. Ahora Jack temía que Annabelle se fuera corriendo con la bebé e hiciera todo lo que estuviera en su poder para evitarlo a él. Si actuara así, él podría perder todo el terreno que había ganado en su campaña para conquistarla.

—Mi amigo tiene un muy buen punto. —Jack se plantó frente a las escaleras para impedir el escape de Annabelle hasta que él diera su opinión—. Uno que discutimos en el camino a casa.

Ya es hora de que tengas una ayudante adecuada además de nosotros tres. ¿Crees que esa amiga tuya estaría dispuesta a aceptar el puesto?

—Creo que sí lo haría. —Annabelle lo observó, pero su mirada no viajó más allá de su corbata—. Si su familia aún no la ha obligado a casarse con el señor Oldcastle.

—Entonces deberíamos ir a preguntar de inmediato —dijo Jack—. Tan pronto como me ponga ropa seca, llamaré a mi carruaje.

Seguidamente, él se dirigió a Gabriel.

—Supongo que puedes cuidar a la bebé, mientras hacemos nuestro recado. O Rory. ¿Dónde diablos está? Hace días que apenas lo veo.

—¿Alguien está pronunciando mi nombre en vano? —Rory apareció en lo alto de las escaleras, como si acababa de despertarse—. Si quieres saberlo, tengo una nueva relación. Por alguna razón, todo este escándalo que rodea a la bebé nos ha hecho a los tres más atractivos que nunca para el buen sexo. A diferencia de ti, tengo la intención de aprovechar al máximo la oportunidad.

—¡Menos mal que no eres el padre de Sarah! —Jack murmuró en voz baja y terminó respondiendo en voz alta—. Haz lo que quieras, siempre y cuando cumplas con tu turno para ayudar con el cuidado de Sarah.

Esperaba que Rory protestara, diciendo que ya no debería tener más responsabilidad por un bebé que no era suyo.

En lugar de eso, su amigo bajó las escaleras con un paso que sonaba casi alegre.

—Haré mi parte, no temas. Me he encariñado bastante con esa joven, a pesar de sus ocasionales arrebatos ensordecedores y sus viles excreciones.

Al escuchar la voz de Rory acercándose, la bebé miró hacia él y soltó una dulce risa que hizo sonreír a todos los adultos.

—Es reconfortante escuchar eso. —Jack se hizo a un lado para dejar pasar a su amigo—. En este caso, puedes ayudar a Gabriel a cuidarla, mientras Annabelle y yo investigamos la contratación de una niñera.

—Será un placer. —Rory le hizo cosquillas a la bebé debajo de la barbilla, lo que la hizo chillar de alegría—. Solo déjame fortalecerme con un poco de café.

—Por supuesto —dijo Annabelle—. Sarah y yo necesitamos un cambio de ropa, antes de que vaya a cualquier parte.

Se acercó a las escaleras, solo para detenerse y esperar hasta que Jack se apartara de su camino.

—¿Puedo ayudar? —murmuró, cuando ella pasó. Entonces, él se dio cuenta de cómo podría sonar su oferta—. Con la bebé, quiero decir.

No podía negar que le gustaría mucho ayudar a Annabelle a quitarse la ropa, pero ese no era el momento de pensar en ello.

—Puedo arreglármelas sola, gracias. —Ella se negó a mirarlo a los ojos—. Además, debes arreglarte, si vamos a aventurarnos en público.

Su voz y sus modales parecían exudar un escalofrío, como si ella sintiera sus intenciones y quisiera frustrarlas.

Al recordar la conversación interrumpida anteriormente, Jack se preguntó si había cometido el clásico error del jugador de exagerar su mano.

* * *

Mientras Annabelle se quitaba la ropa mojada, la recorrió un escalofrío que no tenía nada que ver

con el frío húmedo. Fue el recuerdo de la mirada ardiente de Jack y su promesa del placer que él podría brindarle a su esposa lo que la hizo temblar.

—Él no me quiere, ¿lo sabes? —se dirigió a la bebé, quien yacía en su cuna, mordiéndose una pequeña mano—. Él solo quiere una madre para ti y un medio para calmar su conciencia. A cambio me dará una fortuna y un título, seguridad e hijos, incluyéndote a ti. Cualquier mujer prudente debería aprovechar ese tipo de oportunidad, ¿no? Por supuesto, Frederick también prometió todo eso y mira cómo resultó.

Ella se puso ropa interior seca y trató de ignorar la mayor consciencia de su propio cuerpo desnudo, el cual había sido encendido por las provocadoras palabras de Jack. Pero ni siquiera cubrirse con su vestido más modesto pudo dominar por completo esa sensación.

—Dijo que parecía una ninfa del agua —anunció en un tono de duda burlona, mientras tomaba asiento en su tocador e intentaba peinarse la melena enredada para someterla—. ¿Alguna vez has oído algo tan fantástico?

La bebé se rió entre dientes como si entendiera y estuviera de acuerdo.

Sin embargo, mientras Annabelle se peinaba, no pudo evitar evaluar su apariencia y encontrar más cosas que aprobar de lo habitual. La caminata rápida le había dado a su tez un brillo favorecedor. Su boca podría ser demasiado grande, pero tenía una forma bonita. Además, la manera en que Jack la había mirado y hablado la hacía sentir deseada y deseable por alguien a quien a la vez deseaba. Por primera vez, desde la muerte de Frederick, no se sentía del todo indigna de ese regalo.

—Querer no es lo mismo que amar —se advirtió, retorciendo su cabello rebelde en una trenza apretada y sensata, y luego recogiendo con alfileres—. Jack Warwick quiere a cualquier mujer atractiva que se cruce en su camino... hasta que ella ceda a sus halagos. Luego la deja de lado sin pensarlo dos veces.

Lo único peor que podía imaginar que ser rechazada por Jack sería seguir viviendo como su esposa, sabiendo que su interés había disminuido. Haría que el dolor que había sufrido, cuando él la instó a casarse con su primo pareciera una nimiedad.

La severidad de su tono debió impresionar a la pequeña Sarah, porque la niña empezó a quejarse.

—¡Oh! No temas. —Annabelle se levantó de un salto y sacó a la bebé de su cuna—. Eres una dama de la que nunca se cansará. Sus sentimientos por ti son tiernos y verdaderos. Piensa en todo lo que ha hecho para asegurar tu comodidad y felicidad.

¿No podría decir eso de ella misma? Un travieso diablillo de la esperanza pareció susurrarle al oído a Annabelle. Compartía con él un vínculo de amistad que ninguna otra mujer tenía. Cuando las heridas del abandono de su madre hicieron imposible confiar en cualquier otra mujer, él confió y dependía de ella. La había juzgado digna de su amado primo. Desde que la trajo a su casa, había luchado para defender su honor. ¿Todo eso sumaba una suma cercana al amor?

Un golpe enérgico en la puerta hizo que Annabelle se sobresaltara.

—¿Estás lista? —Jack llamó—. ¿Quieres que lleve a Sarah, mientras te cambias de ropa?

Ella abrió la puerta, justo cuando él terminaba de hablar.

—No hay necesidad de eso. Ambas estamos listas.

Como siempre, su corazón se aceleró cuando vio a Jack. Su cabello castaño dorado parecía más oscuro porque estaba mojado. Se lo había peinado hacia atrás, pero la humedad hacía que se rizara, aquí y allá, de una manera que parecía algo entrañable.

¿Solo lo estaba imaginando o un brillo especial iluminó sus ojos color avellana al verla? ¿O tal vez fue solo la pequeña Sarah, quien se había ganado su corazón tanto sin reservas?

Annabelle deseaba poder estar segura. Quizás entonces podría encontrar el coraje para aceptar la propuesta de Jack.

—En ese caso, sigamos nuestro camino. —Prodigó a Annabelle una sonrisa que debilitó sus rodillas y aminoró aún más su determinación de resistirse a él—. Tenemos que contratar a una niñera.

Annabelle no podía negar que sería muy agradable tener otra mujer en la casa, especialmente Polly, con quien sentía un vínculo. Solo esperaba que no fuera demasiado tarde para Polly.

Dejaron a la bebé con Gabriel y Rory, quienes tenían mucho mejor aspecto, después de tomar un poco de café.

Mientras conducían hacia su antigua casa de hospedaje, Annabelle se preguntó si Jack aprovecharía su tiempo a solas para planchar el traje. No podía decidir si él quería que lo hiciera o no.

Él se aclaró la garganta.

—Hay algo que me gustaría discutir contigo.

El pulso de ella se aceleró.

—¿Qué podría ser eso?

—Ya que estaremos en tu alojamiento, ¿por qué no recoges tus últimas pertenencias y avisas al propietario? ¿Por qué pagar alquiler por habitaciones que no necesitas?

¿Acaso asumió que ella aceptaría casarse después de sus seductoras promesas y que ya no necesitaría otro lugar para vivir? ¿Fue por eso que eligió discutir asuntos mundanos como este en lugar de renovar sus propuestas románticas?

Annabelle se le enfrentó.

—Si prefieres no tener este gasto, lo asumiré nuevamente, no temas. Todavía tengo algo de dinero que ahorré de la asignación de tu tío. No te pedí que pagaras el alquiler... tú insististe.

—Porque era la única manera en que me permitirías compensarte por toda la ayuda que me has brindado con Sarah —respondió Jack—. Si insistes en quedarte con el lugar, te pagaré, pero me parece una pérdida de dinero mayor que comprar un vestido nuevo para el baile de Lady Cheviot.

Annabelle negó con la cabeza.

—Eso sería una extravagancia. Mis habitaciones son una necesidad.

Jack acogió su insistencia con una mirada que mezclaba irritación y desconcierto.

—¿Cuándo están vacías? ¿Cómo es eso necesario?

—Así tengo un lugar a donde ir. —Trató de explicarle la urgente compulsión que ella misma apenas entendía—. En caso de que alguien más reclame a la bebé y ya no me necesites.

Un destello de pánico brilló en los ojos de Jack.

—¡Eso no va a pasar! Te casarás conmigo y criaremos a Sarah juntos.

—¿Lo haremos, es un hecho?

Acaso, ¿él estaba tan seguro de que ninguna mujer podría resistirse a sus halagos?

—Mi memoria debe estar fallando. No recuerdo haber aceptado tu propuesta.

Jack abrió la boca para responder, justo cuando el carruaje se detuvo frente a la casa de hospedaje de Annabelle.

Se tragó todas las palabras que flotaban en su lengua e inhaló profundamente.

—Hablaremos sobre esto más adelante. Ahora tenemos que contratarte una asistente.

Mientras subían las empinadas y estrechas escaleras hasta el apartamento ocupado por la hermana de Polly y su marido, Annabelle se preguntó por qué Jack encontraba tan desconcertante su necesidad de tener un lugar propio. ¿No entendía precisamente él que aquellas

habitaciones estrechas y miserables representaban un precioso grado de independencia, después de una vida de servidumbre y necesidad?

La hermana de Polly respondió a su llamada. Su voluminoso delantal no podía disimular un vientre muy redondeado. ¿Era por eso que ella y su marido estaban tan decididos a casar a Polly, para dejar espacio para los recién llegados y los que vendrían después? Quizás con la perspectiva de tener hijos que criar, también querían asegurarse de que el futuro del marido estuviera asegurado por vínculos familiares establecidos con su empleador.

—Debes haber venido al lugar equivocado. —La mujer embarazada los miró con recelo.

Comenzó a cerrar la puerta, pero Annabelle la llamó.

—Le aseguro que no, señora Jennings. Soy tu vecina de arriba y deseo hablar con tu hermana. ¿Ella todavía vive contigo?

—¿Señora Warwick? —La mujer la miró por la puerta entreabierta—. ¿Eres tú?

—Soy —respondió Annabelle—. ¿Puedo hablar con Polly?

—Como quieras. —La señora Jennings se encogió de hombros—. Unos pocos días más y la habrías extrañado. Las prohibiciones finales se leyeron el domingo pasado.

Antes de que Annabelle pudiera decidir qué responder, la mujer dio la vuelta y gritó:

—¡Pol! ¡Visitas para hablar contigo!

Cuando su hermana no respondió, la señora Jennings murmuró:

—Un momento.

Luego se alejó, dejando a Jack y Annabelle de pie en el pasillo.

—¿Señora Warwick? —Jack se rió entre dientes—. Tiene un sonido agradable, debo admitirlo.

El rostro de Annabelle ardió.

—Recuerda que ese también era el apellido de Frederick. No quería convertirme en un objetivo en este vecindario, insistiendo en que me conocieran como Lady Southam.

—Eso tiene sentido, supongo. —Jack parecía castigado—. Nunca debí haberte dejado quedarte en un lugar como este. En el momento en que adquirí mi fortuna, debería haber...

Sus palabras fueron interrumpidas por la aparición de Polly, con el rostro pálido y los ojos rojos por el llanto. Pero en el momento en que vio a Annabelle, su mirada consumida se iluminó con una sonrisa desgarradora.

—Señora Warwick, ¿qué estás haciendo aquí atrás? ¿A dónde fuiste? He echado mucho de menos tu compañía.

—Me he perdido la tuya. —Annabelle tomó las manos de la muchacha, que estaban frías como piedras—. Tuve que irme repentinamente para cuidar a una bebé, pero ahora necesito a alguien, que sea trabajadora y de confianza que me ayude. Naturalmente, pensé en ti.

El ceño de Polly se frunció como si Annabelle se hubiera dirigido a ella, en un idioma extranjero, o se preguntara si podría estar soñando.

—¿Me estás ofreciendo un trabajo?

Annabelle asintió, pero antes de que pudiera hablar, la señora Jennings avanzó como un pato y agarró a su hermana por el brazo.

—¡No necesitas trabajar! Vas a ser la esposa de un carnicero con un buen negocio. Deberías agradecerle a mi Joe por haberte puesto en el camino de un partido tan bueno en lugar de quedarte boquiabierta, como si estuvieras camino a la horca.

—¡Prefiero aceptar un trabajo honesto que venderme a un hombre al que no puedo soportar! —Polly se sacudió el brazo de su hermana y salió corriendo para situarse detrás de Jack—. Eso no me haría mejor que una tarta común.

—¡Vuelve aquí, pequeño equipaje desagradecido! —La señora Jennings se abalanzó sobre su hermana, pero Jack extendió los brazos para bloquearla.

—Señora, no puedo permitir que haga daño a su hermana ni la obligue a casarse en contra de su voluntad —Habló con la autoridad moral del fuerte protegiendo al débil—. Señorita Polly, ¿desea aceptar el puesto de niñera en mi casa?

Mientras seguía protegiendo a Polly de su enfurecida hermana, la muchacha gritó:

—¡Lo acepto, señor! Si es amigo de la señora Warwick, sé que me tratará de forma justa y honorable.

Annabelle no pudo evitar sentirse conmovida por la fe que su joven amiga tenía en ella. ¿O tal vez fue una medida de la desesperación de Polly por escapar de su destino? Los modales de Jack también la conmovieron. Le recordó su bondad esencial. Si quería casarse con ella para proteger su reputación y darle una familia a la pequeña Sarah, acaso, ¿esas eran malas razones?

Capítulo doce

Él estaba muy cerca de ganarse el consentimiento de Annabelle.

Mientras Jack se preparaba para el baile de Lady Cheviot, reflexionó con satisfacción sobre el éxito de su proyecto. El simple hecho de contratar a la joven Polly parecía haber alterado la actitud de Annabelle hacia él. Era como si hubieran vuelto a ser más jóvenes y ella volviera a admirarlo, a pesar de las opiniones de los demás.

Y, sin embargo, contratar a la niñera para ayudar a Annabelle no había funcionado como esperaba. Polly fue agradable y buena con la bebé. Parecía conmovedoramente agradecida por haber sido rescatada de un matrimonio no deseado. Sin embargo, había demostrado ser una acompañante aún más intrusiva que la pequeña Sarah. Ella siempre parecía estar cerca, cuando Jack más quería estar a solas con Annabelle.

Pero esa noche, en el baile, no habría ningún bebé que cuidar ni niñera que jugara a la grosella. Sería la oportunidad ideal para demostrarle a Annabelle lo atento que él podía ser como acompañante.

—Ahí tiene, señor. —El ayudante de cámara de Jack le dio una última pasada con el cepillo a su mejor abrigo azul—. Usted tiene muy buen aspecto, si se me permite decirlo. Es bueno verlo de nuevo en la sociedad.

—Gracias, Godfrey. —Jack frunció el ceño críticamente a su reflejo, esperando que Annabelle estuviera de acuerdo con la evaluación de su ayudante de cámara—. Estoy deseando que llegue esta noche. Ahora que se ha declarado la Regencia, esta temporada promete ser la más animada en mucho tiempo.

El ayudante de cámara murmuró algo en voz baja.

—¿Qué fue eso? —Jack preguntó—. Vamos, ¡escúpelo, hombre!

—Le ruego que me disculpe, señor Warwick. —Godfrey se dedicó a ordenar los artículos que había sobre el tocador de su amo—. Solo estaba reflexionando que es una temporada de lo más peculiar, con esos desagradables asesinatos en Vauxhall y ese ladrón de joyas que atormenta a Mayfair. Luego está ese extraño asunto sobre Lord Thorgraham.

Jack sabía que el enigmático heredero del duque de Somerford se había casado recientemente con una dama, que una vez había sido engañada por el despreciable Lord Hawthorne para un matrimonio falso.

—No tengo por qué comentar sobre la situación de nadie más. Sin duda, Lord Thorgraham podría considerar extraño que una niña sea abandonada en la puerta de tres famosos solteros.

Godfrey asintió con tristeza.

—Entiendo su punto, señor. No diré ni una palabra más sobre el caballero. Pero espero que esté en guardia contra los ladrones de joyas y se mantenga alejado de Vauxhall hasta que se resuelvan esos asesinatos.

Jack reprimió una sonrisa.

—Tienes mi palabra. Si siento ganas de visitar un jardín de recreación, me limitaré a uno de los establecimientos más pequeños. Ahora bien, no debo hacer esperar a los demás ni a Lady Cheviot, ya que ella ha tenido la gentileza de ofrecer un baile en nuestro honor.

Se apresuró a bajar al salón, donde encontró a Rory bebiendo una copa de vino, mientras Gabriel caminaba de un lado a otro con expresión ansiosa. Antes que Jack tuviera la oportunidad de hablar, Gabriel se quedó congelado, mientras Rory se ponía de pie. Ambos miraron con

asombro y admiración. Jack sabía que semejante recepción no podía ser para él.

Dio la vuelta y encontró a Annabelle entrando a la habitación detrás de él. La vista de ella, usando un elegante vestido de fiesta en el vivo y esperanzador tono de los azafranes amarillos, hizo que sus órganos vocales se paralizaran. Eso fue molesto, ya que quería ofrecerle un cumplido elocuente. Pero todo lo que pudo hacer fue quedarse quieto y boquiabierto.

A Rory no le faltaron palabras.

—Caballeros, pensar que todo este tiempo hemos sido anfitriones de una diosa. Está usted absolutamente divina, mi querida Lady Southam. —Él culminó sus halagos con una reverencia cortés.

Annabelle respondió con una sonrisa encantadora. Sus ojos brillaban como si la luz de las estrellas los besara.

¡Jack quería que Rory se comiera su corbata!

—¿Lo haré bien? —Ella lanzó una mirada tímida a su atuendo—. Nunca antes había asistido a un baile adecuado. Fue muy amable por parte de la madre de Lord Gabriel invitarme esta noche y prestarme este precioso vestido.

Hablaba como si creyera en la conveniente ficción de Jack sobre el origen del traje que le había comprado.

—Lo harás muy bien. —Él se obligó a que las palabras salieran de su boca poco cooperativa. Estas sonaron concisas y bruscas, para nada como él pretendía, y ni siquiera como el suave y natural cumplido de Rory. ¿Por qué su alardeado encanto lo había abandonado repentinamente cuando más lo necesitaba?

—Solo espero no avergonzarte por mi baile. —Los dedos enguantados de Annabelle se agitaron, traicionando a la ansiosa chica detrás de la impresionante belleza—. Todo lo que hemos practicado, durante los últimos quince días ha ayudado, pero temo perder los nervios en medio de mucha compañía.

—Estoy seguro de que te las arreglarás muy bien —respondió apresuradamente Jack, antes de que Rory produjera un poético halago—. La mayoría de la gente estará demasiado ocupada concentrándose en su propio desempeño como para preocuparse por el tuyo.

—Además —añadió Rory con una sonrisa—, todos los hombres en un radio de cien yardas quedarán tan fascinados al verte que tropezarán con tus propios pies. No puedes dejar de lucir elegante, en comparación con las demás.

Annabelle se rió y agitó su abanico hacia él.

—Ya basta, o me harás insoportablemente vanidosa.

Jack miró a Rory.

—Deberíamos irnos. No queremos llegar tarde, después de que la duquesa se haya tomado tantas molestias por nuestra cuenta.

Rory se bebió lo último de su vino.

—¿No lo has oído? Llegar tarde está de moda esta temporada. En el baile de Lady Hertford, el regente y sus hermanos no aparecieron hasta pasada la medianoche. Cuéntanos, Gabriel, ¿tu madre invitó a algún miembro de la familia real?

—A todos ellos. —Gabriel sonaba como si la presencia del grupo de la realeza fuera una calamidad en vez de un honor—. Y también a la realeza extranjera: el rey Vlad de Moldavia.

Rory resopló.

—Todas las damas están locas por él y sus cortesanos, es tan exótico. Me alegraré cuando Napoleón sea finalmente derrotado y todos puedan regresar a su propio reino.

—No me importa si el regente no aparece hasta el amanecer. —Jack le tendió el brazo a

Annabelle—. Planeo ir ahora.

Advirtiéndoles a sus amigos que mantuvieran la distancia con una mirada sombría, él ayudó a Annabelle a ponerse la bata y subirse al carruaje. También se aseguró de sentarse a su lado durante el corto viaje a Cheviot House.

Encontraron la gran mansión ducal incendiada de luces, mientras que Berkeley Square se encontraba repleto de carruajes que dejaban a los invitados.

—Tal vez llegar tarde no esté tan de moda después de todo —expresó Jack intencionalmente. Le complacía contradecir a Rory, que todavía le prestaba demasiada atención a Annabelle para su gusto.

—Aparentemente no. —Rory se encogió de hombros con buen humor—. Si el regente y sus hermanos llegan demasiado tarde, es posible que no haya lugar para ellos.

—No necesitas preocuparte por ese aspecto —murmuró Gabriel—. Esta casa podría albergar un ejército. No me sorprende la multitud. Mis padres tenían fama de ofrecer entretenimiento espléndido, aunque mamá no ha sido anfitriona de un baile en años.

Gracias a la habilidad de su cochero, lograron llegar a la gran entrada de Cheviot House, antes de lo que Jack esperaba. No le habría importado quedarse un rato más en el carruaje, con su pierna presionada contra la de Annabelle, respirando su dulce y saludable fragancia. Podía sentir la temblor de nerviosa anticipación. Cada vez que él veía su mirada, intentaba tranquilizarla con una sonrisa o un guiño.

Pensó que esta noche podría ser su mejor oportunidad para convencerla de que se casara con él. Su única preocupación era si otros caballeros en el baile reaccionarían ante ella, como lo habían hecho sus amigos.

Cuando la ayudó a bajar del carruaje, le ofreció el brazo, esperando que el gesto indicara a cualquiera que estuviera mirando que Annabelle era suya. Había deseado a muchas otras mujeres en el pasado, pero no recordaba haberse sentido tan dueño de ninguna de ellas. ¿Podría ser porque esta relación, en particular, se remontaba a tan atrás? ¿O tal vez porque la pequeña Sarah necesitaba tanto a Annabelle, y además, temía que alguien pudiera privar a su pequeña querida de su madre adoptiva?

Por otra parte, incluso podría ser que...

Jack no tuvo más oportunidad de reflexionar sobre sus posibles motivos porque pronto se encontraron en un magnífico salón de recepción, donde el duque y la duquesa recibían a sus invitados. Jack había visitado Cheviot House, en varias ocasiones con Gabriel, pero nunca había visto el lugar tan lleno de luz y vida. Más bien, rehuía la perspectiva de hablar con los padres de Gabriel, quienes nunca lo habían aprobado como un compañero adecuado para su hijo.

El duque parecía particularmente imponente, esa noche, con su postura rígida y sus rasgos exagerados, que no habrían quedado fuera de lugar en una gárgola de una catedral. Jack había oído que Lord y Lady Cheviot alguna vez fueron conocidos entre los bromistas de la alta sociedad como Belle et le Bête. Afortunadamente para Gabriel, él había heredado la apariencia de su madre.

El duque vio al grupo de Jack y miró severamente a su hijo menor.

—Por fin estás aquí. Estaba empezando a pensar que tal vez no te dignarías aparecer en el baile que se celebra en tu honor.

Pronunció la última palabra con cáustica ironía.

El hermoso rostro de Gabriel se puso tan pálido, como una de las estatuas de mármol a las que tanto se parecía. No respondió a las provocaciones del duque, pero hizo una fría y correcta reverencia y pronunció una sola palabra.

—Padre.

Para Jack, el tono de su amigo hacía eco de la ironía de Lord Cheviot, pero eso no tenía ningún sentido.

—¡Gabriel, querido muchacho! —El saludo de la duquesa fue tan cálido, en contraste con el frío recibimiento de su marido. Extendió la mano, invitando a su hijo a su lado—. Ven y permíteme presentarte a Su Majestad, el rey Vlad de Moldavia y algunos miembros de su corte.

Mientras Lady Cheviot presentaba a su hijo a la fiesta real, Jack y Rory hicieron una reverencia al duque.

—Buenas noches, Lord Cheviot —dijo Jack—. ¿Puedo presentarle a Lady Southam, que nos ha sido de inestimable ayuda en las últimas semanas?

—Lord Cheviot. —Annabelle hizo una elegante reverencia—. Fue muy amable de su parte y de la duquesa invitarme esta noche.

Los audaces rasgos del duque de pronto perdieron su aspecto sombrío. Se inclinó sobre la mano de Annabelle y se aferró a ella mucho más tiempo del que le dictaba la cortesía.

—Nos alegra que hayas podido asistir, querida. Espero poder reclamar el privilegio del anfitrión de bailar contigo antes de que acabe la noche.

Era evidente que a la vieja bestia todavía le gustaban las mujeres hermosas. Jack se dijo a sí mismo que era ridículo resentirse por la cortesía del duque hacia Annabelle. ¿No era preferible que un rechazo grosero? Además, no tenía motivos para temer que un hombre casado de la edad de Lord Cheviot pudiera intentar alejar a Annabelle de... Sarah. No, a menos que el duque esperara convertir a esta joven belleza en su amante.

Era ampliamente sabido que Su Excelencia había patrocinado a algunas de las actrices y cortesanas más famosas del reino. La idea provocó en Jack un inesperado escrúpulo de disgusto, no solo por el comportamiento del duque, sino también por el suyo propio. ¿Qué pensó Gabriel del descarado mujeriego de su padre? ¿Fue por eso que se abstuvo de realizar tantas conquistas como su apariencia y pedigrí le hubieran permitido?

—Sería un honor bailar con usted, Lord Cheviot. —Annabelle le ofreció al duque una sonrisa radiante. Ciertamente, ella era demasiado inocente y confiada para adivinar las posibles intenciones del viejo cabrón.

Al avanzar para saludar a la duquesa, Jack rondaba más cerca que nunca de Annabelle. Desde la primera vez que se conocieron, sus sentimientos hacia ella habían sido muy protectores. Esta noche, ella podría necesitar su protección más que nunca.

* * *

Mientras las luces brillantes y la música melodiosa del baile de Cheviot cautivaban sus sentidos, Annabelle no pudo evitar sentir como si hubiera caído en un cuento de hadas... del cual ella era la heroína.

Pero, ¿qué papel jugó Jack Warwick en esta mágica historia? ¿Era él el cazador de gigantes con el que compartía el nombre? ¿O podría ser el apuesto forajido? Quizás fuera el príncipe azul disfrazado. Annabelle hubiera preferido que Jack desempeñara cualquiera de esos roles heroicos. En cambio, él parecía empeñado en actuar como el ogro brusco, decidido a arruinarle el disfrute de la velada.

El duque y la duquesa la habían acogido calurosamente. Luego, Lady Cheviot la presentó al rey de Moldavia, quien la reconoció como si fuera una princesa, en lugar de una ex niñera. Jack se la llevó antes de que ella pudiera saborear adecuadamente el momento.

—¿Cuál es la prisa? —ella protestó—. ¿No puedo decirles cortésmente “cómo están” a las

personas que han sido más civilizadas conmigo?

—No cuando estábamos retrasando la fila de invitados que intentaban entrar —murmuró Jack—. Además, no estoy seguro de que quieras ser más que cortés con ese rey extranjero. En mi opinión, hay algo peculiar en él y en toda su corte. Ahora ven y tómate un trago de ponche.

—¡Oh! Muy bien. —Ella asintió en un tono, que pretendía transmitir que no estaba satisfecha con su comportamiento—. Aunque nunca me han interesado las bebidas. El olor me recuerda la forma en que el tío solía ponerse de mal humor cuando bebía. Prefiero ver el baile. Ver a un gran grupo de personas realizar los pasos es bastante diferente a practicar en tu salón.

Para su sorpresa, Jack pareció aprobar la sugerencia.

—Si deseas una mejor vista, podríamos mirar desde allí arriba.

Señaló hacia una galería con barandilla que daba al salón de baile. Los músicos estaban sentados en un extremo, pero había mucho espacio para que los espectadores se pararan en el otro lado.

—Eso suena como una buena idea. —Annabelle tomó la taza de ponche, que él le ofreció de la mesa de refrigerios y probó un sorbo. Sabía bastante agradable, era una dulce mezcla de naranja y limón. El alcohol apenas se notaba—. ¿Sabes cómo llegar hasta allí?

Jack apuró su trago y luego tomó otro. Él asintió en respuesta a su pregunta.

—Las escaleras están por ahí.

Mientras se dirigían hacia el rincón con cortinas que Jack había indicado, varios caballeros le sonrieron a Annabelle y parecieron como si quisieran acercarse a ella. Pero todos se dieron la vuelta, antes de acercarse lo suficiente para hablar. Ese comportamiento la desconcertó hasta que miró hacia atrás y encontró a Jack frunciendo el ceño y sacudiendo la cabeza.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, mientras entraban en la oscura alcoba, desde donde una estrecha escalera se curvaba hacia arriba—. ¿Estás disuadiendo a la gente de hablar conmigo? ¿Te avergüenza que me vean en la sociedad?

—¿Avergonzado? —Jack se burló—. No seas ridícula.

Entonces, ¿por qué parecía tan a la defensiva, si no era cierto? Annabelle se detuvo al pie de las escaleras.

—Sé que estás tratando de ser más responsable, pero eso no significa que nunca puedas disfrutar.

En el oscuro rincón, ella no podía distinguir la expresión de Jack, pero era más consciente que nunca de su presencia. Su cuerpo se tensó, sugiriendo que su comentario había tocado una fibra sensible.

Quizás debería apelar a él en lugar de confrontarlo. Sin duda ya se había hartado de eso, cuando era niño en la casa de Lord Knightlow.

—Nunca tuve un debut ni anduve en la sociedad, ¿sabes? Si tu familia no hubiera sido vecina, quizás nunca habría conocido a nadie de tu rango. Por favor, no me estropees esta hermosa velada. Puede ser que nunca tenga otra igual.

—No quiero estropearte nada. —Jack hizo una pausa por un momento y luego su voz surgió nuevamente de las sombras para acariciar sus oídos—. Pero la sociedad puede contener más peligros de los que crees, especialmente para una mujer tan encantadora como tú y... deberíamos subir.

¿Él pensaba que ella era encantadora? Annabelle saboreó el repentino cumplido. La había llamado hermosa antes, pero fue entonces cuando intentó persuadirla para que se casara con él. Rory había sido pródigo en sus halagos antes, pero eso fue solo porque le sorprendió verla con un aspecto que no fuera desaliñado.

Ella comenzó a subir las escaleras como Jack le había dicho. Con cada paso, se volvió más intensamente consciente de que él la seguía tan cerca. Ella recordó haberlo seguido escaleras arriba en su casa, incapaz de apartar su atención de su trasero bien formado.

—¿Qué peligros puede haber para mí aquí? —preguntó, tratando de distraerse de un loco impulso de caer de espaldas en los brazos de Jack—. Si te refieres a ese ladrón al que llaman la Sombra de Mayfair, no llevo ninguna joya para atraer su interés.

Hasta hacía poco había creído que Jack representaba una amenaza mayor para ella que cualquier ladrón o libertino. Pero últimamente había empezado a cuestionar esa suposición. Ya no era el joven imprudente, que había estado tan ciego, ante los sentimientos de ella. ¿El venenoso matrimonio de sus padres le había hecho temer amarla a ella o a cualquier mujer? Si pudiera estar segura de que Jack sentía más por ella de lo que se atrevía a admitir, ¿podría inspirarle el coraje que necesitaba para liberarlos a ambos de los lazos de miedo forjados por sus experiencias pasadas?

—No me preocupa ningún ladrón. —Con un ligero toque de su mano en su codo, Jack la llevó hasta el final de la galería frente a los músicos—. Quienquiera que sea, la Sombra de Mayfair no le ha hecho daño a nadie. Eso es más de lo que puedo decir de muchos de los invitados masculinos aquí esta noche. Una mujer hermosa y soltera es un cebo irresistible para ellos, especialmente si...

Su voz se apagó, mientras miraba a los bailarines.

La mirada de Annabelle también recorrió la pista de baile. Los patrones de color tejidos por el movimiento de los vestidos en tonos florales de las damas y los abrigos oscuros de los caballeros la intrigaban. Sin embargo, sus pensamientos seguían centrados en lo que Jack había dicho.

—¿Especialmente si? —le incitó en un tono que declaraba que no estaría satisfecha con nada menos que la verdad.

Jack bebió su segunda taza de ponche y le recordó a Annabelle que debía terminar el resto del suyo antes de que lo derramara. Ahora que sabía qué esperar, disfrutó bastante el sabor.

—Especialmente si tu reputación ya está comprometida —dijo Jack—. Pueden asumir que eres presa fácil. Aparecer en este baile con la cabeza en alto puede silenciar lo peor de los rumores sobre ti. Pero me temo que el daño ya está hecho, y yo lo he hecho. Si te casas conmigo, te prometo pasar el resto de mis días compensándote.

Hace dos semanas, habría escuchado esas palabras y habría creído que Jack solo quería casarse con ella por el bien de la bebé y como una forma de expiación. Ahora se preguntaba si esas razones podrían ser solo excusas convenientes para hacer algo que él temía, pero que deseaba en secreto.

Annabelle entendía ese tipo de miedo, debido a se le había congelado la lengua en el pasado, cuando anhelaba confesar sus sentimientos por Jack. Se ató las manos cuando podría haber traicionado su amor con una caricia, y logró contenerse, cuando deseaba ofrecerle un beso. Tal miedo podría impedirle mostrar su amor, pero no apagó el sentimiento en su corazón. ¿Podría ocurrir lo mismo con Jack?

Ella levantó la mirada de la pista de baile para encontrarse con la de él.

—No estropeemos esta velada hablando de miedos y arrepentimientos. Prometo que no dejaré que ninguno de los caballeros se me imponga. Tampoco dejaré que nadie me aleje de Sarah. Después de Frederick, usted es el único hombre que podría interesarme en el matrimonio... o en cualquier otra relación.

¿Fue solo su fantasía o eso alivió la tensión dentro de él?

—Es muy alentador escuchar eso. —Los labios de Jack se abrieron en una sonrisa que no era intencionalmente seductora, pero sí mucho más encantadora que eso.

Esto le hizo preguntarse a ella cómo se sentirían sus labios sobre los de ella... o sobre otras de sus partes. Desde el día en que ella se escapó de Bruton Street y él la recuperó, no había podido olvidar la afirmación de Jack de que sabía cómo brindar placer a una mujer. Había tratado de ser una esposa obediente para Frederick, en la intimidad de su dormitorio, pero le había parecido incómodo y casi vergonzoso entregar su cuerpo donde no podía dar su corazón.

—No hago promesas para el futuro. —La precaución la obligó a responder—. ¿No podemos simplemente disfrutar de esta velada sin pensar en el pasado ni anticipar lo que puede venir?

Jack reflexionó sobre su petición y luego asintió firmemente.

—Así es como he vivido la mayor parte de mi vida, así que no debería ser difícil arreglármelas por una noche. ¿Empezamos con un baile o prefieres que te presente todo?

—Tarde o temprano tendré que tomar un turno, supongo. —Annabelle no pudo negar sentirse intimidada por la habilidad de los demás bailarines—. Preferiría que fuera contigo que con un extraño. Acabemos con esto de una vez. Cuando los otros caballeros vean lo poco hábil que soy, es posible que no me molesten tanto como temes.

—Dudo que les importe lo mal que bailas —murmuró Jack y luego pareció darse cuenta de lo crítico que debía sonar su comentario—. Pero lo haces muy bien, considerando la poca instrucción y práctica que has tenido. Con un poco más de ambas y la confianza que inspiran, estoy seguro de que podrías bailar a mi alrededor.

Él comenzó a ofrecerle su brazo y luego levantó el dedo índice.

—Por favor, discúlpame por un momento y luego podremos volver a unirnos con la gente de abajo.

Annabelle asintió, desconcertada. Observó cómo él se acercaba a los músicos sentados al otro extremo de la galería. Tuvo una breve conversación con su líder y luego regresó para acompañarla hasta el salón de baile.

—¿A qué se debió todo eso? —preguntó, mientras bajaban las escaleras.

—Lo sabrás pronto —respondió Jack con una sensación de diversión en su voz.

Él estaba en lo correcto. Justo cuando salían del nicho con cortinas, los músicos empezaron a tocar *Childgrove*. Annabelle había practicado con más frecuencia aquella hermosa y melancólica melodía.

—Les pediste que tocaran esto para nosotros. —Abrumada por la gratitud, ella le dio un apretón en el brazo.

Jack asintió.

—Pensé que te sentirías mejor bailando una melodía familiar.

—Así será.

Se pusieron en fila junto a una hermosa pareja, que parecía no tener ojos para nadie más que el uno para el otro. Este era precisamente el tipo de gesto protector y reflexivo que había aprendido a esperar de Jack, cuando eran más jóvenes. Aquel que le había ganado un lugar en su corazón, del que nada ni nadie podría expulsarlo.

Capítulo trece

Después de Frederick, él era el único hombre con el que Annabelle consideraría casarse. Jack saboreó esa tranquilidad, mientras ocupaban sus lugares entre los demás bailarines.

Su feroz actitud defensiva disminuyó. Aunque seguía siendo consciente de que otros caballeros admiraban a Annabelle con sus ojos, ya no se sentía tan amenazado por ellos. Fueron las miradas de las damas las que más le preocuparon. Claramente, la condenaron por actuar con compasión en lugar de conservar el estricto decoro al venir a Bruton Street a cuidar de la pequeña Sarah. Ellas encontrarían formas sutiles de castigarla por esa transgresión.

Esa silenciosa censura ofendió su sentido de justicia y le recordó su infancia en Oakfield. Aunque se había negado a darle a su tío la satisfacción de saber que su desaprobación le dolía, eso era así. Annabelle también había soportado mucho desprecio y críticas en el pasado. Jack deseaba evitarle más angustias de ese tipo. A pesar de sus anteriores protestas en sentido contrario, él todavía creía que la única forma de restaurar su reputación era convertirla en su esposa y futura condesa. Cuanto más alto se ascendía en la sociedad, más fácil se volvía burlarse del decoro y salirse con la suya.

En ese momento, comenzó el baile. Era más lento que la mayoría, con pasos deliberados y elegantes, que no eran demasiado difíciles de recordar. Los ojos de Annabelle brillaron con entusiasmo, pero se mordió el labio inferior de una manera que sugería una concentración ansiosa. Su mirada se movía de un lado a otro, mientras observaba a los otros bailarines, en busca de señales sobre cuándo y cómo debía moverse.

Cuando Jack tomó su mano enguantada para realizar un giro, le dio un suave apretón en los dedos.

—Lo estás haciendo muy bien. Intenta relajarte y disfrutar.

—Para usted eso es fácil aconsejar. —Annabelle soltó una risita arrepentida—. No corres peligro de girar en sentido contrario y chocar con alguien o pisarle los dedos de los pies.

Aunque Jack sonrió ante esa broma autocrítica, sabía que ella no estaba del todo en lo cierto. En verdad, él estaba más familiarizado con los pasos de este baile, pero se distraía continuamente cada vez que la miraba. Ahora que estaba menos preocupado que su belleza atrajera a otros hombres, podía saborearla por sí mismo.

Había una cualidad de suavidad y calidez en su apariencia que le atraía inmensamente. Su rico cabello marrón, con destellos castaños, le recordaba la tierra fértil que producía vida vibrante en tanta abundancia. Sus labios, tan rojos y maduros, lo atormentaron con imágenes de otras delicias succulentas que su cuerpo podría tener para ofrecerle.

Cada vez que ella pasaba cerca, él inhalaba con avidez su aroma. El contacto más breve y casto de sus manos pareció acariciarla en los lugares más sensibles. Cuando la música terminó y los bailarines hicieron sus reverencias de despedida, todo su cuerpo palpitaba de deseo.

Annabelle exhaló un profundo suspiro de alivio.

—Bueno, eso podría haber sido peor.

—¿Podría? —Jack luchó por evitar que se le acelerara el aliento—. Quiero decir... por supuesto que podría. Lo hiciste muy bien y solo mejorarás con la práctica. ¿Te apetece otra taza de ponche?

Si derramaba la bebida fría encima, Jack imaginó que se evaporaría en una siseante nube de vapor.

—Sí, por favor. —Annabelle abrió su abanico y lo agitó para refrescar sus mejillas sonrojadas—. Quizás me ayude a relajarme y no sentirme tan cohibida.

Tan pronto como Jack le trajo la bebida, uno de los cortesanos extranjeros se acercó a Annabelle con una profunda reverencia.

—Su Majestad desea que le pregunte si la bella dama inglesa le haría el honor de un baile.

—Estábamos a punto de tomar un refrigerio —espetó Jack, antes de que Annabelle pudiera responder. Lanzó una mirada desafiante tanto al cortesano como a su rey. Alguna intuición le advirtió que eran hombres peligrosos. ¿O el interés del rey Vlad por Annabelle le prejuzgó contra ellos?

Oculto bajo sus faldas, Annabelle le dio a Jack un pequeño empujón en la espinilla y luego hizo una reverencia al cortesano moldavo.

—El honor será mío, señor.

Tomó una de las poncheras de Jack, apuró su trago, con un toque poco femenino y luego se la devolvió.

—Gracias, señor Warwick —habló en un tono desdeñoso como para recordarle su conversación anterior.

Siguió al cortesano hasta donde esperaba el rey Vlad y luego hizo otra impecable reverencia.

Mientras Jack la veía bailar con el monarca extranjero, consumió su vaso de ponche y luego bebió otro. En el momento en que terminó la música, se abalanzó sobre la pareja y se llevó a Annabelle.

—¿Por qué tuviste que hacer eso? —ella protestó—. El rey Vlad es absolutamente encantador.

Jack puso los ojos en blanco.

—Sé lo que buscan los hombres cuando despliegan ese tipo de encanto.

—Estoy segura que sí. —El débil tono ronco de la voz de Annabelle casi crujió—. Sin duda has ejercido tu encanto en muchas ocasiones como esta. La pregunta es: ¿continuarás haciéndolo incluso después de tener una esposa?

Esa pregunta paralizó a Jack en seco. ¿Podría ser esa una de las razones por las que Annabelle se resistió a la perspectiva de casarse con él, porque temía que él persistiera en sus costumbres mujeriegas? Deseaba poder indignarse solo de pensarlo, pero su conciencia reconocía que sus dudas no eran injustificadas.

—No haré nada por el estilo. —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro vehemente y miró a su alrededor para asegurarse de que nadie estuviera escuchando a escondidas—. Cuando me case, le prometeré a mi esposa que seré fiel. Es una promesa que pretendo tomar en serio. Cualesquiera que sean mis otros defectos, siempre me he esforzado por cumplir mi palabra.

Jack creyó vislumbrar un destello de alivio en los ojos de ella. ¿Por qué debería importarle a Annabelle su fidelidad, a menos que quisiera algo con él? La posibilidad lo exaltó más de lo que había creído posible.

—De todos modos, no debes preocuparte de que el rey Vlad tenga intenciones inapropiadas hacia mí. —Annabelle volvió al tema original—. Puede que haya sido encantador, pero fue bastante respetuoso. No quería provocar más chismes al rechazar su amable invitación a bailar.

—Supongo que no —murmuró Jack. Aunque entendía su razón, todavía no podía aprobarla del todo.

—Tampoco deseo provocar más chismes —continuó Annabelle—, bailando demasiado a menudo contigo.

Jack tenía una respuesta preparada para eso.

—No provocaría chismes si aceptas casarte conmigo. La gente pensará que es natural que bailes con tu prometido. Pero entiendo tu punto.

Aunque reprimió sus objeciones, cuando otros caballeros la invitaron a bailar, Jack merodeó por el perímetro del salón de baile del Cheviot. Observó cada uno de sus movimientos de cerca, deseando que todas las sonrisas y miradas de Annabelle estuvieran reservadas para él.

Por fin, apareció el duque de Cheviot para reclamar el baile que Annabelle le había prometido antes. Ella aceptó, definitivamente honrada por la atención de su anfitrión. Después de haber bailado varias series sin contratiempos, parecía menos ansiosa por su actuación. El golpe de los Cheviot también podría haber ayudado. La cosa era bastante potente. Aunque Jack tenía una gran tolerancia a las bebidas alcohólicas, podía sentir que la familiar neblina borracha comenzaba a erosionar su autocontrol.

Por una vez, escuchó su voz interior de precaución y decidió abstenerse por el resto de la noche.

Su atención se desvió momentáneamente de Annabelle y el duque cuando vislumbró una figura familiar al otro lado del salón de baile. ¿Podría ser Clarissa Reynard bailando con uno de los hermanos del príncipe regente? Sí, era ella, debía averiguar si había estado en las Indias Occidentales como se informó... y cuándo había regresado.

La música llegó a su fin. Los bailarines se dispersaron o cambiaron de pareja. Jack estiró el cuello para vigilar a Clarissa, si es que fuera ella. Se dirigió hacia la mujer para mirar más de cerca, cuando de repente Annabelle apareció ante él. Dos puntos de color rosa brillante ardían en sus mejillas y sus ojos se movían de aquí para allá.

—¿Qué pasó? —preguntó, sabiendo que algo debía estar ocurriendo.

—Por favor, llévame a casa, Jack. —Ella le cogió la mano y se la apretó con fuerza, como si fuera un salvavidas—. Te lo diré en el camino.

Por un instante, él pensó que ella podría colapsar en sus brazos, pero ella se echó hacia atrás y repitió:

—¡Por favor!

—Por supuesto. —La llevó hacia una puerta lateral utilizada por los sirvientes—. Si eso es lo que deseas.

Todavía llegaban invitados. Por el entusiasmo de la actividad, Jack sospechó que el príncipe regente debía estar entre ellos. Afortunadamente, los criados de los Cheviot lo reconocieron. Envío a una doncella a buscar su sombrero y el chal de Annabelle, y a un lacayo a llamar a su carruaje.

—¿Qué pasó allí? —le preguntó a Annabelle, mientras esperaban en un tranquilo pasillo de servicio—. ¿Te equivocaste durante el baile después de todo? Nadie se habrá dado cuenta, te lo prometo.

Ella sacudió la cabeza y parpadeó furiosamente.

—Tú tenías razón. ¡Nunca debí haber venido esta noche!

—Yo no dije eso. —Jack se reprendió a sí mismo por quitarle los ojos de encima. En ese momento, no podía recordar qué lo había distraído.

Ansiaba tener a Annabelle en sus brazos para ofrecerle protección y simpatía. Fue todo lo que pudo hacer para contenerse.

Afortunadamente, la doncella regresó con la ropa, seguida por el lacayo de los Cheviot, avisándoles que su carruaje los esperaba. En el alboroto que rodeó la llegada del regente, ninguno de los otros invitados pareció notar que Annabelle se alejaba, aferrada al brazo de Jack.

La ayudó a subir al carruaje y luego se arrió a su lado, aunque el asiento de enfrente estaba

vacío.

Extendiendo la mano para tomarle ambas manos, él murmuró:

—¿Ahora podrías decirme qué te hizo querer dejar el baile tan repentinamente? Si no lo supiera mejor, pensaría que este carruaje se convertirá en una calabaza a medianoche.

Annabelle no se rió de su débil broma. Aunque estaba demasiado oscuro para que él pudiera ver si ella siquiera sonreía.

—Tenías razón acerca de esos otros hombres. No me admiraban, me miraban lascivamente. —El tono de su voz se elevó casi hasta convertirse en un gemido—. Al final del baile, el duque me pidió que nombrara mis condiciones para convertirme en su amante. Ni siquiera se molestó en bajar la voz. Todos los demás invitados que nos rodean deben haberlo oído. Nunca me he sentido tan mortificada.

—¡Maldito sea esa viejo y miserable desgraciado! —Jack la tomó en sus brazos—. Ojalá me lo hubieras dicho de inmediato. Lo habría golpeado por insultarte así.

Ella sollozó.

—¿Justo como una vez amenazaste con hacerlo a mis primos?

—Exactamente. —Él asintió, saboreando el susurro sedoso de su cabello contra su mejilla—. Si lo deseas, me complacerá llamar a Lord Cheviot.

—¿Un duelo? ¡No, no debes hacerlo! —Annabelle se hundió más profundamente en su abrazo—. No quisiera que los oficiales te arrestaran ni te obligaran a exiliarte en el extranjero. ¿Qué sería de Sarah entonces? El duque no te perdonaría. Yo tampoco. Además, has pasado demasiado tiempo sirviendo como mi protector. Es hora de que aprenda a defenderme.

Por alguna razón, ese pensamiento preocupó a Jack. Entonces, ¿qué necesidad tendría ella de él? Seguidamente, Jack la abrazó, encendiendo todo el deseo que había crecido en él a lo largo de la noche.

—Puede que no valga la pena darle una paliza a Lord Cheviot, pero tú vales lo que me cuesta defender tu honor.

—Pensar que sentí pena por él —murmuró Annabelle—. Después de lo que le hizo su esposa.

—¿Qué hizo la duquesa? —Fuera lo que fuera, Jack se preguntó cómo se había enterado Annabelle. ¿Era eso lo que ella y Gabriel habían estado discutiendo cuando él los interrumpió con sus acusaciones de celos?

—¡Nada! —Ella insistió con demasiada fuerza para que él pudiera creerlo—. Bebí demasiado ponche esta noche. Casi no sé lo que estoy diciendo.

Una de sus manos enguantadas, que había descansado contra el pecho de su abrigo, ahora se deslizó hacia adentro para acariciar su pecho a través de la camisa. Una sacudida de energía caliente pareció formar un arco entre ellos. Eso hizo que Jack se sobresaltara y estimuló su corazón a galopar salvajemente.

—¡Perdóname! —Ella apartó la mano—. No quise hacer eso.

—Ojalá lo hubieras hecho —lanzó un gruñido profundo y retumbante de deseo frustrado—. Ojalá tuvieras la intención de hacerlo y mucho más.

—¿Tú hubieras? —Su respiración se aceleró, haciendo que el delicioso susurro de su voz fuera aún más provocativo. Parecía rozarle las orejas del mismo modo que su mano le había rozado el pecho.

—Mm... —replicó Jack, como una respuesta positiva a su pregunta y una expresión de placer—. Puedo perdonarte mucho más fácilmente por hacerlo que por dejar de hacerlo.

Annabelle soltó una risita sin aliento y luego susurró casi en voz demasiado baja para que él

pudiera oírla.

—Creo que podría decir lo mismo.

Sonaba como un secreto que ella no había querido divulgar, pero él estaba contento de haberlo hecho.

—¿En efecto? —Como si él se hubiera liberado de sus ataduras, una de sus manos se deslizó sobre la espalda de ella. Levantó la otra para acariciarle la mejilla e inclinó su rostro hacia arriba para encontrarse con sus labios, que hormigueaban con anticipación.

Había besado a muchas mujeres a lo largo de los años, todas atractivas y ansiosas, a su manera. Sin embargo, en ese momento sombrío y tembloroso, Jack sintió que había estado esperando toda su vida por esta mujer en particular y especialmente ese beso.

La espera valió la pena.

Esos labios parecieron fundirse con los de él, uniéndose entre sí. El sabor era como el ponche de los Cheviot, solo que más dulce, estimulante y mucho más embriagador. Podría absorber sus besos durante días y nunca saciar su sed de esa exquisita delicia.

La lengua de él se lanzó, entre sus labios entreabiertos, para saborear mejor sus profundidades melosas. Allí encontró más delicias para seducir sus sentidos. El cálido y húmedo abismo de su boca lo invitó a explorar y volar suavemente. El entrecortado silbido de su respiración y su suave y profundo ronroneo de placer formaron la música más encantadora, que él mismo había escuchado esa noche. Lo invitaron a un baile de movimientos íntimos y variados, uno que ellos mismos crearían en ese momento y nunca volverían a repetir de la misma manera. ¡Cómo le dolía el cuerpo con el anhelo de saborear cada paso desde el acercamiento hasta la maravillosa realización!

Cuando el carruaje se detuvo y escuchó al lacayo bajar para abrir la puerta, ¡Jack temió explotar de frustración! Eso no era todo lo que temía. ¿Podría Annabelle sentir repulsión por el ardor de su beso? ¿Podría ella verlo como si no fuera diferente del duque o de esos otros hombres, con nada más que la seducción en mente? Y si lo hiciera, ¿estaría tan equivocada?

La quería como amante y madre ideal para sus hijos. ¿Importaba que él no fuera capaz de sentir el tipo de devoción que ella había recibido de su primo?

* * *

No es de extrañar que la gente termina emborrachándose.

Annabelle casi se rió en voz alta, ante la idea, mientras disfrutaba del vertiginoso deleite del abrazo de Jack y la embriagadora emoción de su beso. Esperaba que fuera el primero de muchos.

A primera hora de la tarde había experimentado por primera vez la bruma flotante de la embriaguez. Había sido como una poción mágica, aliviando su ansiedad y elevándola en burbujas aireadas de confianza. Podía bailar, bromear o coquetear como la dama más grandiosa y no como una viuda sin dinero. Una que se había casado con alguien muy por encima de su posición social, y que no había traído más que desilusión al hombre que había cometido el error de amarla.

La repugnante propuesta del viejo duque había aplastado todas esas encantadoras burbujas, arrastrándola al suelo frío y duro de la realidad. Peor aún, la bebida había debilitado su razón y su compostura, haciéndola reaccionar con más intensidad ante el insulto. Había hecho todo lo que había podido hacer para evitar lloriquear como una tonta.

Pero la feroz indignación de Jack por ella había aliviado su humillación y devuelto parte de su destrozada confianza. Su cercanía era tan embriagadora, como el puñetazo que ella había consumido. La tentación de tocarlo se volvió imposible de resistir. Ella pasó la mano por su

pecho, deseando que su guante y su camisa desaparecieran de alguna manera. Anhelaba la provocativa fricción de su carne desnuda contra la de él. Y no solo la carne de su mano...

Cuando él no desalentó su atrevimiento sino que en realidad pareció darle la bienvenida, ella no pudo guardar su lengua ni un momento más. El primero de muchos secretos guardados durante mucho tiempo salió a la luz... una confesión de cuánto lo deseaba.

Esa revelación no provocó un rayo de venganza, como ella había temido en secreto. En lugar de eso, trajo un bocado delicioso para calmar su hambre, al mismo tiempo que le abrió el apetito por más. Ella se sumergió en su beso, todos sus sentidos sintonizados solo con él. Sus labios y lengua jugaron sobre los de ella, provocando una serie de sensaciones deliciosas. El clamor de sus pensamientos quedó en silencio y su cuerpo pareció funcionar por puro instinto. Su único objetivo era acercarse lo más posible a Jack y hacer cualquier cosa que pudiera brindarles placer a ambos.

Solo cuando él se mostró tenso, alejándose, ella se dio cuenta de que el carruaje se había detenido. Jack murmuró algo en voz baja que podría haber sido un juramento feroz. Annabelle quiso repetirlo. ¿Cómo podía soportar que sus deseos se agitaran tan intensamente solo para verse frustrados?

Después de que Jack la ayudó a bajar del carruaje, ella se aferró a él, y entraron a su casa. La llevó rápidamente a través del salón, pasó por el comedor y subió las escaleras. Su corazón latía con anticipación.

Pero cuando él pasó por la puerta de su dormitorio, sus pies se congelaron, haciéndola tropezar.

—¿A dónde me llevas?

—A tu habitación, por supuesto. —Él parecía casi enojado.

¿Había malinterpretado de algún modo sus atenciones en el carruaje?

—Haré que Polly te ayude a desvestirte —continuó enérgicamente—, y te pondré en la cama por esta noche.

Mientras se quitaba los guantes y el sombrero, Annabelle meneó la cabeza para que no quedara duda de su oposición.

—Solo hay una persona a la que quiero que me desnude esta noche, y eres tú, Jack Warwick.

Su respuesta anterior a su admisión de deseo ahora la animó a exigir lo que quería por primera vez que podía recordar. Desde que la enviaron a vivir con su tía, tras la muerte de sus padres, había dependido de la caridad de los demás, tomando solo lo que podían darle de sobra y tratando de ser agradecida. Había llegado a aceptar su crueldad y maltratos como su destino. Solo Jack le había hecho sentir que merecía tener lo que quería... excepto cuando se trataba de él.

—Por favor, no digas eso Annabelle —suplicó, amenazando con revivir los recuerdos del día en que le rompió el corazón.

—¿Por qué no? —Ella levantó su mano desnuda para acariciarle la mejilla. Su toque había funcionado antes, rompiendo las barreras que él erigió para evitar que ella se acercara demasiado —. Me dijiste que sabes cómo darle placer a una mujer. Quizás deberías demostrar tu habilidad.

—Ese es el golpe que habla. —Jack cubrió su mano acariciadora con la suya e intentó alejarla, pero parecía que no podía ejercer la fuerza necesaria—. Ya me cuesta bastante resistir la tentación de aprovecharme de tu condición. No necesito que eches más leña al fuego.

—¿Estás diciendo que te hago arder? —Ella soltó una risita baja y sensual y se apretó contra él—. Bueno, eso es justo ya que he ardido por ti durante mucho tiempo. Una vez pensé que podría quemarme el corazón.

—Ahora no tiene ningún sentido. —Una vez más, Jack parecía decidido a no entender lo que

ella había luchado por decirle durante tanto tiempo—. Tienes que irte a la cama, Annabelle.

Su reacción ante sus ofrecimientos le recordó a ella la noche en que le habló de la propuesta de Frederick. En aquella ocasión, el miedo a perder su amistad le había impedido expresar del todo sus sentimientos. Esta noche, el puñetazo de Lord Cheviot le dio valor, mientras que la admisión de deseo de Jack le dio la esperanza que él podría agradecerle y amarla.

Permitir que su corazón fuera gobernado por el miedo no le había aportado la seguridad y la satisfacción con las que había estado dispuesta a conformarse en lugar de la verdadera felicidad. Quizás no haya medias tintas en lo que respecta al amor. Como un jugador imprudente, uno debe arriesgarlo todo para tener alguna posibilidad de ganar. Por mucho que la posibilidad de perderlo todo la aterrorizara, también le provocaba una extraña oleada de euforia. ¿Era esto lo que había hecho que Jack y sus amigos volvieran a las mesas de juego, una y otra vez: no la esperanza de una gran victoria, sino simplemente la emoción de semejante riesgo?

Cuando él intentó llevarla hacia la puerta de su dormitorio, ella le rodeó el cuello con los brazos y se negó a soltarlo.

—Si nos separamos ahora, todavía ardiendo, podemos quemar tu casa. ¿No sería mejor apagar el fuego primero?

Jack abrió la boca, tal vez para protestar. Pero antes de que pudiera pronunciar una palabra, Annabelle se levantó para silenciarlo con un beso. El que habían compartido en el carruaje todavía hormigueaba en sus labios como un delicioso aperitivo, despertando su sed de más.

Ciertamente, debió haber hecho lo mismo con él, quien no se resistió a su beso, como había hecho con sus súplicas verbales, pero se rindió incondicionalmente. Sus brazos la rodearon con más fuerza y sus labios presionaron los de ella con un ardor emocionante.

Su aliento silbaba sobre su rostro como un viento cálido. Mientras su pecho presionaba contra el de ella, y podía sentir su corazón galopando incluso más rápido que el de Annabelle.

A ella no le quedaba ninguna duda de que Jack la deseaba tanto como lo deseaba a él.

¿Y amor? Eso llegaría una vez que estuvieran casados y él se sintiera lo suficientemente seguro en su devoción como para abrir su corazón. La pequeña Sarah ya había encontrado una manera de superar sus fuertes defensas. Seguramente los hijos que Annabelle le diera también lo harían, dejándole el camino abierto. Hasta entonces, podría contentarse con la emoción de la pasión y la calidez de un compañero afectuoso.

Después de su largo, profundo y hambriento beso, Jack retrocedió para tomar aire.

Annabelle aprovechó la oportunidad para susurrar:

—Puede que esté un poco borracha, pero se debe tanto a tus besos como al puñetazo. No me obliga a decir o hacer nada que de otro modo no me importaría. Solo me ha hecho lo suficientemente valiente para comportarme como deseo, en lugar de como creo que debería hacerlo.

Jack soltó una risita ronca.

—¿No pretendes portarte mal como deseas?

¿Lo había persuadido para que la llevara a su cama? El éxito dejó a Annabelle tan mareada como el potente puñetazo del duque.

—Eso es exactamente lo que quiero decir. Ahora bien, ¿nos vamos a demorar en portarnos mal en el pasillo donde podríamos ser interrumpidos? ¿O nos retiraremos a algún lugar más privado?

—Eso depende —respondió Jack en un murmullo derretido—. ¿Quieres casarte conmigo?

¿Se detendría si ella se negaba? Annabelle temía que estallara en llamas si lo hacía. Además, ella ya había decidido aceptarlo.

—¿Es ese el precio que exiges por una noche de deleite? Creo que es al revés. ¿No se supone que los libertinos prometen matrimonio a las mujeres para atraerlas a la cama?

—Tal vez. —Con un movimiento repentino, Jack la levantó en brazos. Annabelle apenas reprimió un grito de sorpresa. Él caminó hacia la puerta de su dormitorio, la abrió de golpe y la llevó a través del umbral—. Pero, ¿qué importa si al final ambos conseguimos lo que queremos?

Capítulo catorce

Jack llevó a Annabelle a su dormitorio y luego cerró la puerta detrás de ellos con el pie. Esperaba dejar afuera todas sus dudas, pero una o dos le pisaron los talones.

Él había acusado a Annabelle de actuar de manera tan provocativa porque había bebido demasiado. ¿Era también por eso que había elegido acostarse con ella antes de casarse? Su conciencia protestó diciendo que estaba mal tratar a la viuda de Frederick como a una conquista pasajera. Ya había dañado su reputación al traerla a vivir bajo su techo. Llevarla a su cama solo confirmó lo que los chismosos creían que había estado haciendo todo el tiempo.

La situación le recordó a Jack su niñez, cuando todos creían lo peor de él. En aquel entonces, había decidido que más le valía estar a la altura de su mala reputación. Pero ahora había una gran diferencia. Nadie más había resultado perjudicado por sus indiscreciones juveniles.

Sus dudas lo molestaban y su conciencia le advertía en vano. Cuando Annabelle le ofreció sus labios y mucho más, todos los demás pensamientos, en su cabeza, quedaron ahogados por el urgente rugido del deseo. Si el puñetazo del duque había contribuido a unirlos así, le debía un voto de agradecimiento al viejo y feo libertino.

Una única vela parpadeaba sobre la repisa de la chimenea de su dormitorio, proporcionando suficiente luz para que Jack encontrara el camino, pero no la suficiente para permitir que el resplandor del decoro destruyera la intimidad de su cita robada.

Jack se hundió en el borde de la cama con Annabelle en su regazo y la besó de nuevo. Intentó avanzar lentamente, saboreando cada momento y movimiento. Pero su deseo por ella había estado ardiendo con una mecha larga y lenta desde la noche en que le rogó por primera vez que le ayudara con la bebé. Había intentado apagarlo, pero nada había funcionado por mucho tiempo. Ahora su pasión crepitaba hacia su inevitable explosión.

Posiblemente, ya que había esperado tanto entre el primer deseo y la consumación, hacer el amor con Annabelle le parecía algo fresco y nuevo, muy diferente a cualquiera de sus relaciones pasadas. Ella había hecho mucho para darle a su vida un sentido de propósito y conexión del que carecía. Estaba decidido a recompensarla con una noche de placer exquisito, que esperaba repetir a menudo en los años venideros.

Una vez saciado momentáneamente del néctar de sus labios, se extravió más allá en busca de otros placeres hasta sus mejillas, sus párpados y la punta de su nariz. Saboreó las sutiles diferencias en los contornos de su carne y la textura de su piel. Mientras tanto, sus manos emprendieron su propio viaje de descubrimiento, acariciando su esbelto cuello y sus elegantes hombros, viajando hacia la plenitud madura de sus pechos. Desde el día en que los vislumbró a través de su corpiño mojado y ceñido, Jack había anhelado sostenerlos en sus palmas, acariciarlos con las yemas de los dedos y provocar las sensibles crestas rosadas para tensarlos y convertirlos en picos firmes, que suplicarían la atención de su boca.

Annabelle no se quedó pasiva y dejó que él hiciera lo que quisiera. Cuando él le besó la cara, ella arrojó el sombrero y los guantes al piso, y correspondió con un ardor que parecía ansioso, pero extrañamente inocente. Las manos de ella recorrieron su cuerpo, su cabello, sus hombros y su pecho. Su toque comunicaba admiración, incluso fascinación. ¿Qué había dicho ella acerca de arder por él durante mucho tiempo? ¿Se refería solo desde que llegó a Bruton Street?

Esas preguntas se desvanecieron de la mente de él, cuando Annabelle le soltó el escote y abrió algunos botones para meter la mano debajo de su camisa. Ella procedió a acariciar su pecho

desnudo, como lo había hecho durante el viaje en carruaje a casa. Por muy estimulantes que hubieran sido sus atenciones anteriores, el juego de sus cálidos y suaves dedos sobre su carne desnuda lo era cien veces más.

Rayos de placer atravesaron su cuerpo, calientes y potentes como un rayo. Su eje se tensó contra su trasero deliciosamente redondeado, llevando su control al límite. Un gruñido bajo y salvaje de anhelo retumbó, a través de su pecho, y subió a su garganta. Si dejaba que Annabelle se saliera con la suya, durante mucho más tiempo, Jack temía que su pasión se agotara, antes de poder satisfacer el deseo que pretendía infundir en ella.

Con un movimiento rápido y depredador, arrojó a Annabelle sobre la cama y luego se movió para flotar sobre ella. Ella soltó un chillido de sorpresa que se convirtió en una oleada de risas encantadas. Jack le acarició el cuello y los hombros con los labios, mientras le bajaba las mangas. Luego empujó el escote de su vestido, cada vez más abajo, para exponer sus pechos.

—Incluso son más magníficos de lo que imaginaba —susurró, mientras acariciaba su plenitud redondeada con su mejilla.

Cuando cerró los labios sobre un nudo tenso y lo prodigó con la caricia húmeda de su lengua, Annabelle soltó un suave jadeo y arqueó su cuerpo debajo de él.

Por un tiempo, él se entregó al placer de su lengua acariciando la sensible cresta, mientras sus manos saboreaban la plenitud de su otro seno con pasión apenas contenida. Finalmente, liberó los brazos de la sujeción sedosa de sus mangas. Liberado por fin, sus manos volaron hacia arriba para tirar de su cabello y su abrigo.

Entonces, Jack se dio cuenta de que no era solo el deseo lo que lo calentaba. Desviado brevemente del maravilloso disfrute de los pechos de Annabelle, se quitó el abrigo y el chaleco, sin importarle si todos los botones saltaban. Apartando las prendas, se quitó la camisa.

—Así está mejor —suspiró, mientras el aire de la noche refrescaba su piel.

Pasando las manos por su torso desnudo, Annabelle soltó una risita lasciva.

—De hecho, es así.

—¿Lo mejoramos aún más para los dos? —Jack le dedicó una sonrisa maliciosa—. Antes de que tu bonito vestido termine arrugado sin posibilidad de reparación.

—Eso es muy considerado de tu parte. —Un destello de picardía brilló en los ojos de Annabelle, como nunca antes había visto en ella. ¿Fue el potente puñetazo del duque o algún truco de la luz de las velas?

Él se alejó de ella el tiempo suficiente para deshacerse del resto de su ropa, mientras ella se quitaba la suya.

Cuando terminó, ella le entregó su vestido.

—Me temo que puede que sea demasiado tarde para el pobre.

Jack dejó la prenda sobre un sillón cercano.

—En el momento en que te vi usando esto, lo único que pude pensar fue en cuánto quería sacarte de esto.

Annabelle volvió a reírse.

—Lograste ocultar bastante bien tu admiración.

—Si lo hice, es solo porque sospechaba que el sinvergüenza de Rory estaba pensando lo mismo y no pude soportarlo.

Él disfrutó de ese intercambio de bromas. Eso le dio unos momentos para reforzar el autocontrol que Annabelle puso a prueba con tanta severidad. También le aseguró que los amigos podrían convertirse en amantes sin perder su camaradería especial. De hecho, cada unión podría enriquecer a la otra.

Se volvió hacia la cama y descubrió que Annabelle había doblado las mantas. No se había deslizado debajo de estas para ocultar su belleza desnuda en un ataque de modestia. En cambio, se recostó sobre sus almohadas en una actitud de relajación sensual, como un desnudo provocativo, en un cuadro italiano.

Su mirada se posó en sus entrañas con una mezcla de diversión y triunfo ante la evidencia de su excitación. Ella le tendió los brazos en una invitación que él apenas necesitaba y no podía resistir.

Él voló de inmediato hacia su abrazo, retorciéndose de placer, cuando su piel desnuda se deslizó sobre la de ella, creando la fricción más excitante.

¿Había deseado alguna vez a una mujer de la forma en que la deseaba? En ese momento, Jack apenas podía recordar que alguna vez había habido otras mujeres para él, antes de Annabelle.

* * *

Así era como se suponía que debía sentirse cuando un hombre y una mujer consumaban su intensa atracción mutua.

Annabelle saboreó cada sensación, mientras Jack le hacía el amor con entusiasmo juvenil y habilidad madura. Frederick había tratado de excitarla y complacerla, pero ella siempre se había sentido tan avergonzada de que un hombre que no fuera su marido ocupara el primer lugar en su corazón. No se había atrevido a bajar la guardia y entregarse a la pasión, incluso si Frederick hubiera podido encenderla. Siempre había temido que en un momento de descuido podría ser el nombre del primo de él, a quien gritaría.

Esta noche ese miedo desapareció. Estaba donde había querido estar desde que experimentó los primeros indicios de convertirse en mujer. Solo esperaba poder brindarle a Jack mayor satisfacción que la que le brindó a su primo. Durante mucho tiempo, él había sido un conocedor de mujeres hermosas y deseables. ¿La compararía con ellas y la encontraría deficiente?

Afortunadamente, la maravillosa sensación de su suave piel deslizándose sobre la de ella alejó todas las dudas y arrepentimientos de la mente de Annabelle. Cada punto de contacto entre sus cuerpos desnudos enviaba fragmentos de placer atravesándola, todos apuntando entre sus piernas. Su pasaje hormigueó de placer y anhelaba que Jack entrara y la llenara.

Acostado a su lado, la besó hambrientamente con profundas y emocionantes embestidas de su lengua, un anticipo de lo que vendría después. Una mano grande y fuerte jugaba sobre su cuerpo desnudo, como si fuera un instrumento de valor incalculable, perfectamente sintonizado con su tacto. ¡Qué complejas y estimulantes armonías de sensaciones provocaba en ella! Annabelle dejó que la bañaran y la atravesaran, creando una resonancia satisfactoria entre su cuerpo y su corazón.

Él deslizó su mano más abajo para acariciar su muslo, provocando que ella emitiera un suave gemido. Luego su mano se elevó hacia arriba con la presión más sutil, invitándola a abrirse a él. Annabelle estaba muy ansiosa por aceptar esa invitación. Ella esperaba que él entrara y disfrutara de su placer. Pero en lugar de eso, él palpó suavemente con el dedo índice para preparar la sensual humedad de su deseo.

Resbaladiza con sus jugos, la yema de su dedo acarició el doloroso punto de su necesidad. Una sacudida de placer recorrió el cuerpo de ella, tan intensa como inesperada. Ella levantó sus caderas de la cama y arrancó un suave grito de sus labios.

—¿Lo ves? —Jack soltó una profunda risita de satisfacción—. Cuando prometí que te daría placer, no fue un alarde vano.

—Po-r todo lo contrario —respondió ella, en un susurro sin aliento—. Yo lo llamaría... un eufemismo.

—¿Lo harías? —Él la recompensó con un beso burlón—. Entonces debo advertirte que aún hay mejores cosas por venir.

Por un momento, estuvo demasiado aturdida por el placer para responder, luego se rió entre dientes.

—Ahora debes estar alardeando. No puedo creer que lo que afirmas sea posible.

—¿Es eso un desafío? —Jack preguntó con un ronroneo malvado—. Entonces estaré obligado a demostrar mi valía.

Él comenzó a jugar con sus pechos nuevamente hasta que ella sintió que la caliente y dulce agitación comenzaba a crecer dentro de ella una vez más. Esta vez no bastaba con entregarse pasivamente. Ella ya lo había tocado un poco y su respuesta le había asegurado a Annabelle que sus atenciones le producían placer. Así que dejó que sus manos recorrieran a voluntad su cabello y luego su cuello para familiarizarse con la amplitud de sus hombros y las firmes ondulaciones de su pecho.

Cuando hubo explorado a fondo y encontrado el terreno de su agrado, ella se aventuró más abajo para investigar la magnífica prueba de que, después de todo, Jack sí la quería. El primer roce de sus dedos sobre su orgulloso eje fue vacilante, con admiración, pero un poco cautelosa, como si se atreviera a despertar a una poderosa bestia.

Jack se tensó y soltó un gruñido profundo.

Instintivamente, ella se apartó.

—¿Fue eso desagradable? ¡Perdóname! Nunca he...

Nunca antes había tocado a un hombre de esa manera, ni siquiera a su difunto marido. Tampoco ella nunca había querido hacerlo.

Antes de que pudiera admitir algo de eso, Jack soltó una risita ronca.

—No fue desagradable, créeme. En todo caso, podría haber sido demasiado agradable.

—¿Demasiado agradable? ¿Cómo es eso posible?

Él se llevó la mano de ella a los labios y le dio un beso en la palma.

—Se necesita todo el control que pueda reunir para evitar que mi deseo por ti explote demasiado pronto. Cuando me tocas, ese control se deshilacha hasta convertirse en el hilo más delgado.

Por su forma de hablar, Annabelle sintió que debería sentirse halagada por haberlo provocado hasta tal extremo.

—En ese caso, intentaré contenerme.

—Y haré todo lo que esté en mi poder para recompensar tu sacrificio.

Uno por uno, él tomó sus dedos en su boca y los chupó.

Por mucho que sus atenciones físicas despertaran a Annabelle, estos momentos de cariñosas bromas entre ellos satisfacían un hambre diferente y más profunda dentro de ella. Le hicieron creer que para Jack podría llegar a ser algo más que una madre conveniente para sus hijos y una compañera de cama deseable.

—Todo lo que esté en mi poder —repitió Jack con significado sensual, mientras se levantaba para montarse a horcajadas sobre su forma supina.

Él la besó muy profundamente, cada movimiento sutil de su boca era una promesa de más placeres por venir. Luego comenzó a descender poco a poco, cumpliendo esas promesas. Exploró la longitud de su cuello con sus labios, trazando cada punto sensible que le arrancaba un pequeño grito ahogado o la hacía temblar de placer. Desde allí se desvió hacia sus pechos, donde la invitó

a repetir sus atenciones anteriores, acariciando, lamiendo y chupando con el efecto más feliz.

Por fin, cuando había agudizado su necesidad hasta un punto afilado, una vez más le separó las piernas con la rodilla y extendió sus favores aún más abajo, hasta el mismo centro de su deseo.

Annabelle dio un leve grito ahogado de sorpresa. Esto era algo que Frederick nunca había hecho.

Su grito estrangulado rápidamente se convirtió en un ronroneo ronco de placer cuando Jack deslizó su lengua sobre la entrada de su pasaje, mezclando el calor húmedo de su boca con la de ella. Después de haber avivado el fuego dentro de ella hasta alcanzar una intensidad abrasadora, introdujo su lengua dentro de ella, empujándola una vez más al borde del éxtasis.

La tensión temblorosa en su cuerpo debió haberle indicado a Jack que había llegado el momento de coronar su seducción. Dejó su delicioso tormento y deslizó su eje tenso dentro de ella. Mientras tanto, él recuperó su boca con un beso crudo y voraz. Un sonido surgió de su garganta, mezclando un suspiro de la más profunda satisfacción con un gruñido salvaje de hambre. A Annabelle le aseguró, más allá de cualquier palabra, que las poderosas sensaciones que él provocaba en ella eran correspondidas en toda su magnitud.

Una vez que estuvo firmemente enfundado dentro de ella, Jack comenzó el lento y rítmico empuje con el que ella estaba familiarizada. Sin embargo, las sensaciones que provocó su movimiento fueron una revelación sorprendente para Annabelle. El ardiente y dulce anhelo que había experimentado antes regresó, más intenso que antes y rápidamente alcanzó un pico tenso y vertiginoso.

Cuando finalmente se rompió, el resultado no fue una sola sacudida demoledora, sino una oleada tras otra de poderosas ráfagas de deleite, temblando a través de ella, casi demasiado intensas para soportarlas. Esa fuerza pareció destrozarla y transformarla en una mujer completamente diferente.

Después de desacelerar para saborear su clímax, Jack aumentó el ritmo y la potencia de sus movimientos hasta alcanzar un galope atronador. Esto lo llevó mucho más allá de los límites del autocontrol hacia explosivos espasmos de felicidad. Gritó su nombre, brindando al corazón de Annabelle el tipo de gozosa satisfacción que su hábil seducción le había brindado a su cuerpo. Eso le aseguró que ningún otro hombre podría desearla tanto como él y que nunca podría desear a otra mujer de una manera tan absorbente.

* * *

Cuando Jack volvió a ser consciente de lo que lo rodeaba, se encontró acostado boca arriba, envuelto con Annabelle en una perezosa maraña de brazos y piernas. Su cabeza descansaba contra su pecho, mientras su brazo rodeaba su hombro en un abrazo protector.

¿Podía sentir que su corazón se desaceleraba debido a su ritmo atronador anterior? En cierto modo, se sentía como un muchacho novato, después de su primera conquista. Pero ninguna torpeza juvenil podía compararse con lo que acababa de experimentar. Nunca había recibido mayor satisfacción del placer de su pareja que el suyo propio, a pesar de lo abrumador que había sido. Nunca había retrasado tanto su gratificación para asegurarse de haberle exprimido a ella hasta la última gota de placer. El resultado había sido devastador en su intensidad, dejándolo agotado en todos los sentidos posibles.

Por mucho que intentó negarlo, una sensación de inquietud lo recorrió cuando contempló el poder que Annabelle podría ejercer sobre él. Si ella podía brindarle un éxtasis tan consumidor, ¿podría también infligirle una agonía igual? ¿Podría hacerle preferir perder su propia vida, antes

que perderla a ella? Por primera vez, Jack empezó a comprender y a sentir lástima por el padre al que apenas recordaba.

Con fuerza despiadada, expulsó esos celos de su mente. No tenían lugar en la cálida neblina que seguía a hacer el amor.

Para distraerse, enrolló un mechón de cabello castaño de Annabelle alrededor de su dedo índice y preguntó en tono juguetón:

—Dime entonces, ¿estaba alardeando cuando te prometí que lo mejor estaba por venir?

Ella sacudió su cabeza.

—A riesgo de volverte insoportablemente vanidoso, debo admitir que decías la verdad. De hecho, una vez más creo que te subestimé.

—Me alegra que pienses eso. —Jack apoyó la mejilla contra la coronilla de su cabeza—. Entonces dime, ¿mi actuación te convenció de aceptar mi propuesta?

¿Qué le hizo hacer esa pregunta? ¿Y qué respuesta quería que le diera Annabelle? Él apenas lo sabía. Ésa había sido la razón original de esta seducción, pero eso fue antes de que reconociera la peligrosa intensidad de sus sentimientos por ella.

La larga e incómoda pausa que recibió su pregunta hizo que Jack se preguntara si Annabelle todavía tenía dudas que ni siquiera su apasionado acto amoroso podía disipar. Si era así, tal vez todavía había tiempo para alejarse del precipicio del matrimonio.

—Sé que no puedo reemplazar a Frederick en tu corazón —comenzó—, ni quiero...

Sus palabras parecieron romper la vacilación de Annabelle, obligándola a darle una respuesta... aunque no la que él esperaba.

—¿Todavía no puedes entenderlo, Jack? Fue Frederick, quien nunca pudo ocupar tu lugar en mi corazón. Sé que él me amaba, o eso creía, y traté de ser una buena esposa para él. Esperaba que tener a alguien que por fin me quisiera cambiara mis sentimientos. —Hizo una pausa por un momento y luego continuó en un susurro tenso—. Después de que dejaste en claro que no podías cuidar de mí más que como un amigo.

—¿Cuándo hice eso? —Jack se escuchó a sí mismo preguntar a través del clamor de sus pensamientos contradictorios.

La confesión de Annabelle amenazó muchas de las certezas que había mantenido durante mucho tiempo sobre su pasado. Sabía que ella lo admiraba y pensaba bien de él, como nadie más lo había hecho. Pero el amor... ¿amor romántico? Había asumido que eso debía estar reservado para su primo, quien había estado enamorado de ella desde que Jack tenía uso de razón. Incluso ahora apenas podía creer lo contrario.

—¿No te acuerdas? —Ella parecía impaciente por su ignorancia—. Después de que Frederick me propuso matrimonio, traté de decirte que no me importaba como una mujer debería preocuparse por el hombre con el que pensaba casarse. Intenté hacerte ver que era a ti a quien quería, pero te negaste a entender lo que quería decir.

Jack luchó por reconciliar las cosas que Annabelle le contaba con los recuerdos de su juventud.

—¿Por qué no viniste y me lo dijiste? Nunca he sido bueno descifrando qué es lo que las mujeres quieren o creen que quieren.

Ya tenía suficientes problemas para resolver sus propios sentimientos desconcertantes, y mucho menos los de los demás. La sensación de náusea en la boca del estómago, por ejemplo, y el peso que había descendido sobre su corazón... ¿qué significaban? ¿Eran síntomas de culpa por haber robado sin querer algo que pertenecía a Frederick?

Annabelle se apoyó en un codo para mirarlo.

—Justo ahora parecías entender lo que quería mejor que yo misma.

Incluso a la tenue y parpadeante luz de una sola vela, su perspicaz mirada penetró más profundamente en él de lo que podía soportar.

—Eso no es lo mismo y tú lo sabes.

—Tal vez no. —Annabelle se sentó y levantó la sábana para cubrir sus pechos. Su acción le recordó a Jack a Eva en el jardín del Edén, repentinamente consciente y avergonzada de su inocente desnudez—. Pero, ¿habría habido alguna diferencia en aquel entonces si hubiera expresado mis sentimientos por ti en letras de un pie de alto?

¿Hubiera sido así?

Jack también se sentó.

—¿Cómo puedo responder eso? Fue hace mucho tiempo y muchas cosas eran diferentes entonces. No tenía fortuna. No podría haberme dado el lujo de tomar una esposa, incluso si hubiera querido. Frederick tenía los medios para proporcionarte una vida cómoda y convertirte en condesa algún día. Además, no podría haberte arrebatado; él nunca me lo habría perdonado.

Obviamente, esa no era la respuesta que Annabelle quería.

—Mis sentimientos no habrían importado, ¿supongo? —Ella saltó de la cama, cogió la ropa del suelo y se vistió apresuradamente—. Siempre y cuando tu primo consiguiera lo que quería y tú no sufieras ningún inconveniente.

—Eso no es lo que quise decir —protestó Jack, aunque sin mucha convicción. Una parte de él quería tomarla en sus brazos y reparar la brecha entre ellos. Poderosos lazos de miedo y culpa lo detuvieron.

—Tal vez no. —Ella lo fulminó con la mirada—. Pero es cierto de todos modos. Entonces, habría sido una molestia para ti, pero ahora soy una comodidad. Solo una cosa no ha cambiado: mis deseos y sentimientos todavía no tienen importancia.

Antes de que Jack pudiera negarlo, ella salió por la puerta, cerrándola detrás de ella de manera silenciosa, pero decidida.

De repente, como estaba mareado, Jack se dejó caer sobre las almohadas. El área de su cama, donde Annabelle había yacido, todavía estaba caliente, pero se enfriaba rápidamente. Intentó convencerse de que acababa de escapar con suerte.

Capítulo quince

Annabelle se despertó a la mañana siguiente de un sueño inquieto. Sentía la boca seca como el polvo, mientras una banda de hierro de dolor se apretaba alrededor de su cabeza. Su estómago amenazaba con expulsar su contenido en cualquier momento. Nunca se había sentido tan enferma en su vida.

¿Su miseria se debía enteramente al potente puñetazo de Lord Cheviot, del que había bebido demasiado? ¿O fue en parte causado por el arrepentimiento de su comportamiento?

Cuando recordó la forma descarada en que casi se había obligado a meterse en la cama de Jack, una oleada de náuseas se apoderó de ella. Y, sin embargo, no podía arrepentirse por completo de sus acciones. Haber experimentado siquiera una hora de felicidad tan trascendente, en los brazos de Jack, era algo que había anhelado durante mucho tiempo. Ahora, pase lo que pase, ella siempre tendría ese recuerdo.

Si tan solo no hubiera tenido que pagar un precio tan alto...

¿Por qué no pudo simplemente aceptar casarse con Jack y permanecer en silencio sobre sus verdaderos sentimientos hacia él y Frederick? Desde el momento en que lo mencionó, sintió que su oportunidad de ser felices comenzaba a desvanecerse. Cuanto más intentaba captarlo, más rápido se evaporaba hasta que no quedaba nada más que recriminaciones.

Ahora la banda de dolor alrededor de su cabeza se apretó más y sus ojos ardieron con la amenaza de las lágrimas.

Annabelle se recordó severamente que no podía darse el lujo de complacerlos, como había hecho a menudo durante los años de servidumbre en casa de su tía. Puede que Jack no la quisiera, pero la pequeña Sarah todavía la necesitaba. Armándose de valor contra el dolor, abrió los ojos y miró hacia la cuna de la bebé. Pero no había señales de la niña ni de su niñera. Polly debió haber llevado a la bebé abajo para dejar dormir a Annabelle. La gratitud por la consideración de la muchacha brotó dentro de ella.

También vino la gratitud hacia Jack, quien había insistido en contratar a alguien para que la ayudara a cuidar a la bebé. La noche anterior, ella lo había acusado de que no le importaban en absoluto sus sentimientos, pero ahora empezaba a preguntarse si eso era cierto.

¿Podría Jack haberla instado a casarse con su primo, no por indiferencia, sino más bien por la preocupación de su bienestar? ¿Había querido que ella disfrutara de un futuro mejor del que él podría haberle proporcionado en ese momento? ¿Podrían las profundas heridas de su infancia haberle impedido reconocer sus verdaderos sentimientos, del mismo modo que los de ella le habían impedido revelar cuánto se preocupaba por él?

Necesitaba hablar con él otra vez, cuando su ingenio no estuviera aturdido por la bebida y sus emociones no inflamadas por la pasión. Annabelle apretó los dientes contra las oleadas de náuseas y las punzadas de dolor, que la asaltaron, cuando salió de la cama para vestirse para el día. Mientras se ponía la camisola, las medias y el camisón, su carne todavía hormigueaba con los ecos del delicioso acto sexual de Jack.

Cuando salió de su dormitorio poco después, la recibió el rico aroma del café recién hecho. Miró hacia la puerta de Jack, preguntándose si ya se había despertado o si todavía estaba sufriendo los efectos de la noche anterior. Annabelle descartó un fugaz impulso de echar un vistazo y tal vez volver a meterse en la cama con él. Temía que tal encuentro terminara sin que nada se resolviera entre ellos.

En lugar de eso, bajó sigilosamente las escaleras y encontró a Polly en el salón con la bebé y Gabriel. Estaban tratando de alegrar la niña para que saliera de su estado de ánimo inquieto.

Annabelle le dedicó a la niñera una sonrisa agradecida.

—Gracias por bajarla para que pudiera dormir. Ni siquiera te oí ir.

En el momento en que habló, la pequeña Sarah se volvió hacia el sonido de su voz. El malestar de la niña se calmó y ella extendió los brazos. Annabelle la recuperó de manos de Gabriel y envolvió a la bebé en un afectuoso abrazo.

—A la orden, mi señora —respondió Polly—. Me desperté temprano y me vestí, antes de que la pequeña señorita comenzara a moverse. Pude llevármela, antes de que hiciera mucho ruido. Pensé que necesitarías descansar después de llegar tan tarde, esa noche.

—¿A qué hora dejaron Jack y tú el baile? —Gabriel ahogó un bostezo—. Alguien los estaba buscando, pero no pudo encontrar a ninguno de ustedes.

—No estoy segura de la hora. —Annabelle se concentró en la bebé para evitar su mirada. ¿Sospechaban él o Polly que ella había pasado parte de la noche en la cama de Jack? Qué hipócrita había sido al reprender a Jack por dañar su reputación, cuando casi se le había impuesto a él—. Fue después de que llegó el príncipe regente.

Gabriel asintió.

—¿Fue eso antes de que Lady Halston descubriera que le habían quitado su brazalete de zafiro?

—¡Santo Cielo! —Por un momento, la pregunta de Gabriel alejó de la mente de Annabelle todos los pensamientos sobre Jack Warwick—. ¿Ese ladrón de joyas tuvo la audacia de atacar en medio del baile de tus padres? Realmente, debe ser una sombra, como lo llaman los periódicos.

—Mamá está mortificada y el duque furioso. —Gabriel parecía estar bastante divertido por el incidente—. Él prometió contribuir con una suma sustancial a la recompensa por capturar a la Sombra de Mayfair. Sospecha que alguien del séquito del rey Vlad podría estar detrás de esto.

—¿Detrás de qué? —La voz de Jack interrumpió su conversación.

Annabelle volteó hacia él con una sonrisa que esperaba que transmitiera bienvenida y arrepentimiento, pero él apenas pareció notarla. Sintió una barrera invisible, pero impenetrable entre ellos. Pero cuando la bebé cacareó y se rió, esas fuertes defensas se derrumbaron.

Mientras su amigo le explicaba cómo la Sombra de Mayfair había vuelto a atacar en el baile de la noche anterior, Jack se acercó a Annabelle y le tendió el dedo para que la bebé lo agarrara. Luego se llevó el pequeño puño a los labios. Ella lo recompensó con una sonrisa húmeda y desdentada, y después hundió la cara en el hombro de Annabelle.

Por encima de la cabeza de la pequeña Sarah, Jack y Annabelle intercambiaron una mirada que comunicaba su afecto mutuo por la bebé. No importa quién hubiera criado y dado a luz a la niña, ambos habían llegado a cuidarla profundamente. ¿Podría ese amor sin reservas y sin complicaciones proporcionar un puente entre ellos para explorar los sentimientos tan complicados y volátiles que tienen el uno por el otro?

—Esta Sombra de Mayfair es un tipo muy ocupado —comentó Jack, después de que Gabriel repitiera su historia—. Esta debe ser una temporada excelente para tal robo con tantos bailes y asambleas para celebrar la Regencia. ¿Alguien sabe si los moldavos asistieron a todos los eventos en los que se robaron objetos?

Gabriel se encogió de hombros.

—Alguien debería descubrirlo. Quizás Rory y yo deberíamos investigar. Ese dinero de recompensa nos ayudaría mucho a ambos.

El ayudante de cámara de Jack apareció en ese momento para preguntar si él y Annabelle

querían tomar un café. Ambos respondieron con desesperada impaciencia.

Pero cuando Godfrey se dirigió a buscar el café, el timbre de entrada sonó fuerte y tintineante.

—¿Quién será a esta hora? —preguntó Gabriel en voz alta, mientras el ayudante de cámara de Jack iba a abrir la puerta—. Es demasiado temprano para que alguien llame.

Al escuchar una voz claramente femenina proveniente de la entrada principal, Annabelle se dirigió hacia ella justo cuando Godfrey regresaba y anunciaba:

—Madame Reynard quiere verlo, señor Warwick.

Jack se sobresaltó al oír el nombre de la persona que llamaba. Un escalofrío recorrió a Annabelle, como si la puerta abierta hubiera dejado entrar una corriente helada de diciembre.

—Qué sorpresa verte aquí, Clarissa. —Jack se acercó a la hermosa mujer rubia, que entró en la habitación detrás del ayudante de cámara—. Me pareció vislumbrarte anoche en el salón de baile de Lord Cheviot.

Él hizo una galante reverencia sobre su mano.

Annabelle no pudo reprimir una punzada de envidia al observar la elegante pelliza y el sombrero apropiado de Madame Reynard, así como sus rizos dorados perfectamente peinados. ¡Qué miedo debía de tener en comparación con esa seductora cortesana!

—Mi querido señor Warwick. —La mujer saludó a Jack con un ronroneo seductor, lo cual hizo que a Annabelle le pusieran los dientes de punta—. Asistí al baile con la esperanza de hablar contigo sobre un asunto urgente. Lord Gabriel intentó ayudarme pero no aparecías por ningún lado.

Así que esta era la mujer que había estado buscando a Jack anoche. Annabelle se preguntó cómo una criatura tan notoria había logrado entrar descaradamente en el baile de la duquesa. ¿Había tratado Lady Cheviot desviar la atención del escándalo que rodeaba a Gabriel y sus amigos, invitando personas cuya reputación estaba aún peor manchada?

Aunque sabía que Jack se había acostado con muchas mujeres a lo largo de los años, esta era la primera vez que se encontraba con una de sus amantes en persona. ¿Habría sido tan angustioso, si se hubieran conocido antes de que ella se convirtiera en la última de una larga serie de conquistas de Jack? Annabelle lo dudaba.

Ahora se preguntó si él había empleado con ella las mismas palabras cariñosas y habilidades seductoras que había practicado con Clarissa Reynard y tantas otras mujeres. ¿La cortesana lo había despertado con trucos sofisticados que hacían que sus esfuerzos parecieran torpes y tediosos en comparación? ¿Había sido una tonta al creer que la cita de la noche anterior con Jack había significado algo especial para él?

Mientras su ánimo se hundía bajo el peso de esas preguntas, Annabelle casi se olvida de la bebé que tenía en brazos. Acostumbrada a ser el centro de atención, la pequeña Sarah agitó los brazos y emitió un sonido ansioso destinado a desviar la atención de todos sobre la recién llegada.

—¡Ah! —gritó Madame Reynard, su mirada estaba distraída de Jack por primera vez desde su llegada—. ¡Mi bebé!

Se abalanzó sobre Annabelle, le quitó la niña y comenzó a salpicar el pequeño rostro de Sarah con besos entre un rápido fuego de abundantes palabras cariñosas.

Si la bella cortesana le hubiera cortado ambos brazos a la altura de los codos, Annabelle no podría haberse sentido más sorprendida u horrorizada.

—¡Mi preciosa niña! —dijo Madame efusivamente—. No ha pasado un día sin que me arrepienta de haberte abandonado. ¡Cómo debiste extrañarme! Pero no temas, tu mamá ha

regresado, querida.

Ser arrancada abruptamente de los brazos de Annabelle y armar un escándalo tan fuerte no le sentó bien a Sarah. Ella comenzó a retorcerse con gemidos de angustia, que pronto se convirtieron en gemidos ensordecedores.

Annabelle hizo todo lo que pudo para evitar quedarse en esa reunión.

* * *

Entonces, después de todo, ¿Clarissa Reynard era la madre de la bebé?

Mientras Jack la veía bañar a la niña con besos, su boca se aflojó y no pudo cerrarla nuevamente. Si ella había dado a luz a la pequeña Sarah, eso significaba que la niña era su hija, tal como él había creído que debía ser.

Observar el placer de Clarissa al reunirse con su hija y su remordimiento por haberla abandonado le recordó un sueño secreto que una vez había tenido. Durante meses, después de llegar a Oakfield, había esperado que su madre regresara del extranjero, le pidiera perdón por todos los problemas que le había causado y lo alejara de la casa de su tío para vivir con ella nuevamente.

Le tomó mucho tiempo darse cuenta de que su sueño nunca se haría realidad. Ahora parecía revivirlo una vez más: la oportunidad de tener una familia nuevamente y darle una a su preciosa hija.

¿Pero qué significaría eso para Annabelle y él? Intentó olvidar la maravilla de hacerle el amor y la tormenta de intensos sentimientos encontrados que había experimentado después. Especialmente, cuando ella le dijo que él era el hombre que siempre había querido, no Frederick. Ya era bastante malo que su ejemplo hubiera atraído a su amado primo a la guerra y la muerte. ¿Había robado también el corazón de la esposa de su primo, antes de que Frederick tuviera la oportunidad de reclamarlo? Jack no estaba seguro de poder vivir con esa responsabilidad. En muchos sentidos, estaba viviendo la vida que Frederick merecía y debería haber tenido. Llevar esto más lejos sería una profunda traición a la única persona que había amado por encima de todas las demás.

Annabelle debía estar equivocada acerca de sus sentimientos. Quizás solo se había dejado llevar por su destreza en el dormitorio.

—¡Mi querido ángel! —Clarissa arrulló y besó a la bebé, que había empezado a llorar—. Cuánto has crecido desde la última vez que te vi. ¡Cómo te he echado de menos!

Miró a Jack por encima de la cabeza de su hija.

—La has cuidado muy bien. ¡Sabía que lo harías!

Cien preguntas giraban en su mente como hojas en una tormenta de otoño.

—Tenemos que hablar, Clarissa.

Ella se rió.

—Pensé que eso era lo que estamos haciendo.

A la bebé le añadió:

—Silencio, cariño, para que tu querido papá y yo podamos escucharnos.

—Necesitamos hablar en privado. —Jack lanzó una mirada hacia Gabriel y Polly, y luego otra hacia Annabelle, que no llegó a mirarla a los ojos—. ¿Podrían darme unos minutos a solas con Madame Reynard, por favor? ... Y llévate a Sarah. Por la forma en que se queja, probablemente sea necesario cambiarla.

Gabriel y Annabelle se quedaron paralizados, pero Polly se recuperó antes que ellos.

—Por supuesto, señor. Ven, pequeña.

Alargó la mano hacia la bebé que lloraba, a quien Clarissa la entregó con algo parecido al alivio. Quizás había asumido que Sarah había superado esas ruidosas expresiones de disgusto.

La niña se calmó de inmediato cuando Polly se la llevó. Su partida pareció sacar a Gabriel y Annabelle de su trance o de su silencio. La pareja salió corriendo detrás de Polly y la bebé con cierta urgencia.

Una vez que se fueron, Jack respiró hondo y señaló hacia el sofá.

Clarissa se dejó caer sobre él y dio unas palmaditas en el cojín a su lado.

—Estoy seguro de que debes tener muchas preguntas para mí, querido Jack. Estaré encantado de responderlas a todas.

¿Muchas preguntas? Eso era quedarse corto. La dificultad estaba en saber por dónde empezar.

Jack se lanzó en el sofá junto a la madre de su hija. Sus piernas ya no parecían capaces de sostenerlo.

—¿Por qué no me dijiste que estabas embarazada de mi bebé? Las habría cuidado a ambas.

Clarissa se encogió de hombros, de manera tímida.

—Después de que nos separamos, acepté una oferta para ir a las Indias Occidentales con Sir Randolph Beauclare. Me ofreció condiciones muy generosas.

Jack conocía ligeramente a Sir Randolph. Había oído hablar del nombramiento del caballero como gobernador de la isla caribeña de St. Jerome.

—Estuve muy enferma durante el viaje. —Clarissa se estremeció al recordarlo. Su rostro, que parecía ligeramente bronceado por el Sol del sur, adquirió un tinte verdoso.

Al recordar sus propios mareos violentos durante los viajes a Portugal y de regreso, Jack podía simpatizar con ella. Un viaje por mar a través del Atlántico duraba mucho más.

—Solo después —ella continuó—, me di cuenta de que parte de mi enfermedad se debía a mi delicada condición.

—¿Por qué no me escribiste entonces?

La culpa por lo que él, sin saberlo, le había hecho pasar agudizó la pregunta de Jack.

—Pero lo hice. —El labio inferior de Clarissa tembló. Buscó un pañuelo en su bolso—. ¿No recibiste mi mensaje?

—¡Por supuesto que no! —¿Cómo podría pensar de otra manera? Jack estaba decidido a persuadirla—. Habría enviado a buscarte de inmediato, proporcionándote toda la ayuda que necesitabas. Tu carta debe haberse perdido. El Caribe está infestado de piratas y corsarios. Luego están las tormentas y los naufragios. Tantas cosas podrían haberme impedido recibir tu mensaje. Debes creerme: nunca lo recibí.

—Te creo. —Clarissa dio un profundo suspiro de alivio, mientras se secaba una lágrima—. Aunque en ese momento y en mi condición, puedes imaginar lo que pensé.

Jack asintió con tristeza, como si hubiera ignorado intencionalmente su súplica. Seguramente no lo habría hecho... ¿verdad?

—¿Qué hiciste? ¿Cómo viviste?

—Por mi ingenio y mi encanto, como lo he hecho desde que era poco más que una niña. —Clarissa inclinó su delicada barbilla en un ángulo orgulloso—. Actué como amante de Sir Randolph, durante todo el tiempo, y traté de ahorrar lo que pude para regresar a Inglaterra. Cuando ya no pude ocultar mi condición, Sir Randolph me acusó de intentar culparle de llevar al bastardo de otro hombre. Por supuesto, no tenía intención de hacer tal cosa. Mi única preocupación era mi hijo. Él me dijo que debía abandonar la isla inmediatamente o me encerraría bajo cargos falsos.

—¡Ese canalla! —Jack deseaba arremeter contra el desalmado gobernador, tal como lo había hecho contra Lord Hawthorne. La idea de que su pequeña e indefensa hija pudiera haber nacido en la sofocante miseria de una cárcel de las Indias Occidentales le hizo apretar los puños con impotente indignación—. Ningún hombre de honor trataría así a una mujer embarazada.

Clarissa se encogió de hombros, cansada del mundo.

—Ni siquiera los hombres de honor creen que mujeres como yo merezcan consideración alguna. O somos una agradable comodidad o un molesto inconveniente que debe ser tratado en consecuencia. Acepté esa dura verdad hace mucho tiempo. No espero que nadie más que yo cuide de mí.

Jack sabía lo que se sentía al no tener a nadie más que sí mismo en quien confiar. Él reflexionó sobre esa idea, mientras ella le contaba su viaje de St. Jerome a Jamaica y sus esfuerzos por conseguir un pasaje de regreso a Inglaterra. Al menos, él había contado con su primo Frederick. Un susurro en sus pensamientos le recordó a Annabelle, pero no podía permitirse el lujo de pensar en ella en ese momento.

—Cuando llegué a Londres —prosiguió Clarissa—, estaba lista para dar a luz cualquier día y casi se me había acabado el dinero. No se puede imaginar a una persona tan desamparada como una falda ligera, con la barriga llena y el bolso vacío.

—Ojalá hubieras venido a verme entonces. —El estómago de Jack hervía de vergüenza y su corazón dolía de lástima por su difícil situación—. Yo te habría ayudado. ¡Te lo juro!

Clarissa lo consideró por un momento y luego asintió de mala gana.

—Creo que lo hubieras hecho. Pero como no respondiste a mi carta, ¿puedes culparme por pensar que no eras mejor que Sir Randolph?

No podía culparla en lo más mínimo. Las duras experiencias de su vida la habían convencido de que a nadie le importaría ni alguien asumiría la responsabilidad. Especialmente el hombre que la había dejado embarazada y luego se fue a la cama de otra mujer sin mirar atrás. ¿Podría alguna vez volver a mirarse en el espejo sin encogerse?

—Todo valió la pena cuando vi por primera vez la carita de nuestro bebé. —Clarissa esbozó una sonrisa de orgullo y alegría maternal—. Estaba decidida a quedármela y mantenerla yo misma. Pero luego me enfermé y no tenía más dinero. Tenía miedo de morir y dejar a mi pobre querida sola en el mundo. Entonces envié a mi doncella para que la dejara donde la encontrarías. Recé para que la acogieras y la cuidaras, lo cual hiciste. ¡No puedo agradecerte lo suficiente!

Incluso, mientras agradecía a sus estrellas que ella se hubiera visto obligada a dejar a la pequeña Sarah en su puerta, Jack se despreciaba a sí mismo por regocijarse de su miserable situación.

—Solo hay una cosa que no entiendo. ¿Por qué no dejaste claro en tu nota que Sarah era mi hija? Ha sido un punto de considerable confusión entre mis amigos y yo.

Por un instante, Clarissa pareció quedarse sin palabras, pero luego respondió.

—Pensé que si hubieras recibido mi carta te darías cuenta de que ella era nuestra hija. Esperaba que una vez que la vieras, tu corazón se conmoviera y la aceptarás. Nunca se me ocurrió que cuestionarías su paternidad. A pesar de eso, la has cuidado muy bien.

Su explicación tenía mucho sentido, que era más de lo que Jack podía decir sobre sus intensos y complicados sentimientos por Annabelle.

—Ha sido un placer para mí. No más que eso. Ha sido un privilegio y una revelación. Nunca antes había pensado mucho en tener hijos. Ahora no puedo imaginar mi vida sin Sarah.

—Ha sido un tormento perfecto separarme de ella estas últimas semanas. —Clarissa se secó los ojos con el pañuelo—. Hice todo lo que pude para mejorar y recuperarme de mis pérdidas

financieras para poder brindarle un hogar adecuado.

¿Qué estaba tratando de decir Clarissa? Sus palabras parecieron presionar una hoja delicada y afilada contra la garganta de Jack. Solo había una manera de que una mujer en sus circunstancias pudiera recuperar su fortuna. ¿Cómo podía permitir que su pequeña e inocente hija creciera en una casa con hombres extraños, yendo y viniendo a todas horas, y sin que ninguno se quedara?

—Eso no será necesario —insistió en un tono más brusco de lo que pretendía—. Tengo ingresos más que suficientes para mantenerlas a ambas.

—Retenerme, ¿quieres decir? —Los labios de Clarissa se tensaron en un ceño de desaprobación. Jack no entendía por qué. ¿No era ese su acuerdo actual con algún otro hombre al que no le importaba nada su pequeña hija? ¿Un hombre que podría considerar que la hija de su amante era un molesto inconveniente?

—No, señor Warwick. —Clarissa se levantó con la dignidad de una duquesa. —Estoy obligada a ganarme la vida y solo puedo hacerlo si tengo libertad para fomentar la competencia por mis favores. Si vivo de tu caridad hasta que nuestra hija crezca, ¿quién me querrá entonces? Sé que su oferta es amable, pero no puedo aceptarla. Lamento que fuera necesario dejar a la niña contigo en circunstancias tan repentinas y misteriosas, pero ahora está en mi poder recuperarla.

—¿Recuperarla? —Jack se había puesto de pie de un salto cuando Clarissa se levantó. Ahora sus piernas amenazaban con volver a fallarle.

¿Cómo podía permitir que Sarah saliera de esa casa, de su vida? Él no podría. De hecho, haría todo lo que estuviera en su poder para impedirlo.

—Por favor, no debes hacerlo. —Tomó la pequeña mano enguantada de Clarissa—. Cuando hablé hace un momento, no entendiste. No era un acuerdo temporal lo que pretendía ofrecerte, sino uno permanente. El más permanente de todos.

—¡Oh! —Clarissa se sobresaltó y parpadeó rápidamente, como si apenas pudiera creer lo que oía—. ¿Estás diciendo... estás proponiendo...?

Aunque el corazón le dio un vuelco cruel en el pecho al pensar en lo que significaría para él y Annabelle, Jack sabía que no tenía otra opción. Por una vez debía hacer lo honorable. No importaba lo que le costara.

Capítulo dieciséis

—¿Matrimonio? —Annabelle repitió esa palabra como si perteneciera a un lenguaje extranjero incomprensible.

Madame Reynard se había marchado hacía poco, dejando atrás a la pequeña Sarah. La bebé ahora dormía, vigilada por Polly. Annabelle no tenía idea de adónde habían ido Gabriel y Rory. Deseó que se hubieran quedado para ayudarla a convencer a su amigo de que reconsiderara sus planes matrimoniales.

Annabelle se preguntó por qué la idea de que Jack se casara con Clarissa Reynard la confundía tanto. Él le había dicho que tenía intención de casarse con la madre de su hija, si la encontraba. Los dos habían discutido por eso. Cuando parecía poco probable que localizaran a la madre de Sarah, él había estado lo suficientemente desesperado como para recurrir a ella con una oferta de matrimonio. Ante su desgana, había tratado de seducirla para que aceptara.

Casi lo había logrado.

—¿No puedes seguir pensando en seguir con una idea tan loca? —Annabelle intentó mantener un tono patético de súplica en su voz—. Un futuro conde casado con una famosa cortesana... imagina el escándalo que provocará.

—¿Qué me importará un poco más de escándalo? —Jack estaba de pie junto a la ventana del salón, mirando hacia Bruton Street, como parecía hacer a menudo cuando tenían un desacuerdo—. Nunca he tenido una excelente reputación que deba proteger. Cuando la bebé apareció en mi puerta, la mayoría de la gente debió sospechar algo así, por lo que no será una sorpresa. Al menos Clarissa es libre de casarse conmigo, sin tener un marido que pueda complicar las cosas.

¿Por qué hablaban de razones tan prácticas para que el matrimonio se llevara a cabo? Una sensación de vacío y hundimiento se apoderó de Annabelle. Lo único que debería importar era lo que había sucedido entre ella y Jack la noche anterior, al menos, en parte, antes de que ella confesara imprudentemente sus verdaderos sentimientos.

Antes de que Annabelle pudiera sacar el tema, Jack continuó:

—Los escándalos y los chismes siempre desaparecen al final. Dudo que alguien mencione a la bebé que está en nuestra puerta estos días. Están todos demasiado ocupados especulando sobre esos asesinatos en Vauxhall y la identidad de la Sombra de Mayfair. Además, mi situación no tiene precedentes. Charles Fox se casó con la señora Armistead, quien fue mucho más famosa en su apogeo de lo que nunca lo será Clarissa Reynard. Ella había sido la amante del príncipe regente en algún momento, sin mencionar un grupo de duques, condes y nababs. Una vez que se casaron, los rumores no tardaron en calmarse y la señora Fox fue aceptada en la sociedad. El suyo fue el modelo de un matrimonio feliz, por lo que he oído.

La información sorprendió a Annabelle. El querido ministro de asuntos exteriores de Gran Bretaña había muerto hacía cinco años, pero su memoria todavía era venerada ferozmente. Nadie le había hablado nunca del escandaloso pasado de su esposa. Por otra parte, no era el tipo de tema que la gente respetable discutía en presencia de una joven inocente.

—Él debe haberla amado mucho. —Annabelle intentó evitar que se le quebrara la voz—. ¿Amas a Madame Reynard de esa manera?

—¡Por supuesto que no! —Jack espetó, aunque todavía volteó para mirarla—. Pero amo a nuestra hija y haré todo lo que sea necesario para permanecer en su vida y asegurar su futuro. Sé que también te preocupas por Sarah. ¿No es eso lo que quieres para ella?

—Sí —insistió Annabelle, aunque las palabras le desgarraron el corazón con garras afiladas—. Quiero que Sarah tenga una familia y sea feliz, pero...

Su voz se apagó, silenciada por el gran nudo en su garganta. Ella quería que esa querida niña tuviera una familia amorosa, pero también quería ser parte de esa familia. No quería que Jack perdiera a su hija, pero tampoco podía soportar perder a la niña que había llegado a amar tan profundamente. ¡Si tan solo hubiera aceptado su propuesta cuando él se la pidió por primera vez, en lugar de verse reprimida por el orgullo y el miedo a sufrir un dolor mayor!

Jack se volvió para mirarla, pero ella desvió la mirada, antes de que se encontrara con la suya.

—¿Pero qué?

Annabelle apretó las manos con tanta fuerza que se le acalambraron los dedos.

—No quiero que la felicidad de Sarah se produzca a costa de tu miseria. Si tuvieras edad suficiente para entenderlo, estoy seguro de que estarías de acuerdo.

—¿Qué te hace pensar que seré miserable con Clarissa? —Jack volvió su atención a la calle—. Ella es una compañera entretenida. Ella realmente adora a nuestra hija. Esa es una base más robusta que la que tienen muchas parejas para construir un matrimonio sólido.

—¿Pero esto es lo suficientemente fuerte? —Una parte de Annabelle despreciaba su debilidad al aferrarse a un hombre que ciertamente no la quería. ¿Se había engañado a sí misma al creer que la excitante seducción de Jack surgía de tiernos sentimientos hacia ella? En verdad, él solo había usado sus habilidades sensuales para obtener lo que quería de ella, del mismo modo que las cortesanas como Clarissa Reynard hacían con sus clientes. ¡Quizás Jack y Madame Reynard se merecían el uno al otro después de todo!

—Piensa en tus padres —insistió a pesar de sus recelos—. ¿Comenzaron su matrimonio con menos que eso o con más?

—¡Deja a mis padres fuera de esto! —Jack golpeó con los nudillos el alféizar de la ventana—. No tienen nada que ver con esto.

—Al contrario. —Annabelle caminó hacia él, en parte, estando en contra de su voluntad—. Tienen mucho que ver con eso, si su ejemplo es la razón por la que tienes miedo de amar o ser amado.

Antes de que él pudiera realizar cualquier acción evasiva, ella le echó los brazos al cuello y lo besó con todo el fervor frustrado de muchos largos años. Aunque su orgullo protestó, la razón argumentó que una acción tan audaz e inesperada podría traspasar sus defensas, cuando las palabras habían fallado. Además, Jack ya no necesitaba nada de ella. Si él respondía a su beso solo podría haber una razón y ambos lo sabrían.

El repentino y apasionado asalto de sus labios claramente tomó a Jack por sorpresa. Dio un violento sobresalto y su boca se aflojó. Annabelle aprovechó su lapso momentáneo para profundizar el beso, deslizando su lengua entre sus labios entreabiertos. Se tensó aún más y levantó los brazos. Por un momento, Annabelle temió que él la alejara. En lugar de eso, sus brazos la rodearon con fuerza desesperada y le devolvió el beso con pasión dura y abrasadora.

Esa respuesta alimentó sus volátiles emociones. Aflojando su agarre alrededor de su cuello, ella levantó una mano hacia su cabello y hundió los dedos. Un hambre feroz impulsó su beso. Sus labios se posaron sobre los de él, como si quisiera consumirlo. Su corazón ardía con la profunda satisfacción de dar rienda suelta a su anhelo reprimido durante mucho tiempo. Se regocijaba en la dulce certeza de que Jack la deseaba y se preocupaba por ella más de lo que podía expresar con palabras. Tal vez, más de lo que se atrevía a admitir.

Annabelle no podía decir cuánto tiempo permanecieron allí, fusionados en un deseo

incandescente. Los pedantes relojes que marcaban minutos y horas en el mundo exterior eran incapaces de medir el tiempo del corazón y del alma. Las emociones se dispararon y estallaron como brillantes fuegos artificiales contra el cielo nocturno. Annabelle se entregó a ellas y a Jack como nunca antes se lo había permitido.

Si esta era una expresión física de sus verdaderos sentimientos mutuos, Annabelle tenía fe en que podrían encontrar una manera de enfrentar el desafío de su situación y prevalecer. Al menos lo hizo hasta que Jack se estremeció como una espoleta, siendo ella arrastrada en direcciones opuestas por poderosas fuerzas casi iguales.

Inesperadamente, él espetó.

Apartando sus labios de los de ella, la empujó hacia atrás.

—¡No hagas esto, te lo ruego! Les debo algo mejor a Clarissa y a nuestra hija. Mi comportamiento deshonesto ya les ha costado bastante.

Las pasiones de Annabelle nunca se habían despertado a un nivel tan alto solo para ser bruscamente rechazadas.

Por mucho que quisiera escabullirse, lamer sus heridas y fingir que no había resultado herida, se mantuvo firme y le dio a Jack un fuerte empujón.

—¿Y no me debes nada, supongo? A menudo me has dicho que estabas en deuda conmigo por haber venido aquí para cuidar de Sarah. Sin embargo, mancillaste mi reputación, jugaste con mis afectos y finalmente me sedujiste. Todo para tus propios fines, sin pensar en lo que podría costarme. ¿Cómo pudiste haber tratado peor a una mujer?

—Tienes razón. —Jack retrocedió, con la cabeza agachada y avergonzado—. Te he dado todas las razones para odiarme y ninguna para amarme. Sin embargo, me temo que me has amado y no has obtenido nada más que dolor en tu corazón. Lo más honorable que puedo hacer por ti es dejar que me desprecies. Pero por el bien de mi hija, debo intentar convertirme en el tipo de hombre que alguna vez creíste que podía ser, el tipo de hombre que querías que fuera.

—¡Maldito seas, Jack Warwick! —Una parte de Annabelle deseaba despreciarlo, como él deseaba que ella hiciera. Quizás entonces finalmente podría curarse de la locura que unía su corazón a él—. Después de todos estos años, ¿por qué debes elegir el momento más inconveniente para crecer?

Él se encogió de hombros con gesto de autocrítica.

—¿Es pura perversidad?

Aunque su corazón se estremeció por el dolor de otro rechazo más, la obstinada costumbre de ella hizo que sus labios se curvaran hacia arriba por un momento ante su triste broma.

Como no quería que él pensara que su breve sonrisa significaba que había cedido, Annabelle preguntó:

—¿Cómo puedes estar seguro de que Madame Reynard es realmente la madre de Sarah? Y si lo es, ¿cómo sabes que tú, entre todos sus patrocinadores, eres el padre?

Todo rastro de remordimiento e irónica frivolidad desapareció de las facciones de Jack, ahuyentados por un ceño feroz.

—Soy el padre de Sarah; lo sentí casi desde el momento en que la vi. Clarissa fue una de las primeras mujeres de las que sospeché que podría haber dado a luz a la niña. Su relato concuerda perfectamente con la situación.

Él contó la historia de Madame Reynard. Annabelle podía entender por qué había despertado su simpatía. Tenía debilidad por los callejeros o cualquiera que estuviera siendo maltratado. Después de todo, eso fue lo que lo atrajo primero hacia ella. También estaba claro que nunca haría caso a nadie que intentara persuadirlo de que Sarah podría no ser la hija de Clarissa y, por

lo tanto, tampoco era suya.

¿Era ella igualmente obstinada en su forma de pensar? La conciencia de Annabelle le exigió esa pregunta. ¿Sus dudas sobre la veracidad de Madame Reynard surgieron de un escepticismo razonable? ¿O simplemente no podía aceptar ninguna explicación, por plausible que fuera, que amenazara con privarla de la niña y del hombre a quien había entregado su corazón?

De algún modo, ella debía encontrar pruebas suficientes para convencerse más allá de toda duda de que Madame Reynard era la madre de la pequeña Sarah, o para convencer a Jack de que no lo era. De cualquier manera, la verdad devastaría a uno de ellos.

* * *

—Quieres que me vaya, ¿no es así? —Annabelle preguntó unos días después, en respuesta al vacilante intento de Jack de plantear ese tema tan delicado.

—Hoy no. —Él se encogió ante la expresión de su rostro. Ningún truco cruel y humillante que sus primos le hubieran hecho jamás había producido un dolor tan profundo en los ojos de Annabelle. Lo único que estuvo cerca fue cuando él la instó a casarse con Frederick. En aquel entonces, él no había visto el motivo de su dolor—. Pero ahora que Clarissa ha aceptado mi propuesta, debes ver que no sería apropiado que te quedes en mi casa, cuidando a nuestra hija.

Clarissa parecía sentir que entre él y la hermosa viuda de su primo había algo más que vínculos familiares o incluso una vieja amistad. Aprobaba a Polly, pero insistía en que no podía permitir que su hija permaneciera en la casa de Jack, mientras Annabelle siguiera residiendo allí.

—Nunca tuve la intención de quedarme aquí, después de la forma en que me trataste —dijo Annabelle, recuperando la compostura—. Solo quería ahorrarle a Sarah la interrupción de una separación repentina hasta que se apegue más a Madame Reynard. Parece bastante incómoda con la dama. Me pregunto si los bebés recuerdan más de lo que les damos crédito. Quizás todavía esté molesta por haber sido abandonada.

Apenas capaz de contener el alivio de que ella no fuera a hacer que esta separación fuera más difícil para ambos, Jack sacó un gran fajo de billetes y trató de entregárselos.

—Esto debería permitirte instalarte en alojamientos cómodos, en una dirección más respetable. Es solo un pago simbólico de la enorme deuda que tengo contigo. Antes de que se acabe, te proporcionaré lo mismo otra vez... más si puedo convencerte de que lo aceptes.

Ella miró fijamente el dinero, que él tenía en la mano, pero se negó a tocarlo.

—Nada de lo que puedas decir me convencería de aceptar eso, dadas las circunstancias. No me haría mejor que tu futura esposa. Y me niego a ayudarte a calmar tu conciencia.

De alguna manera, que ella le recordara que se iba a casar con otra mujer provocó a Jack. Aunque sabía que era su propia decisión y sentía cuánto podría lastimarla, no sabía qué más podría haber hecho. Para convertirse en el tipo de hombre que Annabelle quería que fuera, el que podría merecer el respeto y el amor de una mujer como ella, debía hacer lo honorable, sin importar las consecuencias.

—Ese comentario es indigno de tu parte —espetó, refiriéndose a su insulto contra Clarissa—. Debe haber sido difícil para ti crecer en la casa de tu tía, dependiendo de la caridad de su familia. Pero al menos tenías a alguien dispuesto a proporcionarte un techo sobre tu cabeza, comida para comer y protección contra abusos mucho peores que los que recibiste a manos de tus primos.

Cuando Annabelle se estremeció ante sus palabras, todos sus instintos instaron a Jack a no decir más y a pedirle perdón por lo que ya había dicho. Pero tal vez, lo más amable que podía hacer por ella era ofenderla tan profundamente para que dejara de preocuparse por él. Ya era bastante malo que uno de ellos anhelara en vano al otro durante los años venideros. Él no quería

que fuera así con ella.

—Sin el cuidado de tu tía —continuó, antes de que Annabelle pudiera balbucear una respuesta indignada—, tú también podrías haberte visto obligada a intercambiar tu único activo para poder vivir.

—¡Entonces preferiría haber muerto! —La potente furia de una tormenta eléctrica brilló en sus ojos oscuros.

Jack no tenía dudas que decía esto en serio. También sospechaba que ella habría encontrado alguna manera de mantenerse sin renunciar a su autoestima. Eso no cambió su determinación de alienarla... por su propio bien.

—Eso es bastante fácil de decir, cuando no te enfrentas a la elección. He hecho suficientes cosas de las que no estoy orgulloso, como para considerarme incapaz de arrojar piedras a los demás.

Ella inhaló un pequeño grito ahogado, como si él le hubiera hundido el puño cerrado en el vientre. Por un instante, él temió que ella rompiera a llorar, sin dejarle otra opción que tomarla en sus brazos, consolarla y pedirle perdón. Pero Annabelle ya no era la chica acosada que se había sentido obligado a proteger de todos los peligros... excepto el de amarlo. Ahora estaba hecha de un material más duro.

—No estás en posición de arrojarme piedras. —Se irguió e inclinó la barbilla en un gesto de desafío orgulloso. —Adiós, Jack. Espero que encuentres un matrimonio sin expectativas de amor tan cómodo como crees que será.

Se dio la vuelta, alejándose con la cabeza en alto. Aunque Jack sospechaba que una palabra adecuada de su parte podría hacerla regresar de inmediato, cerró los labios con fuerza hasta que Annabelle estuvo fuera del alcance del oído.

Cuando volvió a abrir la boca, notó el sabor de la sangre.

* * *

—¿Has descubierto algo útil? —Annabelle le preguntó a Gabriel, mientras le servía una taza de té suave en sus miserables y pequeñas habitaciones.

Durante los últimos quince días, con la ayuda de Rory y él, había estado intentando confirmar o refutar la afirmación de Madame Reynard de que ella era la madre de Sarah. Habían descubierto indicios de que ella podría no serlo, pero no había pruebas definitivas.

En respuesta a su pregunta, los hombros de Gabriel se hundieron y sacudió la cabeza con desánimo.

Annabelle ahogó un suspiro.

—¿Cómo se las arregla Sarah sin mí?

—Nada bien. —Gabriel tomó un sorbo de su té—. Cada vez que alguien entra en la habitación, en la que se encuentra, ella mira expectante y luego comienza a quejarse. Madame culpa de su angustia a la dentición y Jack le cree... o finge hacerlo. Polly no puede soportar a la mujer, pero hace todo lo posible por actuar de manera agradable por el bien de la bebé. Rory y yo nos alejamos lo más posible cuando la madame está cerca. Sospecho que es solo cuestión de tiempo hasta que convenza a Jack para que nos envíe a nosotros también a hacer las maletas.

Un calor feroz ardió en el rostro de Annabelle, mientras escuchaba. Quería despreciar a Jack por confiar en una mujer así, pero sabía que lo habría repudiado, aún más, si se hubiera negado a hacer algo honorable. Estar lejos de él durante las últimas dos semanas parecía haber levantado de sus ojos un velo de antiguo dolor y dudas, permitiéndole percibir sus motivos con mayor claridad. ¿Cómo podía culparlo por querer brindarle a su hija una familia, cuando él sabía lo que

se sentía al crecer sin una? ¿Cómo podía culparlo por estar tan ciegamente ansioso por creer la historia de Madame Reynard, cuando eso significaba que él debía ser el padre de Sarah?

Jack no se atrevía a sospechar una duplicidad por parte de su futura esposa, y mucho menos hacer lo necesario para descubrirla. Annabelle se había encargado de protegerlo, como él la había protegido a ella una vez. Incluso si él no se lo agradeciera y si eso pudiera hacer que él la odiara.

Ese había sido alguna vez su mayor temor, el miedo que le había impedido dejar claro lo que sentía por él hacía mucho tiempo. Ser capaz de arriesgarse ahora por él le dio a Annabelle una bienvenida oleada de fuerza. Pero cada día que pasaba se acababa el tiempo para rescatar a Jack y a la pequeña Sarah.

—Las segundas prohibiciones se leerán el próximo domingo en St. George's Hanover Square. Quince días después, Clarissa Reynard se convertirá en la futura condesa de Knightlow.

—Gracias por mantenerme informada y por todas tus consultas. —Le tendió la mano a Gabriel para que la estrechara, lo cual él hizo—. Estoy muy agradecida por tu ayuda.

—Te debo mucho más. —El amigo de Jack sonrió con tristeza—. Fuiste tú quien insistió en que debía ayudar con la bebé, cuando preferiría evitar pensar en mis responsabilidades, y mucho menos tratar de cumplirlas. He madurado más desde que esa querida niña llegó a nuestras vidas que en los doce años anteriores. Solo espero que mis investigaciones tengan mayor éxito... por el bien de todos.

Annabelle no quería que Gabriel y Rory se reprocharan si fallaban.

—Debemos afrontar la posibilidad de que no haya pruebas que encontrar o ninguna tan convincente que Jack se vea obligado a creer.

—¡Digo! —Gabriel se sobresaltó como si le hubiera caído un rayo—. Quizás hemos estado haciendo esto de manera equivocada.

En respuesta a su mirada perpleja, él continuó:

—Para demostrar que la madame no es la madre de Sarah, simplemente necesitamos presentar un reclamante más fuerte, una con más que su palabra y una historia convincente para reforzar su reclamo.

Por mucho que Annabelle odiara anular sus esperanzas, no podía atribuir las suyas a algo tan improbable.

—¿No es eso lo que has estado intentando hacer todo este tiempo, sin éxito? ¿Qué te hace pensar que puedes lograr, en el último momento, lo que no pudiste hacer en tres meses?

Su advertencia no pareció disminuir el entusiasmo de Lord Gabriel por su plan.

—Lo admito, no he hecho todo lo que podía. Al principio temí tener que afrontar las consecuencias de acciones de las que me arrepiento profundamente. Ahora estoy decidido a actuar de una forma de la que no tendré motivos para arrepentirme en el futuro.

—Ese es un objetivo admirable, pero...

Gabriel se puso de pie.

—No esperaré más a que la señorita Brennan regrese de las islas del Canal. Saldré esta misma noche para localizarla y exigir la verdad.

Por mucho que Annabelle intentó resistir la embriagante tentación de su entusiasmo, no pudo del todo.

—Incluso si esa es la respuesta, ¿puedes ir y regresar a tiempo?

—Lo haré. —El rostro angelical de Lord Gabriel nunca había parecido tan sombríamente decidido—. Además, Jack me ha pedido que presencie la ceremonia. Si aún no he regresado para el día de la ceremonia, la boda podría retrasarse.

¿Jack permitiría que la ausencia de su amigo pospusiera la boda? Annabelle intentó no

dejarse seducir por la posibilidad. ¿O simplemente elegiría otro testigo y seguiría adelante con las cuestionadas nupcias?

* * *

—¿Qué piensas, querido? —La pregunta de Clarissa sacó a Jack de las seductoras profundidades de su ensueño.

Con una punzada de disgusto, él se dio cuenta de que había caído tan profundamente en pensamientos sobre Annabelle, que había perdido la noción de lo que lo rodeaba, y se había olvidado de la madre de su hija. Le debía a Clarissa algo mejor que eso, especialmente mientras estaban comprando para su boda.

—¿Pensar? —lo repitió, desconcertado—. ¿Acerca de qué?

—Sobre esta muselina, por supuesto —su prometida habló en un tono de cariñosa exasperación, mientras sostenía un trozo de tela blanca—. ¿Servirá para mi vestido de novia o deberíamos investigar tu selección de sedas?

—Si esperas una opinión útil sobre la moda femenina, me temo que has apelado al hombre equivocado, querida. —Jack hizo todo lo posible por parecer interesado e infundir en su respuesta una disculpa tácita—. En lo que a mí respecta, estarías hermosamente vestida con una arpillera. Lo que te guste, la muselina o la seda, tendrá mi aprobación.

—Eres muy amable, cariño. —Clarissa pareció satisfecha con su respuesta—. Creo que echaré un vistazo a las sedas.

Cuando el mercero le dio la espalda, Clarissa sostuvo la mirada de Jack. Sus exuberantes labios se torcieron en una sonrisa coqueta. Más de una vez desde que se comprometieron, ella había sugerido que deberían reanudar su relación anterior. Jack temía parecer un fastidioso mojigato con las excusas que empleaba para disuadirla. Aunque él recordó que ella era una mujer deseable, experta en las artes del placer. Además, pronto se casarían y la mejor manera de proteger el futuro de su hija era engendrar un hijo capaz de heredar su fortuna y sus futuros títulos. Para lograrlo, necesitaría consumar el matrimonio que estaba a punto de contraer. ¿Por qué la perspectiva hizo que su estómago hirviera de culpa, como si estuviera contemplando una infidelidad?

Clarissa se inclinó hacia él y murmuró:

—¿Has hablado con Lord Gabriel y el señor Fitzwalter, como te pedí?

Jack negó con la cabeza.

—Gabriel aún no ha regresado de sus misteriosos viajes. Pero lo haré tan pronto como vuelva. Me doy cuenta de que no podemos comenzar nuestra vida matrimonial con un par de mis amigos solteros como invitados permanentes.

—Espero que no. —Clarissa soltó una risita de tolerante exasperación—. Además, no es que no tengan otro lugar adonde ir. Los padres de Lord Gabriel tienen esa enorme casa vacía a la vuelta de la esquina. Y podría nombrar a varias mujeres que estarían encantadas de ofrecerle refugio a Rory Fitzwalter. Si yo fuera usted, no esperaría el regreso de Lord Gabriel, sino que le pediría al señor Fitzwalter que buscara un nuevo alojamiento de inmediato.

—Me temo que demasiados cambios no serán buenos para la bebé. —Jack deseó que Clarissa dejara de insistir en el asunto. Al igual que renovar su relación amorosa, esto era algo que sabía que debía hacer y tenía toda la intención de hacerlo. Pero ya había sido bastante difícil pedirle a Annabelle que saliera de su casa. No le agradaba la perspectiva de desalojar también a sus amigos—. Sarah nunca se ha calmado del todo desde... Es decir... últimamente no ha sido ella misma. Ella está muy apegada a mis amigos y sin Gabriel, solo queda Rory.

Jack temía que Clarissa pudiera ofenderse por su casi mención de Annabelle. Pero su atención se desvió cuando el dueño de la tienda regresó con dos rollos de seda para su inspección.

—Polly me asegura que la niña solo está inquieta porque le están saliendo los dientes. Dudo que nuestra hija se dé cuenta de la ausencia de alguien más ahora que tiene a su mamá y a su papá para mimarla.

—Tal vez no.

Él observó cómo Clarissa intentaba elegir entre las dos sedas. El mercero afirmó que una era de color crema y la otra de marfil. Ambas le parecieron blancas.

Se encontró concibiendo cómo se vería Annabelle con un trozo de seda blanca envuelto, alrededor de su cuerpo desnudo, y su rico cabello oscuro cayendo en cascada sobre un hombro. Cuando se imaginó desenrollando la tela para exponer el tesoro que había debajo, se sonrojó de calor carnal para su vergüenza.

—Compra ambas —gruñó, ansioso por enmendar el hecho de haber pensado secretamente en otra mujer, en ese momento—. Usa uno para tu traje de novia y la otra en un vestido de bautizo para la bebé.

Los ojos azules de Clarissa brillaron de gratitud... ¿o fue codicia?

—¿Estás seguro, mi amor? Eres demasiado bueno conmigo. Nunca esperé recibir tanta amabilidad de un hombre después de mi experiencia con ese vil Sir Randolph.

—No es más de lo que te mereces —le aseguró Jack a su prometida para evitar que ella dijera algo más indiscreto delante del mercero. Estas personas fingían ser mudas e invisibles cuando sus clientes conversaban. Sin embargo, él sentía que captaban cada palabra y no dudarían en repetir lo que habían escuchado si fuera beneficioso para ellos.

—Entonces nos llevaremos ambas —informó Clarissa al comerciante de telas con evidente satisfacción.

Mientras la propietaria sacaba la cuenta, ella cogió la mano de Jack y se la apretó. La yema de su pulgar enguantado frotó provocativamente la palma de él.

—Espera hasta que veas qué visión de vestido voy a confeccionar. Quiero que estés orgulloso de mí sin importar lo que digan los chismosos mezquinos. ¡Apenas puedo esperar a nuestra boda, querido!

Jack intentó aparentar que estaba de acuerdo, pero en realidad temía ese día que se acercaba rápidamente. Solo el pensamiento de su preciosa hijita lo mantenía en el rumbo. Para evitar que ella perdiera su vida y darle un hogar estable, él haría lo que debía y sacaría lo mejor de ello.

¿Qué importaba con quién se casara? La única mujer a la que felizmente podría haber convertido en su esposa ya no quería tener nada que ver con él... y no podía culparla.

Capítulo diecisiete

El sonido de fuertes golpes en la puerta despertó a Annabelle.

—Vete, Jack —ella murmuró. Su mente todavía estaba medio atrapada en un sueño sobre él—. No quiero tu caridad.

—¡Lady Southam! —respondió una voz que no era la de Jack, mientras los golpes continuaban—. Por favor, déjame entrar. Tengo noticias y cada momento cuenta.

—¿Rory? —Annabelle se levantó de la mesa y se tambaleó hacia la puerta, aturdida—. ¿Qué día es hoy?

Al tantear los pernos, recordó la respuesta a su pregunta. Este era el día de la boda de Jack.

La noche anterior se había quedado despierta hasta tarde con la esperanza de recibir algún mensaje de último momento de Gabriel. Pero se había quedado dormida, en la mesa, sin la más mínima noticia que reavivara su decaído optimismo.

Cuando la puerta finalmente se abrió un poco, Rory entró, mostrando la viva imagen de la impaciencia desaliñada.

—¡Lo tengo! Ayer y anoche me llevó todo el día, pero finalmente llegué al fondo de todo.

La parte inferior de su rostro estaba erizada de bigotes sin afeitar y había un brillo de algo peligrosamente cercano a la locura en los errantes ojos verdes del irlandés. Su aliento apestaba a brandy rancio. Cada instinto maternal en el corazón de Annabelle anhelaba acostarlo y dejarlo dormir para calmar su intemperancia. Pero no se atrevió, si su salvaje divagación significaba lo que ella esperaba.

—¿Estás seguro? —Ella se frotó los ojos y de repente se dio cuenta de que tenía el cuello rígido y dolor de espalda—. ¿Tienes pruebas de que Clarissa Reynard no es la madre de Sarah? Si vamos a detener la boda, Jack necesitará algo más que rumores.

—Lo sé. —Rory empezó a pasear por el suelo como una bestia enjaulada—. Encontré a un tipo que pasó el invierno pasado en las Indias Occidentales y...

Annabelle se mordió la lengua para contener un grito de impaciencia.

—¿Significa eso que...? ¿Para entonces Madame ya estaba de regreso en Inglaterra!

Rory sacudió la cabeza con tanta fuerza que Annabelle temió que pudiera provocarle arcadas.

—¿Eso es todo? ¡No lo es! Ella estuvo en la isla de St. Jerome al menos hasta marzo. El tipo dijo que tiene una copia del periódico de la isla que menciona su presencia en la mascarada del gobernador el día cinco de ese mes. ¡No podría haber estado en Londres dos semanas antes para dejar a la bebé en nuestra puerta!

El grito ahogado de irritación de Annabelle estalló en cambio como uno de alegría.

—¿Tienes el periódico contigo? ¡Déjame verlo! Debemos llegar a la Iglesia de inmediato y confrontarla con esto.

—No tengo la prueba escrita... todavía. —Rory retrocedió fuera de su alcance—. No pude ocultar la intensidad de mi interés y el tipo se dio cuenta de que podría sacar provecho de la situación. La suma que me pidió fue más de lo que podía permitirme en ese momento.

El ánimo recientemente elevado de Annabelle se desplomó. No tenía dinero para comprar las pruebas que podrían salvar a Jack de esa zorra intrigante. Si al menos no hubiera sido una tonta tan orgullosa y testaruda como para rechazar los fondos que él le había ofrecido cuando abandonó Bruton Street.

—¿Hay alguien que pueda prestarnos el dinero? Una vez que Jack recupere el sentido, estoy

seguro de que estará feliz de pagarlo.

—Eso no será necesario. —Rory buscó en el bolsillo de su abrigo y sacó un fajo de billetes—. ¡Sabía que la única manera de conseguir el dinero era ganándolo y lo hice! Nunca en mi vida tuve tanta suerte en las mesas de apuestas. Prometí por todos los que aprecio que si ganaba lo que necesitaba, nunca volvería a tocar una carta y quiero cumplir esa promesa.

En otras circunstancias, Annabelle habría estado encantada de oírlo. Pero en ese momento la urgencia la invadía.

—Entonces, ¿por qué no pagaste el periódico y lo trajiste?

Rory Fitzwalter no pareció darse cuenta de que ahora corría mayor peligro que antes de ser estrangulado.

—Estoy en camino hacia allí, pero puede que me lleve algún tiempo localizar al hombre y conseguir las pruebas. Mientras tanto, debes ir a la Iglesia y retrasar la boda hasta que yo llegue.

—¿Cómo voy a hacer eso? —preguntó Annabelle, abrumada por el cansancio y la ansiedad—. He probado todos los argumentos posibles para disuadirlo de esto. Ninguno lo ha logrado. ¿Por qué debería hacerme caso en el último minuto?

Rory parecía tan perdido como ella se sentía.

—Quizás en lugar de intentar convencerlo para que esté de acuerdo, deberías apelar a su corazón. Creo que él te ama, lo pueda admitir o no. Y sé que lo amas de una manera que casi me hace creer en esas cosas. Estoy seguro que, si es que alguien puede, podrás encontrar una manera de comunicarte con él.

Ella había intentado apelar al corazón de Jack dos veces antes. En ambas ocasiones había fracasado. ¿Tenía la capacidad de intentarlo de nuevo y arriesgarse a un mayor rechazo por sus dolores? Cuando se trataba de Jack, Annabelle se dio cuenta con una punzada de nostalgia, no tenía nada que perder. Era una idea desalentadora, pero extrañamente liberadora al mismo tiempo.

—Muy bien. —Ella asintió sombríamente—. Ve a buscar ese periódico, si tienes que recorrer Mayfair de un extremo al otro. Iré a Hanover Square y haré lo que pueda para conseguirte el tiempo que necesitas.

Rory se dirigió hacia la puerta y luego dio la vuelta.

—Casi lo olvido. Hay más en la historia.

—¿No puede esperar? —Annabelle estuvo tentada de echarlo.

Rory negó con la cabeza.

—Necesitas saberlo. Puede ayudarte. Como puedes imaginar, anoche se consumió una cantidad considerable de bebidas alcohólicas durante el juego. Surgió el tema de Lord Hawthorne y cómo Jack lo estranguló. Uno de los otros jugadores estaba metido en sus copas. Murmuró algo acerca de que Hawthorne se vengaría, lo que no solo sería dulce sino también lucrativo. Le pregunté más al borracho después de que terminó nuestro juego. Sus respuestas no fueron muy coherentes, pero escuché lo suficiente como para darme cuenta de que Hawthorne y Madame Reynard están juntos en esto para desplumar a Jack.

Una oleada de ira fundida estalló dentro de Annabelle, haciendo que su rostro ardiese. Si hubiera podido ponerle las manos encima a cualquiera de esos miserables villanos, en ese momento, temía la violencia de la que podría ser capaz.

—¿Eso es todo? —preguntó con una voz que sonaba demasiado amenazadora para ser la suya.

Rory asintió, estando ansioso.

—¡Entonces vete! —Annabelle señaló la puerta con el dedo índice. Nos vemos en St.

George's una vez que tengas la prueba. Rezo para que lleguemos a tiempo.

Dirigió esas últimas palabras a la habitación vacía porque Rory había huido.

Ella tomó su chal y su sombrero, y lo siguió. Cuando llegó a la calle, Rory no estaba a la vista, pero el repique de las campanas de la Iglesia le indicó a Annabelle la hora. ¿Cómo pudo haber dormido tanto tiempo, estando en una situación tan incómoda? A menos que hubiera contado mal, ahora eran las once. Era posible que Jack ya estuviera casado con esa criatura infame.

Si la boda no hubiera concluido, pronto tendría que empezar para terminar antes del mediodía. Esas celebraciones solo podían realizarse por la mañana, a menos que la pareja obtuviera una costosa licencia especial. Hanover Square no estaba lejos del alojamiento de Annabelle, pero ella tardaría al menos diez minutos en llegar a toda velocidad.

Se subió la falda y salió corriendo, mientras rezaba para que la ausencia de Lord Rory retrasara las desafortunadas nupcias de Jack.

* * *

—¿Dónde diablos puede estar Rory? —La voz de Jack resonó débilmente en el gran y vacío santuario de St. George—. Le di todos los detalles y me aseguré que estaría aquí.

Si no llevaba a cabo esa boda pronto, Jack temía perder los nervios.

—¿No te dije que eligieras un testigo más confiable que Rory Fitzwalter? Probablemente todavía esté jugando y demasiado bebido para saber qué día es, ¡y mucho menos qué hora! —El bonito rostro de Clarissa parecía verdaderamente atonador.

Su prometida no hizo caso de la vieja superstición de que era de mala suerte para el novio ver a su novia el día de su boda, antes de la ceremonia. Cuando llegaron las once, ella había entrado en el santuario, exigiendo saber la causa del retraso.

—Sé que Rory no es el tipo más responsable, pero siempre ayuda cuando es importante. —A pesar de su enfado con su amigo, Jack se sintió extrañamente obligado a defenderlo—. Probablemente, llegará en cualquier momento.

—Si esperamos muchos más momentos será demasiado tarde. —Clarissa miró hacia el clérigo presidente, que hacía todo lo posible por no parecer impaciente por empezar—. ¿No puedes elegir otro testigo?

Una suave voz en el fondo de la mente de Jack susurró que posponer un día la boda no debería importar, pero él sabía lo contrario. Estaba casi tan ansioso como Clarissa de que su unión fuera lo más irrevocable posible. Entonces, sería el padre de la pequeña Sara, tanto de hecho como de corazón.

—Le pregunté a Gabriel si estaría aquí. Antes de irse de la ciudad, me aseguró que regresaría a tiempo para la boda. —Una profunda sensación de ansiedad se apoderó de Jack—. Espero que no le haya ocurrido ningún daño.

—¡No desperdicies tu preocupación con esos parásitos! —Clarissa abrió su abanico y lo accionó febrilmente para refrescarse la cara, que se ponía más roja a cada minuto—. Sabes muy bien que el único daño que les pudo haber ocurrido es la bebida y la mala suerte en las mesas.

Jack sabía que probablemente eso era cierto, pero se esforzó por no cuestionar a sus amigos. Tenía la esperanza que, a pesar de sus acciones recientes, todavía se preocupaban por él y le deseaban lo mejor. ¿Se había engañado a sí mismo? ¿Gabriel y Rory solo lo consideraban un blanco fácil del cual extraer lo que necesitaban? ¿No estaban dispuestos a corresponderle ni siquiera en el pequeño asunto de presenciar su matrimonio?

Clarissa echó una mirada penetrante al santuario. Su mirada se fijó en las únicas otras

personas presentes: su doncella y el ayudante de cámara, Godfrey.

—Haz que tu hombre sea testigo de la ceremonia. Después de todo, Lovell es mi testigo. Sería apropiado.

Jack asintió.

—Le preguntaré.

El abanico de Clarissa detuvo su frenético aleteo. Ella le dio una sonrisa de aprobación.

Los dos sirvientes estaban conversando en susurros cuando Jack se acercó a ellos.

—Te digo, Godfrey, parece que el señor Fitzwalter se ha retrasado. ¿Podría convencerte para que actúes como mi testigo?

Godfrey no respondió con su habitual presteza. Jack sintió que su ayudante de cámara se sentía halagado por la petición de sustituir al hijo de un noble. Sin embargo, por alguna razón parecía reacio. Al final, prevaleció el deber hacia su amo.

—Sería un honor para mí, señor Warwick, si eso es lo que usted desea.

—Por supuesto que es lo que deseo. —Jack forzó una risita—. No habría pedido lo contrario. Ven entonces, comencemos con la ceremonia antes de que se acabe la mañana.

Indicó a los sirvientes que se dirigieran a los escalones del presbiterio y se reunió allí con Clarissa.

—Se ha encontrado un testigo, vicario. Por favor, proceda.

—Como lo desee, señor. —El vicario buscó a tientas su libro de oraciones la página adecuada y luego se aclaró la garganta—. Queridos hermanos, estamos reunidos aquí ante los ojos del Señor y ante esta congregación, para unir a este hombre y a esta mujer en santo matrimonio...

Los celos de Jack disminuyeron cuando entró en una cómoda sensación de resignación. Después de tantos años de vivir sin pensar en las consecuencias de sus acciones, por fin estaba preparado para aceptar sus responsabilidades, ninguna más feliz que la de ser padre de Sarah.

El vicario concluyó su lectura sobre las causas por las que se ordenó el matrimonio. Había logrado hacer que los deseos carnales del hombre parecieran más aburridos que lascivos. Ahora, él miró de Jack a Clarissa con el ceño solemne.

—Exijo y les encargo a ambos, como responderán en el terrible día del juicio, cuando los secretos de todos los corazones sean revelados, que si alguno de ustedes conoce algún impedimento por el cual no pueden unirse legalmente en matrimonio, lo haga. Ahora confíenselo. Porque estén seguros de que todos los que están unidos de otra manera que lo que la Iglesia lo permite, no están unidos ni tampoco es lícito su matrimonio.

Sin esperar una respuesta, el clérigo solo se detuvo el tiempo suficiente para inhalar. Pero en ese breve instante una voz sin aliento desde la parte trasera de la Iglesia preguntó:

—¿Y bien qué...?

¿Annabelle? El corazón de Jack dio un vuelco como nunca lo haría con su novia. A pesar de eso, deseó que ella se hubiera mantenido alejada unos momentos más. Nadie más tenía el poder de amenazar el futuro y la familia, que él imaginaba para sí mismo.

Clarissa dio la vuelta.

—¿Bien qué? ¿Qué estás haciendo aquí? No fuiste invitada.

Jack no se atrevió a voltear y mirar a Annabelle por miedo a reaccionar de una manera que sabía que no debía. Pero la escuchó acercarse con paso rápido y decidido. Cada paso hacía que el pulso le latiera más fuerte en los oídos.

—No parece que hayas invitado a nadie —respondió ella, en un tono descarado que Jack encontró demasiado atractivo—. ¿O nadie a quien invitaste podría soportar ser testigo de esta

farsa?

El vicario farfulló.

—Mira aquí, mi buena mujer...

Clarissa fue menos educada.

—¿Cómo te atreves a interrumpir mi boda, perra entrometida?

La boca del vicario se abría y cerraba sin emitir sonido alguno, como si estuviera presa de un ataque de apoplejía.

—Jack. —Se lamentó Clarissa—. ¡Haz que esa criatura se vaya de inmediato!

Nunca en toda su vida, él se había sentido tan cobarde. Preferiría enfrentarse a un pelotón de fusilamiento francés que a la mujer que continuamente ponía su mundo patas arriba.

Jack se armó de valor para resistir verla y dio la vuelta.

—Por favor, Annabelle, no hagas esto ahora, te lo ruego. Mi decisión está tomada. No puede haber vuelta atrás.

Su rostro parecía pálido y demacrado. Había manchas grises, como ceniza, bajo sus ojos. Se dio cuenta de que ella no había tenido suficiente descanso, alimento o paz desde que salió de su casa. A pesar de eso, nunca había parecido más atractiva... peligrosamente. Con cada fibra de su ser, él quería protegerla y restaurarla.

Sus palabras lo hicieron estremecerse, pero no lo disuadieron.

—Tu decisión está tomada. —Ella se dirigió a él como si no hubiera nadie más presente—. ¿Pero es tu corazón, Jack?

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó Clarisa. Antes de que Annabelle pudiera responder, continuó—, si esta molestia se niega a irse, debes expulsarla por la fuerza, Jack.

—¿Podrías hacer eso? —Annabelle lo desafió. Debajo de su fachada de descarada confianza, vislumbró un ansioso escalofrío de incertidumbre—. ¿Podrías ponerme las manos encima sin querer tomarme en tus brazos?

—Yo... yo... —Jack sabía que debía sonar como un perfecto idiota, pero no podía mentir sobre tal cosa, especialmente en una casa de culto. Sin embargo, tampoco se atrevió a decir la verdad.

—Te ahorraré esa terrible experiencia. —Annabelle lo miró con algo parecido a la lástima—. Saldré de este lugar inmediatamente, sin ningún problema, si puedes jurar que no me amas y que no deseas casarte conmigo, en vez de ella.

—¿Eso es todo? —Clarissa pareció aliviada—. Entonces, díselo de inmediato, Jack, para que nos deje y sigamos con nuestra boda.

Cuando él no habló, porque sus órganos vocales parecían haberse convertido en piedra, Clarissa lo instó bruscamente:

—Ahora, Jack, por favor. No tenemos todo el día.

—¡Cállate la lengua! —Annabelle espetó—. Me ocuparé de usted a su debido tiempo. Esto es entre Jack y yo.

Su mirada buscó la de él nuevamente y se negó a soltarla.

—No puedes hacerlo, ¿verdad? ¿Aunque podría costarte la niña que adoras y la oportunidad de tener por fin una familia?

—Amo a mi hija. —Ofreció cada palabra recién cortada de su corazón—. Y ahora veo cuánto he deseado una familia que reemplace a la que perdí. Pero si la gano negando mis verdaderos sentimientos, o si me caso por motivos distintos al amor, correré el riesgo de repetir los errores de mis padres. Eso no le haría ningún favor a Sarah.

¿Había perdido todo con su confesión? Jack exhaló un suspiro tembloroso.

—Te amo Annabelle, no puedo negarlo. Es más, creo que me siento así desde hace mucho tiempo. Después de todo lo que he hecho, no puedo imaginar que todavía tengas ese sentimiento por mí.

Ella se había preocupado por él lo suficiente como para venir aquí hoy. Pero sabía que podría haber muchos otros motivos para su intervención además del amor.

—¡No! —La palabra resonó, no en los labios de Annabelle como esperaba, sino en los de Clarissa—. ¡No, no, no! Me propusiste matrimonio y debes casarte conmigo, o nunca volverás a ver a nuestra bebé. ¡Te la di y puedo recuperarla!

La amenaza pareció abrir un agujero en el pecho de Jack. ¿Por qué había desperdiciado su oportunidad de formar una familia al declarar un amor que había negado y traicionado muchas veces?

Annabelle se separó abruptamente de su mirada fija sin ninguna señal de lo que su tardía declaración significaba para ella... en todo caso.

La observó mientras caminaba hacia su vengativa novia y se dirigía a ella en un tono firme y confiado.

—¡Oh! No, no puedes.

—De hecho puedo y lo haré —farfulló Clarissa—. Solo mírame. Ustedes dos no pueden jugar conmigo y salirse con la suya. ¡Recuperaré a mi hija!

Jack quería suplicarle a Annabelle que no irritara a la madre de Sarah. Podría arruinar cualquier esperanza de que Clarissa le permitiera algún contacto limitado con su hija. Pero él sintió que ella nunca lo escucharía. ¿Era por eso que había venido allí, para romperle el corazón, como él le había roto el de ella más de una vez?

No. Podría merecer ese trato, pero sabía que no debía temerlo en las tiernas manos de Annabelle.

—Quizás tengas un hijo en alguna parte. —Annabelle sonaba como si estuviera provocando deliberadamente a Clarissa, lo cual era un pasatiempo peligroso—. Pero no la bebé de Bruton Street. Sarah es más hija mía que tuya y la protegeré a ella y a Jack de ti, por todos los medios que sea necesario. No podrías haberla dejado en la puerta de su casa porque en ese momento estabas en las Indias Occidentales y ambas lo sabemos.

—¡Pruébalo! —Clarissa gritó con un gesto feo.

Por un instante, el inusual aire de bravuconería de Annabelle desapareció. Miró hacia la parte trasera de la Iglesia como si esperara que llegaran refuerzos para rescatarla.

Pero todo estaba en silencio.

Entonces, un pensamiento golpeó a Jack como un rayo divino.

—No necesitamos demostrarlo.

Ambas mujeres se volvieron para mirarlo. Había un rostro resplandeciente de esperanza y el otro nublado por la consternación.

—Sarah vive en mi casa, bajo mi protección —prosiguió, más seguro con cada palabra—, si pretendes quitármela, la carga de la prueba recaerá sobre ti: verificar ante un tribunal que tú la diste a luz.

El rostro de Clarissa adquirió un tono rojo tan violento que Jack temió que le explotara la cabeza.

—¡Ninguno de los dos se saldrá con la suya tratándome de esta manera! Me aseguraré de que todos en la sociedad sepan que incumpliste la promesa que me hiciste, sin mencionar lo que estaba pasando entre ustedes, antes de que yo llegara a la escena. ¡Nunca olvidarás el escándalo que desataré sobre ti!

Por mucho que abrigase la esperanza de conservar a la pequeña Sarah, Jack rehuía la perspectiva de dañar aún más la reputación de Annabelle.

Sin embargo, la amenaza de Clarissa no pareció perturbarla a ella en lo más mínimo.

—Si haces algo así, nos veremos obligados a exponer tu conspiración con Lord Hawthorne para perpetrar un fraude contra Jack.

¿Hawthorne? ¿Ese canalla también estuvo involucrado en esto? Por primera vez Jack comprendió hasta qué punto podían haberlo engañado.

—Dudo que eso beneficiaría tu sustento —continuó Annabelle—, si se corriera la voz de que chantajeas a tus antiguos patrocinadores. Si le provocas más, sospecho que Jack podría inclinarse a presentar cargos.

—¡No! ¡No debes hacerlo! —De repente, Clarissa pareció más intimidada que enfurecida—. Por favor, Jack. No quise hacerte ningún daño, lo juro. Habría sido una buena esposa para ti y una madre amorosa para la niña. Todo esto fue idea de Lord Hawthorne. Se enteró de que alguna vez habíamos tenido intimidad y se me acercó con detalles para convencerte de que yo era la madre de la bebé. Cuando intenté echarme atrás, me amenazó con exponerme. Creo que pretendía extorsionarme para guardar mi secreto una vez que tú y yo nos casáramos.

Los puños de Jack se apretaron. Si Lord Hawthorne hubiera estado a su alcance, habría vuelto a golpear al villano, incluso en un lugar de culto.

—¡Vete! —Lanzó la palabra a Clarissa, asqueado al pensar en lo cerca que había estado del desastre y en lo mal que había tratado a Annabelle, una vez más—. Antes de pensar mejor en procesarte. Trataré a Hawthorne como se merece.

—Sí, claro. —Clarissa hizo una seña a su doncella y huyó de la Iglesia, evitando a Annabelle tanto como lo haría con una tigresa gruñendo.

Mientras los apresurados pasos de las dos mujeres se alejaban, el vicario dejó caer su libro de oraciones con un suspiro.

—Supongo que ya no necesitarán mis servicios.

—Hoy no, ciertamente. —Jack negó con la cabeza.

Buscó en su bolsillo y sacó la suma que pretendía regalar al oficiante al final de la ceremonia nupcial. El vicario protestó, pero pronto se vio obligado a aceptarla. Al igual que Madame Reynard, se retiró con cierta prisa, tal vez temiendo que Jack cambiara de opinión.

Un discreto asentimiento de su amo hizo que Godfrey se alejara hasta que solo Jack y Annabelle permanecieron en el santuario. ¿Cuánto tiempo se quedaría ahora que ella había cumplido su misión y su familia fue salvada de las maquinaciones de Clarissa y Hawthorne?

Abrumado por una dolorosamente intensa mezcla de emociones, Jack se tambaleó hacia atrás y se dejó caer en el banco más cercano. Para su sorpresa, Annabelle se sentó a su lado. Durante un rato permanecieron sentados en silencio. Había tanto que decir que Jack no sabía por dónde empezar.

Cuando Annabelle habló por fin, sus palabras lo dejaron aún más estupefacto.

—Lamento mucho haber destruido tu sueño de una familia feliz. Espero que con el tiempo entiendas que solo fue un sueño. La realidad no habría sido nada como esperabas, sino una pesadilla para ti y Sarah. Tuve que despertarte del sueño para salvarte de la pesadilla. Pero lo entenderé, si no puedes perdonarme.

Su voz ronca se apagó en un suspiro tan triste y dulce que casi le hizo llorar.

* * *

Una sola lágrima cayó por el rabillo del ojo de Annabelle y rodó por su mejilla, dejando un rastro

de salmuera cálida a su paso. Ella no lo limpió. Ese lado de su rostro estaba apartado de Jack y él nunca lo sabría si ella no se traicionaba a sí misma.

Annabelle lo había obligado contra su voluntad a confesar sus verdaderos sentimientos por ella. Pero al hacerlo, ¿había aplastado la misma emoción que había expuesto? Igualmente, Annabelle había usado su amor por ella como arma para destruir su preciosa ilusión de que la niña que él adoraba era verdaderamente su hija. ¿Cómo podría Jack alguna vez perdonarla por eso?

Se había dado motivos nobles para sus acciones, pero ¿hasta qué punto eran sinceros? ¿Realmente había querido proteger a Jack y Sarah, o por egoísmo no podía soportar verlo con nadie más? Esto último probablemente estaba más cerca de lo que ella quería creer.

¿Qué decía eso sobre su amor por él? Si ese amor era genuino, ¿no debería haber querido que él fuera feliz, a cualquier costo para ella? En lugar de eso, había arruinado su felicidad con tanta seguridad como si hubiera llevado un ladrillo a una habitación llena de delicada porcelana.

Sin duda se había equivocado al quedarse en su compañía, después de que todos los demás habían huido. Jack también debía querer que ella se fuera, para poder llorar en privado todas las acciones que ella le había costado ese día. ¿O supuso que ella se había quedado para regodearse de su miseria?

Annabelle se levantó para irse, pero apenas se puso de pie cuando una mano se estiró para agarrar la de ella.

Cuando Jack habló, su voz sonó áspera por la emoción... pero, ¿qué?

—¿Dices que te arrepientes de lo que acabas de hacer y dudas que pueda perdonarte?

Annabelle asintió con culpa, mientras intentaba grabar en su memoria la sensación de su cálido contacto.

—Sé que es demasiado pedir.

Jack negó con la cabeza.

—Un poco. Pero lo único que tendrías que perdonarme es más de lo que me atrevo a contemplar o me romperás el corazón.

Sus palabras fueron directas a su corazón, con un toque sanador, prometiendo restaurarlo nuevamente.

—Un poco —ella repitió su respuesta, mientras oleadas de risas y lágrimas la sacudían al mismo tiempo—. Más que eso, tal vez. Pero estás en mis manos, te lo aseguro.

Sus rodillas cedieron. Mientras ella volvía a hundirse, Jack la atrajo hacia él. Ella terminó en su regazo, acunada en sus brazos.

Los labios de él rozaron su mejilla, saboreando sus lágrimas. Luego ambos labios se encontraron, y ellos intercambiaron una tierna conversación sin palabras sobre lo que sentían el uno por el otro.

—¿Cómo es posible que todavía te importe un tonto así? —Preguntó, por fin, entre besos—. ¿Uno que se cegó a tus sentimientos y a los suyos durante todos esos años?

Su pregunta requería una respuesta con palabras. Annabelle presionó su frente contra la de él y se sumergió en su cálida mirada color avellana.

—¿Quién sabe por qué una persona ama a otra? Nos damos razones, pero al final creo que es más que la suma de ellas.

Jack asintió, moviendo su frente en una sutil caricia contra la de ella.

—Eres una dama sabia. Sea lo que sea lo que hizo que te preocuparas por mí y siguieras preocupándote, a pesar de mi obstinada locura, te estoy agradecido por ello más allá de lo que puedo expresar.

Una sonrisa se extendió por el rostro de Annabelle como el resplandor de un amanecer de verano en un prado de flores silvestres. Su corazón rebosaba y resplandecía de alegría. Fuera lo que fuese lo que le deparara el futuro, ahora bastaba con saber que Jack la amaba y reconocía su amor por él.

Le apartó un mechón de pelo que le había caído sobre la frente.

—¿Volverás a esta Iglesia conmigo dentro de un mes y prometerás ese amor para el futuro? Nada me haría más feliz que tenerte como esposa.

Solo una consideración hizo dudar a Annabelle.

—Si lo que quieres para Sarah es una madre, volveré a Bruton Street y cuidaré de ella todo el tiempo que desees. No necesitas casarte ni seducirme para ello.

Una sombra fugaz oscureció su mirada.

—Amo a Sarah como si fuera mi hija. El hecho de que no lo sea no hará nada para disminuir mi apego. La criaré hasta que se descubra su origen. Incluso entonces, solo la entregaré a una familia que pueda cuidarla como yo. Mi propuesta contigo no tiene nada que ver con nada de eso, a menos que tú te opongas a mis planes.

—No me opongo en lo más mínimo. —Annabelle acercó su mano a sus labios y él la llenó de besos—. Eso es precisamente lo que haría si estuviera en tu lugar.

Jack soltó un largo y lento suspiro.

—Entonces, ¿qué dices? ¿Te casarías con un hombre que te ama con todo su corazón? ¿O debo seducirte para que aceptes mi propuesta?

La ternura y el deseo palpitaban en Annabelle con cada latido de su alegre corazón.

—Sí —respondió ella con una risa—. ¡Pero solo sí a la primera pregunta aquí en la Iglesia!

Epílogo

Carleton House, Londres ~ Junio 1811.

—Pensar que me impresionó tanto el baile de Cheviot. —La mirada de Annabelle Warwick se movía de un lado a otro, mientras ella y su marido se abrían paso entre la densa multitud que asistía a la gran fiesta del príncipe regente—. Esto avergüenza bastante esa espléndida velada.

Jack miró a su esposa con una sonrisa de felicidad tan transparente que temió parecer totalmente enamorado, aunque todavía no había pasado de sus labios ni una gota de alcohol.

—Esta es, con diferencia, la celebración más lujosa a la que he asistido y sospecho que la mayoría de los demás invitados del regente podrían decir lo mismo.

La tensión en la esbelta figura de Annabelle se relajó visiblemente.

—Quizás todos estén demasiado intimidados como para notarme. Llevamos aquí más de una hora y no he recibido ni una sola mirada escandalizada de nadie.

—¿No te dije que estos días muere un chismoso de muerte rápida? —Jack la alejó del abarrotado salón, donde el cuadro de Rembrandt, recién adquirido por el príncipe, había atraído a muchos invitados—. Sin duda, hubo algunas especulaciones cuando se anunció nuestro matrimonio tan pronto, después de que nos leyeran las amonestaciones para Clarissa y a mí. Probablemente, todos supusieron que recuperé el sentido en el último minuto, lo cual se acerca bastante a la verdad.

En ningún otro lugar público se habrían atrevido a hablar de asuntos tan privados sin temor a ser escuchados. Pero con más de dos mil invitados, sin mencionar el pequeño ejército de sirvientes necesarios para un evento de esta magnitud, una conversación tranquila entre una pareja quedó bastante ahogada.

Se asomaron al salón de baile, pero lo encontraron demasiado lleno para entrar, y mucho menos bailar. Jack cogió dos copas de ponche de una elaborada bandeja de plata que llevaba un lacayo vestido con librea real. Todo en este baile era elaborado, desde la cantidad de flores que adornaban cada salón hasta la variedad de decoraciones, con joyas, en la túnica militar escarlata del regente.

Annabelle tomó un pequeño sorbo de su ponche, tal vez con cuidado de no repetir su experiencia pasada bebiendo bebidas alcohólicas.

—Supongo que ese es uno de los beneficios de tu compromiso abortado. Comparada con una famosa cortesana, la viuda pobre de tu primo debe parecer una elección de novia totalmente respetable.

Jack se rió entre dientes, mientras bebía de su vista. Para él, Annabelle eclipsaba todo el oro, las joyas y la extravagancia que los rodeaban. Apenas podía creer la felicidad que le había traído su matrimonio. Era como un delicioso y abundante banquete de pan y carne, después de una dieta de dulces insustanciales, que se derretían en la lengua, pero dejaban el estómago más hambriento que nunca.

—Todo lo que puedo decir es que fuiste la mejor opción para mí, querida mía, la única opción verdadera que mi corazón aceptaría alguna vez.

El rubor más seductor cubrió sus mejillas, haciéndolo desear mover la lengua y tomarla en sus brazos, en ese mismo momento, para darle un beso profundo y apasionado.

Antes de que Jack perdiera su autocontrol por completo, una figura familiar pasó junto a ellos a trompicones, moviéndose en dirección opuesta a la mayoría de los demás invitados.

—¿Hacia dónde te diriges, Gabriel? —Jack llamó a su amigo, quien parecía ajeno a su presencia—. Pareces un pez tratando de nadar contra la corriente.

Gabriel había regresado a Londres, a última hora del día de la boda abortada de Jack y Clarissa, para informar que había perseguido a la señorita Brennan desde las islas del Canal hasta Brighton y Bath. Aunque no logró alcanzar a la dama, se convenció de que ella estaba tratando de ocultar un secreto escandaloso.

—Estoy seguro de que Sarah debe ser nuestra hija —había insistido—. Lo siento por ti y por Annabelle, sabiendo lo apegado que te has vuelto hacia ella. Prometo que encontraré una manera de compensarte por el gasto de criarla. Y no te pediré que me la entregues hasta que pueda proporcionarle un hogar adecuado.

Por difícil que fuera para Jack y Annabelle contemplar la posibilidad de renunciar a su querida niña algún día, sintieron que ella sería más feliz conociendo a sus verdaderos padres y formando un hogar con ellos, si eso era posible.

Ahora Gabriel hizo una pausa y contuvo el aliento.

—Vi a Moira Brennan hace unos momentos. ¡Debo hablar con ella antes de que se me escape otra vez!

—¿Estás seguro de que es ella? —Jack intercambió una mirada dudosa con Annabelle—. Tengo entendido que el príncipe no invitó a nadie de menor categoría que la hija de un conde. Puede que la señorita Brennan sea heredera de una gran fortuna, pero no tiene ningún título.

Gabriel se negó a escucharlo.

—Ambos sabemos que hubo tantas excepciones a esa regla como adherentes. Tú por ejemplo. Además, la señorita Brennan ha titulado relaciones por parte de su difunta madre. ¡Es ella, te lo digo! La reconocería en cualquier lugar.

—Yo se que tu podrás... —Annabelle levantó la voz—. Podrás distinguir a Jack entre una multitud de miles.

El corazón de Jack anhelaba contener una oleada de tierna gratitud hacia su esposa. Nadie jamás lo había amado como ella. Ahora estaba decidido a devolverle cien veces su devoción.

Mostrándole una sonrisa cariñosa, se dirigió a su amigo.

—Si estás seguro de que la señorita Brennan está aquí esta noche, haremos todo lo posible para ayudarte a encontrarla.

Gabriel negó con la cabeza.

—Aprecio tu oferta, pero Annabelle nunca ha visto a la señorita Brennan y tú solo una o dos veces. ¿Cómo podrías esperar distinguirla entre esta multitud? Incluso si lo hicieras, ¿cómo me encontrarías de nuevo para informar de su paradero? Déjame esa tarea a mí, mientras disfrutas de tu primera salida como matrimonio.

Al prepararse para partir, Annabelle le hizo una sugerencia.

—En lugar de tratar de rastrear una cantera en movimiento entre tanta multitud, es posible que tengas más éxito, si esperas hasta que todos los invitados estén sentados para cenar.

Gabriel pensó por un momento.

—Yo digo que es una buena idea. Si no me encuentro con la señorita Brennan, antes de cenar, haré lo que usted me aconseja. Ahora, si me disculpan...

Lo siguiente que supo Jack fue que su amigo desapareció por una abertura entre la multitud.

—¿Crees que la encontrará? —preguntó Annabelle—. Después de todo este tiempo, parece como si la dama hubiera estado tratando de evitar a Gabriel.

Jack asintió.

—Incluso si ella está aquí esta noche, no creo que sea el mejor momento para que él aborde

un tema tan delicado. Ahora, ¿nos aventuramos a los jardines? El ambiente aquí en la casa es completamente opresivo. No envidio a los selectos invitados del príncipe que deben cenar adentro esta noche.

—Tampoco quiero estar aquí. —Annabelle levantó su abanico y lo agitó delante de su cara para crear una agradable brisa.

Muchos de los otros invitados parecían tener la misma idea. Se dispersaron hacia los jardines, donde se habían levantado cuatro enormes tiendas para banquetes. Cada uno tenía su propio buffet y su grupo de músicos tocando.

A la luz que salía de una de las tiendas, ellos vieron a Rory Fitzwalter a lo lejos. Lo acompañaban dos hermosas mujeres de edad madura, una en cada brazo.

Jack sonrió y sacudió la cabeza.

—He oído que Rory ha reformado sus hábitos de juego. Supongo que es demasiado esperar que cambie de página por completo.

—¿Por qué? —Annabelle desafió a su marido con una risa burlona. —¿Lo ha hecho?

Desde su matrimonio, a menudo, ella le decía a Jack lo orgullosa que estaba de su transición de un notorio libertino a un respetable hombre de familia.

No podía negar que los cambios que había realizado eran también para él motivo de considerable satisfacción.

—Pero querida, no debemos exigirle a Rory un estándar tan alto. Carece del poderoso incentivo que yo tengo para apreciar una vida de feliz domesticidad.

—Tu reforma no ha afectado tu don para la adulación, querido. —La distintiva voz de Annabelle susurró de una manera deliciosa que estaba más allá incluso de su poder para elogiar—. Pero me conformo con dejarlo florecer, siempre que limites su vigilancia a mí únicamente.

—Tienes mi palabra, ángel mío. —Aprovechando las sombras que ocultaban el jardín, Jack se llevó la mano enguantada de ella a los labios.

Había momentos en que el poder de sus sentimientos por Annabelle casi lo asustaba. Sin embargo, cuando reflexionó sobre todo lo que ella había soportado por él, supo que su corazón estaría a salvo bajo su cuidado.

Mientras permanecían juntos saboreando la compañía del otro, las notas altas y claras de una aria de soprano flotaban en el cálido aire nocturno. El murmullo de la conversación se acalló cuando los invitados del príncipe se detuvieron para escuchar. Poco después de que las últimas notas se apagaran, un silbido estridente atravesó el aire seguido de un estallido seco. Una luz amarilla brillante salpicó el cielo oscuro. Siguió más fuegos artificiales brillantes, en colores vivos, como cajas de pinturas. Algunos giraban en brillantes espirales, otros estallaban en grandes explosiones. Otros más cayeron como estrellas fugaces.

Por impresionante que fuera la exhibición, Jack se sintió aún más cautivado por los destellos del rostro de Annabelle, bañado por la luz coloreada desde arriba. Cada vez que una secuencia particularmente deslumbrante de fuegos artificiales iluminaba el cielo, ella le apretaba la mano y soltaba un grito ahogado de alegría. Compartir su placer amplificó el de él.

Tan pronto como cesaron los fuegos artificiales, los invitados del regente acudieron en masa a las tiendas del banquete. Aferrándose fuerte a la mano de Annabelle, Jack buscó la tienda menos concurrida y la llevó a un rincón tranquilo... pero no lo suficientemente despejado. Un viejo conocido los vio y se acercó para felicitar a Jack por su matrimonio.

Su breve conversación llamó la atención de una hermosa pareja que estaba cerca. Una vez que él terminó, ellos se aproximaron a Jack y Annabelle. La dama tenía cabello dorado y rasgos de rara belleza. El caballero alto y robusto, que la acompañaba, parecía incómodo con su traje de

corte.

—¿Señor Warwick? —aventuró la dama—. Le pido perdón por atreverme a hablar con usted sin presentación, pero debo aprovechar esta oportunidad para extenderle mi más sincero agradecimiento.

Mientras Jack y Annabelle intercambiaban reverencias con la otra pareja, ella arqueó las cejas en una pregunta muda. Él respondió con un sutil encogimiento de hombros.

—Cualquiera que sea el pequeño favor que haya realizado, estoy complacido.

—Soy Lady Thorgraham —respondió ella—. Y este es mi marido. Quería agradecerles por darle a Lord Hawthorne su merecido hace unas semanas. Ya era necesario desde hace mucho tiempo.

Antes de que Jack pudiera responder, Annabelle habló.

—Estoy totalmente de acuerdo, Lady Thorgraham. Confío en que el villano sabrá que no debe aparecer aquí esta noche, o podría sentirme tentada a castigarlo aún más.

Los tiernos ojos de Su Señoría adquirieron un brillo de camaradería.

—Sería la última en condenarla si lo hiciera, señora Warwick, aunque sospecho que nuestros maridos podrían tratar con él antes de que usted o yo tuviéramos la oportunidad.

Lord Thorgraham asintió ferozmente, lo que Jack aprobó de todo corazón.

Él señaló una mesa cercana.

—Si no están comprometidos de otra manera, sería un honor para nosotros que nos acompañen.

Los Thorgraham estuvieron de acuerdo rápidamente y las damas pronto entablaron una conversación profunda. Después de abusar rotundamente de Lord Hawthorne, su conversación giró hacia la serie de recientes robos de joyas. Habían empezado a hablar de la presencia de la realeza europea, exiliada de la fiesta del regente, cuando Jack vio a Gabriel cerca del buffet. Estaba hablando animadamente con una mujer joven: la señorita Brennan, sin duda.

Jack captó la mirada de su esposa y asintió en su dirección. Justo cuando la mirada de Annabelle voló hacia su amigo, la señorita Brennan lanzó un grito agudo y lo golpeó con fuerza en la mejilla. Luego dio la vuelta y huyó, mientras el murmullo de las conversaciones en la tienda alcanzaba un punto álgido.

—¡Oh, querido! —dijo Lady Thorgraham—. Parece que Lord Hawthorne no es el único caballero de Londres que ha caído en desgracia.

Después de un momento para absorber el impacto del golpe de la señorita Brennan, Gabriel salió corriendo tras ella. Ninguno de los dos regresó a la tienda del banquete esa noche. Mientras Jack comía, bebía y conversaba, durante las siguientes dos horas, a menudo se preguntaba qué pasaría del volátil encuentro de su amigo con la bella heredera irlandesa.

Mientras tanto, Annabelle hizo un esfuerzo heroico por ocultar su creciente cansancio. Cuando se acercaban las cuatro de la mañana, no pudo reprimir un bostezo.

—Les pido perdón, Lord y Lady Thorgraham. Les aseguro que no es su compañía la que me aburre. No estoy acostumbrada a quedarme tan a la moda hasta altas horas de la noche.

—Ni yo. —Su Señoría parecía bastante agradecida a Annabelle por abordar el tema—. Por mucho que hayamos disfrutado de la hospitalidad del príncipe, sé que mi pequeño hijo estará despierto y buscando mi atención en unas pocas horas.

Las dos parejas estuvieron entre las primeras en partir, aunque no antes de que Jack invitara a Lord y Lady Thorgraham a cenar con ellos la semana siguiente.

Cuando Jack tomó asiento en el carruaje, Annabelle se puso a su lado.

—Esa fue una velada mucho más agradable de lo que esperaba.

Jack la abrazó, saboreando la sensación de su cabeza apoyada contra su pecho, incluso cuando la pluma de avestruz en su cabello le hacía cosquillas en la nariz.

—Cualquier velada que pase en tu compañía seguramente será agradable, querida, aunque ninguna más que cuando estamos solo nosotros dos.

Annabelle inclinó su rostro hacia él.

—Veo que no estás completamente curado de tu vena imprudente, mi querido señor Warwick.

—¿En efecto? —Él no pudo resistir sus cariñosas burlas—. ¿Qué te hace decir eso, por favor?

Ella soltó una risita dulce y lasciva que despertó su cuerpo incluso, mientras inundaba su corazón de ternura.

—El hecho de que te arriesgues a hacer declaraciones tan tiernas después de haber bebido tanto del fino champán del regente.

—¡Ah! ¿Y qué riesgo corro, si puedo preguntar? —Podía adivinar la respuesta, pero anhelaba oírla de ella.

—El riesgo de ser besado repetidamente, por supuesto. —Annabelle presionó sus labios contra los de él brevemente para demostrarle el peligro—. Y tal vez llegar a tu puerta en un escandaloso estado de desnudez.

—Nuestra puerta —susurró Jack, saboreando el delicioso sabor de esa palabra—. ¡Te aseguro que es un escándalo por el que estoy más que feliz a arriesgarme!

El fin.